

PENINSULA ODISEAS



Xavier Moret

Tras los pasos de Livingstone

Un viaje por el África oriental a través
de las rutas de los primeros exploradores

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Mapa

Cronología

Prefacio

Primera parte. Zanzíbar

1. Desde la terraza del Africa House
2. Navegantes, negreros, esclavos y sultanes
3. De los exploradores al turismo de masas
4. Mister Apellidos Nombre

Segunda parte. Tanzania

5. Las ruinas de Bagamoyo
6. Los caminos inciertos de los exploradores
7. «El doctor Livingstone, supongo»
8. La batalla del lago Tanganica
9. Los chimpancés de Jane Goodall
10. Un largo viaje en autobús
11. Navegando por el lago Victoria

Tercera parte. Uganda

12. Las tumbas del reino de Buganda
13. Lío de dólares en Kampala
14. Las fuentes del Nilo
15. Carreteras africanas
16. El gran espectáculo de las cascadas Murchison
17. Los dos Nilos en Jartum
18. Un país llamado Ecuatoria
19. En las Montañas de la Luna
20. Los leones trepadores de Ishasha
21. Los gorilas de montaña de Bwindi
22. La calma del lago Bunyonyi

Cuarta parte. Kenia

23. El nacimiento de Nairobi
24. El Lunatic Express

25. Thika y los primeros colonos
26. Un barrio llamado Karen
27. La miseria de Kibera
28. El paraíso de Lamu
29. Por tierras masái
30. De safari por Masai Mara
31. Los elefantes de Amboseli

Quinta parte. Tanzania, de nuevo

32. Las nieves del Kilimanjaro
33. De safari low cost
34. El mundo perdido del Ngorongoro
35. La inmensidad del Serengeti
36. Olduvai, la cuna de la humanidad

Sexta parte. Congo

37. Goma, la ciudad más desgraciada
38. Una mirada al infierno

Láminas

Bibliografía

Créditos

SINOPSIS

Xavier Moret recorre en este libro el África oriental, recordando a su paso a los exploradores que lo hicieron antes que él, cuando el centro de África era, en los mapas occidentales, un gran espacio en blanco. Su ruta parte de Zanzíbar, de donde salieron la mayoría de expediciones al interior del continente, sigue por Tanzania, el lugar donde se produjo el mítico encuentro entre Stanley y Livingstone, llega hasta Uganda, origen del Nilo, sigue hasta Kenia y se adentra luego en la despiadada colonización del Congo.

Tras los pasos de Livingstone

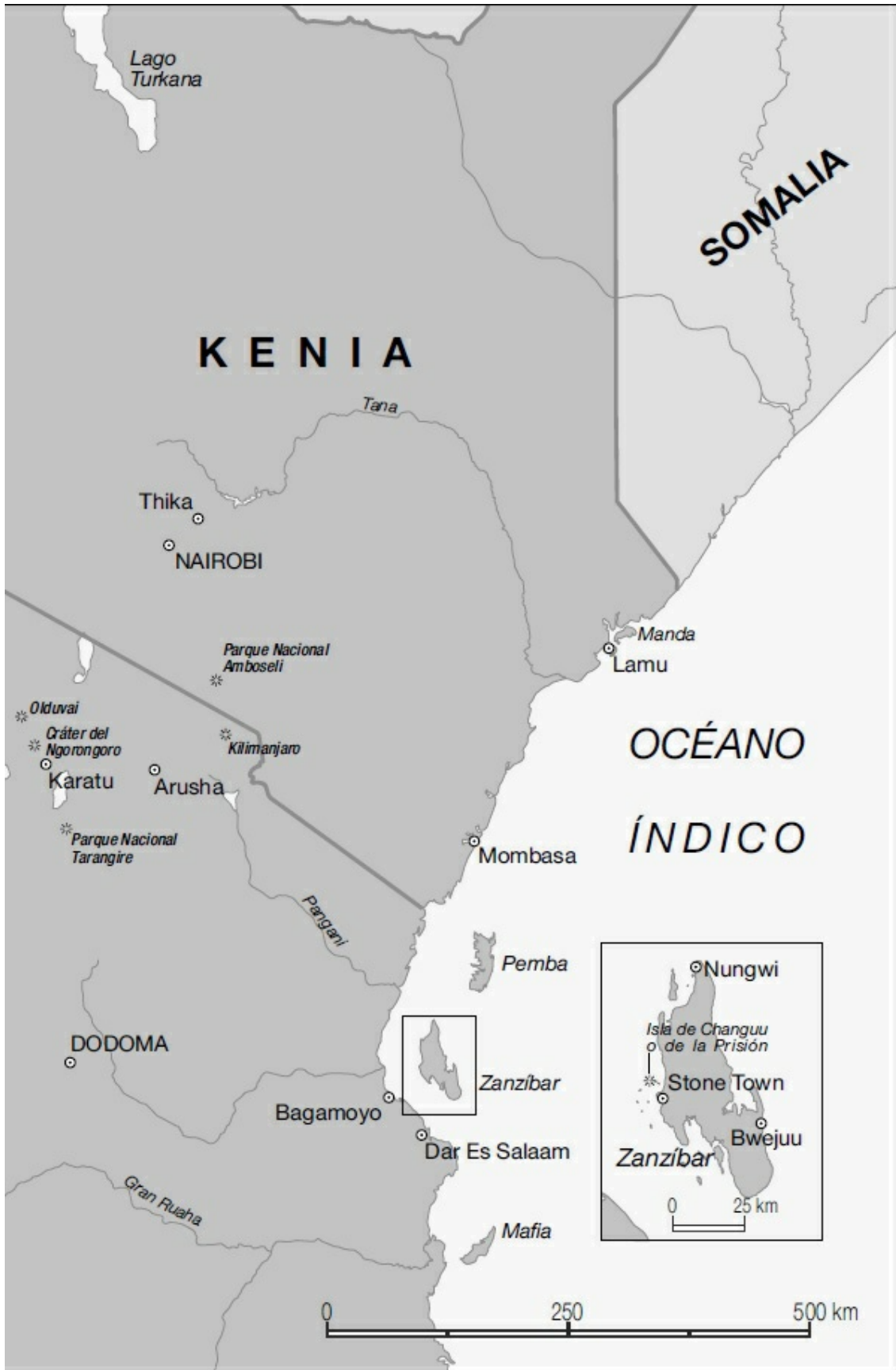
Xavier Moret

Un viaje por el África Oriental a través de las rutas de los primeros
exploradores

ediciones península

*Para Lluís Bosch, Agustí Carbonell y Jaume Aràjol, amigos sin fronteras.
Recordando el viaje que hicimos juntos a África, durmiendo bajo las
estrellas, y confiando en que muy pronto regresaremos allí.*





CRONOLOGÍA

- 460 aC.: Heródoto asciende por el Nilo hasta Asuán.
- siglo I aC.: el legendario mercader griego Diógenes viaja al interior de África.
- siglo II aC.: mapa de Ptolomeo en el que se señalan las fuentes del Nilo.
- 1498: Vasco de Gama en Mombasa.
- 1698: los portugueses se rinden ante los omaníes en Mombasa.
- 1845: el sultán de Zanzíbar prohíbe la exportación de esclavos.
- 1848: el misionero Johann Rebmann informa de que ha visto el Kilimanjaro.
- 1856: Burton y Speke llegan a Zanzíbar.
- 1858: Burton y Speke llegan al lago Tanganica. Speke descubre el lago Victoria.
- 1859: Burton y Speke regresan a Zanzíbar.
- 1860: Burton publica *Lake Regions of Central Africa*.
- 1862: en enero, Speke sale de expedición para buscar las fuentes del Nilo. En junio, Samuel Baker llega a Jartum. En julio, Speke llega a las cascadas Ripon, las fuentes del Nilo.
- 1863: en junio, Speke, de regreso a Inglaterra, es ovacionado por la Royal Geographical Society. Poco después publica *Diario del descubrimiento de las fuentes del Nilo*.
- 1864: en marzo, Samuel Baker llega al lago Alberto. En septiembre muere John Speke.
- 1866: en enero, David Livingstone llega a Zanzíbar.
- 1869: en marzo, Gordon Bennett encarga a Stanley que vaya a buscar a Livingstone.
- 1871: en noviembre, Stanley encuentra a Livingstone en Ujiji.
- 1872: en junio tiene lugar la batalla de Masindi. El mismo año, Burton publica *Zanzibar: city, island and coast* y Stanley publica *Viaje en busca del doctor Livingstone al centro de África*.

- 1873: en mayo muere Livingstone en tierras de la actual Zambia. En junio cierra el mercado de esclavos de Zanzíbar.
- 1874: en junio entierran a Livingstone en la abadía de Westminster, en Londres.
- 1875-1876: Stanley navega por los lagos Victoria y Tanganica, y por el río Lualaba hacia el Atlántico.
- 1881: El Mahdi proclama la Guerra Santa en Sudán.
- 1884: Carl Peters firma tratados con varios jefes indígenas para la colonización alemana de Tanganica. En febrero, Gordon llega a Jartum. Las tropas de El Mahdi sitian Jartum. En octubre muere Mutesa I, rey de Buganda.
- 1884-1885: se celebra la Conferencia de Berlín, que pretende regular la colonización europea de África.
- 1885: en enero cae Jartum y muere Gordon. Muere El Mahdi. Se establece el Protectorado alemán sobre África Oriental.
- 1886: asesinatos de cristianos en el reino de Buganda.
- 1887-1890: expedición de rescate de Emin Pachá.
- 1889: Stanley llega a las Montañas de la Luna. El rey Mwanga es depuesto. Rescate de Emin Pachá.
- 1894: Protectorado británico sobre Uganda.
- 1895: Kenia, Protectorado británico.
- 1896: llegada de los primeros colonos blancos a Kenia. Se inicia la construcción del Lunatic Express.
- 1898: Kitchener derrota a las tropas mahdistas en la batalla de Omdurman.
- 1899: los reyes Kabarega, de Bunyoro, y Mwanga, de Buganda, son deportados a las islas Seychelles.
- 1901: el Lunatic Express llega al lago Victoria.
- 1913: Karen Blixen llega a Kenia.
- 1914: se inicia la Primera Guerra Mundial. Tiene lugar la batalla del lago Tanganica.
- 1918: final de la Primera Guerra Mundial. Derrota alemana en Tanganica. Los alemanes entregan sus tierras a los británicos.
- 1931: Karen Blixen regresa a Dinamarca desde Kenia.
- 1941: se funda en Nairobi el primer Parque Nacional de Kenia.

1950-1959: rebelión Mau Mau en Kenia.

1961: independencia de Tanganica.

1962: independencia de Uganda.

1963: independencia de Kenia.

1964: revolución en Zanzíbar. Tanganica y Zanzíbar se unen bajo el nombre de Tanzania.

PREFACIO

África siempre me ha atraído. Recuerdo que, de niño, los libros que más despertaban mi imaginación eran los que se desarrollaban en algún escenario africano, empezando por *Cinco semanas en globo*, de Julio Verne, y siguiendo con *Las minas del Rey Salomón*, de H. Rider Haggard, *Las cuatro plumas*, de A. E. W. Mason, algunas novelas de Emilio Salgari y la serie *Tarzán*, de Edgar Rice Burroughs. La selva, el desierto, la sabana, las palmeras, los baobabs, las tribus, los poblados de chozas, la fauna salvaje y las ciudades perdidas tenían la capacidad de transportarme a un territorio en el que todo, absolutamente todo, parecía posible.

Ya de mayor, África me siguió atrayendo, aunque por razones muy diferentes. De entrada, por el fuerte contraste que supone con respecto a Europa y por su interesante historia llena de claroscuros. Y también, claro está, por la naturaleza de gran formato, por la espontaneidad y generosidad de sus gentes y porque sigue siendo el lugar ideal para la aventura, tal como puede verse en los relatos de los grandes exploradores del siglo XIX, como David Livingstone, Richard Burton, John Speke, Henry Stanley y Mungo Park, o en la obra de escritores como Joseph Conrad (*El corazón de las tinieblas*), Ernest Hemingway (*Verdes colinas de África*), Isak Dinesen (*Memorias de África*) y Laurens van der Post (*El mundo perdido del Kalahari*), entre muchos otros.

Tengo comprobado que con solo mirar el mapa de África se me disparan las ganas de viajar. Supongo que esto se debe a que ya en mi primer viaje descubrí que este continente consigue despertar en mí algo que la civilización occidental había dejado en suspenso: una parte más intuitiva que racional que durante mucho tiempo permaneció anquilosada en algún rincón olvidado de mi mente.

Me identifico en este sentido con lo que escribió Joseph Conrad en *El corazón de las tinieblas*: «Debo decir que de muchacho sentía pasión por los mapas. Podía pasar horas enteras reclinado sobre Sudamérica, África o Australia, y perderme en los proyectos gloriosos de la exploración. En aquella época había en la tierra muchos espacios en blanco, y cuando veía uno en un mapa que me resultaba especialmente atractivo (aunque todos lo eran), solía poner un dedo encima y decir: cuando crezca iré aquí». Es evidente que hoy ya no quedan espacios en blanco, pero los mapas, sobre todo los de África, siguen despertando en mí unas irreprimibles ganas de viajar.

He perdido la cuenta de las veces que he ido a África, pero sé muy bien que en cuanto tengo en mis manos el billete que anuncia un nuevo viaje me invade una euforia difícil de controlar, quizás porque soy consciente de que África me ha enseñado a conocerme mejor, a descubrir otra forma de vida, a aprender de los otros y a vivir la vida con más intensidad.

Una de las cosas que más me gustan de África es que a menudo te rompe los esquemas y te obliga a reflexionar sobre las prioridades de la vida. Allí no tardas en darte cuenta de que el tiempo no se mide como en Europa, de que la acumulación de cosas materiales carece de sentido y de que cada día puede ser una aventura.

La visión de la espectacular fauna africana, por otra parte, tiene la virtud de trasladarnos de algún modo a la Prehistoria y de sumergirnos en una espectacular naturaleza en la que los majestuosos baobabs se asientan con vocación de catedrales y la inmensidad de la sabana se postula como una maravillosa invitación al infinito. En Europa tenemos un paisaje antiguo, repleto de historia y de cultura y punteado por ermitas y castillos, mientras que en África es la naturaleza la que marca la pauta, hasta el extremo de que el hombre se siente allí muy poca cosa.

Está claro que los viajes que merecen la pena son los que te cambian, y es difícil seguir siendo el mismo después de viajar a África. Hablo de un viaje largo, por supuesto, no de una escapada de unos pocos días.

Es cierto que África, aparte de tener muchas cosas maravillosas, es también un continente marcado por la miseria, en el que afloran a menudo las desigualdades y las injusticias, con imágenes lacerantes de gente que sufre hambrunas y de refugiados y desplazados por guerras que se eternizan, pero

conviene recordar que es también una tierra en la que la solidaridad se expresa de un modo más generoso que en Europa. Y no pienso ahora en las ONG, perdidas a veces en un mar de burocracia y de gastos superfluos, sino en la generosidad que protagonizan día a día personas anónimas que ayudan al otro sin pedir nada a cambio.

Una de las primeras cosas que aprendí en África es que improvisar no tiene por qué ser malo y que nunca hay que tener prisa por llegar. Y es que allí, por mucho que programes un viaje, lo imprevisto acaba casi siempre por imponerse. «*Expect always the unexpected*», solía decirme un amigo tanzano. Y tenía razón. Acostumbrados como estamos los europeos a estar siempre pendientes del reloj y de un rígido programa, África nos da la oportunidad de dejarnos ir y de aprender a colaborar con lo inevitable. Lo bueno es que allí casi todo se complica por norma, pero al final acaba arreglándose.

Beryl Markham, una aviadora británica que vivió casi toda su vida en Kenia, resume muy bien lo que es África en *Al oeste con la noche*, un libro de 1942 que es para mí de lo mejor que se ha escrito sobre este continente: «África es mística, es salvaje, es un infierno abrasador; es un paraíso para el fotógrafo, un Valhalla para el cazador, una Utopía de evasión. Es lo que quiera cada cual y soporta todas las interpretaciones. Es el último vestigio de un mundo muerto o la cuna de un mundo nuevo y brillante. Pero para muchos, como para mí, es solo *el hogar*. Es todas estas cosas menos una: nunca es aburrida».

Mi aviadora africana preferida escribió también que puede haber tantos libros sobre África como miradas hay sobre el continente. Cada uno se fabrica su imagen de África a partir de cómo le ha ido el viaje. «Hay tantas Áfricas como libros se han escrito sobre ella», escribió. «Y son tantos que darían para leer durante toda una vida de ocio.»

Es cierto que hay muchos libros sobre África, como también lo es que se publicarán muchos más para tratar de expresar la magia de este fascinante continente. Este es, pues, tan solo otro libro sobre África, una mirada personal sobre este continente que me fascina, centrada en este caso en su parte más oriental: Kenia, Tanzania, Uganda y el Congo, unas tierras que acogieron en el

siglo XIX algunos de los grandes logros de la exploración y donde todavía es posible asistir al gran espectáculo de una naturaleza única y de una maravillosa fauna que hace ya muchos años que se extinguió en Europa.

PRIMERA PARTE

ZANZÍBAR

DESDE LA TERRAZA DEL AFRICA HOUSE

La terraza del Africa House, antiguo club de los oficiales británicos en la isla de Zanzíbar, es el lugar ideal para contemplar la puesta de sol en Stone Town. Allí se concentraban los *hippies* la primera vez que estuve en la isla, en los años noventa, con una cerveza Kilimanjaro sobre la mesa, un porro en la mano y una sonrisa líquida en los labios. Me gustaba el desorden que reinaba en aquella terraza, y también la variedad de modelos de sillas (no había dos iguales), el andar cansino de unas camareras que no disimulaban sus nulas ganas de trabajar y el buen rollo que solía flotar en el ambiente.

El paisaje que se divisaba, de tan perfecto parecía un decorado: un mar azul turquesa que se iba tiñendo sin prisa de dorado, un sol que naufragaba en un apocalipsis de nubes rojizas, un *dhow* que paseaba a contraluz su elegante vela latina y la isla de la Prisión rompiendo la línea del horizonte con un penacho de palmeras que parecía escapado de un dibujo de paraísos tropicales. Cuando el ocaso lo merecía, la sociedad *hippy* de Zanzíbar tenía a bien celebrarlo con un aplauso sin estridencias y unas dosis extras de humo.

Zanzíbar ha cambiado mucho desde entonces. Con la llegada del siglo XXI, el turismo de masas desembarcó en la isla y el Africa House se convirtió en un hotel de lujo donde porteros uniformados impiden el paso a haraganes y sospechosos de *hippismo*. La clientela, ahora más elegante, sigue gozando de atardeceres sublimes, pero la cerveza ha cedido el paso a cócteles sofisticados, los porros han sido desterrados por espurios y se considera vulgar aplaudir la magia de la puesta de sol.

Sea como sea, pienso que el Africa House es un buen lugar para empezar un libro sobre África. El nombre, de entrada, lo acredita. El edificio de gruesos muros encalados se construyó en 1888 y es fácil imaginar en sus amplios salones a sudorosos oficiales británicos, acompañados de sus lánguidas esposas, combatiendo el calor y el tedio del trópico a base de *gin-tonics*, una bebida con quinina avalada por el Imperio británico como ideal contra la malaria, y unas dosis más o menos civilizadas de adulterio.

El elegante baile de Nochevieja, que congregaba antaño a la colonia más selecta de la isla, era la gran cita anual del Africa House. En 1964, sin embargo, con el fin del Protectorado, los británicos abandonaron la isla, el glamur se esfumó y el histórico edificio entró en una lenta decadencia que solo cesó cuando inversores extranjeros decidieron restaurarlo y decorarlo con muebles de estilo supuestamente africano, costosas telas orientales, lámparas marroquíes y clientes de elevado poder adquisitivo.

La primera vez que viajé a Zanzíbar fue persiguiendo el rastro volátil de un sueño. Llevaba un par de semanas recorriendo el norte de Tanzania cuando una noche soñé con una larga playa de arena blanca, luz cegadora y palmeras que se inclinaban suavemente sobre un maravilloso mar azul turquesa. Cuando me desperté, eché una ojeada al mapa y enseguida supe cuál sería mi próximo destino: Zanzíbar.

La visión del nombre fue suficiente para evocar aquella isla con forma de lágrima que formó parte de mis sueños de adolescencia. Había cometido el pecado de olvidar Zanzíbar, pero de repente la isla regresaba con fuerza, como una promesa de felicidad a corto plazo. Empaqueté mis cosas, me despedí de mis amigos de Arusha y me dirigí a la caótica estación para subirme a un autobús que me llevara hacia el sur.

Fue aquel un viaje muy africano, en un autobús destartado inmerso en una somnolienta monotonía que se encargó de romper un inoportuno pinchazo que el conductor y su ayudante tardaron más de una hora en arreglar. Los resignados pasajeros nos refugiamos bajo la generosa sombra de una gran acacia, desde donde podíamos ver cómo el tiempo se deshacía en pedazos. Hacía mucho calor, había moscas por todas partes y no parecía que quedara

lugar para el optimismo, pero mientras yo me lamentaba de nuestra mala estrella, un tanzano comentó con una sonrisa: «Hemos tenido suerte de pinchar cerca de esta acacia». Sus palabras me demostraron, una vez más, que los africanos prefieren casi siempre ver el lado positivo de las cosas. Sin la sombra de aquella acacia, era evidente que la larga espera hubiera sido mucho peor.

Cuando con la última luz del día llegamos a Dar Es Salaam, la capital de Tanzania me pareció un gran zoco desordenado y polvoriento, con calles llenas de socavones, coches destartados, la estatua de un *askari* perdida entre el intenso tráfico, una multitud que caminaba con prisa y degradados edificios coloniales.

Pasé la noche en una maltrecha pensión de Maktaba Street y al día siguiente me embarqué en un viejo ferri de fabricación soviética que me llevó en unas tres horas al destino soñado: Zanzíbar.

Ansioso por ver la isla, permanecí en cubierta durante toda la travesía. Al llegar a alta mar, el mar se pobló de unos mínimos islotes coralíferos; algunos eran tan solo un brazo de arena blanca que asomaba al bajar la marea como una tierra secreta provista de un extraño fulgor, con estrellas de mar y trozos de coral esparcidos como al azar, pero también los había con tan solo una o dos palmeras que eran como un boceto mínimo del paraíso.

Zanzíbar se anunció primero como una fina línea de sombra apenas intuida en el horizonte, pero fue cobrando entidad poco a poco hasta definir el perfil de una costa baja, iluminada por una lechosa luz tropical que envolvía palmerales, playas, cabañas y palacios con un velo sutil que parecía rescatar el paisaje de un sopor inmemorial. Cerré los ojos y afiné el olfato, tratando de detectar el olor a especias que, según los cronistas antiguos, guiaba a los navegantes en el pasado, pero solo me llegó un fuerte hedor a petróleo. Aprendí la lección: el paso del tiempo puede ser inmisericorde, incluso en las islas soñadas. Por fortuna, el navegar de los *dhow*s —faluchos de vela triangular que se deslizan inclinados sobre el agua— evocaba los tiempos en que Zanzíbar era un paraíso lejano.

Confieso que experimenté cierta decepción cuando, con la mochila a la espalda, eché a andar por los alrededores del puerto. No podía ser que Zanzíbar fuera aquel desorden de casas ruinosas y de hierros oxidados; incluso la playa, repleta de escombros y despojos, hedía como un inmundo vertedero. Seguí caminando, sin embargo, hasta llegar a Stone Town, la parte de la capital bautizada siglos atrás como Ciudad de Piedra para distinguirla de los poblados de chozas en los que vivía la población suajili.

Allí todo cambió. Sentí un leve escalofrío, como si me estuviera adentrando en el dominio incierto de los sueños, y descubrí alborozado que aquel laberinto de calles angostas encerraba el Zanzíbar de mi imaginario adolescente. Allí estaba, por fin, la isla exótica en la que se mezclaban los ecos de un glorioso pasado árabe con las raíces africanas, el rastro de la efímera presencia portuguesa y los palacios levantados por los sultanes omaníes. Zanzíbar me pareció una isla al margen del tiempo donde no debía de ser extraño cruzarse con aventureros como el gran Corto Maltés.

Deambulé sin mapa por Stone Town, fascinado por los angostos callejones, los jardines secretos, los palacios orientales, las ventanas con celosías y las grandes puertas de madera noble, hasta que desemboqué en una plazoleta presidida por un palacio que me subyugó: el Spice Inn. Era, según me dijeron, una de las pensiones más antiguas de la isla, aunque, como tantos otros edificios, llevaba bastante tiempo en declive. De todos modos, sus cinco plantas pintadas de azul celeste, con largos balcones de madera alineados en la fachada, desprendían un encanto oriental al que no supe resistirme.

—Solo nos queda libre la *suite* —me indicó en recepción un muchacho desgarbado tras repasar una gran libreta llena de notas y tachaduras.

Pensé, dado lo exiguo de mi presupuesto, que allí terminaba mi relación con el Spice Inn, pero cuando me informó del precio —veinte dólares— no dudé en registrarme.

Mientras el muchacho copiaba mi nombre con una lentitud exasperante, a una velocidad similar a la de una cucaracha que se paseaba con descaro por encima de la mesa, me fijé en que el calendario de pared llevaba dos años de retraso y que los escasos libros de los estantes, con las páginas comidas por las polillas, eran ajadas ediciones inglesas de los años veinte y treinta. Por lo visto, la época dorada del hotel se remontaba al tiempo del Protectorado

británico, cuando comerciantes europeos que podrían haber escapado de una novela de Joseph Conrad hacían escala en la isla para comprar especias o para quién sabe qué asuntos inconfesables.

Cuando por fin conseguí abrir el herrumbroso candado de la *suite*, me encontré con un amplio y desordenado espacio, con varias ventanas de arco oriental, un suelo de madera maltratada por la humedad, dos camas con mosquiteras agujereadas, un tresillo que no encajaba con nada y un ventilador que daba vueltas con una evidente desgana, como si estuviera agonizando.

No puedo decir que fuera la habitación más acogedora del mundo, pero desde el primer momento me gustó su halo de decadencia, la idea que transmitía de que aquello era más un decorado de tiempos pretéritos que un lugar real. El mundo animal estaba representado por unas cucarachas, sin duda parientes de la que había visto en recepción, y una nube de mosquitos que parecían estar afilando sus armas ante la cercanía de la noche.

La larga balconada de madera compensaba, por fortuna, tanta dejadez. Me senté en una silla coja y permanecí allí, acodado en la barandilla, durante más de una hora, atento al vibrante latido de Stone Town y embelesado ante una vista que desembocaba en un mar de un deslumbrante azul que se intuía a lo lejos, entre un desorden de tejados de lata oxidada que ilustraba hasta qué punto Zanzíbar se sitúa a medio camino entre un sueño erigido durante siglos y la dura realidad del presente africano.

NAVEGANTES, NEGREROS, ESCLAVOS Y SULTANES

La llamada a la oración del muecín de una mezquita cercana me despertó cuando aún no había ni salido el sol. Saludé con un gruñido a los mosquitos que me habían amenizado la noche, me asecé en un lavabo del que salía tan solo un hilo de agua, fría por supuesto, y desayuné con vistas a una plaza que empezaba a cobrar vida lentamente, como si se desperezara. Escolares uniformados y mujeres con saris de colores vivos caminaban deprisa, mientras jóvenes musculosos empujaban en dirección al mercado unas aparatosas carretillas abarrotadas de mercancías.

Con el nuevo día, los comercios se disponían a abrir sus puertas y los gatos dejaban de hurgar en los escombros para refugiarse tras las tapias de los jardines, mientras unos pocos turistas madrugadores iban a la caza, cámara en ristre, de la mágica luz del alba.

Salí a la calle decidido a sumergirme en Stone Town, una ciudad que, lejos del urbanismo de tiralíneas impuesto por la modernidad, parece responder al esquema laberíntico surgido del garabato de un loco; un caos que desorienta y que estalla en momentos de gran belleza cuando ves la luz que entra al bies en un callejón, los árboles tropicales que asoman por encima de las tapias, las trabajadas celosías o las pesadas puertas de teca de los palacios, con tachones de latón concebidos tiempo atrás para rechazar una hipotética carga de elefantes.

Hay casas de Stone Town que parecen tener tatuadas en sus desconchados muros historias que se funden con leyendas, con ecos lejanos en los que se mezclan la memoria del infame tráfico de esclavos y las maravillas de *Las mil*

y una noche. Sucede, por ejemplo, en la casa de Tippu Tib, a pocos pasos del Africa House.

El alias de Tippu Tib, que dicen que surgió del ruido de las balas que solía disparar, corresponde a un traficante árabe llamado Hamed bin Mohammed el Marjebi. Nació hacia 1832 y a los dieciocho años ya participó en expediciones para *cazar* negros en el interior del continente. Con el tiempo se convirtió en uno de los mayores traficantes de esclavos y de marfil de Zanzíbar, tal como él mismo cuenta en la autobiografía que escribió en suajili, donde revela, entre otras muchas cosas, que hacía el amor un mínimo de dos veces al día. Dado que conocía muy bien el continente, hizo de guía en expediciones de grandes exploradores, como David Livingstone y Henry Stanley. A su muerte, en 1905, poseía, además de la casa de Stone Town, siete plantaciones de especias y más de diez mil esclavos.

La riqueza de personajes como Tippu Tib, y de la isla de Zanzíbar en general, tiene su origen en algo tan etéreo como son los alisios, unos vientos que soplan del nordeste de noviembre a febrero, y del suroeste de abril a septiembre. Gracias a ellos, árabes e indios pudieron navegar siglos atrás desde el golfo Pérsico y la India hasta las costas de Zanzíbar. Por su situación privilegiada, muy cerca de la costa de África y en la ruta de las especias, Zanzíbar no tardó en convertirse en un destacado emporio comercial.

Los navegantes portugueses convirtieron Zanzíbar en plaza fuerte en el siglo XVI, aunque en 1698 fueron desplazados por los omaníes, que hicieron de la isla una gran base para el tráfico de esclavos. Los gruesos muros del contundente fuerte construido junto al mar en Stone Town siguen recordando aquellos tiempos.

Cada vez que se intenta profundizar en el pasado reciente de África, aparecen el tráfico de esclavos, las hazañas de los exploradores y el expolio del continente por parte de unos imperios que acabaron por imponer unas fronteras coloniales que respondían más a sus intereses comerciales que a la auténtica realidad africana.

La catedral anglicana de Zanzíbar es un buen escenario para recordar la trata de esclavos. Se empezó a construir en 1873, cuando el sultán, presionado por los británicos, ordenó el cierre del mercado de esclavos que

se celebraba allí mismo. Es más, dicen que el altar se levanta justo donde se encontraba el poste al que ataban a los esclavos para azotarlos.

Para ahondar en la infamia, pueden visitarse cerca de la catedral las tétricas mazmorras donde se hacinaban los esclavos, y a media hora en barca de Stone Town, la isla de Changuu, conocida como de la Prisión. Esta pequeña isla es hoy una reserva natural, pero estremece pensar que justo allí, donde los turistas toman el sol, fotografían tortugas gigantes y bucean en busca de coral, los traficantes encerraron durante muchos años a los esclavos antes de venderlos y enviarlos a trabajar a las lejanas plantaciones de América.

Entre 1800 y 1873 se vendían en Zanzíbar unos cuarenta mil esclavos cada año. Más allá de las cifras, sin embargo, es bueno poner el foco en el detalle. El cónsul británico, Christopher Rigby, escribió hacia 1862 que los esclavos llegaban allí en un estado deplorable, «a punto de morir de hambre». «Algunos fallecían en la Aduana o en las calles», añade. «Los que no parecía que fueran a recuperarse eran abandonados a bordo para que murieran, así el propietario se ahorrraba el impuesto que tenía que pagar por los que desembarcara.»

Unos años antes, en 1844, el comerciante norteamericano Michael Shepard lo vio así: «A menudo se amontona a un millar de esclavos en un espacio que apenas contendría igual número de sacos de arroz (...) Cuando llegan a Zanzíbar para su venta, se les descarga como se haría con un rebaño de ovejas, y se arroja a los muertos por encima de la borda para que se los lleve la marea».

Otro testigo, el británico Thomas Smee, describió en 1811 el ritual de la venta por las calles de Stone Town con estas palabras: «El espectáculo empieza hacia las 4 de la tarde. Los esclavos, con la piel limpia y bruñida con aceite de coco, el rostro pintado con rayas blancas y rojas, que aquí se consideran elegantes, y las manos, narices, orejas y pies adornados con una profusión de brazaletes de oro y plata, se alinean por orden de tamaño y edad. Al inicio de la fila, compuesta por gentes de todos los sexos y edades, de seis a sesenta años, camina el propietario; detrás y a ambos lados, van dos o tres esclavos domésticos, armados con espadas y lanzas, que ejercen de guardias».

«La procesión», continúa Smee, «pasa por el mercado y las calles principales, con el propietario recitando una cantinela en la que proclama las buenas cualidades de sus esclavos y los altos precios que le han ofrecido por ellos. Cuando un espectador se fija en uno, la fila se detiene y empieza un examen a fondo que, por su minuciosidad, no lo iguala en Europa ningún mercado de ganado. Cuando el potencial comprador ha comprobado que no hay defectos ni en el habla ni en el oído, que no hay enfermedades a la vista, y que el esclavo no ronca cuando duerme (lo que se considera falta grave), procede a examinar a la persona; primero, boca y dientes, y después las restantes partes del cuerpo, sin exceptuar los pechos y otras partes de las chicas, muchas de las cuales son toqueteadas de un modo indecente por sus compradores.»

«Por supuesto que se dan todas las razones para creer que los traficantes de esclavos, por lo general, fuerzan a las chicas a someterse a su lujuria antes de venderlas», subraya Smee. «A continuación, el esclavo tiene que caminar o correr un trecho para probar que no tiene defectos en los pies y, si hay acuerdo en el precio, se le quitan sus adornos y se entrega al nuevo amo. He observado, por lo general, que tienen un aspecto muy abatido: algunos grupos estaban tan mal alimentados que sus huesos parecía que iban a perforar la piel. A la vista de estas escenas, uno reacciona con piedad e indignación.»

Cuando el tráfico de esclavos se hizo insostenible en Zanzíbar, el sultán Said fomentó como alternativa las plantaciones de clavo. Dictó para ello una ley que sancionaba con la confiscación de las tierras a quien no cumpliera con la norma de plantar tres árboles de clavo por cada cocotero. Gracias a esta política, la isla se convirtió a finales del siglo XIX en el primer productor mundial de esta especia.

Si bien fue el sultán Said quien en 1832 decidió fijar en Zanzíbar la capital del sultanato, en 1856 su muerte originó una disputa por el trono que acabó cinco años después con la partición en dos sultanatos independientes: Omán y Zanzíbar. Fueron aquellos unos años decisivos para la isla, pero el legado omaní lo vemos hoy sobre todo en los palacios que construyó el sultán Bargash, que gobernó unos años después, entre 1870 y 1888. Admirado por lo

que había visto en sus viajes por Europa y la India, Bargash construyó varios palacios en la isla, entre ellos el de Beit el-Ajaib, conocido como la Casa de las Maravillas, el primer edificio con electricidad de África Oriental.

La princesa Salme, hija del sultán Said y hermana del sultán Bargash, dejó un interesante testimonio de la vida en los palacios omaníes en *Memorias de una princesa de Zanzíbar*. Salme, que se fugó a Europa en 1866, a los veintidós años, para casarse con un comerciante alemán, cuenta en el libro su infancia feliz en el palacio de Beit Il Mtoni, hoy en ruinas. «No creo que exagere al decir que unas mil personas vivían en Beit Il Mtoni», escribe. «La cifra no tiene nada de extraordinaria en Oriente, donde es normal tener un servicio considerable cuando se es rico y se tiene un rango elevado.»

La huida de Salme de Zanzíbar tuvo tintes novelescos. Tras quedarse embarazada del comerciante alemán Heinrich Ruete, intentó colarse de polizón en uno de los barcos de la compañía de su futuro esposo, pero un criado la traicionó y su hermano la recluyó en palacio. Su destino era morir lapidada, pero logró escapar gracias a la ayuda de un capitán británico, Thomas Paisley, que la camufló en su barco para que pudiera escapar a Alemania, donde se casó con Ruete y tuvo tres hijos.

Sorprende la visión negativa que tiene la princesa Salme de la abolición de la esclavitud, que llegó cuando ella era una niña en Zanzíbar. «Un buen día todos ellos quedaron libres y los propietarios arruinados», escribe. «Había escasez de trabajadores, no había quien labrara los campos y, por lo tanto, no obtenían ningún rendimiento. Nuestra isla tuvo de pronto la dudosa suerte de encontrarse de repente con dos mil personas desocupadas, vagabundos y ladrones. Estos hombres libres interpretaron que la esencia de su libertad consistía en no tener que trabajar nunca más.»

También siembra el desconcierto cuando escribe que «los árabes sienten por los europeos un gran recelo» y «añoran los tiempos felices en que estaban a salvo de sus ideas revolucionarias». Consecuencia: «Hoy creen que se pretende la abolición de la esclavitud con el único objetivo de arruinarles a ellos y hacer daño al islam».

El padre de Salme, el sultán Said, tenía al morir setenta y cinco esposas y treinta y seis hijos. En 1885, casi veinte años después de su huida, Salme regresó a Zanzíbar a bordo de un barco de guerra alemán, el *Adler*, escoltado

por cuatro cruceros. Aunque ella lo describe en sus memorias como una visita particular, en realidad se trataba de una maniobra del canciller alemán, Bismarck, para forzar al sultán de Zanzíbar a ceder a Alemania unos territorios en la costa tanzana. Si no lo hacía, amenazó con derrocarlo y sentar en el trono a Rudolph, el hijo medio alemán de Salme.

El sultán Bargash acabó cediendo ante Bismarck, pero se negó a recibir en palacio a la princesa. «Ya no tengo hermana», dijo. «Murió hace muchos años.» Nunca le perdonó su huida y la renuncia a los orígenes. Y aunque es cierto que renunció, la nostalgia nunca la abandonó. A su muerte, en 1924, sus hijos encontraron entre sus posesiones una bolsita con arena de Zanzíbar.

La visita a la Casa de las Maravillas, que hoy alberga el Museo de Historia y Cultura de Zanzíbar, producía hace años una desconcertante impresión, ya que muchas de sus salas estaban vacías, como si habitaran en ella los fantasmas de un tumultuoso pasado. Merecía la pena, sin embargo, salir a la amplia terraza para contemplar el azul luminoso del mar, los islotes más próximos y la oxidada armonía de los tejados de Stone Town.

Este palacio es un buen lugar para recordar la guerra que enfrentó el 27 de agosto de 1896 a zanzibaries y británicos. Todo empezó con la muerte, el 25 de agosto, del sultán Hamed ben Thuwaini. Le sucedió Khaled ben Bargash, pero el candidato de los británicos era Hamed ben Mohamed. Decididos a defender sus intereses, los británicos lanzaron un ultimátum a Khaled y, al ver que se hacía fuerte en su palacio, enviaron a Zanzíbar varios barcos de guerra. En un bombardeo que duró solo unos pocos minutos, los británicos hundieron el yate real y causaron destrozos en varios palacios, entre ellos la Casa de las Maravillas.

Fue aquella una guerra muy desigual, con quinientas víctimas en el bando zanzibari y solo un herido en el bando británico. Khaled se rindió a los cuarenta y cinco minutos de iniciada la guerra, aunque algunas fuentes rebajan la cifra a treinta y ocho. Sea como sea, está considerada la guerra más breve de la historia.

A partir de este incidente, el sultanato de Zanzíbar se convirtió en Protectorado británico. Fueron los mejores años del Africa House, hasta que setenta años después, en 1964, Abeid Karume hizo estallar la revolución en la isla y se convirtió en el primer presidente de Zanzíbar, acabando con cerca de quinientos años de dominio omaní. Karume era líder del partido que aglutinaba a la población negra de la isla (un 80% de los habitantes) y había conseguido mayoría en las últimas elecciones. El Gobierno, sin embargo, lo había formado el Zanzibar Nationalist Party, el partido de la minoría árabe (un 20 % de la población), que tenía el apoyo de Londres. Indignados, los africanos organizaron una revuelta y depusieron el gobierno de los árabes.

Tres meses después nació la República de Tanzania, que unía a Tanganica con Zanzíbar. A partir de entonces, ya nada sería igual en Zanzíbar.

DE LOS EXPLORADORES AL TURISMO DE MASAS

Me gusta ir a cenar a los jardines Forodhani cuando estoy en Zanzíbar. Allí, en la agradable plaza que se abre entre la Casa de las Maravillas y el mar, se instalan cuando cae la tarde muchos tenderetes que ofrecen, a la luz de las lámparas de gas, comida de todas las procedencias. Y es que también en gastronomía se evidencia la mezcla de culturas de Zanzíbar. Allí puedes comer desde samosas indias hasta pinchos morunos, desde pescado con salsa de coco a gambas al curry, pasando por la llamada pizza de Zanzíbar, una mezcla de pizza y tortilla, con pasta muy fina rellena de carne especiada, tomate, cebolla y pimiento; se le echa un huevo encima mientras se hace a la plancha y listos. Las frutas tropicales, los cocos y el zumo de caña de azúcar, con un poco de lima y jengibre, acaban de redondear la fiesta bajo el gran árbol que domina la plaza.

La masificación de los últimos años ha hecho que en temporada alta sea difícil caminar entre los tenderetes de Forodhani, pero a mí me sigue gustando ir allí, por la cercanía del mar y porque sopla al atardecer una agradable brisa que mitiga el calor húmedo del trópico.

Muy cerca de los jardines se encuentra otro edificio evocador de Stone Town: el que fue consulado británico en Zanzíbar entre 1840 y 1871. La última vez que lo vi lo ocupaban unas oficinas gubernamentales y su fachada, ennegrecida por la humedad, indicaba que no pasaba por su mejor momento.

—*Burton and Livingstone were here!* (¡Burton y Livingstone estuvieron aquí!) —me insistía un aspirante a guía cuando vio que me fijaba en el edificio.

Lo repitió tantas veces que llegué a pensar que se lo estaba inventando, igual que el día anterior alguien me había intentado engatusar mostrándome una falsa casa del cantante Freddy Mercury, nacido en Zanzíbar en 1946. Pero no, en este caso el hombre tenía razón: una vieja placa confirmaba que en aquella casa vivieron durante unos días, en distintas épocas, David Livingstone, John Speke, Richard Francis Burton, James Augustus Grant y John Kirk, un buen elenco de exploradores. Es más, en el viejo consulado se veló en 1873 el cadáver de Livingstone, a la espera de embarcarlo con destino a Londres, donde sería enterrado con todos los honores en la abadía de Westminster.

—¿Y quiénes eran Burton y Livingstone? —le pregunté al hombre para tratar de desencallar su cantinela.

—Mmm... No lo sé —confesó con una ingenua sonrisa tras unos segundos de desconcierto—, pero le juro que estuvieron aquí.

Zanzíbar, la isla palimpsesto, fue también base de las expediciones que fueron en busca de los misterios que todavía ocultaba África. Los exploradores británicos empezaron a llegar a Zanzíbar a mediados del siglo XIX, unos años después de que en 1830 se fundara en Londres la Royal Geographical Society (RGS), una institución que había absorbido, entre otras, a la Association for Promoting the Discovery of the Interior Parts of Africa, fundada en 1788 por Joseph Banks, el botánico que acompañó al capitán James Cook en el *descubrimiento* de Australia.

De todos los misterios que quedaban por descifrar en África en aquella época, el principal era el de la fuente del Nilo. Según el geógrafo griego Claudio Ptolomeo, que recogió en el siglo II en Alejandría el relato de un viajero llamado Diógenes, el Nilo nacía en las Montañas de la Luna, un lugar remoto del centro del continente. En los siglos que siguieron, varios aventureros intentaron llegar allí, pero el corazón de África persistió en los mapas como un inmenso espacio en blanco.

Los navegantes españoles y portugueses contribuyeron, entre los siglos XVI y XVII, a trazar el mapa de las costas de África, pero para desentrañar los enigmas del interior hubo que esperar al XIX. África intrigaba y fueron unos

cuantos exploradores británicos —Burton, Speke, Grant, Baker, Livingstone y Stanley, entre otros— quienes, partiendo de la isla de Zanzíbar, organizaron expediciones que les llevarían, por las rutas abiertas por los traficantes de esclavos y de marfil, al inexplorado corazón del continente.

El descubrimiento de las fuentes del Nilo, culminado en 1862 por Speke, y el encuentro entre Stanley y Livingstone a orillas del lago Tanganica, en 1871 —«El doctor Livingstone, supongo»—, nacieron de expediciones que partieron de Zanzíbar. El cónsul británico John Kirk, que estuvo destinado en la isla entre 1870 y 1886, y que años antes había acompañado al doctor Livingstone como botánico en una expedición por el río Zambezi, jugó un papel destacado en aquel tiempo, tanto en lo que se refiere a acabar con el tráfico de esclavos como a prestar apoyo a los exploradores.

De aquel puñado de selectos exploradores, Richard F. Burton (1821-1890) era el que parecía, en principio, el más preparado para desentrañar el enigma del gran río. Educado en Francia, Italia y Oxford, y curtido durante siete años en el Ejército británico en la India, tenía una extraordinaria facilidad para aprender lenguas; llegó a hablar veintinueve y doce dialectos europeos, asiáticos y africanos, y tradujo al inglés por primera vez *Las mil y una noches* y el *Kamasutra*. Durante sus años en la India convivió con un grupo de monos con la idea de descifrar su lenguaje.

En 1853 Burton se convirtió en uno de los primeros europeos que logró entrar en la ciudad santa de La Meca. Un año después, con Speke como lugarteniente, exploró el Cuerno de África, una zona conflictiva en la que, en un enfrentamiento con tribus locales, Speke sufrió once heridas por todo el cuerpo y Burton vio cómo una lanza le atravesaba ambas mejillas, arrancándole un par de muelas y rompiéndole el paladar. La herida le dejó una cicatriz que contribuyó a realzar su leyenda de aventurero en la puritana sociedad victoriana, que no veía con buenos ojos la tendencia de Burton de relatar las costumbres sexuales de los países que visitaba y de anotar la dimensión de los penes de algunos indígenas.

Después de participar en la guerra de Crimea, Burton partió para Zanzíbar, donde organizó una expedición financiada por la Royal Geographical Society con el objetivo de explorar un supuesto «mar interior» del continente africano, descrito por traficantes árabes y por algunos misioneros alemanes que habían partido de Mombasa, en la costa de Kenia. En este viaje le acompañaba de nuevo Speke.

Ambos llegaron a Zanzíbar el 19 de diciembre de 1856. Burton tenía 35 años; Speke, 30. En aquel tiempo vivían en la isla unas cien mil personas, entre las que había cinco mil mercaderes árabes que se dedicaban a financiar expediciones al continente en busca de marfil y esclavos.

A su llegada, Burton quedó maravillado al contar hasta sesenta *dhow*s de carga anclados frente a la capital, y consignó en su diario el asombro que le producía ver a los muchos esclavos que había en sus calles, a pesar de que en 1834 la esclavitud ya había sido abolida en el Imperio británico. Escribió: «Hileras de negros permanecían de pie, como bestias, mientras el vendedor gritaba *bazar khush*. Todos estaban atrozmente delgados, con costillas que sobresalían como los círculos de un tonel, y unos cuantos permanecían echados, enfermos. Los más interesantes eran los niños, que sonreían como si de algún modo les complaciera la degradante e indecente inspección a que eran sometidos gentes de ambos sexos y de todas las edades».

Burton, buen observador, añade que a los árabes les desagradaba el olor a jazmín de Zanzíbar, «ya que su aroma deprime al sexo masculino y excita indebidamente al femenino». También apunta que a los árabes les gustaban las negras en la cama, y que sus esposas preferían a los negros por motivos «demasiado fisiológicos para el lector en general».

La comunidad extranjera establecida en Zanzíbar era escasa en 1856 y, según Burton, estaba formada por «un pequeño núcleo de europeos que pretendía cerrar algún buen negocio con urgencia para así poder largarse cuanto antes». El ambiente, a juzgar por las palabras del explorador, no era muy recomendable. «Me sorprende», escribe con ironía, «la combinación de locura y brutalidad de los esposos civilizados que, ansiosos por convertirse en viudos, envenenan, cortan el gáznate o aplastan el cráneo a sus medias naranjas. Esto puede hacerse de modo limpio y silencioso, seguro y respetable, después de respirar durante unos meses el aire de Zanzíbar.»

Burton y Speke permanecieron seis meses en Zanzíbar, preparando la expedición que les llevaría al África de los Grandes Lagos. Burton confiaba contar con ciento setenta hombres, con una aplastante mayoría de porteadores, y contrató para ello a Said ben Salim, un experto caravanero cedido por el sultán, y a sus ayudantes Said Bombay y Mwinyi Mambruki. Todos habían formado parte de las caravanas de traficantes árabes que iban al continente a *cazar* esclavos.

Al norte de Stone Town, cerca del mar, se encuentra la Livingstone House, una casa construida hacia 1860 que también dio cobijo a exploradores y misioneros. Hoy es la sede de la Oficina de Turismo de Zanzíbar, pero cuando la visité años atrás acogía una cochambrosa oficina de Correos. Recuerdo que un hombre dormitaba en la puerta cuando llegué y que, al preguntarle si podía entrar, se encogió de hombros:

—Si quiere... —me dijo—, pero no hay nada dentro.

El hombre, por desgracia, tenía razón. La casa era tan solo un monumento a la burocracia y a la desidia en el que se amontonaban legajos de documentos, cartas nunca enviadas, copias en papel carbón de formularios y decenas de máquinas de escribir desastradas. Del espíritu de Livingstone, ni rastro.

David Livingstone, nacido en Escocia en 1813, se convirtió a los veintisiete años, a base de esfuerzo y perseverancia, en médico y misionero. Su primer destino iba a ser China, pero la guerra del Opio se interpuso en su camino y acabó siendo enviado, en 1840, a Ciudad del Cabo (Sudáfrica). Allí despertó su alma de explorador. Realizó varias expediciones por el desierto del Kalahari y en 1855 descubrió el río Zambezi y unas impresionantes cataratas que bautizó con el nombre de la reina Victoria. Entre 1858 y 1863 emprendió una accidentada expedición por el río Zambezi, en el transcurso de la cual fallecieron su esposa y su hermano. A pesar de las críticas recibidas, en 1865 la Royal Geographical Society confió en él y le encargó ir en busca de las fuentes del Nilo. Tres años antes, en 1862, John Speke había proclamado que el gran río nacía del desagüe del lago Victoria, pero se buscaba una confirmación definitiva.

Livingstone, firme antiesclavista, llegó a Zanzíbar en marzo de 1866 para preparar una gran expedición. Como tantos otros antes que él, chocó con el indigno tráfico de esclavos. «Es como en los viejos tiempos», escribió. «Comer, beber, dormir, dormir, beber, comer, barcos de esclavos que llegan y barcos de esclavos que se van, malos olores... Se la podría llamar *Stinkibar* (del inglés *to stink*, apestar) en vez de Zanzíbar. Al visitar el mercado de esclavos, encontré unos trescientos que iban a ser vendidos... A los adultos se les ve avergonzados de estar expuestos a la venta. Les examinan los dientes, les levantan la ropa para ver sus partes y les echan un palo para que lo vayan a buscar y así ver cómo caminan. Algunos son arrastrados en medio de la multitud mientras gritan su precio.»

Durante sus expediciones por el continente, Livingstone calculó que solo uno de cada cinco esclavos capturados por los traficantes llegaba vivo a Zanzíbar. Es una cifra terrible que refleja la brutalidad con que eran tratados.

En Zanzíbar, Livingstone se asombró ante las lujosas casas que los mercaderes árabes e indios habían levantado en Stone Town y tuvo noticias del rico traficante Tippu Tib. Aunque no le gustara, sabía que para organizar la expedición al continente tenía que pactar con los traficantes de esclavos, que eran los que conocían las rutas y tenían la capacidad para organizar caravanas. Y así lo hizo.

Tres años después, Londres seguía sin tener noticias de la expedición de Livingstone. Fue entonces cuando el periodista Henry Stanley recibió el encargo del director de *The New York Herald*, James Gordon Bennett, de ir en su busca.

Las palabras pronunciadas en París por Bennet, director del *Herald*, son todavía hoy el sueño de muchos periodistas. «Primero asistiréis a la inauguración del Canal de Suez, y desde allí remontaréis el Nilo», le dijo Bennett a Stanley, según escribió el mismo explorador en su autobiografía. «Después podríais ir a Jerusalén; he oído que el capitán Warren está haciendo grandes descubrimientos allí. Luego visitad Constantinopla y averiguar qué clase de conflicto hay entre el jedive y el sultán. A continuación también podéis ir a Crimea y a los antiguos campos de batalla, y por el Cáucaso, podéis llegar al mar Caspio (...) Podéis ir después a la India, cruzando por Persia; en Persépolis podréis escribir un artículo interesante. Bagdad está en

el camino: acercaos y escribid algo sobre el ferrocarril del valle del Éufrates; y después de la India, podéis ir en busca de Livingstone. Quizás para entonces os digan que Livingstone ya está regresando a Zanzíbar, pero si no es así, id al interior y encontradle.»

Tras su largo periplo como enviado especial, Stanley llegó a la isla en enero de 1871. Nueve meses después encontraría, a orillas del lago Tanganica, al misionero perdido. Fue entonces cuando pronunció la frase más famosa y parodiada de la historia de la exploración: «*Doctor Livingstone, I presume*».

A diferencia de otros viajeros de la época, a Stanley le encantó Zanzíbar, que calificó como una de las islas más ricas del Océano Índico. «La imaginaba como un banco de arena con uno o dos pequeños oasis», escribe en *Cómo encontré a Livingstone*, «como un pedazo de Sáhara rodeado por el agua del mar, foco de la fiebre, del cólera y de males sin cuento, con un pueblo de negros ignorantes.» Y añade: «Zanzíbar aparece a la vista del viajero como la más bella de las perlas oceánicas (...) Es el Bagdad, el Isfahán, el Estambul de África Oriental; es el gran mercado donde se acumulan el marfil y el coral, las maderas preciosas y los esclavos de esta región».

El auge de Stone Town se mantuvo hasta finales del siglo XIX, momento en que la isla perdió el dinero que proporcionaba el tráfico de esclavos. Fue entonces cuando Mombasa, en la costa de Kenia, le arrebató el liderazgo comercial. Esto explica la degradación de muchos de sus edificios, a pesar de los millones que invierte cada año en la isla la Fundación Aga Khan.

A raíz de la Revolución de 1964, en la que se registraron miles de muertos en Zanzíbar, la mayoría de los europeos optó por marcharse. Ocho años después, en 1972, el asesinato a tiros del presidente Karume, mientras jugaba a cartas en un bar de Stone Town, aumentó la inestabilidad de la isla, que quedó sumida en la incertidumbre y el caos.

A mediados de los años ochenta, sin embargo, el panorama cambió. Algunos *hippies*, en su constante nomadismo en busca de paraísos en la tierra, empezaron a llegar a la isla y el Gobierno se dio cuenta de las posibilidades turísticas de Zanzíbar. Fue entonces cuando abrió la puerta a unos cuantos

visionarios extranjeros que adquirieron viejos palacios de mercaderes árabes e indios para restaurarlos y transformarlos en hoteles con un inequívoco sabor entre africano y oriental.

El Zanzíbar de los exploradores se había convertido, con el paso de los años, en el Zanzíbar de los turistas. Fue en aquella época cuando llegó a la isla Emerson Skeen, un simpático psiquiatra neoyorkino que moriría de cáncer en 2014. Cuando le conocí, en los noventa, acababa de restaurar en Stone Town, junto con su socio Thomas Green, dos antiguas mansiones que había transformado en el Emerson & Green, un hotel con glamur de dieciséis habitaciones. Lo inauguró a principios de los años noventa y desde el primer momento la terraza con vistas al mar del último piso, con mesas bajas, alfombras y cojines orientales, se convirtió en un *must* de la isla.

—Yo soy de Manhattan —me contó Emerson en uno de los salones de su hotel—, pero ya hace muchos años que vivo en Zanzíbar. Vine a la isla por primera vez en 1981 y me encantó. Volví un par de veces en los ochenta, y en los noventa ya he decidido quedarme.

—¿Por qué?, ¿qué es lo que viste en la isla?

—Supongo que la culpa es de mis lecturas de infancia —sonrió, autoindulgente—. Siempre quise ser Tarzán, pero como no tenía ni el cuerpo ni la edad, decidí montar un hotel en Zanzíbar. Había leído mucho sobre los exploradores del XIX y para mí era una isla mágica. Estoy encantado de vivir aquí.

Emerson compraría unos años después el viejo Spice Inn. Se gastó una fortuna para transformarlo en hotel de lujo, el Emerson Spice, con once *suites* decoradas con gusto y bautizadas con nombres de personajes de las óperas que más le gustaban: Aida, Camilla, Turandot, Mimi, Desdémona... Los precios, siguiendo la tendencia de la isla, se multiplicaron por diez, confirmando la nueva etapa de Zanzíbar: de isla donde se hacinaban los esclavos había pasado a ser base de exploradores británicos y, en poco más de un siglo, en un destino turístico que ofrecía playas de ensueño, un entorno paradisíaco y palacios reconvertidos en hoteles de lujo oriental.

MÍSTER APELLIDOS NOMBRE

Sería un error pensar que Zanzíbar se limita solo a Stone Town. Allí es donde se concentran las piedras nobles y la historia, pero sin sus bellas playas no puede entenderse el atractivo de la isla. Para visitarlas, quise alquilar una moto en mi primer viaje, pero me informaron en una agencia que solo podían ofrecerme una Vespa si tenía el Permiso Internacional de Conducir. Como no lo tenía, un empleado se ofreció para hacer los trámites necesarios para validar mi carnet de conducir español. Le dejé el carnet, pues, y unas horas después me entregaba un formulario mecanografiado, escrito en suajili y con un sello de la Dirección de Tráfico, que autorizaba a circular por la isla de Zanzíbar a «Míster Apellidos Nombre».

Provisto de tan original documento, que diluía mi personalidad hasta dejarla en poco menos que nada, me lancé a la carretera con una vieja Vespa que jadeaba en las cuestas y no se mostraba muy segura en las curvas.

No había circulado ni un par de kilómetros cuando un agente de policía me dio el alto y me pidió el permiso de conducir. Le entregué la documentación recién hecha y, tras estudiarla detenidamente, me preguntó muy serio:

—¿Míster Apellidos Nombre es usted?

Asentí, sintiéndome en aquel momento como el Nadie de *La Odisea*, y le mostré mi pasaporte para que pudiera verificarlo. El agente comprobó que todo encajaba, me felicitó por tener los papeles en regla y me permitió seguir hacia la costa.

Fue un largo viaje por una pequeña isla, sobre todo porque la Vespa se calentaba y me obligaba a detenerme más de lo que habría querido. Sin embargo, aproveché las paradas obligadas para admirar las plantaciones de especias, los cocoteros, los enormes árboles tropicales, algunos poblados y, en el centro de la isla, el bosque de Jozani. Al final, tras superar un largo tramo lleno de baches, llegué al poblado de Paje, que consistía en unas cuantas cabañas junto al mar, diseminadas entre la arena.

—*¡Muzungu!, ¡muzungu!* —gritaba una nube de niños a mi paso.

Aquella era la prueba definitiva de que había salido del cascarón de Stone Town para adentrarme en una África más genuina, esta en la que, hagas lo que hagas, nunca dejas de ser «un forastero blanco», que es lo que significa *muzungu* en suajili.

Tras unas cuantas caídas por culpa de la arena acumulada en algunos tramos del camino, conseguí llegar a mi objetivo: una larga playa de un blanco cegador, con un palmeral a mis espaldas y una luminosa franja de agua que desafiaba todo el espectro del azul. Mar adentro, las olas rompían contra la barrera de coral, pero en la playa reinaba una calma absoluta, con el agua en reposo imitando un espejo.

Me propuse instalarme unos días en la playa para llenarme los ojos de aquel bello paisaje, pero antes de decidirme recorrí en mi Vespa, zigzagueando entre palmeras, los tres pueblos más a mano de la costa este: Paje, Bwejuu y Jambiani.

En Bwejuu encontré justo lo que buscaba, una cabaña en primera línea de mar, al pie de las palmeras. Consistía en una única habitación con un camastro, un estante con grandes caracolas, una mesa vieja e inestable, una ventana abierta al mar, un espejo minúsculo, un par de velas y una caja de cerillas. El suelo era de arena y el techo estaba cubierto con hojas de palmera. Acorde con el estilo Robinson, para ducharme tenía que ir a un chiringuito cercano donde no siempre había agua corriente.

Cuando me pidieron dos dólares por día por la cabaña me sentí el hombre más afortunado del mundo. La alquilé con mi nueva identidad, «Míster Apellidos Nombre», y me instalé en ella convencido de que había llegado al

paraíso: una playa bellísima en la que a primera hora los pescadores se hacían a la mar mientras las mujeres, con turbantes y largos vestidos de colores vivos, recogían las algas que venderían a empresas farmacéuticas.

Mi vida en la playa no tardó en caer en una deliciosa rutina: nadaba por la mañana, me pasaba horas mirando como bajaba y subía la marea, me acercaba a ver lo que traían los pescadores, observaba las maniobras de los *dhow*s, leía libros sobre África y sobre los exploradores, escuchaba música enlatada y charlaba con un vendedor de conchas y collares que cada día recorría la larga playa de arriba abajo en bicicleta. Ahmed, se llamaba.

—¿No te cansa hacer cada día el mismo recorrido? —le pregunté un día.

—No es el mismo —sonrió, mostrándome una hilera de dientes blanquísimos—. Cada día es distinto. Cambia la luz y hay gente nueva.

—Ya, pero no deja de ser la misma playa —me puse en plan chinche.

—Vosotros, los turistas, venís de muy lejos para ver esta isla —volvió a sonreír—. Yo tengo la suerte de haber nacido aquí y de tener esta playa cerca de mi casa. Me siento afortunado.

Le compré una caracola rosada por aquella lección de africanidad.

Cuando al caer la tarde me iba a pasear por el pueblo, me cruzaba con muchachas de rostro velado y sonrisa intuida mientras escuchaba a los niños recitar el Corán en la escuela. El fin de semana todos se reunían en la plaza, al aire libre, frente a un viejo televisor, colocado en lo alto de una escalera, que hacía las delicias de los niños, sobre todo cuando pasaban anuncios que arrancaban una salva de carcajadas. Mi pequeño mundo se completaba con el chiringuito donde me duchaba y donde una muchacha me servía un pescado siempre demasiado hecho, un arroz que tardaba horas en llegar y una cerveza nunca lo suficientemente fría.

Fue allí, en Bwejuu, donde comprobé que Zanzíbar, más allá de las historias de esclavos y de exploradores, encaja perfectamente en el imaginario del paraíso soñado. La certeza definitiva llegó cuando, a modo de guinda del pastel, comprobé que una palmera inclinada que había junto a mi cabaña se adaptaba a la perfección a la curvatura de mi espalda. Me pasaba horas apoyado en su tronco, leyendo, escribiendo, dibujando... o simplemente mirando como el azul del mar se iba revistiendo de una infinita variedad de matices.

Cuando diez años después, guiado por la nostalgia, regresé a Zanzíbar, la isla ya no era la misma. Y aún lo era menos quince años después. Había perdido autenticidad al volcarse al turismo y supongo que, por otra parte, yo también había cambiado. Para empezar, cometí el error de volar hasta allí, olvidando la sabia lección de Lawrence Durrell que apunta que a las islas hay que llegar siempre por mar.

Dormí en una pensión anónima de Stone Town y al día siguiente deseché la tentación de alquilar una Vespa y me incliné por un viejo *jeep*. Esta vez nadie me expidió un documento a nombre de «Míster Apellidos Nombre». Qué le vamos a hacer, las buenas costumbres se pierden... Me dirigí hacia las playas del Este con la actitud devota de quien sabe que regresa al paraíso, pero no me gustó lo que vi. Habían ampliado la carretera y habían construido unos cuantos *resorts*, con un exotismo de laboratorio, playa privada y piscinas en las que unos monitores modelo armario imponían una rígida disciplina rítmica.

Cuando vi que la cabaña donde me había alojado años atrás había desaparecido para construir en su lugar un hotel, me convencí de que ya nada me retenía allí. Me recosté unos minutos en silencio contra mi palmera favorita, con la mirada fija en el azul, y volví al *jeep* para continuar viaje hacia Nungwi, un pueblo de la costa norte que me habían dicho que aún conservaba el espíritu de los viejos tiempos.

El recorrido —entre palmerales, plantaciones, chozas dispersas y huertos— fue muy agradable, aunque la carretera iba empeorando a medida que avanzaba hacia el norte. Nungwi se me apareció al final de una larga recta como el lugar mágico que andaba buscando. Los pescadores caminaban con el agua hasta la cintura, mientras sus mujeres, ataviadas con preciosos vestidos de colores, los observaban desde la playa. De fondo podía oír los golpes precisos de las toscas hachas de los carpinteros que construían *dhow*s a la sombra de las palmeras.

Me instalé, cerca de Nungwi, en una pensión propiedad de un español llamado Paco. Más que una pensión eran unas cuantas cabañas muy cerca de la playa, con una zona común, cubierta de *makuti* (ramas de cocotero

entrelazadas), que ejercía de bar y restaurante. Sentados allí, con los pies en la arena y bebiendo cerveza fría, Paco me contó que se había instalado en Zanzíbar hacía tres años convencido de que por fin había llegado al paraíso.

—Estaba recorriendo el mundo de mochilero —me dijo—. Me había propuesto ver cuantos más países mejor, pero en cuanto vi esta playa supe que no necesitaba ir más allá. No ha sido fácil montar la pensión, pero aquí estoy.

—En el paraíso.

—Eso —sonrió—, en el mismísimo paraíso.

Cené en un chiringuito de la playa y me fui a dormir reconciliado con Zanzíbar. Al día siguiente, sin embargo, me encontré a Paco con cara de hastío y certifiqué una vez más que África tiene a veces la capacidad de desconcertarte.

—Ayer te mentí —me confesó Paco de entrada—. Mejor dicho, te conté la verdad a medias sobre la pensión. Todo fue bien durante unos meses, pero se ha acabado torciendo. Ahora tengo a la gente del pueblo en contra y desde que cogí la malaria ya no me siento con fuerzas para seguir.

Fue a por un par de cervezas frías, encogió la mirada para fijarla en un punto impreciso del mar y siguió hablando como si no lo estuviera haciendo de él.

—El mal rollo empezó por culpa de un perro —me contó—. Resulta que en esta parte de la isla, como en la vecina Pemba, hay magia negra y no les gustan los perros. Fíjate que no hay ninguno. A mí me regalaron un perrito unos amigos y me lo traje sin pensar que podía acarrear problemas. Al día siguiente, vino al hotel uno del pueblo a advertirme: o me deshacía del perro o ellos lo harían por mí. No le hice caso, pero dos días después vinieron armados con palos.

—No me digas que lo mataron.

—No —me pidió calma con la mano—. Había tenido la precaución de encerrarlo y no consiguieron derribar la puerta. De todos modos, viendo el mal cariz, al día siguiente me fui al sur de la isla y dejé al perro con unos amigos. Fue inútil. El mal rollo ya se había instalado en el poblado y desde aquel día me consideran un enemigo. Los camareros se fueron y quienes les sustituyeron me miran mal. No sé si me echaron algún hechizo, pero desde entonces viene poca gente al hotel y yo me encuentro cada día peor.

—¿Y qué piensas hacer? —le planteé.

—Lo he estado meditando y he decidido marcharme —concluyó—. En cuanto traspase la pensión me voy. Ya tengo un posible comprador.

—¿Y el paraíso? —le planteé—. ¿No decías que esto era el paraíso? Paco meneó la cabeza, rendido.

—En los últimos tiempos he aprendido, aunque sea duro admitirlo, que los paraísos destiñen. Tienen dos caras, y solo una es la buena.

Pregunté por Paco al día siguiente, pero nadie sabía dónde estaba. Se había esfumado.

Permanecí varios días en Nungwi, paseando por la playa, navegando, buceando, viendo cómo construían los barcos... Cuando llegaba la noche me dejaba caer por un bar de playa con buena música y buen ambiente. Allí, bajo un cielo tachonado de estrellas, nativos y extranjeros bebían y charlaban, reían y fumaban.

La última noche, en la barra, un amigo me comentó que Paco ya tenía billete para volar a España. No quería saber nada más de Zanzíbar.

—Ha traspasado la pensión a una pareja de italianos —me dijo—. Los vi ayer. Miraban el lugar sin acabar de creérselo. ¿Sabes lo que dijeron?

—¿Que era un paraíso?

—Exacto: están convencidos de que se instalan en el mismísimo paraíso.

Era difícil predecir cuánto tiempo les duraría la felicidad. ¿Acabarían descubriendo, como Paco, la otra cara del paraíso? ¿Tienen fecha de caducidad los sueños? Es difícil decirlo, pero Marcel Proust ya escribió hace tiempo que no hay más paraísos que los perdidos.

En mi última noche en la isla leí unas palabras que escribió Richard Burton durante su estancia en Zanzíbar, en 1856, antes de partir en busca de las fuentes del Nilo: «Aquí la gente cuenta historias terribles sobre los peligros y dificultades de un viaje al interior del continente, pero yo no creo ni una palabra».

Puede que Zanzíbar sea, en este sentido, una burbuja al margen de la auténtica realidad africana. La aventura empieza más allá, con el desembarco en la costa de Tanzania y el viaje al corazón de África. Es probable que sea

así, pero yo prefiero quedarme con otras palabras de Burton: «Entre los momentos más felices de la vida humana está la partida de un viaje lejano a tierras desconocidas. Liberándose con un poderoso esfuerzo de las cadenas de la costumbre, del peso plúmbeo de la rutina, del manto de las preocupaciones agobiantes, y de la esclavitud de la civilización, el hombre se siente una vez más dichoso. La sangre fluye con la circulación acelerada de la juventud y la excitación da nuevo vigor a los músculos».

El viaje continuaba. Afortunadamente, a diferencia de los exploradores de antaño, yo viajaba solo y en transporte público, y no tenía, por tanto, que preocuparme de comprar víveres para varios meses y de reclutar a un jefe de caravana, a unos cuantos soldados y a decenas de porteadores para adentrarme en una tierra desconocida llena de peligros inciertos.

África, decididamente, ha cambiado mucho desde los tiempos de Burton.

SEGUNDA PARTE

TANZANIA

LAS RUINAS DE BAGAMOYO

La principal distracción en la carretera que va de Dar Es Salaam a Bagamoyo consistía aquel caluroso día en ver cómo nos adelantaban en plan suicida las *dala dala*, unas camionetas de transporte colectivo que justifican sus alocadas carreras por una norma no escrita que establece que «el primero que llega se lleva los clientes». Se caracterizan por tener la carrocería abollada, asientos rajados y neumáticos *slicks*, y porque siempre caben unas cuantas personas más de las que puedas imaginar.

—¿Sabe por qué las llaman *dala dala*? —me preguntó mi vecino en el autobús, un comerciante indio con gafas de montura gruesa.

—Pues no.

—Viene de «dólar, dólar», las palabras que repetían los ayudantes de los conductores para informar del precio a los hipotéticos clientes.

Es una etimología curiosa, algo que sucede a menudo con el suajili, una lengua originaria de la costa de Kenia y Tanzania que se convirtió, gracias a su sencilla gramática, en lengua franca del África Oriental.

Lo que llama la atención del suajili es que incorpora muchas palabras de otros idiomas, en especial del árabe, pero también del inglés, francés, castellano o portugués. *Jambo* (Hola) y *muzungu* (hombre blanco) son probablemente las palabras más conocidas en esta lengua, aunque también hay otras que se han hecho populares entre los viajeros, como *bwana* (señor), *hakuna matata* (no hay problema), *safari* (viaje), *karibu* (bienvenido), *simba* (león), *hatari* (peligro), *asante* (gracias), *chumba* (habitación), *mesa* (mesa) o

penge (dinero). Entre mis preferidas están *piki piki* (moto) y el neologismo *keepilefti*, que significa rotonda; dado que en estas siempre hay letreros de «*Keep left*» (manténgase a la izquierda), optaron por llamarlas así en suajili.

Lo primero que pensé al llegar a Bagamoyo fue que era evidente que la historia había pasado por allí. Lo malo es que había pasado de largo. Quedaban como testigos unos cuantos edificios de dimensiones exageradas que sobrevivían en ruinas cerca de la playa, con el tejado hundido e invadidos de arena, cascotes, suciedad y maleza.

No se entendía muy bien qué hacían allí aquellos restos desconcertados del mundo de ayer, y diría que ni los mismos tanzanos sabían qué hacer con ellos, pero por lo menos ilustraban que durante cuatro años, entre 1888 y 1891, Bagamoyo fue la capital del África Oriental Alemana. La escasa profundidad de las aguas del puerto, sin embargo, aconsejó pronto el traslado de la capitalidad a Dar Es Salaam. A partir de entonces Bagamoyo inició una decadencia que la convirtió en una sombra de lo que pudo haber sido y no fue.

El sueño imperial alemán se inició a partir de la aventura de Carl Peters, un loco cruel que años después sería elogiado por Hitler. África era entonces tierra de aventureros que acogía a muchos Peters, dispuestos a buscarse la vida y, con la excusa del patriotismo, hacerse un nombre y reunir una fortuna a costa de un continente que para ellos era tierra de nadie.

Nacido en 1856, Peters tenía en mente crear una gran colonia alemana en África Oriental. El Gobierno alemán no le hizo caso cuando lo planteó, pero en 1884 impulsó, junto con dos socios, la *Gesellschaft für Deutsche Kolonisation* (Sociedad para la Colonización Alemana). Su delirante objetivo era «hacerme personalmente un reino a mi gusto», y para esto organizó una expedición de conquista de tierras «en algún lugar frente a la isla de Zanzíbar».

La expedición de Peters, formada por cuarenta y seis hombres, salió de Zanzíbar el 10 de noviembre de 1884. No iban bien equipados y no llevaban muchos víveres, pero Peters fue firmando tratados de Amistad Eterna con jefes indígenas del territorio que se extiende entre Bagamoyo y el lago Victoria. Los

jefes, que no sabían muy bien qué firmaban, se limitaban a trazar una cruz junto a la firma de Peters, que les garantizaba la protección de Alemania en un documento redactado en alemán.

El astuto Peters consiguió, gracias a este método falaz y en solo treinta y siete días, anexionarse un territorio de 140.000 kilómetros cuadrados, lo que equivale a una superficie mayor a la de Portugal. Cuando en febrero de 1885 se presentó en Berlín con los documentos firmados por los jefes, el canciller alemán, Bismarck, deslumbrado ante la perspectiva de tener una colonia en África, decidió convertir los territorios anexionados por Peters en un Protectorado alemán.

La Conferencia de Berlín, en 1885, confirmó el reparto de África entre las grandes potencias europeas y estableció una zona de influencia alemana en el norte de lo que ahora es Tanzania. La costa seguía perteneciendo al sultán de Zanzíbar, pero las regiones del interior quedaban divididas entre Alemania y Gran Bretaña. Este era el punto de partida, pero los alemanes no tardaron en extender su dominio también a la costa, a base de pagar grandes sumas al sultán de Zanzíbar, de operaciones militares y de amenazar con colocar en el trono al hijo de la princesa Salme, como ya se ha contado. Peters, que no dudaba en utilizar cañones para acabar con la resistencia de los indígenas, se ganó el apodo de *Mkono wa Damu*, que significa en suajili «manos sangrientas».

La gran colonia alemana, sin embargo, no duró demasiado, ya que se acabó con la derrota en la Primera Guerra Mundial. Las ruinas de Bagamoyo, sin embargo, siguen recordando lo que estaba previsto que fuera la capital de cerca de un millón de kilómetros cuadrados que se extendían por lo que ahora son tierras de Tanzania, Ruanda, Burundi y el norte de Mozambique.

El Tratado de Versalles, en 1919, desposeyó definitivamente a Alemania de aquellas tierras, que se repartieron entre Bélgica, Gran Bretaña y Portugal. A los africanos, una vez más, no se les tuvo en cuenta para nada.

En un callado homenaje al explorador David Livingstone, elegí el Livingstone Club para hospedarme en Bagamoyo. Consistía en unos cuantos *bungalows* con techo de *makuti*, dispersos a la sombra de un palmeral, junto a una playa

de postal que unos jóvenes uniformados no dejaban de barrer con una parsimonia genuinamente africana.

Estuve tentado de comprarme un salacot para ambientar, pero me percaté a tiempo de que lo que se llevaba no era la estética del explorador, si no la del turista sin fronteras: un uniforme compuesto por bañador, bronceador, chanclas y gorrita de béisbol.

Desde el Livingstone Club realicé unas cuantas excursiones para visitar lo que quedaba de la Boma (el cuartel general alemán), la Aduana, Correos, el Almacén General, el cementerio y otros edificios coloniales en ruinas. Es increíble lo mucho que construyeron los alemanes en tan solo cuatro años, como también lo es la voracidad del trópico, capaz de borrar de un plumazo las obras de los hombres e imponer de nuevo el exuberante desorden de la naturaleza.

Aparte de las ruinas imperiales, me llamó la atención, al final de una amplia avenida flanqueada de árboles del mango, la misión cristiana en la que depositaron en 1874 el cuerpo de David Livingstone, a la espera de que fuera embarcado para Zanzíbar.

—Livingstone estuvo aquí, en efecto —me confirmó Ahmed, el guía del pequeño museo dedicado al explorador—, pero solo de cuerpo presente. Sus fieles servidores Susi y Chuma lo trajeron el 15 de febrero de 1874 desde lo que ahora es Zambia, donde había muerto en febrero del año anterior.

—¿Y por qué tardaron tanto tiempo?

—Ahora puede parecer mucho tiempo —se rio—, pero en aquellos años no se viajaba tan deprisa. Los dos servidores tardaron más de nueve meses en recorrer mil seiscientos kilómetros con el cuerpo del doctor a hombros. Antes de partir, le sacaron el corazón y lo enterraron a los pies de un gran baobab, convencidos de que así lo hubiera querido Livingstone, un enamorado de África. Después desecaron el cuerpo, lo envolvieron en corteza de árbol y lo trajeron a hombros hasta aquí.

—¿Le hicieron algún homenaje?

—Setecientos esclavos le rindieron tributo. Solo estuvo una noche expuesto, antes de que lo llevaran a Zanzíbar primero y después a Inglaterra. Ya le digo que en vida Livingstone nunca vino a Bagamoyo.

—Pero cuando salía de Zanzíbar hacia el continente...

—Él no pasó nunca por Bagamoyo. Otros exploradores sí. Él no. Livingstone prefirió desembarcar cerca de Kilwa Kisiwani, una ciudad al sur de Dar Es Salaam de la que ahora solo quedan ruinas. —Tras unos segundos en silencio, el hombre me preguntó— ¿Sabes lo que significa Bagamoyo?

—Pues no.

—Viene del suajili: *Bwaga Moyo*. Significa «Abandonad vuestro corazón». Se refiere a los esclavos que eran *cazados* por los traficantes árabes y que aquí eran embarcados para Zanzíbar. Es como si les dijeran: «Abandonad toda esperanza». Es un nombre triste que dice mucho de la historia de África.

Muy cerca de allí, un gran baobab de tronco correoso y unos flamboyanes con grandes flores rojas pregonaban la belleza del trópico y parecían rendir un homenaje póstumo a Livingstone y a los muchos esclavos fallecidos en aquella época terrible.

La memoria de Bagamoyo se conserva también en una placa que recuerda el lugar en el que Richard Burton y John Speke desembarcaron el 16 de junio de 1857, cuando iban en busca de las fuentes del Nilo. Llegaron allí a bordo de una corbeta de dieciocho cañones que les había prestado el sultán de Zanzíbar.

Mientras contemplaba desde la playa el plácido navegar de los *dhow*s, imaginé el desconcierto que debía de embargar a los exploradores al llegar a Bagamoyo, sabiendo que les esperaban varios meses de expedición, quizás años, por una dura tierra repleta de incógnitas, peligros e incomodidades.

Burton describió con ironía lo que se esperaba en aquel tiempo de los exploradores: «El viajero angloafricano, en este momento del siglo XIX, es un profesional que tiene demasiado trabajo, pues se espera de él que revise y observe, que registre datos meteorológicos y trigonométricos, que cace y diseque pájaros y otros animales, que recoja muestras y teorías geológicas [...], que haga avanzar los estudios todavía en pañales de la antropología, que lleve las cuentas, que haga dibujos, que escriba un diario extenso y legible [...] y que envíe largos informes para que los miembros de la Royal Geographical Society no se queden dormidos durante sus sesiones».

En Bagamoyo, Burton y Speke no tardaron en comprobar las dificultades que comportaba montar una expedición en África. El organizador de la caravana, Said ben Salim, había llegado unos días antes para que nada fallara, pero el día fijado para la marcha vieron que de los 140 porteadores contratados, solo se habían presentado 36. Como consecuencia, tuvieron que retrasar la salida varios días, en los que se dedicaron a reclutar más porteadores y a comprar treinta asnos.

Se calculaba en aquel tiempo que cada porteador podía cargar hasta 35 kilos de peso, y los asnos, 300, una brutalidad. Aún así, los expedicionarios tuvieron que abandonar mucho material, entre otras cosas una barca desmontable con la que pensaban navegar por los lagos del interior.

Además de abundante comida enlatada, se sabe que la expedición de Burton y Speke llevaba rifles y munición, telas y abalorios para negociar con los indígenas, tiendas, camas, mesas y sillas de campaña, herramientas de carpintero, instrumental científico, libros, café, azúcar, arroz, puros y otras muchas cosas. Durante la marcha, estaba previsto que los exploradores cazarían animales salvajes para alimentar a los expedicionarios.

En mi último día en Bagamoyo, mientras cenaba pescado con arroz en el patio invadido de arena del restaurante Poa Poa, conocí a Pat, una joven australiana de ojos azules, melena rubia y sonrisa panorámica. Estaba sentada en la mesa contigua y, cuando ambos nos descubrimos escribiendo en nuestros respectivos diarios, nos miramos y nos echamos a reír. Nos habíamos reconocido como miembros de esa secta de colgados de África que anotan cuanto les sucede para tratar de fijar la emoción del viaje.

Cuando pasamos a compartir mesa, ella me contó que llevaba meses recorriendo África.

—Empecé en Alejandría y fui bajando, siempre en transporte público, por Egipto, Sudán, Etiopía, Uganda, Kenia, Tanzania, Mozambique y Sudáfrica... —me contó con los ojos desbordados de ilusión.

—Me das envidia —le confesé—. ¿Te ha llevado mucho tiempo?

—Tardé un año en llegar a Ciudad del Cabo, pero una vez allí me di cuenta de que todavía necesitaba más África.

—¿No estabas cansada?

—En absoluto —rio—. África me encanta, me transmite una energía que no siento en ningún otro continente.

—¿Y qué es lo que hiciste?

—Pues continuar el viaje. Estuve un mes en Namibia y después pasé a Botsuana, Zimbabue, Zambia, Malawi... Y de vuelta a Tanzania.

En Australia, Pat trabajaba de informática en una oficina de Sídney. Estaba sentada ocho horas al día ante una pantalla de ordenador. Un buen día, surfеando por internet, vio un blog de un viajero por África. Le encantaron las fotos del paisaje y las sonrisas de la gente. En aquel momento se dio cuenta de que estaba malgastando su vida y decidió irse a África cuanto antes.

—Dejé el trabajo y el apartamento de alquiler —resumió—, vendí el coche y volé a África al cabo de un mes con un amigo. Él decidió regresar a Australia cuando llegamos a Ciudad del Cabo. Ya tenía bastante.

—¿Y tú, hasta cuándo piensas seguir viajando?

—Hasta que me canse —se rio—. Pero diría que aún me falta mucho por ver.

—¿Y qué ha sido lo peor hasta ahora?

—Cruzar las fronteras —resopló—. En algún caso no tenía visado y he perdido varios días para conseguirlo. La burocracia es lo peor.

Pat había leído mucho sobre África. Estuvimos hablando un buen rato de Livingstone, Burton, Speke, Stanley y otros exploradores, y también de Conrad y de Van der Post. Cuando le hablé de Kapuscinski, detecté un brillo especial en su mirada y hurgó en la mochila para mostrarme su viejo ejemplar de *The Shadow of the Sun*, la versión inglesa de *Ébano*.

—Tengo que comprarme otro ejemplar —sonrió—. A este, de tanto leerlo, ya se le están cayendo las hojas.

Cuando le dije que al día siguiente tenía previsto viajar a Kigoma, la ciudad más importante del lago Tanganica, cerró los ojos y soltó un largo suspiro.

—El lago Tanganica es de los lugares más bonitos que he visto —me dijo—. Las colinas son tan verdes que casi te duelen los ojos de mirarlas. Si no fuera que estuve allí hace una semana, me iba contigo.

—¿Y adónde vas ahora?

—A Uganda. Me encantó el país y tengo ganas de volver allí. Kenia me la salto. Hay demasiado estrés. Pero Uganda me llegó al corazón.

Intercambiamos direcciones de email y quedamos en que me avisaría si algún día se cansaba de África.

En las siguientes semanas recibí varios mensajes de Pat, desde Uganda y Etiopía. Hablaba con entusiasmo de cuanto veía y de todo lo que le pasaba, pero nunca recibí ningún mensaje en el que me dijera que pensaba regresar a Australia.

Y es que África, para algunos viajeros, no se acaba nunca.

LOS CAMINOS INCIERTOS DE LOS EXPLORADORES

Según la guía, el tren tardaba 48 horas en recorrer los 1.254 kilómetros que separan Dar Es Salaam de Kigoma, pero alguien me advirtió, por si no me había dado cuenta, de que Tanzania tenía poco que ver con Suiza. Es decir, que el horario no era muy fiable. Otro amigo me informó de que años atrás había llegado con diez horas de retraso a Kigoma por culpa de las lluvias, y un tercero me contó que en su caso el tren se retrasó cuatro horas, aunque nadie supo decirle por qué; es más, a nadie parecía importarle. Dejé de insistir cuando se dio cuenta de que le tomaban por un suizo obseso de la puntualidad, ya que cuatro horas, al fin y al cabo, no suelen considerarse retraso en esta parte de África. Ante este panorama, todos me daban el mismo consejo cuando les decía que pensaba ir en tren a Kigoma: paciencia, mucha paciencia.

Fueron los alemanes, que tenían prisa por dotar de infraestructuras a su flamante colonia africana, quienes construyeron esta línea de ferrocarril entre 1905 y 1914. La llamaron Mittellandbahn, pero tras el fracaso de su aventura colonial se la conoce por el nombre en inglés, Central Line. Para sortear dificultades, y para asegurarse suministros, los ingenieros optaron por un trazado que seguía la ruta abierta por las caravanas de los traficantes de esclavos, pasando por Dodoma y Tabora (entonces llamada Kazeh).

Los compartimentos del tren, según mis amigos, eran cómodos, aunque el mantenimiento no era muy exigente. El único problema era que a veces los pasajeros sufrían robos por parte de ladrones que se colaban por las ventanillas. «Asegúrate de sentarte en un compartimento con una ventana que cierre», me insistió uno. «Mejor dicho, comprueba antes de sentarte que tenga cristal; y, en caso de que lo tenga, mira que cierre bien.»

Me compré un billete de segunda e iba mentalizado para revisar a conciencia la ventana de mi compartimento, cuando en la estación de Dar Es Salaam un empleado uniformado, equipado con una ostentosa gorra roja y una bandera del mismo color, me informó de que el tren no iba a salir por culpa de las lluvias.

—¿Y cuándo saldrá? —le pregunté.

—Cuando arreglen la vía —se encogió de hombros.

—¿Y cuándo estará arreglada?

El hombre se rio sin malicia, como si hubiera hecho una pregunta sin respuesta posible. Supongo que tenía razón: en África raramente se atreven a predecir el futuro. Viven al día. Mañana, al fin y al cabo, es tan solo una hipótesis.

Ante aquel problema inesperado, se imponía un rápido cambio de planes. Cogí, pues, un taxi para ir al aeropuerto, decidido a comprarme un billete aéreo para Kigoma. La buena noticia era que quedaban plazas y que tardaría menos de tres horas en llegar allí, siempre que se cumpliera el horario, pues es sabido que en África las compañías aéreas, se llamen como se llamen, son conocidas como Air Maybe (o sea, Air Quizá). La mala noticia era que me perdería los paisajes que recorrían las caravanas del siglo XIX, los impresionantes baobabs y las experiencias que suele proporcionar un largo viaje en tren.

Precision Air, la compañía con la que viajé, me demostró que su nombre no había que tomarlo a broma. Salimos en un avión de hélice a la hora prevista y tardamos 2 horas y 45 minutos en llegar a Kigoma. Durante la primera parte del vuelo estuve contemplando desde el aire el paisaje desolado por el que avanzaban los exploradores más de cien años atrás. Aquel había sido un escenario de sangre, sudor y lágrimas, ya que por el camino sufrieron penalidades sin fin en forma de duras caminatas, asaltos de bandidos, ataques de fieras, enfrentamientos con tribus, insolaciones y enfermedades. Desde un avión, sin embargo, el trasfondo épico se desvanecía.

El 25 de junio de 1857 Speke partió de Bagamoyo con un primer grupo de porteadores. Dos días después le siguió Burton, con la idea de reagruparse más adelante. Las jornadas eran duras: empezaban desayunando a las 4 de la madrugada y a las 5 se ponía en marcha la caravana, con Speke al frente y Burton cerrando la comitiva. A las 11 de la mañana el fuerte calor les obligaba a detenerse hasta el día siguiente.

Desde el primer momento, los dos *muzungus* se convirtieron en objeto de la curiosidad de los indígenas, a quienes Burton no les dedicó palabras muy amables: «Su carácter puede resumirse de la siguiente manera: una raza inútil de bárbaros, borrachos e inmorales; cobardes y destructivos; escandalosos y parlanchines; indolentes, codiciosos y derrochadores».

Al cabo de varios días ya habían conseguido reunir una caravana de ciento sesenta porteadores que avanzaba escoltada por una decena de soldados armados y con la bandera roja del sultán de Zanzíbar al frente. Formaban una comitiva impresionante, pero no tardaron en comprobar la dificultad de caminar por aquella tierra semidesértica, llena de baobabs y termiteros, en la que el calor, el polvo, los mosquitos, las hormigas y las moscas tse-tse eran torturas cotidianas.

Los víveres, según Burton, no se repartían hasta que los porteadores habían montado el campamento. «Es el único medio de asegurar su ejecución», escribió. Y añadió que cuando la luna esparcía su dulce claridad, los hombres se ponían en círculo a tocar el tambor y a bailar.

A los veintidós días de salir de Bagamoyo, tanto Burton como Speke ya habían cogido la malaria, lo que se traducía en fiebres intermitentes, náuseas y una debilidad extrema. En cuanto a la ruta seguida, Burton apunta que no era fácil avanzar en aquellos tiempos: «La carretera, esa primera prueba del progreso de los pueblos, no existe como tal en el África Oriental. Las vías más frecuentadas no son más que pistas o senderos de veinte o treinta centímetros de anchura, trazados por el paso de las caravanas en la estación de viajes y *mueren*, según la expresión africana, tan exacta como enérgica, en la estación de las lluvias, es decir, desaparecen bajo una vegetación exuberante».

La malaria hacía aún más difícil avanzar. «Pasaba las noches sin dormir», escribió Burton días después, «y la fiebre me producía visiones espantosas que algunas veces me estremecían y me asustaban.» Speke también

deliraba, afectado por las fiebres. A partir de cierto momento, ambos exploradores solo pudieron avanzar tumbados en literas que llevaban entre cuatro porteadores.

Al llegar a la selva, el panorama empeoró. «Nadie puede imaginarse lo que es esta ruta», escribió Burton. «Bajo la influencia de una temperatura a la vez húmeda y caliente, la vegetación, en los terrenos bajos en los que la presión atmosférica es excesiva, adquiere una fuerza excepcional. La hierba, sobre todo en los terrenos negros y pantanosos, se eleva a cerca de cuatro metros. [...] Esto justifica el terror con que se aventuran los comerciantes por esta ruta.»

Cuando 225 días después de salir de Bagamoyo llegaron a Tabora, enfermos y exhaustos, ambos exploradores decidieron descansar un mes en casa de uno de los traficantes árabes que tenían allí su base. Para entonces, Burton ya había aprendido que el tiempo se valora en África de manera muy distinta a como se hace en Europa. «En esta parte de África», escribe, «una visita de seis semanas equivale a una de tres días en Europa.»

A primeros de diciembre los expedicionarios reemprendieron la marcha y, más de siete meses después de salir de Bagamoyo, el 13 de febrero de 1858, consiguieron llegar al lago Tanganica. La debilidad de Burton y la casi ceguera de Speke acreditaban la dureza del viaje. Sin embargo, Burton describe gozoso la primera visión del lago: «Fue un verdadero delirio para el alma y un vértigo para los ojos. Lo olvidé todo, absolutamente todo, peligros, fatigas, enfermedades e incertidumbres del regreso. Confieso sinceramente que hubiera aceptado el doble de los males que hasta allí habíamos tenido que sufrir».

Al cabo de hora y media de plácido vuelo, muy lejos del cansancio de los esforzados viajeros del siglo XIX, el paisaje se cubrió de repente de un verde espléndido. Nos acercábamos a las tierras altas, al lago Tanganica.

—Todo esto es muy bello —me comentó mi compañero de asiento, Peter, un piloto canadiense que trabajaba para una ONG. Llevaba barba de pocos días, aparentaba unos cincuenta años y tenía una expresión afable—, pero aquí también existe el horror.

—¿Te refieres al libro de Joseph Conrad?

—*El corazón de las tinieblas* narra muy bien el desconcierto del europeo en África y la existencia de un horror que no sabemos cómo controlar —sonrió—. Pero yo me refiero a un horror que todavía hoy sigue existiendo.

Me habló entonces de Kigoma como una ciudad muy distinta a la que yo imaginaba. Mientras yo pensaba en la belleza del lago Tanganica y en las hazañas de los exploradores, Kigoma era para Peter una base próxima para ayudar a dos países sumidos en el caos: el Congo y Burundi.

—No paran de llegar refugiados de estos dos países —me informó con preocupación—. La guerra civil de Burundi nos envió en los años noventa más de cien mil refugiados, pero la sangría no parece tener fin en el Congo.

—Por lo que sé, es una de las grandes tragedias de África.

—Hay tantas facciones y guerrillas que siempre surge algún conflicto. Es una lástima, ya que es un país muy rico en recursos, pero con una corrupción muy extendida. A los poderosos no les interesa que se alcance una paz estable. Por desgracia, allí el horror nunca se acaba.

Aquella era otra imagen de África, mucho menos romántica que la de la época de la exploración, pero más actual, más realista, más dolorosa, más lacerante. Las caprichosas fronteras trazadas por los europeos en el período colonial no bastaban para contener el alud de refugiados, unas mareas humanas de miles y miles de desplazados que iban en busca de una vida estable en la que pudieran siquiera contemplar una mínima posibilidad de ser felices.

«EL DOCTOR LIVINGSTONE, SUPONGO»

vista desde el aire, la pista de aterrizaje de Kigoma aparecía como una larga cicatriz de tierra roja en medio del verde exuberante. El paisaje estaba presidido por la inmensidad plateada del lago Tanganica, con fértiles campos en la orilla y las montañas del Congo al otro lado. Aterrizamos sin más sobresaltos que un leve traqueteo y recuperé mi bolsa de viaje a través de la ventanilla de una terminal no más grande que una habitación de hotel. A ambos lados, con los rostros pegados a una deformada reja de gallinero, unos cuantos niños y adultos observaban embobados el avión y el caminar de los pasajeros con la ilusión de quien espera la llegada de los Reyes Magos.

Un gran cartel nos daba la bienvenida a Kigoma, pero me llamó más la atención un aviso que había en la entrada de la terminal, pintado a mano en suajili y en inglés. Decía: «Está prohibido aparcar delante de la puerta, bajo multa de 20.000 chelines tanzanos (unos 20 dólares entonces) o tres años de cárcel. O ambos». Firmaba: «La Autoridad». Lo de «o ambos» me llegó al corazón.

Antes incluso de buscar hotel, tenía ganas de visitar Ujiji, la aldea donde tuvo lugar el mítico encuentro entre Stanley y Livingstone en 1871. Un taxista me informó de que se encontraba a una decena de kilómetros y se ofreció a llevarme allí por unos cuantos dólares que, después de negociar, pasaron a ser menos de la mitad.

El taxista, que vestía una sucia camiseta del Manchester United, tenía aspecto de boxeador, con la nariz hinchada y un par de dientes saltados. Por suerte su expresión se suavizaba cuando sonreía, cosa que hacía a menudo. El taxi era muy africano: más viejo que antiguo, carrocería abollada, parabrisas

agrietado y motor renqueante. Pero, bueno, no había nada más que elegir después de que se marcharan los 4x4 con aire acondicionado de la ONU y de las ONG.

En el camino entre Kigoma y Ujiji, la lluvia, la pista de tierra roja llena de charcos y de barro, y las casas destartadas no auguraban precisamente la llegada al paraíso. El taxista, sin embargo, conducía sin alterarse, al ritmo de una alegre música local. Después de pasar frente a un cine cerrado hacía tiempo, enfiló una calle llena de sastrerías a la africana, con dibujos naïfs de trajes pintados en la fachada, giró poco después en dirección al lago y se detuvo en un camino lateral ante un cartel que proclamaba que allí estaba el Memorial David Livingstone.

A primera vista, no hay nada en Ujiji que permita intuir que esta remota aldea tanzana, a orillas del lago Tanganica, sea un destino turístico; y, sin embargo, muchos viajeros acuden allí atraídos por el eco de una frase famosa que pronunció el 10 de noviembre de 1871 el periodista Henry Stanley cuando encontró en Ujiji, tras varios meses de búsqueda, al misionero escocés David Livingstone, de quien no se tenían noticias desde que, cinco años antes, había partido de Zanzíbar en busca de las fuentes del Nilo.

Lejos de la emotividad que parece exigir un momento así, Stanley dijo (o se inventó después que dijo, ya que arrancó las hojas de su diario correspondientes a este día) una frase que ha dado la vuelta al mundo como ejemplo de flema británica y ha sido objeto de numerosas chanzas: «El doctor Livingstone, supongo».

La larga expedición de Livingstone tenía su origen en una misión que le había encargado en 1865 la Royal Geographical Society de Londres con el objetivo de zanjar de una vez por todas la polémica de las fuentes del Nilo. Según Speke, que había fallecido en 1864, el origen del río estaba en el lago Victoria, mientras que Burton sostenía que estaba en las montañas próximas al lago Tanganica. Livingstone fue el elegido para zanjar el tema. Con este objetivo, en marzo de 1866 partió de Zanzíbar, pero la expedición se complicó

y estuvo vagando durante años por tierras de la actual Tanzania. Enfermo, Livingstone decidió detenerse a descansar en Ujiji, donde lo encontró Stanley. Livingstone tenía entonces 58 años; Stanley, 28.

Stanley era un personaje peculiar, muy diferente a otros exploradores. Nació bastardo en Gales en 1841, con el nombre de John Rowland. Tras crecer en un asilo, a los diecisiete años se enroló como marinero con destino a América, en busca de fortuna. Allí inició una nueva vida que quedó refrendada con el cambio de nombre: Henry Stanley. Tras participar como periodista en la guerra civil norteamericana, sus crónicas llamaron la atención de James Gordon Bennett Jr., propietario del *New York Herald*, que le contrató como reportero estrella.

La expedición de Henry Stanley al corazón de África surgió de un encargo de Bennett, tal como relata el mismo explorador en *Cómo encontré a Livingstone*. El 16 de octubre de 1869, encontrándose Stanley en Madrid, recibió un telegrama del director del *New York Herald* que decía: «Venid a París, asunto importante». Una vez en París, Bennett le preguntó dónde creía que se encontraba Livingstone, a lo que Stanley contestó que no tenía ni idea. Siguiente pregunta: «¿Piensa que está vivo?». Respuesta: «Puede que sí y puede que no». El director no se arredró: «Yo pienso que está vivo y que se le puede encontrar, y os enviaré a buscarle».

Es difícil contrastar la veracidad de este encargo, ya que Stanley, muy dado a la fabulación, también arrancó las páginas de su diario en las que se describía la reunión con Bennett. En cualquier caso, en marzo de 1871 Stanley partió de Zanzíbar con una caravana de doscientos porteadores, la mayor que se había visto hasta entonces. El objetivo era encontrar a Livingstone, cosa que logró exactamente 236 días después.

David Livingstone, enfermo y abatido, escribió en su diario tras el encuentro: «Cuando más bajo estaba mi ánimo apareció el buen samaritano. Una mañana Susi (su criado) apareció corriendo y gritando: “¡Un inglés!” [...] Grandes fardos, bañeras de hojalata, calderos gigantes, útiles de cocina, tiendas, etc., me llevaron a pensar: “Debe de tratarse de un viajero de lujo, y no de uno que está a punto de perder el sentido como yo”».

Cuenta Stanley que, en cuanto vio a Livingstone, su primera idea fue correr a abrazarlo, pero se contuvo al pensar que era escocés e «ignoraba cómo me recibiría». Así que, por prudencia, optó por un saludo protocolario.

«Hice, pues», continúa Stanley, «lo que me inspiraron la cobardía y un falso orgullo: me acerqué deliberadamente y, descubriéndome, le dije: “Doctor Livingstone, supongo”. “Sí, caballero”, contestó con benévola sonrisa, descubriéndose a su vez.» A continuación, se estrecharon las manos y brindaron con una botella de *champagne* que Stanley había traído para celebrarlo. Fue un momento histórico, aunque, por desgracia, aquel *champagne* que había recorrido tantos kilómetros en condiciones infames debía de estar caliente y desbravado.

Stanley, un explorador criticado por sus excesos, era muy distinto a Livingstone, pero ambos congeniaron en Ujiji. «Antes de llegar», escribe Stanley en su diario, «no le consideraba un amigo; para mí era solo un objetivo, un buen tema para un periódico, como lo son otras noticias sobre las que se lanza ansioso el público. Yo, que había presenciado batallas, revoluciones, guerras civiles, rebeliones, motines y matanzas; que había estado junto a asesinos condenados escuchando sus últimos suspiros, nunca me había conmovido tanto como al escuchar la historia del sufrimiento de aquel hombre.»

Frente al pequeño museo de Ujiji, sentado en el suelo y recostado contra el muro, había un vigilante dormido. Como impulsado por un resorte, se incorporó en cuanto oyó que alguien se acercaba. Al ver que era un *mzungu*, sonrió de oreja a oreja. Su alegría estaba justificada, ya que era evidente que asociaba a *mzungus* con dólares.

Se presentó como Kassim, me pidió unos chelines por entrar y me invitó a seguirle hacia el monumento que se levantaba a la sombra de un gran mango.

—Fue aquí donde Stanley saludó al doctor Livingstone —recitó tras recordar las hazañas de los exploradores—. Bueno, hace cien años aquí había un mango mucho más grande, pero murió y plantaron otro.

—¿Pero el encuentro no fue a orillas del lago? —objeté.

—Antes el lago llegaba hasta aquí, pero ha pasado mucho tiempo, ha bajado el nivel del agua y ahora la orilla queda a setecientos metros.

El primer monumento, levantado por Bélgica al final de la Primera Guerra Mundial, consistía en una losa de hormigón colocada bajo el árbol donde se encontraron Livingstone y Stanley. Por desgracia, el hormigón mató las raíces y el árbol murió hacia 1930. Para entonces ya se habían obtenido dos mangos a partir de esquejes del árbol madre y se levantó otro monumento junto a un nuevo mango: un obelisco con una placa de la Royal Geographical Society. Después de la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, se retiró el obelisco y se trasladó la placa al nuevo monumento.

Kassim me invitó a continuación a entrar en lo que él llamaba pomposamente «el museo». Era, de hecho, una casita de adobe con techo de hojalata y con una puerta de madera cerrada con un gran candado herrumbroso que abrió con todo el ceremonial. En el interior, colgadas de la pared sin demasiado esmero, había grandes estampas con dibujos que evocaban el histórico encuentro. En el centro de la sala, un par de estatuas de papel maché mostraban a Livingstone y Stanley saludándose con una reverencia y con sendos sombreros en la mano. Todo muy naíf, pero con un sabor inequívocamente africano.

—Es una lástima —se lamentó Kassim—, pero están construyendo aquí cerca un nuevo Museo Livingstone. Será más grande y más moderno, pero no creo que tenga el mismo encanto.

Le di la razón. No sería fácil igualar la espontaneidad y la ingenuidad de aquel pequeño gran museo.

LA BATALLA DEL LAGO TANGANICA

La belleza del lago Tanganica es tal que te deja sin palabras. Es extenso como un mar y las suaves colinas que lo rodean, cubiertas de un verde resplandeciente, acogen uno de los paisajes más maravillosos de África. Su superficie, de 32.900 kilómetros cuadrados, es mucho menor que la del lago Victoria, que mide 60.484 kilómetros cuadrados, pero al ser el Tanganica mucho más profundo se sitúa en segundo lugar, después del Baikal, en cuanto a lagos del mundo con mayor volumen de agua. Sus aguas se dividen entre cuatro países —Tanzania, Congo, Burundi y Zambia— y, en contra de lo que pensaban los primeros exploradores, desagua en el sistema del río Congo y no en el del Nilo.

La ciudad de Kigoma, con sus ciento cincuenta mil habitantes, surge como un contrasentido en medio de este mundo dominado por una naturaleza exuberante. Un río de gente suele caminar por una ancha avenida que parece no tener otro sentido que desembocar en la monumental estación de tren.

Cerca de la estación se encuentra la llamada Kaiser Haus, una gran casa de estilo alemán que cuenta, según dicen, con un túnel que la comunica con la estación y con el puerto. La construyeron los alemanes a principios del siglo XX, en plena euforia colonial, para que pudiera alojarse en ella el káiser Guillermo II, que tenía previsto desplazarse allí en el verano de 1914 para participar en una cacería. El estallido de la Primera Guerra Mundial, sin embargo, le impidió viajar a Kigoma. La casa, pese a ello, permanece en pie, como si fuera un error flagrante de guion.

—Las lluvias han destrozado la vía entre Kigoma y Tabora —me confirmó en la estación un ferroviario que llevaba un raído uniforme azul con botones dorados—. Cuando no hay trenes, es como que le falta algo a Kigoma. Cada vez que llega uno, esto se llena de pasajeros, vendedores, guías, taxistas, conductores de coches de los hoteles, curiosos... Da gusto verlo. Ahora, en cambio, parece un desierto.

El ferroviario estaba en lo cierto: había dos cosas que hacían que Kigoma vibrara y que sus calles se convirtieran en un hormiguero humano: la llegada del tren y la del barco. Las lluvias habían castigado a Kigoma sin trenes, de modo que me acerqué al puerto para ver cómo atracaba el *Liemba*, un barco de silueta antigua corroído por el óxido y el tiempo. Una multitud se agolpaba en el muelle para recibirlo.

—Se dirige a Mpulungu, en Zambia, y a Bujumbura, en Burundi —me informó un muchacho llamado Omar que estaba sentado en un pequeño bar del puerto con la curiosa forma de una botella gigante de Coca-Cola.

Los pasajeros del *Liemba* empezaron a bajar por la pasarela a un muelle abarrotado en el que hombres de aspecto fornido transportaban grandes fardos sobre sus espaldas, abriéndose paso entre numerosos curiosos y mujeres que caminaban con bandejas de fruta en la cabeza. El escenario era una auténtica algarabía, con grandes sacos que cambiaban de manos a velocidad endiablada, niños que se lanzaban de cabeza al agua para atraer la atención de los turistas, y de paso conseguir unas monedas, y canoas repletas de grandes racimos de plátanos verdes. Los empujones y los gritos parecían ser norma en aquel ambiente caótico.

—En otro país ya hace años que habrían desguazado el *Liemba* —se rio Omar—, pero en África aún le quedan muchos años de vida.

Tenía razón, y lo mismo podía decirse de los coches, ordenadores, electrodomésticos y muchas otras cosas. Cuando en Europa los consideran obsoletos, los envían a África, donde aún tienen una segunda o tercera oportunidad.

—Parece un buen barco —comenté mirando el *Liemba*.

—Lo es. Resurgió del fondo del lago para ser lo que es.

Me gustó cómo lo dijo. Aquella frase, que parecía sacada de un libro del realismo mágico, definía la larga peripecia de aquel barco que había llegado a África con los alemanes, el único de la Marina del káiser de la Primera Guerra Mundial que aún seguía en activo.

El viejo barco, de 71,40 metros de eslora y ochocientas toneladas de peso, fue construido en 1913 en los astilleros de Papenburg, en Alemania. Su primer nombre fue el de *Graf von Götzen*, que rendía homenaje al conde Gustav Adolf von Götzen, un explorador que fue gobernador del África Oriental Alemana entre 1901 y 1906. A finales de 1914, el barco fue enviado a Tanzania para atender al desarrollo de la colonia. El viaje fue largo y complicado. Desmontado en cinco mil cajas, lo enviaron por mar a Dar Es Salaam y, desde allí, en tren a Kigoma. Tras volver a armarlo, en febrero de 1915 ya navegaba por el lago.

El *Graf von Götzen* contaba en principio con siete camarotes de primera y cinco de segunda, además de dos restaurantes. Estaba diseñado como un barco mixto de carga y pasajeros, pero con el tiempo se convirtió en un barco de guerra auxiliar que combatió en la llamada batalla del Lago Tanganica, entre diciembre de 1915 y febrero de 1916.

Mientras Europa se encontraba inmersa en los sangrientos combates de la Primera Guerra Mundial, en aquel escenario genuinamente africano, muy lejos de los frentes europeos, británicos y alemanes también dirimieron sus diferencias. Para ello el futuro *Liemba* se equipó con cañones y se transformó en un barco de guerra que, con el nombre *SMS Götzen*, tomó el control del lago Tanganica.

En una operación que parece sacada de una novela, al enterarse de que los alemanes tenían tres barcos patrullando por el Tanganica, los británicos decidieron enviar allí dos lanchas rápidas desmontadas, *Mimi* y *Toutou*, bajo el mando del excéntrico comandante Geoffrey Spicer-Simson. Si el *Graf von Götzen* tuvo que hacer un largo viaje para llegar al Tanganica, el de las lanchas británicas no lo fue menos. Llegaron por mar a Ciudad del Cabo en junio de 1915 y, desde allí, iniciaron un largo viaje por tierra, en lo que fue calificado como «el circo de Simson». Llegaron en tren hasta Elisabethville,

en el Congo, y desde allí fueron arrastradas por bueyes a través de la selva hasta el río Lualaba, que remontaron a fuerza de remos para llegar en octubre de 1915 al puerto de Lukuga, situado en la orilla oriental del lago, frente a Kigoma.

La batalla del lago Tanganica estalló en febrero de 1916, cuando los británicos capturaron un barco alemán, el *Kingani*, y hundieron otro, el *Hedwig von Wissman*. Solo quedaba en activo el *Graf von Götzen*. El *Kingani* fue rebautizado por Simson como *HMS Fifi* y pasó a formar parte de la flotilla británica, integrada a partir de entonces por tres barcos con nombres que parecen de dibujos animados: *Mimi*, *Fifi* y *Toutou*. De hecho, la primera intención de Simson fue llamar a los dos primeros *Cat* y *Dog*, pero el Almirantazgo se lo prohibió por frívolo. Él, sin embargo, no se rindió y acabó bautizándolos con dos nombres habituales para gatos en Francia. E hizo lo mismo con el tercero.

Aviones belgas bombardearon el *Graf von Götzen* en el puerto de Kigoma, pero el barco parecía indestructible. Con el tiempo, no obstante, cuando la victoria aliada estaba próxima, el comandante alemán Gustav Zimmer dio orden de abandonar el puerto y retirarse hacia el sur. Para evitar que el barco cayera en manos enemigas, lo hundió a diez metros de profundidad en Bangwe Bay el 26 de julio de 1916. Antes tuvo la precaución de ordenar cubrir con grasa la maquinaria para que pudiera ser reutilizada en caso de que algún día se decidiera reflotar el barco.

Aquella fue la primera muerte de aquel barco mítico. En 1918, terminada la guerra, un ingeniero sueco que trabajaba para los belgas lo reflotó y lo llevó al puerto de Kigoma. El barco parecía salvado, pero una tormenta lo desplazó en 1920 y volvió a hundirlo. En 1921 los británicos tomaron el control de Kigoma y el 16 de marzo de 1924, en vista de la escasez de barcos, decidieron recuperarlo. Tras repararlo a fondo, el 16 de mayo de 1927 volvió a navegar por el lago con un nuevo nombre: *Liemba*.

En 1961, con la independencia de Tanzania, el barco pasó a depender del nuevo gobierno, que cambió sus viejas máquinas de vapor por motores de gasoil en 1970. La capacidad del barco, cumpliendo con la idea africana de que siempre hay sitio para más personas, se amplió de los cuatrocientos treinta pasajeros iniciales a los seiscientos.

La actividad en el muelle seguía siendo frenética. No muy lejos, varias grúas y un montón de contenedores apilados indicaban que el puerto de Kigoma también era importante para el transporte de grandes mercancías.

—¿Qué significa *Liemba*? —le pregunté a Omar.

—«Lago» en dialecto kurungu. El barco tiene ahora un nombre africano, no lleva cañones y se ha convertido en un mensajero de la paz.

—¿Has navegado alguna vez en él?

—Lo he visto atracar y zarpar muchas veces, pero nunca he subido al *Liemba* —me dijo con un deje de lamento. Y tras unos segundos en silencio, añadió—. Dicen que en ese barco hay mucho contrabando.

—¿De qué?

—De todo —se rio—. ¿Has ido al mercado de Kigoma?

—Sí.

—Pues ya habrás visto que allí no hay mucho. El contrabando siempre es bienvenido en África, sea de lo que sea.

Aparte de la función comercial, el *Liemba* jugó un papel destacado en 1997, cuando fue utilizado para repatriar a los 80.000 refugiados que huían de la guerra del Congo. A lo largo de cinco meses, el barco hizo un total de veintidós viajes entre Kigoma y el puerto congolés de Uvira. Sus travesías demostraron una vez más que, en caso de conflicto, los ríos y los lagos son las autopistas más fiables de África.

El novelista británico C. S. Forester se inspiró en el *Liemba* y en las experiencias del excéntrico Simson para escribir en 1935 la novela *La reina de África*, que narra el hundimiento durante la Primera Guerra Mundial de un barco alemán llamado *Königin Luise*. En 1951, John Huston estrenó una película basada en el libro, con Humphrey Bogart y Katherine Hepburn como protagonistas. Bogart hacía el papel de un borrachín canadiense al mando de un pequeño barco llamado *La reina de África*, lo que le hizo merecedor del único Oscar de su carrera, y Hepburn el de una pacata misionera británica. Entre ambos surgía el amor y al final, tras muchas vicisitudes, conseguían hundir el barco alemán.

La mayor parte del filme se rodó en el río Ruiki, en el Congo, y en el lago Alberto, en Uganda, y John Huston se hizo famoso por alargar el rodaje innecesariamente para poder así dedicarse a la caza. Su obsesión era cazar un elefante, tal como cuentan Katherine Hepburn en *The Making of The African Queen* y Peter Viertel, uno de los dos guionistas, en la novela *Cazador blanco, corazón negro*, en la que Huston aparece con el nombre de Wilson.

Según cuenta Viertel, cuando se reunieron en Londres para hablar del rodaje, Huston le confesó que tenía muchas deudas y que por eso le apetecía hacer una película en África. «Tengo poco que perder», le dijo. «Aunque me ataque un león o un búfalo, mis últimos momentos sobre la Tierra serán felices: pensaré en mis acreedores, allí en Estados Unidos, cuando se enteren de que me han comido vivo, y valdrá la pena.»

Ya en su primer viaje a África, Huston, muy influenciado por Hemingway, se enamoró de este continente. «No es que me guste África», le dijo a Viertel. «Es mucho más que eso. Es el sitio más impresionante que hayas visto en tu vida. Lo más fascinante de este mundo. Puedes pasar allí diez años sin conocer prácticamente nada.»

A Bogart, según parece, no le gustaba África, y menos cuando supo de la amenaza de la disentería y la malaria. Durante el rodaje, en el que le acompañó su esposa, Lauren Bacall, la mayor parte del equipo bebía agua hervida para no correr riesgos, pero Bogart y Huston preferían beber whisky. Bogart llegó a declarar: «Todo lo que ingerí fueron latas de judías y de espárragos, y whisky escocés. Cuando una mosca nos picaba, a Huston o a mí, caía muerta de inmediato».

A última hora de la tarde, cuando la sirena del *Liemba* anunció que zarpaba de Kigoma, salí al jardín del hotel para contemplar el viejo barco. Lo seguí con la mirada hasta que la humeante chimenea se perdió en el horizonte. Justo entonces, como si quisiera despedirse, el capitán hizo sonar de nuevo la sirena y su eco se perdió en medio de aquel grandioso lago que había fascinado a los exploradores.

Mientras regresaba a mi habitación, pensé que no me sorprendía que una buena película como *La reina de África* partiera de la historia del *Liemba*, el barco que «resurgió del fondo del lago para ser lo que era». La suya era, ciertamente, una historia de novela, o de película, ambientada en el África más maravillosa. Las anécdotas del rodaje, por otra parte, daban sin duda para otra novela, tal como supo verlo Peter Viertel, cuando escribió *Cazador blanco, corazón negro* en 1953, o para otra película, como demostró Clint Eastwood al llevar esta novela a la pantalla en 1990, con él mismo en el papel del impagable John Huston.

LOS CHIMPANCÉS DE JANE GOODALL

Ya que no podía navegar en el *Liemba*, que iba en dirección contraria a la que a mí me interesaba, lo hice en una lancha equipada con dos potentes motores en dirección al Parque Nacional de Gombe, a un par de horas de Kigoma en dirección a Burundi.

Lo que más me sorprendió cuando salimos a remo de una playa cercana al hotel fue el silencio que emanaba del lago. Era un silencio primigenio, de esos que te envuelven de vez en cuando en África, cuando sientes que se impone sin discusión una naturaleza sobrecogedora y el hombre queda reducido tan solo a un mínimo accidente.

El verde luminoso de la costa contrastaba con la oscuridad pétrea del agua y con las montañas azules del horizonte. Todo parecía estar en su sitio, un cuadro perfecto. Más allá de la historia y de las proezas de los exploradores, África también era aquello: una extraña sensación de estar lejos de todo, inmerso en un paisaje único que no tenía nada que ver con mi entorno habitual y que era capaz de transportarme varios siglos atrás. Por unos momentos, llegué incluso a pensar que flotaba fuera del tiempo.

Cuando Musa, el barquero, puso el motor en marcha, el ruido se adueñó de todo y la magia del lago pareció saltar en pedazos. Poco después, sin embargo, cuando nos cruzamos con tres frágiles barcas de pesca y un *dhow* cargado hasta los topes, comprobé que la esencia de África acudía de nuevo al rescate.

—Se dirigen a Burundi —Musa alargó una mano para señalar la barcaza—. Vuelven a casa después de trabajar aquí. En su tierra todo escasea, incluido el trabajo.

El *dhow*, de gran tamaño, avanzaba con una sucia vela desplegada. Me fijé, cuando pasamos a su lado, en que había decenas de hombres sentados en el suelo de cubierta, todos con grandes fardos a su lado. Fuera lo que fuera lo que llevaran, seguro que sería bienvenido en Burundi, uno de los diez países más pobres del mundo.

En el lago Tanganica se siente la inmensidad de África; es más, estoy convencido de que si aguzas el oído hasta puedes escuchar el latido de la Tierra. Sus 675 kilómetros de largo y 50 de ancho de promedio impresionan sobre el mapa, pero cuando estás allí sobrecoje pensar en su profundidad, que alcanza los 1.435 metros.

Si tenía ganas de navegar por el Tanganica era básicamente por dos motivos: para revivir la emoción de exploradores como John Speke y Henry Stanley, que lo circunnavegaron para certificar que el lago no era el origen del Nilo, y para visitar los chimpancés del Parque Nacional de Gombe, un lugar remoto donde la naturalista británica Jane Goodall ha estudiado durante muchos años a estos primates.

Íbamos en la lancha, además del patrón Musa y yo, un ayudante que no debía de tener más de doce años, callado y de mirada huidiza, dos cincuentones austriacos, Hans y Peter, y un veinteañero francés llamado Laurent. Los austriacos, muy sobrados de kilos, vestían como si fueran a participar en un safari de película (solo les faltaba el cazamariposas); el francés, por su parte, era delgado como un fideo, llevaba gafas a lo Lennon e iba equipado de arriba abajo, incluida la gorra, con ropa de Decathlon.

—Desde que a los trece años vi por televisión un reportaje sobre Jane Goodall que quiero ir a Gombe —me confesó Laurent—. Para mí es una heroína de la preservación de la naturaleza.

Los austriacos no se pronunciaron. Hablaban en alemán entre ellos, sin apenas inflexiones de voz, y no parecían tener ningún interés en comunicarse con el resto del grupo. Solo vibraban cuando enfocaban con sus teleobjetivos algún punto lejano y, tras visualizarlo en la pantalla de la cámara, se felicitaban mutuamente por el resultado.

Mientras los observaba, pensé que eran la viva demostración de que la mejor manera de viajar es hacerlo en solitario, ya que te obliga a abrirte a los demás. Si lo haces en pareja o en grupo corres el riesgo de encerrarte en una

burbuja que acabas confundiendo con la realidad y que te aísla de cuanto te rodea.

Cuando en febrero de 1858 Burton y Speke llegaron exhaustos al lago Tanganica, decidieron explorarlo a fondo para comprobar si de él salía algún río en dirección norte que pudiera dar origen al Nilo. Burton, sin embargo, se sentía tan débil que dejó que Speke fuera solo.

Tras la incompleta exploración de Speke, y la información que recogieron de los lugareños, ambos supieron que no había ríos que salieran del lago. Por tanto, era imposible que el Tanganica fuera el origen del Nilo. Habían descartado una posibilidad, pero la ubicación de la fuente del gran río seguía siendo una incógnita.

A Speke le encantó el lago Tanganica, hasta el punto de escribir: «En ningún otro lugar de África, de los que hemos visitado hasta ahora, habíamos visto una vegetación tan espléndida, que cubre desde lo alto de las montañas hasta la orilla».

Se diría, partiendo de esta descripción idílica, que el viaje de Speke fue de lo más apacible, pero nada más lejos de la realidad. El principal problema surgió cuando un pequeño escarabajo se empeñó en explorar los conductos de su oído interno. Tal como lo cuenta él mismo en *Cruise on the Tanganyika Lake*, ocurrió en una noche de tormenta en la que el viento casi arrancó su tienda de cuajo.

«Para arreglar los destrozos», apunta, «encendimos una vela y en ese momento, como por arte de magia, todo el interior de la tienda se cubrió con un ejército de pequeños escarabajos negros.» Speke trató de expulsarlos, pero no había manera. Al final, rendido, apagó la vela e intentó dormir. Lo consiguió en un principio, hasta que le despertó un escarabajo que pugnaba por penetrar en su oído.

Speke probó de echar al intruso con la punta de una navaja, pero lo único que consiguió fue hacerse una herida. El escarabajo prosiguió su camino y, al chocar con el tímpano, lo atacó con vigor. «Fue lo más doloroso que recuerdo haber sentido nunca», escribió Speke.

El insecto le produjo una inflamación tan grande que Speke no podía masticar y se vio obligado durante semanas a alimentarse solo con líquidos. «Durante muchos meses, la infección me dejó casi sordo», prosigue su relato, «y el escarabajo me causó un agujero entre el oído y la nariz, de modo que cuando silbaba, el silbido se oía a través del oído (...). Seis o siete meses después, pedazos del escarabajo —una pata, un ala o partes de su cuerpo— todavía salían de mi oído mezclados con cera.»

Viendo lo que le pasó al pobre Speke, es lógico que en África uno desconfíe de cualquier animal, por pequeño que sea, que merodee por los alrededores, y que piense que en estas latitudes, más que la gran fauna salvaje, el peligro cotidiano suele venir de mosquitos, moscas tse-tse, tábanos, escorpiones, hormigas, serpientes y escarabajos. Al fin y al cabo, cuando se trata de un león o un elefante, basta con mantenerse a cubierto o alejado, pero los malditos mosquitos y escarabajos africanos parecen haber sido adiestrados para perforar todo tipo de pieles y ropas, incluidas las mosquiteras con más garantías.

Un par de horas después de salir de Kigoma, llegamos al pequeño Parque Nacional de Gombe, de tan solo 52 kilómetros cuadrados. En este bosque tupido, aprisionado en un anfiteatro entre las colinas y el lago, es donde Jane Goodall ha pasado años estudiando a los chimpancés.

Goodall, al igual que Dian Fossey, pertenece a ese grupo de mujeres intrépidas que no dudan en abandonar las comodidades de su país para dedicarse por completo al estudio de los animales en África. Nacida en Londres en 1934, Goodall llegó por primera vez a África a los veintitrés años para visitar a un amigo que tenía una granja en las tierras altas de Kenia. Allí, en casa de unos amigos, conoció al antropólogo Louis Leakey, para quien trabajó durante un tiempo. Leakey, que entonces ya era famoso por sus excavaciones en la garganta de Olduvai, convenció a Goodall de que se dedicara al estudio de los chimpancés.

Goodall regresó a Inglaterra para estudiar Primatología y en julio de 1960 viajó a Tanganica, que entonces era un Protectorado británico, para convivir con la comunidad de chimpancés de Gombe.

Tras desembarcar el material que llevaban, Jane y su madre, que la acompañaba para *protegerla*, instalaron un primer campamento en la playa. No tardaron en ver el primer chimpancé. «Allí estaba», escribió Jane en su diario. «Se fue en cuanto nos reunimos con los pescadores que lo habían descubierto, y aunque subimos la cuesta, no volvimos a verlo.»

A partir de aquel primer avistamiento, Goodall vería muchos más chimpancés a lo largo de los más de cincuenta años que ha permanecido estudiando a los de Gombe. Sus estudios reforzaron la idea de la semejanza entre humanos y chimpancés, que comparten un 98 % del código genético. El dato ya era conocido, pero Goodall demostró que, al contrario de lo que se pensaba, los chimpancés son capaces de sentir emociones y de utilizar herramientas para alimentarse. A Goodall le sorprendió también la agresividad de algunos enfrentamientos entre chimpancés, tal como describió en *A través de la ventana: treinta años estudiando a los chimpancés*.

En este libro, Goodall documenta cómo algunas hembras adultas llegan a matar a hembras jóvenes para no perder el poder en el grupo. «Durante los primeros diez años del estudio había creído [...] que los chimpancés de Gombe eran, en su mayor parte, más agradables que los humanos», escribió. «Después hallamos que los chimpancés pueden ser brutales, y que ellos, como nosotros, tienen un lado oscuro en su naturaleza.»

Goodall se casó dos veces, la primera en 1964 con un fotógrafo holandés, Hugo Van Lawick, con quien tuvo un hijo, Eric. Se divorciaron en 1974 y un año después se casó con Derek Bryceson, director de los parques nacionales de Tanzania. Este, que murió en 1980, fue una gran ayuda para preservar los chimpancés de Gombe. En 1977, Jane fundó el Instituto Goodall para proteger a los chimpancés y se convirtió en una líder mundial a favor de la conservación de la naturaleza y de la protección de los animales.

Cuando desembarcamos en Gombe tuve la sensación de que el paisaje cambiaba de repente y que se imponía un silencio atávico. La arena de la playa se volvió más blanca y los árboles parecían más altos. Daba la impresión de que estábamos entrando en un mundo perdido, en una especie de Parque Jurásico en el que animales prehistóricos campaban a sus anchas.

Los gritos de los monos nos dieron la bienvenida y, ya en la misma playa, vimos un par de babuinos que parecían estar esperando visitas. Se les veía muy conscientes de que aquella era su casa y de que nadie les iba a expulsar, pero también debían de saber que allí las estrellas indiscutibles eran los chimpancés.

Tras una breve charla previa, un guía llamado Bennett nos llevó al inicio del parque, allá donde el muro vegetal se hacía más impenetrable. Nos acompañaba, cerrando el pequeño grupo, William, un *ranger* armado con un kalashnikov.

—Caminaremos al encuentro de los grupos de chimpancés —nos informó Bennett—. En Tanzania hay en total unos dos mil chimpancés, de los que cien están en Gombe.

A continuación, nos adentramos en el bosque por un camino de tierra roja lleno de charcos. Había llovido horas antes, pero cuando empezamos a caminar solo nos envolvía un silencio roto de vez en cuando por los chillidos de las aves exóticas.

Poco después vimos el primer chimpancé. Estaba lejos, en lo alto de un árbol, y no parecía muy interesado en nosotros. Hizo un par de cabriolas y desapareció saltando de rama en rama con una agilidad pasmosa.

Al llegar a un termitero que había junto al camino, Bennett nos mostró cómo cazaban termitas los chimpancés. Cogían una ramita tierna con las manos, le quitaban las hojas y la introducían en el termitero.

—Al poco rato sacan la ramita y se comen las termitas que se han agarrado a ella —nos aclaró—. Este fue uno de los descubrimientos de Jane. Es importante porque muestra que los chimpancés también utilizan herramientas, como los humanos.

A la media hora de caminar, empezó a llover, primero con desgana y después con la típica fuerza tropical, absolutamente desmesurada. Parecía que el día se complicaba, pero cuando llegamos a la cascada de Kakombe cesó la lluvia y se impuso la gran belleza de África, la que palpita en lugares salvajes en los que la civilización parece quedar muy lejos.

Seguimos caminando, entre grandes árboles y siempre pendientes del menor ruido, por si había algún chimpancé cerca. Pero nada. Cuando ya llevábamos más de dos horas de marcha, lo único que habíamos visto eran

unas cacas de chimpancé que el *ranger* nos mostró como si hubiera encontrado un tesoro. Los dos austriacos, interesadísimos, las fotografiaron desde distintos ángulos.

Empezaba a pensar que ya no veríamos chimpancés cuando casi nos dimos de bruces con un grupo que estaba a la sombra de unos grandes árboles.

—Es el grupo F —nos dijo Bennett en voz baja—. Aquí tenemos a *Freud*, a *Frodo*, a *Faustino* y unos cuantos más. Todos los nombres empiezan por F. Fue cosa de Goodall, que quiso así personalizarlos.

Estaban a unos pocos pasos y debía de haber unos diez en total. La mayoría estaban de espaldas. De repente, sin embargo, uno de ellos dio la voz de alarma, gritando como un poseso, y los demás no tardaron en imitarle. Era un grito salvaje, estremecedor, unánime. Los más grandes empezaron a avanzar a grandes pasos hacia nosotros mostrando los dientes, amenazadores, pero se frenaron a tan solo un par de metros.

—Es mejor que nos marchemos —murmuró Bennett sin alterarse.

Todos estuvimos de acuerdo. Sabíamos poco del comportamiento de los chimpancés, pero era evidente que la actitud de aquellos ejemplares no era precisamente amistosa. Retrocedimos poco a poco y solo cuando estuvimos a una distancia suficiente, y cuando ellos se calmaron, nos tranquilizamos.

Al cabo de un buen rato, desde donde estábamos, pudimos ver cómo los chimpancés iban saliendo del bosque y avanzaban por el camino. Había machos dominantes con cara de malas pulgas, madres que llevaban a sus bebés en la espalda, pequeños juguetones... Los estuvimos siguiendo casi una hora, en medio de un silencio espectral, sorprendidos al observar en ellos unos gestos tan humanos. Los dos austriacos no dejaban de ametrallarlos con sus cámaras, mientras Laurent parecía levitar de placer.

—Es lo más emocionante que he visto en mi vida —murmuró, embelesado.

Y detecté en sus ojos un brillo que lo confirmaba.

De regreso a la playa, nos sentamos a comer al aire libre, muy cerca de la casa de Jane Goodall. Durante el almuerzo, Bennett nos contó cosas de Jane y de su hijo, Eric, que de pequeño jugaba con los chimpancés y que ahora se dedicaba

a navegar por el lago.

—Llevo cinco años aquí y me encanta vivir en Gombe —nos dijo—. En verano vienen muchos turistas, pero a mí me gusta ahora, cuando casi no hay visitas.

—¿Jane Goodall viene a menudo? —le pregunté.

—Antes se pasaba aquí casi todo el tiempo, pero ahora realiza una labor de concienciación ambiental. Es mensajera de la paz de la ONU, lo que la obliga a viajar por todo el mundo. Siempre que puede, sin embargo, viene a Gombe a visitar a sus queridos chimpancés.

En el viaje de vuelta a Kigoma, vimos desde la lancha cómo el sol naufragaba en un abigarramiento de nubes rojizas. Era un hermoso final para un día emocionante. Laurent, el francés, repasaba en voz alta los momentos estelares, mientras que los dos austriacos seguían hablando entre ellos en el tono monocorde que nunca parecía abandonarles. Mientras les oía, recordé lo que escribe Goodall en *A través de la ventana*: «Los hombres fueron apartándose de la jungla. Encontraron cuevas y descubrieron el fuego, aprendieron a construir viviendas, a cazar con armas, a hablar. Y entonces se volvieron atrevidos y arrogantes. Empezaron a derribar su propio bosque, destruyendo lo que durante tanto tiempo los nutrió. Hoy, cambiando la faz del globo, los humanos [...] domestican lo salvaje y lo saquean».

Trece años después de la aventura de Burton y Speke, a finales de 1871, Livingstone y Stanley navegaron juntos, tras el famoso encuentro en Ujiji, hasta el extremo norte del lago Tanganica, para ver si allí podía nacer el Nilo. Tardaron veintiocho días en dar la vuelta al lago en canoa, pero no encontraron ningún río que fluyera hacia el norte. La hipótesis de que el Nilo pudiera nacer en el lago Tanganica quedaba así definitivamente descartada.

Ambos exploradores siguieron viajando juntos hasta el 14 de marzo de 1872, día en el que Stanley inició el regreso hacia la costa. Livingstone, sin embargo, se negó a volver y optó por ir más allá, para tratar de desentrañar el misterio de las fuentes del Nilo, el gran enigma de África.

El 10 de agosto de 1872 Stanley publicó en el *New York Herald* un largo artículo en el que daba noticia de su encuentro con Livingstone. Fue allí donde escribió por primera vez la famosa frase «Doctor Livingstone, supongo». El misionero explorador, mientras tanto, estaba siguiendo el río Lualaba, convencido de que podía tratarse del Nilo.

Unos meses después, el 1 de mayo de 1873, enfermo de malaria y disentería, el doctor Livingstone murió en la aldea de Chitambo, en tierras de la actual Zambia. Con él desaparecía uno de los grandes exploradores de África.

UN LARGO VIAJE EN AUTOBÚS

Los mapas, en África, resultan a menudo engañosos, ya que cuando estudias las distancias en ellos, todo parece estar mucho más cerca de lo que está en realidad. Echabas una ojeada a un mapa de Tanzania, por ejemplo, y piensas que si el lago Tanganica y el Victoria distan seiscientos kilómetros, en seis o siete horas puedes llegar allí. ¡Craso error! Las carreteras africanas tienen poco que ver con las europeas. Si están asfaltadas ya es mucho, aunque a menudo se trata de un asfalto degradado, pero tampoco esto está garantizado. Es cierto que en los últimos años los chinos parecen empeñados en asfaltar África de arriba abajo, pero todavía les falta.

Mi siguiente destino, en mi intento de seguir siendo tan fiel como pudiera a la ruta de los exploradores, era la ciudad de Mwanza, a orillas del lago Victoria, pero enseguida comprobé que no me sería fácil llegar allí. La temporada de lluvias seguía fastidiando mis planes y William, el simpático recepcionista del hotel, me desaconsejó el autobús que recorría los seiscientos kilómetros que hay entre Kigoma y Mwanza.

—Normalmente ya es un viaje incómodo que puede durar más de doce horas —me dijo—, pero en esta época es aún más difícil por culpa de las lluvias.

—¿Cuánto tardaría ahora?

—Es difícil decirlo. Depende del estado de la carretera.

—¿Y cómo puedo ir a Mwanza?

—Solo hay vuelos en temporada alta —meneó la cabeza—. La mejor opción es volver en avión a Dar Es Salaam y allí coger otro avión para Mwanza.

—¡Uf, no! —lo descarté enseguida—. Sería como volver a la casilla de salida.

William se rio.

—En África —reflexionó— el camino más corto en el mapa raramente es el más rápido.

Mientras William telefoneaba a la estación de autobuses para informarse, me refugié en el bar del hotel. Allí estaba, consultando guías y mapas en busca de una solución que me sacara del atolladero, cuando apareció Peter, el piloto canadiense que había conocido en el vuelo de Dar Es Salaam a Kigoma.

—¿Qué haces todavía en Kigoma, *muzungu*? —me abordó con una sonrisa—. Nadie pasa tantos días aquí si no es por trabajo o por contrabando.

Le invité a una cerveza y le puse al corriente de mis planes frustrados de viajar a Mwanza.

—¡Bienvenido a África! —se limitó a decir con una gran sonrisa.

A continuación, supongo que para distraerme de mis tribulaciones, me contó que África le encantaba y que durante más de diez años había trabajado de piloto de safaris.

—Es un placer ver desde el aire cómo las leonas avanzan en formación para cazar —me dijo—. O contemplar una gran manada de elefantes durante la migración.

—Debe de ser todo un espectáculo —comenté.

—Si me largara de aquí, echaría en falta todo esto —suspiró—. Este continente tiene algo que se te mete en las venas. Al principio te fijas solo en lo que no funciona, pero con el tiempo empiezas a valorar lo mucho que te aporta.

—¿Y cómo es que ahora trabajas para una ONG? —le pregunté.

—Llegó un momento en que quise devolverle a África algo de lo mucho que me ha dado —sonrió—. Aquí hay mucha belleza, pero también mucho dolor. Ahora, trabajando para una ONG, siento que estoy haciendo algo para combatirlo.

Allí estábamos, bebiendo cerveza, comiendo cacahuets y hablando de África, cuando apareció William para informarme de que a las 5 de la mañana saldría un autobús en dirección a Mwanza. Visto mi interés, me había

reservado un billete, pero volvió a advertirme de que no sería un viaje fácil por culpa de las malditas lluvias.

John Speke, en el camino de regreso hacia la costa desde el lago Tanganica, en 1858, había obtenido el permiso de Burton, jefe de la expedición, para ir a comprobar si era cierto que había otro gran lago en dirección norte. Según los nativos, que lo llamaban Nyanza («gran extensión de agua»), era incluso más grande que el Tanganica.

Burton, que seguía estando muy débil, aceptó que Speke fuera solo, mientras él se recuperaba en casa de unos traficantes árabes de Kazeh. Ignoraba entonces que esta separación sería decisiva para que Speke se convirtiera en el descubridor de las fuentes del Nilo.

Speke partió de Kazeh el 9 de julio de 1858 con una caravana de treinta y cuatro hombres, entre los que había veinte portadores que llevaban grandes fardos con mercancías y regalos, una especie de peaje para que los jefes indígenas que encontraran por el camino les permitieran pasar por sus tierras. Desde el primer día, los indígenas se sorprendieron al ver aquel *muzungu* con larga barba pelirroja, sombrero de ala ancha y gafas ahumadas. Como no podían entender que fuera tan estúpido de afrontar peligros solo con fines científicos, él les contaba que iba al gran lago «para canjear telas por colmillos».

Tras caminar durante tres semanas por la selva, Speke consiguió ver por fin, desde una colina, las aguas del lago Nyanza. Fue como una revelación. «Ya no me cabía ninguna duda», escribió, «de que el lago que se extendía a mis pies daba nacimiento a aquel río tan interesante, cuya fuente había sido objeto de tantas especulaciones y meta de tantos exploradores. Aquel era un lago mucho más extenso que el Tanganica, tan ancho que no se veía su final, y tan largo que nadie conocía su longitud.»

Speke tuvo desde el primer momento la intuición de que el Nilo nacía de aquel lago, pero no pudo probarlo en este viaje, ya que tenía que regresar cuanto antes a Kazeh, donde le estaba esperando Burton. De todos modos, allí mismo se juró que, en cuanto regresara a Inglaterra, organizaría una expedición para volver al lago, esta vez sin Burton. «Mis pocas ganas de

volver pueden imaginarse mejor de lo que pueda escribirlas», apuntó. «Sentía unas tentaciones tan grandes como las del infortunado Tántalo (...) y tanto dolor como el que siente una madre al perder a su primogénito, así que de inmediato me puse a planear lo que iba a hacer cuanto estuviera en mi mano para visitar de nuevo el lago.»

Cuando a las 4,30 de la mañana sonó el despertador en mi hotel de Kigoma tuve que pellizcarme varias veces para saber dónde estaba. Cuando por fin me situé, recogí mis cosas, bajé a recepción, me despedí de William, que pareció compadecerme con la mirada, y me fui en un taxi a la estación de autobuses.

La buena noticia era que el autobús de Mwanza estaba allí, rodeado de la algarabía habitual de las estaciones africanas, pintado de colores vivos y con las letras Adventure en los laterales y en la parte posterior. La mala noticia es que nadie sabía decirme cuándo saldría. *Pole pole*, poco a poco, me repetían los ayudantes de los conductores mientras se esforzaban por colocar bultos y mochilas en la baca del autobús con un orden más o menos racional.

Dejé mi mochila de mano en un asiento con ventana y me limité a esperar, igual que todos los que estaban allí. Como era el único *muzungu* de la estación, no tardé en convertirme en el blanco preferido de los vendedores ambulantes que ofrecían buñuelos, samosas, huevos duros, bebidas, tabaco y chucherías a los pasajeros. Me comí un par de buñuelos y un té caliente que sabía a todo menos a té, mientras iba pasando el tiempo y nadie daba señales de tener prisa.

Pasaron las cinco y el autobús no salió. Tampoco a las seis. Ni a las siete. A las ocho, sin embargo, el conductor puso en marcha el motor y anunció con tres largos bocinazos que el autobús de Mwanza se disponía a partir con «solo» tres horas de retraso.

Decir que el autobús iba lleno es decir poco. Registraba un lleno africano, con mayoría de hombres cargados con enormes bolsas y bultos de todas las formas y tamaños, y una docena de mujeres con bebés atados a la espalda y fardos en la cabeza. Algunos pasajeros iban sentados encima de otros, y unos cuantos iban en el pasillo, de pie o sentados en sus bolsas de

viaje. A nadie parecía importarle que algunos asientos estuvieran rasgados, dejando asomar los muelles, ni que faltaran cristales en las ventanas. Lo importante era que el autobús estaba en marcha.

—Hoy va más lleno que de costumbre —me informó mi vecino de asiento, Johnnie, un joven estudiante de mirada avispada que iba a Mwanza a ver a su familia—. Ayer el autobús no salió por las lluvias. Por eso hoy hay más gente.

Los primeros kilómetros, por carretera asfaltada hasta Kasulu, transcurrieron sin problemas. El autobús iba a buena velocidad, el aire entraba por la ventana y el verde del paisaje era una delicia. El cielo estaba nublado, pero afortunadamente no llovía.

—Hago este viaje tres veces al año —me informó Johnnie—, pero cada vez es diferente.

—¿A qué te refieres?

—Pues que nunca sabes lo que pasará ni cuándo llegarás.

—¿Cuánto se tarda en un viaje normal?

—En esta parte de África nunca hay un viaje normal —sonrió.

Me relajé mirando el paisaje, la vegetación desbordante y la mucha gente que caminaba por la carretera. Me las prometía muy felices, pero en la larga recta hacia Kibondo, muy cerca de la frontera con Burundi, las cosas empezaron a torcerse. El asfalto se esfumó de repente y se impuso una pista de tierra roja en la que los baches se alternaban con grandes charcos. El intenso traqueteo acabó por despertar a los bebés, que empezaron a llorar a voz en grito. El silencio del autobús estalló en pedazos, pero este seguía avanzando como si nada, hasta que una larga cola de camiones nos obligó a detenernos.

—Ha habido un accidente —me informó Johnnie después de hablar con un camionero—. Un camión ha volcado y está bloqueando la carretera.

Visto que la espera iba para largo, bajamos del autobús y caminamos un par de kilómetros hasta el lugar del accidente. Allí, en medio de un gran charco, estaba el camión volcado, con su carga de sacos de cemento esparcida sobre la pista de tal modo que no quedaba espacio para que pasara ni un vehículo.

—¿Y ahora, qué? —le pregunté a Johnnie.

—Solo podemos hacer una cosa: esperar —dijo, resignado, mientras se sentaba en una piedra.

—¿Falta mucho para Mwanza?

—Depende de cuando lleguemos.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que como no sabemos cuántas horas estaremos bloqueados aquí, es imposible saber cuánto falta.

—¿Y en kilómetros?

—En África los viajes raramente se miden por kilómetros, si no por horas. Es más realista.

El 27 de agosto de 1858 Speke se reunió de nuevo con Burton en Kazeh, después de haber recorrido setecientos kilómetros en cuarenta y siete días. Cuando Speke le habló a Burton del lago, y de que estaba seguro de haber descubierto la fuente del Nilo, este rechazó de plano sus especulaciones, calificándolas de absurdas.

Un mes después, el 26 de septiembre, ambos iniciaban el largo viaje de regreso hacia la costa. A los pocos días, Speke cayó gravemente enfermo y tuvo pesadillas en las que aparecían una manada de tigres, leopardos y otras fieras que lo arrastraban por el suelo. Un mal augurio que ilustraba el distanciamiento con Burton.

Ambos exploradores llegaron a Zanzíbar el 4 de marzo de 1859. Zarparon juntos hacia Adén el 22 del mismo mes, pero Burton decidió quedarse unos días allí para recuperar fuerzas. Speke llegó primero a Londres, aunque, según Burton, había prometido esperarle para dar cuenta juntos del resultado de la expedición.

Speke, sin embargo, incumplió su palabra y habló del gran lago apenas desembarcó en Inglaterra, el 8 de mayo de 1859. «Creo muy firmemente que el Nyanza es una fuente del Nilo, si no la principal», declaró a la prensa. Al día siguiente se reunía con el presidente de la Royal Geographical Society para pedirle que financiara una nueva expedición.

Cuando Burton desembarcó en Inglaterra, el 20 de mayo, se encontró con que «Speke ya lo había hecho todo por mí. O, mejor dicho, contra mí». Nunca se lo perdonaría. A partir de ese día se convirtieron en rivales acérrimos.

Pasaba el tiempo y no se veía solución al atasco de la carretera de Mwanza. Corrió la voz de que pronto vendría una grúa de Kigoma, pero nadie era capaz de concretar cuándo llegaría. El que sí llegó fue un vendedor ambulante, salido prácticamente de la nada, que vendía samosas y bebidas. Por si no teníamos bastante con la larga espera, empezó a llover con insistencia y no tuvimos más remedio que refugiarnos en el interior del autobús. Al ser yo el único *muzungu*, los otros pasajeros me dirigían sonrisas de complicidad, como si dijeran: «Esto es África, amigo, y hay que aceptarla como es».

Al final, cuando ya me veía pasando la noche allí, acurrucado en mi asiento, se impuso una solución a la africana. Unos cuantos camioneros empezaron a desbrozar con machetes y hachas los arbustos y árboles que había junto a la carretera y en unos pocos minutos lograron abrir un camino alternativo. Al principio era solo un amasijo irregular de raíces, piedras y barro, pero a la que pasaron unos cuantos camiones adquirió la consistencia de una pista más o menos transitable.

Una vez salvado, tras un par de horas de espera, el obstáculo del camión volcado, el autobús prosiguió viaje a Mwanza, recuperando la velocidad y el traqueteo de crucero.

—Ha habido suerte —sonrió Johnnie—. Si no pasa nada más, quizás podamos llegar hoy mismo a Mwanza.

—¿Hoy mismo?

—Sería ya de noche, pero podemos llegar. No siempre es así... Una vez tuvimos que pasar la noche en Nyakanazi porque nos quedamos encallados.

—¿Y dónde dormisteis?

—Aquí mismo, en el autobús. Era muy tarde, llovía y no había nadie para ayudarnos.

Crucé los dedos para que no se presentaran más problemas, pero un par de horas después estalló de nuevo la monotonía. El barro acumulado en una de las cuestas hacía que el autobús resbalara y se desplazara hacia un lado. El

conductor lo intentó unas cuantas veces, hasta que el autobús dijo basta y quedó clavado a media cuesta, con las ruedas encajadas en los profundos surcos que habían dejado los otros vehículos que le habían precedido y sin que pudiera ir ni hacia delante ni hacia atrás.

Bajamos todos del autobús y el conductor probó entonces a salir del lodazal, pero sin suerte. El ayudante probó a solucionarlo con una pala, pero era tanto el barro acumulado bajo las ruedas que no había manera.

No tardaron en aparecer unos cuantos niños que observaban la maniobra con interés, muy concentrados. Por lo visto, según nos contaron, camiones y autobuses solían quedarse tirados en aquella cuesta, lo que constituía una de las grandes distracciones de su aldea. Después de los niños llegaron algunos adultos y finalmente, al cabo de una hora, una excavadora que allanó el camino con unas cuantas pasadas y empujó al autobús para que pudiera salir del gran lodazal.

—Otra vez ha habido suerte —sonrió Johnnie—. A veces estas situaciones pueden eternizarse.

Se hizo de noche poco después de pasar por Nyakanazi. La oscuridad se adueñó por completo del paisaje y solo veíamos, de vez en cuando, la vacilante luz de las velas en el interior de algunas cabañas mínimas. El autobús iluminaba la parte delantera con no mucha convicción, ya que uno de los faros estaba roto. El conductor, sin embargo, no parecía tener intención de parar. Casi todos los pasajeros dormían y se impuso el silencio espeso típico de los autobuses nocturnos, tan solo roto de vez en cuando por los ronquidos exagerados de un adulto o el llanto puntual de un bebé.

Eran las 2 de la madrugada, dieciocho horas después de salir de Kigoma, cuando por fin llegamos a la estación de autobuses de Mwanza.

Me dolía la espalda de tanto dar tumbos, pero seguí a Johnnie hasta un *dala dala* que en unos minutos nos llevó al centro de Mwanza. Allí me registré en una pensión de aspecto cutre, con una escalera estrecha, un baño comunitario digamos que poco limpio y una pequeña habitación con la ventana rota en la que cabía justo un camastro. De mosquitera ni rastro, pero la pared estaba llena de manchas de sangre que indicaban que los huéspedes anteriores se habían dedicado al safari nocturno de mosquitos.

Estaba hecho polvo, pero cuando me tumbé en aquella cama demasiado blanda, en la que un pedazo no muy grueso de espuma hacía las veces de colchón, me consolé pensando que mucho peor lo había tenido Speke al llegar al Victoria en 1858. La emoción de ver el lago, sin embargo, le compensó de sobra de tanto esfuerzo. Esperaba que también me compensaría a mí al día siguiente.

NAVEGANDO POR EL LAGO VICTORIA

Mwanza, la segunda ciudad de Tanzania, es más tranquila que Dar Es Salaam. Tiene medio millón de habitantes y su principal atractivo consiste en que se encuentra a orillas del lago Victoria. En otras circunstancias es muy probable que la hubiera encontrado agradable, pero la mala noche pasada en la pensión, ruidosa en extremo, con un ejército de mosquitos asediándome y un colchón destrozaespaldas, me convencieron de que lo mejor que podía hacer era largarme de allí cuanto antes.

Me gustaba haber llegado al lago Victoria, pero me apetecía disfrutarlo desde una perspectiva menos urbana. Traté de explicárselo al encargado de la pensión, pero no entendió lo que quería aquel *muzungu* caprichoso. Salí a la calle, pues, dispuesto a buscarme la vida y acabé por encontrar una especie de ángel de la guarda en una oficina de información turística. Se llamaba Adla, tenía veintipocos años y una sonrisa que invitaba a confiar en ella. Cuando le consulté la posibilidad de viajar en barco hasta Uganda demostró tener la lección bien aprendida.

—Puede ir en un ferri de carga —me dijo de carrerilla—. Sale del puerto sur y cuesta unos ochenta dólares. Zarpa dos días por semana por la tarde y a las 10 de la mañana del día siguiente llega a Kampala.

—Perfecto —aplaudí mientras ya me veía a bordo—. ¿Y qué día sale?

Adla descolgó el teléfono, marcó el número de la compañía y, tras hablar unos minutos en suajili, me informó con una mueca de fastidio que el ferri estaba averiado y que no sabían cuándo podría reanudar el servicio.

—Ocurre a veces —añadió como para consolarme.

Los imprevistos africanos volvían a complicarme el viaje. Me acordé en este momento del escritor norteamericano Paul Theroux, que se encontró con un problema parecido cuando quiso cruzar África de arriba abajo. Él mismo escribe en *El safari de la estrella negra*, donde relata su aventura, que «a veces da la impresión de que África es un lugar al que se va a esperar».

Solté un bufido y le pregunté a la amable Adla qué alternativas me quedaban para ir a Kampala.

—Puede ir en autobús por Bukoba, pero en época de lluvias todo se complica.

Me imaginé dando tumbos en un abarrotado autobús nocturno mientras no paraba de llover y la carretera de tierra roja se convertía en una pista de patinaje. Descarté la idea, ya había tenido mi sobredosis de autobús entre Kigoma y Mwanza.

Me veía atrapado en Mwanza por unos días cuando Adla comentó que me quedaba la alternativa del avión.

—Hay un vuelo a Entebbe mañana por la tarde —me informó tras una nueva consulta.

—¿Y qué podría hacer mientras espero?

—Visitar Mwanza —sonrió, como si estuviera diciendo una obviedad.

Cuando le dije que me apetecía descansar en un ambiente menos urbano, me propuso un hotel junto al lago. Al atardecer, añadió, podía hacer un relajante crucero por el Tanganica.

Me gustó la idea. Le di las gracias a Adla y me fui a comprar un billete para volar al día siguiente a Uganda. Con la reserva en el bolsillo, regresé a la pensión, recogí mi bolsa de viaje, me despedí del dueño y de los mosquitos y subí a un taxi que me llevó a orillas del lago.

El hotel recomendado por Adla tenía un restaurante terraza junto a la playa que me gustó desde el primer momento. También aprecié el silencio que lo rodeaba fuera de temporada, ya que transmitía la grata sensación de que la ciudad quedaba mucho más lejos de lo que estaba en realidad. Pedí una habitación tranquila y me dieron una con vistas al lago. La manta que cubría la cama, con un estampado que imitaba la piel de leopardo, era horrorosa, pero

la mosquitera estaba en buen estado y el colchón era aceptable. En cuanto me tumbé, me pareció estar en el paraíso. Era justo lo que necesitaba mi maltrecha espalda.

Tras pasarme unas horas dormitando, me di una vuelta por el jardín del hotel y me comí un bocadillo en un chiringuito playero mientras miraba cómo las olas lamían suavemente la arena. Me gustaba comprobar que las aguas del lago Victoria estaban en calma y que yo no tenía ninguna prisa. El viaje había entrado de repente en una fase reposada, por lo menos por unas horas.

No muy lejos de donde estaba se alzaba, pegada a la orilla, la llamada roca de Bismarck, un peñasco de vocación vertical que se sostenía, en frágil equilibrio, sobre un conjunto de rocas redondeadas que sobresalían del agua. El nombre de Bismarck se lo pusieron los alemanes en homenaje al que fue canciller a finales del siglo XIX, cuando convirtieron aquellas tierras en colonia. La irrupción de los ingleses, sin embargo, tras la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial, había acabado con todo rastro germánico en Mwanza, si exceptuamos la famosa roca y una vieja mansión en ruinas.

El explorador John Speke, tal como ya había anunciado, no contó con Burton para su segunda expedición al lago Victoria. Las relaciones entre ambos estaban rotas y Speke eligió como compañero de viaje a un amigo de su edad, James Grant, al que conocía desde los veintiún años, cuando ambos eran cadetes del Ejército de la India.

Antes de partir, Speke, que contaba con el patrocinio de la Royal Geographical Society, pidió permiso a la reina para bautizar al lago Nyanza con su nombre. Ella dio su real consentimiento, como ya lo había dado para otros muchos lugares de África llamados Victoria, con lo que la expedición se convirtió casi en un asunto de Estado.

Speke y Grant zarparon de Portsmouth hacia Ciudad el Cabo en un buque de la Royal Navy el 27 de abril de 1860. Llegaron el 4 de julio y doce días después embarcaron hacia Zanzíbar en una corbeta británica de las que combatían el tráfico de esclavos por el Índico.

Según cuenta Speke en su *Diario del descubrimiento de las fuentes del Nilo*, el 10 de agosto, frente a las costas de Mozambique, divisaron un barco negrero que navegaba a toda vela. «Los piratas arrojaron al mar sus banderas, fardos y cajas, pero no se detenían por más que se les intimidaba, hasta que recibieron un cañonazo que pasó por la proa», cuenta. Cuando lograron apresarlos, los piratas dijeron que se dirigían a La Habana y que el velero «estaba tripulado por un capitán, un médico y algunos marineros, en su mayoría españoles». «Tenía abundancia de provisiones y medicinas», añade Speke en su relato, «pero apenas cabían los 544 esclavos que llevaba, y eso que, según dijeron, el buque estaba a medio cargar.»

Tras este incidente, ambos exploradores desembarcaron en Zanzíbar el 17 de agosto de 1860. Tres viejos conocidos —Said ben Salim como jefe de caravana, y Bombay y Mabruki como lugartenientes— fueron contratados para la nueva expedición, junto con un centenar de portadores y diez soldados de escolta. Hacía solo unos meses que un explorador alemán, Albrecht Roscher, había sido asesinado cerca del lago Nyasa. No era un buen augurio.

La expedición de Speke zarpó para Bagamoyo el 2 de octubre de 1860. Las lluvias, las hambrunas, las enfermedades, los asaltos, las deserciones de portadores e incidentes de todo tipo, en especial con los mercaderes árabes y los jefes indígenas, no tardaron en mermar las fuerzas de la expedición, que pretendía en esta ocasión dirigirse directamente a las tierras que rodean el lago Victoria. De hecho, en este viaje, apenas si vieron la parte sur del lago, ya que su objetivo estaba más al norte, por tierras de la actual Uganda, donde creía Speke que debían de estar las fuentes del Nilo.

En el poblado de Uzaramo, Speke conoció a un jefe indígena llamado Hembé, que le confesó que había matado a un teniente francés llamado Maizan. Este le contó que si le había cortado brazos, piernas y genitales fue porque le obligaron los traficantes árabes de esclavos, que no querían que los europeos se inmiscuyeran en sus negocios.

La expedición avanzaba con dificultad y tanto Speke como Grant sufrieron fiebres que los debilitaron, pasaron por mil peligros y fueron desvalijados. En su bautismo africano, Grant quedó horrorizado al presenciar la ejecución de un hombre, a cuyos genitales los indígenas prendieron fuego antes de matarle.

La calma volvió a la caravana, sin embargo, al llegar a las tierras de la actual Uganda, dividida entonces en cuatro reinos: Karagwe y Toro al sur, Buganda en el centro y Bunyoro al norte. Hasta aquella expedición, solo habían entrado en aquel territorio traficantes árabes a la caza de esclavos.

Tras los muchos problemas sufridos, Grant encontró tan bella y apacible la región de Karagwe que la comparó con la región de los lagos de Inglaterra. Allí, en la orilla occidental del lago, a Speke y Grant les recibió el *kabaka* Rumanika, que en palabras de Speke era «el soberano más apuesto y más inteligente que había encontrado en África». Medía metro noventa de estatura y, según Speke, «tenía una expresión hermosa, serena, abierta». Y, lo más importante, estaba encantado de recibir a los *mzungus* y no pensaba aprovecharse de ellos. De hecho, había temido que fueran unos monstruos, y le gustaba comprobar que eran humanos.

Speke mantuvo largas conversaciones con Rumanika, que se interesó por su largo viaje y le pidió que le describiera el mundo. También se extrañó de que Speke y Grant gastaran tanto dinero para viajar y «nos preguntó qué motivos teníamos para hacer este gran sacrificio, pues le parecía natural que, siendo tan ricos, nos quedásemos en casa para disfrutar tranquilamente de nuestros bienes».

La respuesta de Speke fue que no estaban interesados ni en poseer riquezas ni en comerciar, sino en «disfrutar de la vida recorriendo las cinco partes del mundo, observando y admirando las bellezas de la Creación, que nos interesan mucho más que el dinero». La sintonía con el *kabaka* era tan buena que Speke le ofreció llevarse a dos de sus hijos a Inglaterra, para ilustrarlos y para que, a la vuelta, enseñaran a la gente de Karagwe los conocimientos de la civilización. Aunque Rumanika se mostró dispuesto, el plan no llegó a concretarse.

Cuenta Speke en su relato que el rey no permitía que sus hermanas se casaran. «Viven vírgenes y mueren vírgenes en palacio», escribió. «Su única ocupación consiste en beber leche, de la que cada una consume diariamente la producción de diez o veinte vacas. De este modo se vuelven tan exageradamente gordas que no pueden caminar. Si quieren salir para visitar a

un pariente, se necesitan ocho hombres para llevarlas en una litera.» Speke, llevado de su espíritu científico, llegó a medir la circunferencia de un muslo de princesa, que era de ochenta centímetros.

En Karagwe, Speke y Grant celebraron las Navidades de 1861 antes de proseguir viaje hacia el norte. El 7 de enero, un comerciante les anunció que el rey Mutesa de Buganda, un reino situado más al norte, estaría encantado de recibir a los hombres blancos, y que había enviado a unos emisarios para que los escoltaran hasta su presencia. Grant, por desgracia, tuvo que quedarse atrás por culpa de un absceso en la pierna que trató de curar, siguiendo los consejos de los indígenas, con estiércol de vaca.

Cuando les llegaron noticias de que el rey Mutesa, para celebrar la inminente llegada de los *muzungus*, había sacrificado nada menos que a cuatrocientas personas en una matanza ritual, les entraron dudas sobre el futuro de la expedición.

Al atardecer me embarqué para disfrutar lo que se anunciaba como una agradable excursión por el lago Victoria para contemplar una inmejorable puesta de sol. El barco era de tamaño mediano, con capacidad para veintitantos turistas, casi todos británicos y alemanes, modelo mochilero con buena cámara. Al mando del grupo iba Chris, un tipo alto, delgado y rubio, con pinta de surfista, que nos sorprendió al presentarse como tanzano.

—Nací en Tanzania y mi primera lengua es el suajili —nos contó poco después de zarpar—. Mi padre es un naturalista que ha trabajado mucho en África. Yo he vivido en otros países, pero siempre acabo volviendo aquí.

—¿Por qué? —quise saber.

—Esta es mi tierra —sonrió—. Cuando estoy en Europa, tengo la impresión de que hace siglos que el paisaje es el mismo desde hace cientos de años. En África, en cambio, siento que la tierra está muy viva.

—¿Vives en Mwanza?

—Ahora sí, pero viví mucho tiempo en Arusha. Allí hay más trabajo, pero de vez en cuando me gusta instalarme aquí para gozar de la tranquilidad del lago.

Chris era un enamorado de la naturaleza. Era capaz de identificar cualquier ave, por muy lejos que estuviera, y se conocía al dedillo todos los rincones de la costa.

—He navegado mucho por el Victoria —me dijo—, pero no puedo decir que conozco bien el lago. Es tan extenso que parece un mar. Tiene casi 70.000 kilómetros cuadrados de superficie y mide 337 kilómetros de norte a sur y 240 de este a oeste.

Cuando llegamos a la pequeña isla de Saanane, muy cerca de la costa, Chris nos contó que en los sesenta se había convertido en un santuario de fauna salvaje, pero que la cercana isla de Rubondo, mucho más grande, le había arrebatado el protagonismo.

—Cerca de Mwanza hay unas cuantas islas interesantes —añadió—. Estas dos llaman la atención por la fauna, pero yo siento simpatía por la de Ukerewe. Se encuentra a unos cincuenta kilómetros al norte de Mwanza y es la isla más grande del lago.

—¿Iremos allí? —preguntó un alemán.

—No nos da tiempo.

—¿Y qué tiene de especial?

—Es donde viven más albinos en toda Tanzania. Antes los albinos eran expulsados a la isla por sus familias, ya que algunos brujos piensan que traen mala suerte. Con el tiempo se han reproducido y es increíble la cantidad de albinos que ves en la isla.

El agua del lago estaba tan calmada que era un placer navegar por el Victoria, con la brisa en la cara, la cercanía de la costa y la exuberante vegetación a la vista. De vez en cuando, *dhows* de pesca, con ajadas velas triangulares, pasaban no muy lejos de la lancha, pero ningún pescador respondía a los saludos de los turistas. Eran como dos mundos paralelos, como agua y aceite que no llegaba a mezclarse.

El lago se fue revistiendo de un elegante color dorado a medida que el sol avanzaba hacia el ocaso. Daba la impresión de que siempre debía de estar igual de tranquilo, pero Chris apuntó que cuando había tormenta el agua se alborotaba hasta extremos increíbles y los barcos podían llegar a tener serios problemas. Sin ir más lejos, añadió, el 21 de mayo de 1996 se hundió el ferri *MV Bukoba* a unos cincuenta kilómetros de Mwanza.

—El mal mantenimiento del barco, junto con la falta de salvavidas, causaron la tragedia —concluyó Chris—. Fue terrible. Oficialmente murieron 894 personas, aunque hay quien eleva la cifra a más de mil, cuando el máximo número de pasajeros permitido era de 430.

En la costa, a lo lejos, Chris nos mostró un monumento que recordaba a las víctimas del naufragio. Poco después, mientras el barco seguía avanzando hacia una gloriosa puesta de sol, nos habló de aspectos más actuales del lago.

—Ayer mismo pesqué una perca del Nilo de 42 kilos, pero la sobreexplotación es una seria amenaza —reflexionó—. Hay un documental sobre el lago, *La pesadilla de Darwin*, que denuncia que la perca del Nilo y la tilapia son especies introducidas que han ido diezmando la fauna endémica.

Unos días después pude ver el documental por internet. Filmado en 2004 por el austriaco Hubert Sauper, empieza con un avión soviético que aterriza en el aeropuerto de Mwanza para exportar a Europa 55 toneladas de percas del Nilo, fileteadas en las factorías que hay junto al lago. A través de entrevistas con pilotos rusos y ucranianos, pescadores, trabajadores de las factorías y población local, *La pesadilla de Darwin* deja claro que la introducción de la perca del Nilo, hacia 1960, perjudica a la economía de la región, ya que los salarios son muy bajos y casi toda la pesca se exporta a Europa. El resultado es que los tanzanos solo pueden comer los despojos de las percas, que es lo que no quieren los europeos.

El documental apunta también un dato terrible: los mismos aviones que exportan la perca del Nilo llevan a veces, en su viaje hacia África, cargamentos de armas que se utilizan para alimentar los numerosos conflictos que sangran el continente.

Lo que hace, en definitiva, *La pesadilla de Darwin* es poner en relieve las contradicciones del intercambio comercial de Europa con África, denunciar la miseria en la que viven inmersos los habitantes del lago y los daños al ecosistema que causa el consumo por parte de los europeos de las percas del Nilo pescadas en el lago Victoria.

Cuando al final del crucero el barco puso proa hacia Mwanza, la cálida luz del ocaso y un cielo súbitamente enrojecido recortó la silueta de la roca de Bismarck de un modo que me recordó el tótem de *2001: Una odisea del espacio*, la gran película de Stanley Kubrick filmada en 1968. El amanecer de

la humanidad evocado en el filme se veía resaltado por la majestuosa puesta de sol, las aguas doradas del lago Victoria y los acordes que sonaban en mi memoria de *Así habló Zaratustra*, el poema sinfónico de Richard Strauss inspirado en la obra de Nietzsche.

África se revestía, una vez más, de una fascinante dimensión épica.

TERCERA PARTE

UGANDA

LAS TUMBAS DEL REINO DE BUGANDA

En Kampala viven millón y medio de habitantes distribuidos en barrios que van desde la modernidad del hormigón y cristal de algunos edificios del centro al hacinamiento de las barracas de las afueras. En medio, siete colinas cubiertas de verde, mercados caóticos, una avenida pensada para desfiles militares, calles colapsadas por cientos de *matatus* (las camionetas de transporte colectivo), callejones embarrados, una nube perpetua de contaminación y un sinfín de gente que camina deprisa de un lado para otro sin que quizás ni ellos mismos sepan adónde van.

Hay momentos en que Kampala semeja un gran hormiguero humano, pero para reconciliarse con la ciudad basta con subir a la colina de Namirembe, desde donde se contempla un panorama *au dessus de la mêlée*, o con refugiarse en el jardín del Hotel Speke. Su arquitectura colonial, que data de 1920, cuando Uganda aún era Protectorado británico, desprende durante el día una calma que contrasta con el frenesí de los mercados o la algarabía de la estación de autobuses. Por la noche, sin embargo, la tranquilidad se esfuma a causa de las prostitutas que buscan fortuna en los alrededores del hotel.

Fue en el jardín del Speke donde me reuní, a primera hora de la mañana, con un amigo fotógrafo, Xavier Jubierre, alias Jubi. Acababa de llegar de Barcelona después de un largo vuelo nocturno, con una clara expresión de desconcierto en el rostro.

—Estoy hecho polvo —se lamentó tras los abrazos—. No he dormido ni una hora.

—Si quieres —le sugerí con una sonrisa— anulamos el viaje por Uganda.

—¡Pero qué dices! —recobró el ánimo de repente—. Todos los viajes me motivan, y si es por África, más. Aquí siempre pasan cosas maravillosas.

—Y a menudo inesperadas —le recordé.

—Esperemos que lo inesperado será también maravilloso —se rio.

Mientras desayunábamos, repasamos sobre el mapa nuestro plan de recorrer Uganda en un 4x4 alquilado. Estaríamos quince días viajando por el país, con la idea de hacer una serie de reportajes que culminarían con una visita a los gorilas de montaña del Bosque Impenetrable de Bwindi, cerca de la frontera con Ruanda y el Congo.

—Lo del Bosque Impenetrable suena bien —celebró Jubi.

—Un poco peliculero.

—En África tienes a menudo la sensación de estar inmerso en una película de aventuras.

Un gran mural ilustra, en el vestíbulo del Hotel Speke, el gran momento de gloria del explorador John Speke, que aparece con una poblada barba pelirroja, la escopeta en la mano y una pose entre soñadora y aventurera, seguido de unos cuantos porteadores con fardos en la cabeza. Al fondo se ven las cascadas Ripon, por las que desagua el lago Victoria.

—Algunos clientes me preguntan si es el propietario del hotel —comentó riendo el recepcionista al ver que Jubi fotografiaba el mural—. Por cierto, les recomiendo que vayan a ver las fuentes del Nilo. Están a solo ochenta kilómetros de aquí y la carretera es buena, cosa que no siempre sucede en Uganda.

Teníamos intención de viajar a las fuentes del Nilo, por supuesto, pero antes queríamos visitar las tumbas de Kasubi, un santuario del antiguo reino de Buganda. Para ello subimos a un taxi que se abrió paso a través del caótico tráfico de Kampala.

En cuanto nos alejamos del centro, quedamos atrapados en un laberinto de calles sin asfaltar en el que la lógica más elemental parecía ausente. No había ni señales de tráfico ni ningún indicio de por dónde podía estar la salida. El taxista, sin embargo, conducía sin inmutarse, como si lo estuviera haciendo por el centro de Londres.

Uganda es un país maravilloso que no ha tenido suerte desde que en 1962 se convirtió en Estado independiente. En algunos edificios del centro todavía se ven las marcas de balazos que recuerdan los ocho años de terror del grotesco dictador Idi Amín Dadá, que llegó al poder mediante un golpe militar en enero de 1971 y se mantuvo hasta 1979, cuando se marchó al exilio ante el avance de las fuerzas de la oposición.

Idi Amín, fallecido en Arabia Saudita en 2003, es uno de esos dictadores tragicómicos que, por desgracia, aparecen de vez en cuando en África. Cuando llegó al poder acumuló todo el dinero que pudo y desató una fuerte represión que costó la vida como mínimo a medio millón de personas. Fueron años de atrocidades protagonizados por un dictador loco que en 1972 ordenó la expulsión, después de expropiarles, de los cincuenta mil indios que residían en Uganda con pasaporte británico. Entre otros cargos delirantes, Idi Amín se autoproclamó Señor de Todas las Bestias de la Tierra y de Todos los Peces del Mar, además de Último Rey de Escocia.

La guerra civil posterior, entre 1981 y 1986, dejó también sus secuelas en el país, así como, a partir de 1987, la rebelión de la Lord's Resistance Army. Este ejército, liderado por el iluminado Joseph Kony, provocó matanzas de civiles y secuestros de niños para convertirlos en soldados y de mujeres que utilizó como esclavas sexuales.

Una de las consecuencias de todos esos desmanes es que Uganda, un país con paisajes de ensueño, grandes lagos, ríos caudalosos, densos bosques, altas montañas, etnias muy diversas y una fauna excepcional, ha visto frenado su empuje turístico por la fama de país inseguro. Mientras las vecinas Kenia y Tanzania reciben cada año millones de turistas, Uganda se ha quedado rezagada.

Sin embargo, mucho antes de que se convirtiera en Protectorado británico, en 1894, Uganda ya tenía una larga historia basada en sus cuatro reinos: Bunyoro, Buganda, Toro y Karagwe. De los cuatro, el de Buganda era el más poderoso.

Mutesa I fue *kabaka* o rey de Buganda entre 1856 y 1884. En 1862, unos días antes de llegar por primera vez a su palacio, el explorador John Speke recibió a unos enviados de Mutesa que le obsequiaron con tres varas que representaban las tres pociones que el *kabaka* esperaba que le proporcionarían los *muzungus*: una para ahuyentar los sueños que tenía de un pariente muerto, otra para darle más vigor sexual y una tercera para que sus súbditos conservaran el temor reverencial hacia él.

A Speke le encantó el reino de Buganda. «Subimos y bajamos una y otra vez por este maravilloso país», escribió en su diario, «sorprendentemente rico en hierba, campos de cultivo y árboles.» La visión del lago, entre grandes plantaciones de plátanos, le recordaba constantemente que su objetivo era localizar el desaguadero del lago Victoria que daba origen al Nilo, pero era muy consciente de que antes debía pasar por la corte de Mutesa, un rey con ramalazos de crueldad que cuando se coronó había ordenado que quemaran vivos a sus sesenta hermanos para evitar que conspiraran contra él.

El 18 de febrero de 1862, casi un año y medio después de salir de Zanzíbar, la expedición de Speke llegó por fin al palacio del *kabaka*. «Era una vista magnífica», escribió el explorador. «Había una colina cubierta de cabañas gigantescas, como no había visto nada igual en África.»

Mutesa hizo esperar dos días al explorador antes de recibirlo. Cuando por fin le permitió entrar en el recinto vallado, le recibió un grupo de músicos que tocaban arpas de nueve cuerdas y grandes tambores. En uno de los patios estaba la reina madre, de unos cuarenta y cinco años, con las cuatrocientas esposas del *kabaka*; en el siguiente, Speke fue presentado a los grandes mandatarios, a los verdugos y al cervecero real.

Cuando Speke vio que el *kabaka* le hacía esperar largo rato bajo el sol, como solía hacer con los mercaderes árabes, se ofendió, dio media vuelta y volvió a su cabaña. Varios cortesanos corrieron tras él y le pidieron que regresara. Cuando lo hizo, Mutesa I le recibió de inmediato. Era, según la descripción de Speke, «un joven alto, bien parecido y de buena figura, de unos veinticinco años». Estaba sentado sobre una alfombra roja y lleno de joyas. «El rey y yo», escribe Speke, «permanecimos sentados mirándonos uno a otro durante una hora entera.»

Mutesa rompió finalmente el silencio para preguntarle a Speke si le había visto. «Llevo viéndolo durante una hora entera», respondió el explorador. Al *kabaka* no debió de agradarle la respuesta, ya que pensaba que tenía la capacidad de volverse invisible. Decepcionado, se fue de puntillas imitando los pasos de un felino.

Pasada una hora, Mutesa y Speke se reunieron de nuevo y el *kabaka* volvió a preguntarle si le había visto. Speke optó esta vez por ponerle más lírica y le dijo que era «muy hermoso, tan deslumbrante como el sol, con un pelo semejante a la lana de las ovejas negras y unas piernas que se mueven con tanta gracia como las de un león».

Speke pretendía hablar de su objetivo de llegar cuanto antes a las fuentes del Nilo, pero el *kabaka* tenía más interés en que le enseñara sus armas. El explorador le regaló un revólver, un fusil, tres carabinas, tres bayonetas y cajas de municiones, además de seda, abalorios, juegos de cuchillos, una silla de hierro y un cronómetro, pero Mutesa dejó claro que le interesaban sobre todo las armas.

Pasados tres días, el *kabaka* le pidió a Speke que disparara contra cuatro vacas. El explorador las mató, cosa que Mutesa aplaudió. Después le dio una carabina a un sirviente y le pidió que le disparara a alguien, a quien fuera. El sirviente abandonó la choza con el arma y regresó para contar que había matado a la primera persona que había visto. Al *kabaka* le encantó.

En los días siguientes, Mutesa ejecutaría a diario, ante el horror de Speke, «a una, dos o tres de las desgraciadas mujeres de la corte», y algunos de los súbditos fueron decapitados por los verdugos.

Los días se iban sucediendo y el *kabaka* no mostraba ninguna predisposición a dejar marchar a Speke. Es más, le divertía tenerlo en la corte. Mientras, la reina madre había obsequiado a Speke con dos muchachas jóvenes que este encontró muy «fogosas». La reina lo tranquilizó diciendo que «una vez domadas, serían excelentes esposas».

James Grant, que pasó cuatro meses separado de Speke por culpa del absceso en la pierna, llegó al palacio del *kabaka* a finales de mayo de 1862. Desde el primer momento le asombró la magnificencia de la corte y la crueldad de Mutesa.

Finalmente, el 28 de junio, después de permanecer en la corte de Buganda cuatro meses y medio, el *kabaka* dio permiso a Speke y Grant para que partieran en busca de las fuentes del Nilo. Speke se puso en marcha diez días después, con una escolta proporcionada por el propio Mutesa, que le regaló además sesenta vacas, catorce cabras, diez cargas de manteca, una de café y otra de tabaco.

Las Tumbas Reales de Kasubi, situadas en lo alto de la colina de Nubalanga, transmiten la sensación de que forman parte de un recinto en el que el pasado de África se hace más patente que nunca. Allí queda claro que, en contra de lo que muchos han contado, la historia del continente no empieza con la colonización, sino que tiene raíces mucho más profundas.

En Kasubi están enterrados varios *kabakas* o reyes de Buganda, empezando por Mutesa I, que fue quien recibió a John Speke en 1862. Pero la lista de *kabakas* se inicia, de hecho, mucho antes, a principios del siglo XIV.

Rodeado por una empalizada, el lugar estaba presidido cuando lo visitamos por el palacio de los *kabakas*, una gran choza que databa de finales del siglo XIX, culminada con una cúpula recubierta de paja, de treinta metros de circunferencia y más de siete metros de altura, sostenida por columnas de madera noble. En el interior había unas cuantas lanzas clavadas en el suelo, retratos de los cuatro reyes de Buganda, tambores ceremoniales y, ocultas detrás de una cortina, las tumbas reales.

—¿Y este leopardo? —pregunté señalando un animal disecado que había en un rincón.

—Era el animal de compañía del *kabaka* Mutesa —apuntó un guía—. Tengo que aclarar que, según la tradición del reino de Buganda, hay dos tipos de reyes: el espiritual y el material. Mutesa era el material.

—¿Y dónde está el espiritual? —preguntó Jubi.

—Está representado por los tambores.

Junto al leopardo, inmovilizado y de mirada vidriosa, había algunos de los regalos que recibió Mutesa I de la reina Victoria, entre ellos los primeros espejos que llegaron a Uganda, unas sillas europeas que no acababan de

encajar con la decoración de la gran choza, varias armas de fuego e instrumentos musicales.

Muy cerca, un grupo de escolares uniformados escuchaba las explicaciones de un profesor que insistía en que «aquí podéis ver la auténtica historia de África».

Mutesa I, que tuvo un total de noventa y ocho hijos, fue enterrado en Kasubi en 1884, diez años antes de que Uganda se convirtiera en Protectorado británico. Se cuenta que en su agonía, por consejo de sus curanderos, sacrificó a miles de súbditos para apaciguar a los espíritus de sus antepasados. En un solo día ordenó ajusticiar a dos mil.

Posteriormente, otros tres *kabakas* de Buganda, sucesores de Mutesa I, fueron enterrados en Kasubi, en unas tumbas declaradas Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 2001. Los cuatro reinos tradicionales de Uganda fueron abolidos en 1966, pero el presidente Museveni decidió reinstaurarlos, como instituciones culturales sin poder político, en 1993.

Unos años después de mi visita, en julio de 2010, Kasubi fue destruido por un voraz incendio. La choza real ardió en pocos minutos, pero afortunadamente las tumbas de los *kabakas* no se vieron afectadas. El fuego, que al parecer fue provocado, dio lugar a protestas en las calles de Kampala, donde la represión policial causó varios muertos.

El Gobierno de Uganda expresó oficialmente su pesar por el incendio y manifestó que se implicaría a fondo en la reconstrucción de las tumbas de Kasubi. Las obras, sin embargo, no se iniciaron hasta 2014. Sorprendentemente, la ayuda necesaria la aportó el Gobierno de Japón, un país que poco tiene que ver con Uganda, y aún menos con los reyes enterrados en Kasubi.

LÍO DE DÓLARES EN KAMPALA

En África hay una ley no escrita que establece que todo puede ser mucho más complicado de lo que puede parecer *a priori*. Volvimos a experimentarlo cuando nos dirigimos con Jubi a la agencia de Kampala donde habíamos alquilado el coche. No tuvimos ninguna queja en lo que se refiere al vehículo, un Toyota Land Cruiser viejo pero bien equipado, con un conductor, Ahmed, que hablaba un buen inglés. Hasta aquí, todo bien. El problema llegó cuando, tras consultar el calendario, fijamos con el dueño de la agencia el día de la visita a los gorilas de Bwindi.

—Tenéis que pagar hoy mismo y al contado —nos informó míster Martin, un tipo orondo y lustroso al que se notaba que los negocios le iban bien.

—¿Y no podemos pagar cuando lleguemos a Bwindi? —planteé.

—Si no pagáis hoy, perderéis la reserva. Pensad que hay gente de todo el mundo que quiere ver a los gorilas. Es como una fiebre.

Lo de pagar al contado era un contratiempo, ciertamente, ya que teníamos previsto hacerlo con tarjeta de crédito. Pero no había alternativa. Cuando Jubi y yo pusimos nuestros dólares sobre la mesa para contarlos, míster Martin nos dio otra mala noticia: los billetes de los años 1996 y 1999 no eran válidos en Uganda.

—¿Por qué? —preguntó Jubi, sorprendido.

—La policía encontró unos cuantos billetes falsos de estas fechas y el Gobierno, para zanjar el tema, decidió no aceptar ninguno.

¿Qué podíamos hacer? Según míster Martin, no había otra que acatar las normas del Gobierno. Así, pues, apartamos los billetes impresos en años sospechosos y vimos que lo que quedaba nos alcanzaba justo para pagar el

permiso de los gorilas. Dado que las tarjetas de crédito eran raramente aceptadas en el país fuera de Kampala, era evidente que necesitábamos proveernos de más billetes.

Míster Martin nos propuso una solución, como si quisiera demostrar la sabia frase que indica que en África los grandes problemas se resuelven fácilmente.

—Cerca de aquí hay un centro comercial con cajero automático —nos dijo—. Allá podéis sacar los dólares necesarios.

Ahmed nos acompañó con el 4x4 al centro comercial, donde Jubi sacó la mitad del dinero necesario para el viaje. Llegó después mi turno, pero, ignoro por qué razón, al cajero automático no le gustó mi tarjeta. Yo intentaba sacar dólares, pero el cajero se negaba a dármelos. Cuando lo intenté por tercera vez, la máquina optó por una respuesta radical: se quedó con mi tarjeta.

Desesperado, apreté teclas, aporreeé la máquina, la insulté en arameo, pero el cajero se mantuvo impertérrito en sus trece.

—Lo siento, pero no puedo ayudaros —nos dijo la chica del mostrador de información del centro comercial—. Normalmente podríamos llamar al banco, pero a esta hora ya han cerrado. Podéis probarlo dentro de tres días, después del fin de semana.

Cuando le conté que al día siguiente teníamos previsto marcharnos de Kampala para ir a recorrer el país, me regaló su mejor sonrisa. No era su problema. Visto mi estado de nervios, sin embargo, aceptó llamar al servicio de emergencias del banco.

Después de colgar, abrió una ventana a la esperanza.

—Hay una agencia del centro que está abierta para emergencias hasta las 5 de la tarde —nos dijo—. Si salís ahora mismo, podéis llegar a tiempo.

Eran las cuatro y cuarto, y no estábamos precisamente cerca de la oficina salvadora. Volvimos al coche y Ahmed condujo deprisa, saltándose semáforos y tomando atajos inimaginables para no llegar tarde. De todo el recorrido, lo único que recuerdo es que pasamos cerca de la catedral de Nemirembe, la más antigua de Uganda, con unos orígenes que se remontaban a 1890.

A finales del siglo XIX, en esta parte de África la época de los exploradores quedaba ya atrás y había llegado la hora de los misioneros y de las compañías comerciales que pretendían obtener beneficio económico de aquellos nuevos territorios. Hacia 1880 habían llegado a Uganda misioneros ingleses y franceses para cristianizar y alfabetizar a los súbditos del reino de Buganda. No fue una evangelización fácil. De hecho, el *kabaka* Mutesa se encolerizó cuando se enteró de que los misioneros enseñaban a sus súbditos «cosas de Dios» en vez de enseñarles «como fabricar pólvora y pistolas».

El misionero escocés Alexander Mackay tuvo un papel destacado en este período. Había llegado a Buganda en noviembre de 1878, y un año después empezó a traducir el Evangelio al lugandés. En 1885, el *kabaka* Mwanga, sucesor de Mutesa, le detuvo junto con tres jóvenes discípulos, y él protestó airadamente. Mwanga, impasible, le dejó claro quién mandaba ordenando al verdugo que cortara los brazos de los muchachos y los asara tras atravesarlos con pinchos. Mackay fue puesto en libertad, pero a partir de entonces las relaciones de los misioneros con Mwanga ya no fueron las mismas.

Poco después llegaba a la región el obispo James Hannington junto con cincuenta acólitos. No puede decirse que fuera bien recibido, ya que en octubre de 1885 fue apuñalado en un claro del bosque, junto a su séquito. Por si este aviso no bastara, en junio de 1886 Mwanga ordenó matar a cuarenta y cinco nativos conversos; a algunos los estranguló con sus propias manos.

Dejando a un lado a los misioneros, si hubo un hombre básico en la construcción de la Uganda británica, este fue Frederick Lugard (1858-1945), un militar de grandes bigotes que, después de luchar con el Ejército británico en Afganistán, Sudán y Birmania, firmó en 1888 un contrato con una compañía comercial británica para explorar los recursos del territorio que había al norte del lago Victoria.

De hecho, Lugard había regresado con urgencia a Londres desde Birmania, en 1887, porque recibió un telegrama que le informaba de que su novia estaba a punto de morir. Consiguió un permiso del Ejército, pero el barco tardó varias semanas en llevarle a casa. Cuando por fin llegó a Inglaterra, se encontró con que su novia no solo estaba bien de salud, sino que salía con otro. Desesperado, Lugard intentó suicidarse, aunque al final optó por largarse a África, donde estaba seguro de que encontraría la muerte

luchando contra los traficantes de esclavos. Después de una primera misión en Nyasaland, en la que fue herido de gravedad, Lugard viajó a Uganda en 1890, contratado por la Imperial British East Africa Company. Salió de Mombasa, en una expedición bien equipada, el 6 de agosto de 1890 y llegó al reino de Buganda cuatro meses después, tras recorrer mil trescientos kilómetros por tierras inhóspitas. Por el camino, estableció una serie de puestos avanzados para garantizar la seguridad de futuras expediciones.

Una vez en Uganda, Lugard logró convencer al *kabaka* Mwanga II de que firmara un pacto por el que ponía su reino bajo la protección de los británicos. En la práctica, esto significaba que cedía la soberanía, abolía la esclavitud y aceptaba la libertad de comercio y de religión. De este modo, el británico ganaba la partida a los alemanes, que a través del aventurero Carl Peters también tenían aspiraciones a colonizar esta parte de África.

Lugard hizo bien su trabajo, pero en julio de 1892 la compañía comercial anunció que se veía obligada a renunciar a sus operaciones en Uganda por falta de dinero, ya que los gastos eran mucho mayores que los ingresos. La retirada oficial, según el calendario previsto, sería el 31 de marzo de 1893.

Lugard regresó a Londres en 1892 y trató de influir en el Gobierno británico para que no dejara perder Uganda, con cartas a la prensa, conferencias y la publicación del libro *The Rise of our East African Empire*. Por cierto, cuando acudió a la redacción de *The Times* para pedir una crítica del libro, conoció a la periodista Flora Shaw. Esta quedó tan impresionada que no solo le hizo una buena crítica, sino que se casó con él.

Tras las presiones de Lugard, y de varios parlamentarios, el Gobierno británico decidió enviar una expedición oficial a Uganda, a finales de 1892, liderada por Gerald Portal, para estudiar si valía la pena convertir aquellas tierras lejanas en una colonia. Portal, que desde 1891 era cónsul británico en Zanzíbar, llegó a Uganda el 17 de marzo de 1893. Su hermano Raymond, que le había acompañado, murió de malaria tan solo dos días antes de que Gerald firmara un tratado de soberanía con el *kabaka* Mwanga.

Gerald Portal no terminó su informe hasta noviembre. Fue positivo, ya que describió Uganda como una tierra de importancia estratégica con grandes posibilidades para el comercio. Informó, entre otras cosas, de que todos los

habitantes necesitaban «zapatos, calcetines y prismáticos», lo que suponía abrir un gran mercado. Propuso, para el desarrollo comercial, que se construyera un tren que fuera desde Mombasa, en la costa, hasta Uganda.

Las cosas iban despacio en Londres, pero en agosto de 1895, tras aprobar el informe de Portal, se celebró cerca de la actual Kampala una ceremonia oficial, junto con Mwangi y otros jefes indígenas, en la que se anunció oficialmente que Uganda pasaba a ser Protectorado británico. Gerald Portal, sin embargo, no pudo verlo, ya que había muerto unos meses antes en Londres a consecuencia de unas fiebres tifoideas contraídas en Uganda. Tenía solo 36 años.

A Lugard se le agradecieron los servicios prestados, pero no regresó nunca más a Uganda. En 1921 recibió el título de barón y más adelante sería nombrado gobernador de Hong Kong y, unos años después, de Nigeria. Murió a los 87 años, en 1945.

Cuando Jubi y yo conseguimos llegar por fin a la oficina bancaria del centro de Kampala, tan solo unos minutos antes de que cerrara, expuse mi problema a la primera empleada que encontré. Esta, con una sonrisa uniformada, me aconsejó que hablara con el director. Solo él, me dijo, podía ayudarme.

El director, un tipo delgado con una larga corbata azul, me recibió enseguida en su despacho, parapetado tras una gran mesa de caoba.

—Por desgracia, no podemos hacer nada hasta dentro de tres días —me dijo cuando le expuse mi problema—. Mañana empieza el fin de semana y...

—Sí, sí, ya lo sé —lo corté, al borde del ataque de nervios—. Todo cierra, pero yo necesito mi tarjeta de crédito.

—La tendrá... —sonrió.

—Bueno, ya era hora —me relajé.

—... dentro de tres días.

—¡Uf! —me hundí de nuevo—. El problema es que mañana nos vamos de viaje por Uganda y no volveré a Kampala hasta dentro de quince días.

El director se quedó pensativo, pero enseguida dio con una solución. Él se encargaría personalmente de recuperar mi tarjeta y la guardaría hasta que yo regresara.

—Y mientras, ¿de dónde saco el dinero? —protesté.

—¿Su amigo tiene una tarjeta? —señaló a Jubi, que seguía a mi lado.

—Sí, pero...

—Pues de momento que pague su amigo —sonrió—. Puede sacar más dólares del cajero automático. Cuando vuelvan a Kampala y yo le devuelva su tarjeta, ya harán las paces.

—¿No es mejor anular la tarjeta? —expresé mis dudas en voz alta—. Puede que la recupere alguien y que se la funda en unos días.

—No se preocupe —aumentó unos cuantos grados su mejor sonrisa—. Ya le he dicho que yo, personalmente, recuperaré su tarjeta de crédito. Tiene mi palabra.

El director me pasó su tarjeta de visita, Jubi sacó el dinero necesario del cajero automático y salimos del banco más esperanzados que cuando habíamos entrado, pero sin tarjeta de crédito.

LAS FUENTES DEL NILO

Al día siguiente, salimos hacia Jinja a primera hora de la mañana, con Ahmed al volante. Mejor dicho, intentamos salir de Kampala, pero no tardamos en quedar atrapados en un atasco descomunal, algo que, al parecer, es muy típico de la capital de Uganda. Camiones y *matatus* sobrecargados pugnaban por adelantar como fuera, aprovechando cualquier resquicio, aunque la mayoría de las veces era absolutamente imposible. La reacción ante la impotencia consistía en tocar la bocina con insistencia, en un concierto disonante que no tardó en extenderse por toda la ciudad.

En medio de tanto tráfico, el sol nos llegaba tamizado por una nube amarillenta de contaminación.

Cuando conseguimos llegar a la estación de autobuses, el atasco no solo no había disminuido, si no que se había hecho más consistente. Allí se concentraban cientos de *matatus* que, por demencial que pudiera parecer, intentaban salir todos a la misma hora, tocando la bocina y con ayudantes colgados de la puerta abierta gritando una retahíla de palabras incomprensibles.

—¿Qué es lo que gritan? —quiso saber Jubi.

—Las poblaciones de destino.

—Pero si no cabe ni una aguja.

—Seguro que todavía cabe alguien más —sonrió Ahmed.

Jubi, sentado junto a Ahmed, iba con la cámara a punto, atento a todo lo que se moviera, aunque no era mucho, la verdad. De momento era solo la mucha gente que caminaba presurosa por el arcén.

—¡Qué ganas tengo de fotografiar leones y elefantes! —exclamó con un punto de desespero.

Cuando le pregunté si no le bastaba con la variada fauna urbana, soltó un gruñido y me dirigió una mirada asesina.

A base de paciencia, un par de horas después conseguimos salir de Kampala y enfilamos la carretera que llevaba hacia Jinja, la segunda ciudad de Uganda. El paisaje de suaves colinas se vio realzado por el verde resplandeciente de las plantaciones de té, café y caña de azúcar que abundan a orillas del lago Victoria, hasta que la aparición de un bosque rompió la monotonía.

—Es el bosque de Mabira —nos informó Ahmed—. Los fabricantes de azúcar indios querían talar un tercio de su superficie para extender sus plantaciones, pero los ecologistas lo impidieron.

—Menos mal —apunté.

—Un bosque tarda mucho en crecer —filosofó Ahmed—, pero la caña de azúcar crece cada año. Es un buen negocio para ellos, pero no para el pueblo. Yo prefiero el bosque.

Cuando en 1907 Winston Churchill, el que años después sería primer ministro británico, visitó Uganda, calificó el país como «la perla de África» y comentó la posibilidad de levantar una presa en el lugar donde hoy se levanta la de las cataratas de Owen: «¡Qué bueno sería hacer que el Nilo inmemorial empezara su largo viaje moviendo una turbina!», escribió.

El sueño de Churchill se hizo realidad en 1954, para desgracia de los mitómanos que preferiríamos que el lugar donde nace el Nilo se conservara como un santuario de la naturaleza. La parte positiva es que hoy la presa proporciona electricidad a Uganda y, en parte, a los vecinos países de Kenia y Tanzania. La parte negativa es que su construcción sumergió parcialmente las míticas cascadas Ripon.

Una carretera que pasa por encima de la presa Owen permite llegar hasta el bar Sources of the Nile, un lugar discreto, rodeado de grandes árboles, en el que el Nilo inicia su largo recorrido de 6.700 kilómetros, desde Uganda hasta el Mediterráneo, pasando por tierras del Sudán del Sur, Sudán y Egipto.

Por desgracia, unas rocas que sobresalen del agua es lo poco que queda de las antiguas cataratas. Eso sí, en un bar cercano, una placa recuerda el «descubrimiento» del Nilo por John Speke, y una estatua hace referencia a que parte de las cenizas de Gandhi fueron arrojadas al río poco después de su muerte, en 1948.

Un poco más allá, en un pequeño muelle, unos cuantos barqueros esperaban para llevar a los turistas hasta el lugar en el que un chorro de agua emerge del fondo del río.

—Aquí nace el Nilo —nos indicó el barquero con el aplomo de un científico en cuanto alcanzamos el punto exacto—. Fijaos como el agua sube del fondo a borbotones. Justo aquí es donde se juntan el río que viene del lago Victoria y una fuente subterránea. Esta agua tardará meses en llegar al Mediterráneo.

El lugar, vigilado por una bandada de cormoranes y por unos pescadores que lanzaban la red con gestos monótonos, era de una belleza que emocionaba, realizada por la grandeza de un paisaje de verdes colinas y árboles enormes.

Desembarcamos cerca de allí y subimos andando por un sendero de tierra roja, rodeado de hierba muy alta, hasta la cima de una colina. Allí, en la base de un obelisco, una inscripción recordaba el lugar exacto en el que Speke contempló por primera vez las fuentes del Nilo el 21 de julio de 1862.

Alrededor del obelisco se extendía un jardín que unos cuantos hombres uniformados se esforzaban por dejar impoluto.

—¿Ya han visto el tablón explicativo dedicado a Speke? —nos preguntó uno de los guardas.

Cuando le dijimos que todavía no, dio un grito y aparecieron dos empleados que arrastraban con esfuerzo un pesado tablón de madera, de más de dos metros de largo por uno de ancho, en el que había pegadas unas cuantas láminas que detallaban la hazaña de John Speke.

Mirando aquellos dibujos, me pareció que la historia retrocedía hasta 1862.

La expedición de Speke a las fuentes del Nilo fue larga y llena de penalidades, como lo prueba que de los 176 portadores que salieron de Zanzíbar el 2 de octubre de 1860, solo 18 llegaron a Jinja veintiún meses después. El resto o murió o desertó por el camino.

Cuando John Speke logró abandonar el palacio de Mutesa I, donde el *kabaka* se empeñaba en retenerles, acordó con Grant que él iría directamente a Jinja, mientras que su compañero, al que la herida en la pierna le obligaba a ir más lento, se dirigiría al reino de Bunyoro, donde volverían a encontrarse.

Speke llegó el 21 de julio de 1862 al lugar que tanto había soñado: una cascada que nacía de un desnivel del terreno que ejercía de desagadero del lago Victoria. Teniendo presente la institución que financiaba la expedición, Speke bautizó la cascada con el nombre de Ripon, en homenaje al conde de Ripon, un parlamentario británico que había sido presidente de la Royal Geographical Society.

Speke escribió en su diario: «Habíamos por fin alcanzado la orilla del Nilo, y teníamos a la vista un paisaje de belleza sin rival. Nos produjo el efecto de un parque muy bien cultivado, con una corriente de quinientos cincuenta a seiscientos cincuenta de anchura que se deslizaba entre altas riberas cubiertas de espesa hierba, en las que pacían rebaños de antílopes y búfalos; en el agua mugían los hipopótamos y a nuestro paso levantaban el vuelo pintadas y avutardas [...]. El día siguiente también lo pasé embebido en la contemplación de las cataratas y los peces que en ellas había, y tan agradable y apacible me pareció aquel sitio, que llegué a pensar que, con una esposa y rodeado de familia, un yate, un rifle y una caña de pescar, de buen grado habría pasado allí el resto de mi vida».

Speke exploró el tramo inicial del gran río durante varios días. La expedición iba primero en una balsa, pero las flechas que les lanzaban los nativos desde la orilla les obligaron a seguir por tierra. Unos días después Speke se reencontró con su compañero James Grant, a quien el rey de Bunyoro, Kamrasi, no dejaba entrar en sus tierras. Al final, después de hacerles esperar nueve días, Kamrasi accedió a recibirlos. Eran los primeros blancos que veía e insistió en que se quedaran con él varios meses. Solo cuando Speke accedió a regalarle su valioso cronómetro, permitió que se fueran.

Unas semanas después navegaban por el Nilo en dirección norte, primero hasta Gondokoro y después hasta Jartum, en Sudán. Desde allí Speke envió un telegrama a la Royal Geographical Society que decía: «*The Nile is settled*» (El Nilo está solucionado). El misterio del gran río estaba por fin resuelto.

Cuando el 17 de junio de 1863 Speke regresó a Inglaterra, sin embargo, no pudo celebrar su triunfo. Varios geógrafos pusieron en duda su descubrimiento y su antiguo jefe de expedición, Richard F. Burton, que por entonces era cónsul en Fernando Poo, le desafió a un debate público que debía de celebrarse en Bath el 16 de septiembre de 1864. La gente esperaba ansiosa lo que se había anunciado como el Gran Debate del Nilo, pero el día antes Speke murió en un confuso accidente de caza, al disparársele su propio fusil cuando iba a saltar un pequeño muro. Se especuló sobre un posible suicidio causado por el miedo escénico, dado que la capacidad oratoria de Speke era mucho menor que la de Burton, pero nunca llegó a aclararse si la muerte del descubridor de las fuentes del Nilo fue un accidente de caza o un suicidio.

Speke tenía 37 años cuando murió, sin que su hazaña hubiera tenido reconocimiento oficial. Dos años después de su muerte, en 1866, el entonces presidente de la RGS, Sir Roderick Murchison, inauguró un obelisco de granito rojo en homenaje a Speke en los Kensington Gardens, en el centro de Londres. El obelisco, que se encuentra muy cerca de la actual sede de la RGS, pasa desapercibido entre la mucha gente que pasea por el parque. La inscripción no se moja. Dice: «En memoria de Speke. Victoria Nyanza y el Nilo, 1864». Lllaman mucho más la atención las estatuas de Livingstone y de Shackleton, dos mitos reconocidos de la exploración británica que presiden la fachada de la Royal Geographical Society.

Tendría que pasar más de una década antes de que, gracias a las comprobaciones sobre el terreno hechas por Henry Stanley, se reconociera a Speke como descubridor de las fuentes del Nilo. Fue entonces cuando la reina Victoria autorizó a sus descendientes a que incorporaran al escudo familiar los dibujos de un hipopótamo y un cocodrilo. Triste consuelo para una vida llena de penalidades y disgustos.

Desde las Ripon, Ahmed nos llevó en el 4x4 hasta las siguientes cascadas, las Bujagali, por una pista de tierra que discurría paralela al tramo inicial del Nilo. El gran río se iba ensanchando por momentos, insinuando su poder y originando rápidos y pequeñas cascadas de una belleza sobrecogedora.

Paramos a comer en un chiringuito que había justo delante de las cascadas Bujagali, con el Nilo desatado enfrente. De vez en cuando, unos chavales que no debían de tener más de diez años se lanzaban al agua agarrados a un pequeño bidón amarillo y se dejaban caer por las cascadas. Eran unos maestros consumados del suspense. Cuando llegaban abajo, se mantenían sumergidos un buen rato, hasta que acababan asomando la cabeza con una sonrisa y con la mano extendida para pedir unas monedas a los turistas que les hacían fotos.

Nos sentamos en la terraza y pedimos unas cervezas Nile Special y pescado, en homenaje al Nilo.

—¡Por África! —brindó Jubi.

—¡Por África y por el Nilo! —brindé yo.

—¿Sabéis que la Nile Special se fabrica muy cerca, en Jinja? —comentó Ahmed—. Después os enseñaré la fábrica, junto a la presa Owen.

No creo que Speke hubiera imaginado nunca que el origen del gran Nilo, cuyas fuentes tanto le había costado localizar, serviría en el futuro para crear energía eléctrica y fabricar cerveza. Los caminos de la civilización son ciertamente inescrutables.

Comimos con los ojos llenos de África, disfrutando con la vista de las bellas cascadas y del recuerdo de la hazaña de John Speke. Estábamos encantados de estar allí, pero Ahmed nos hizo bajar de la nube cuando comentó que río abajo habían empezado a construir una nueva central eléctrica que inundaría las cascadas Bujagali.

En 2012, años después de mi viaje a las fuentes del Nilo, la nueva presa empezó a funcionar y, como se temía, las cascadas quedaron bajo el agua. El lago Bujagali inundó para siempre las cascadas después de que los

responsables del Banco Mundial, que fue el que financió la presa, contrataran a unos brujos para que recolocaran a los dioses del gran río que, según la tradición, vivían en la cascada.

Me entristeció leer que las Bujagali ya no existían. Las cascadas Ripon habían quedado sumergidas en parte en los años cincuenta por culpa de la presa Owen, y las Bujagali habían desaparecido tras la construcción de la nueva presa. El pobre Nilo no se merecía tantas afrentas.

CARRETERAS AFRICANAS

En África aprendí que el Nilo es un río tan largo y generoso que no se conforma con un único nombre. En su recorrido entre los lagos Victoria y Alberto, los nativos lo conocen como Omugga Kiyara, pero los cartógrafos británicos lo bautizaron como Nilo Victoria. A partir del segundo lago, le pusieron el nombre de Nilo Alberto y, cuando entra en Sudán, el de Nilo Blanco. Más adelante, en Jartum, se le suman las aguas del Nilo Azul, que nace en las aguas del lago Tana, en Etiopía.

Nuestro siguiente destino, tras pasar la noche en una pensión de Jinja, era el lago Alberto, pero para llegar hasta allí teníamos que deshacer primero el camino hasta Kampala, donde cogeríamos la carretera de Masindi. Teníamos que recorrer trescientos kilómetros, en teoría sin problemas, pero las complicaciones inesperadas volvieron a aflorar cuando llegamos a Kampala: habían cortado varias calles por obras y el atasco alcanzaba dimensiones demenciales.

—Nos vemos obligados a desviarnos por calles laterales —reaccionó Ahmed sin perder la calma—. Será lento, pero es la única solución.

—Pero ¿todas las obras las hacen a la vez?—protestó Jubi.

—Aquí las cosas se hacen así.

Las calles laterales por las que nos desviamos resultaron ser una ratonera. Y, por si el caos no fuera suficiente, se puso a llover con intensidad. Todo empeoraba por momentos, pero Ahmed seguía conduciendo, sin ponerse nervioso.

—Tranquilos —sonrió—. Conozco un buen truco para burlar los atascos.

Dicho y hecho, Ahmed se metió por una calle embarrada y en cuesta, flanqueada por barracas. Tras salvar un sinfín de charcos y baches, cuando empezábamos a pensar que nos habíamos metido en un buen lío, se metió en una autopista de dos carriles por banda, ignorando un gran cartel que indicaba que estaba cerrada al tráfico.

—Aún no está inaugurada —comentó Ahmed con una sonrisa pícaro cuando ya circulábamos por ella a toda velocidad, sin ningún otro coche a la vista.

—¿Y por qué?

—Básicamente porque no está terminada. La están construyendo los chinos, como casi todo en África.

—¿Y no estará bloqueada la salida?

—Quizás sí, pero ya encontraremos la manera de salir.

Comparado con el atasco del que veníamos, aquello era gloria: una autopista por estrenar prácticamente para nosotros solos. Seguía lloviendo con intensidad, pero ya no nos importaba. El asfalto estaba en perfecto estado y a ambos lados de la autopista se extendía una tierra de un intenso color rojo y una vegetación de un verde luminoso.

Nos sentíamos los viajeros más afortunados del universo cuando, sin previo aviso, vimos frente a nosotros una barrera de bloques de hormigón que dejaba bien claro que no podíamos ir más allá.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jubi.

Ahmed se rascó la barbilla, bajó del coche e intentó mover los bloques con el hombro. Imposible. Resignado, regresó al 4x4 con cara de circunstancias, dio media vuelta sin decir palabra y volvió por donde habíamos venido, buscando con la mirada un hueco que le permitiera escapar de la ratonera de la autopista. El guardarraíl omnipresente, sin embargo, no parecía dejar opción.

Cuando ya nos veíamos retrocediendo hasta Kampala, para volver al atasco monumental, Ahmed frenó en seco y bajó del coche para inspeccionar un talud muy pronunciado, casi vertical.

—Es difícil, pero... —murmuró para sí mismo.

—No pretenderás... —empecé.

No tuve tiempo de decir nada más. Ahmed se puso al volante del 4x4, se abrochó el cinturón, tensó el gesto y, sin que pudiéramos impedirlo, lo inclinó peligrosamente para iniciar un osado descenso por el talud. No nos dio tiempo ni de gritar. El coche se tambaleó y, tras unos segundos en los que pareció que íbamos a volcar, Ahmed recuperó el equilibrio con un volantazo para dirigirlo hacia un embarrado camino de cabras. Varias vacas y un niño pastor nos miraron sin disimular su asombro, como si fuéramos extraterrestres.

Ahmed, sin inmutarse, les saludó con la mano y condujo con pericia hasta llegar a una pista que desembocaba en la carretera oficial de Masindi.

—Ya estamos de nuevo en el buen camino —suspiró.

Felicitemos a Ahmed, que sonrió satisfecho por su solución *made in Africa*.

—Las carreteras africanas tienen esas cosas —se limitó a decir.

—¿Qué cosas? —quiso precisar Jubi.

—Pues que sobre el mapa son unas líneas rojas muy bien trazadas, pero en la realidad raramente son así. Hay que buscar siempre soluciones alternativas.

Unos minutos después la carretera se convirtió en una larga recta asfaltada que atravesaba un bello paisaje de suaves colinas tapizado con todos los colores del verde. Había pocos coches (todos debían de estar en el atasco de Kampala), pero compactos rebaños de bueyes e improvisados tenderetes de plátanos ayudaban a romper la monotonía de aquellas largas rectas de vocación infinita en cuyos polvorientos márgenes siempre había una mujer que caminaba con un gran fardo en la cabeza o un hombre que pedaleaba cansinamente.

Nos detuvimos a comer en un restaurante en el que solo había pollo con arroz, el menú más repetido en África. Mientras comíamos, le preguntamos a Ahmed si no se le había pasado por la cabeza participar en la próxima edición del Rally Dakar.

—Aquí, en África —sonrió con modestia—, hay muchos conductores mejores que yo. Si no eres capaz de improvisar, es mejor que no salgas a la carretera.

Cuando llegamos a las Karuma, unas impresionantes cataratas que surgían en medio del verde junto a la carretera, volvimos a disfrutar de la visión de una naturaleza desbocada, como un gran anuncio en formato panorámico. Lástima que Ahmed nos fastidió el momento al comentar que, también allí, los chinos tenían previsto construir una gran presa.

Poco después, unos babuinos que se encaramaron al capó del 4x4 nos avisaron de que ya estábamos cerca del Parque Nacional de las Cataratas Murchison. Una hermosa luz crepuscular doraba el paisaje y recortaba contra el cielo las acacias parasol, con las ramas distribuidas en perfectos planos paralelos. Al fondo, hacia las montañas, se aglomeraban nubes de tormenta.

Pasada media hora, cuando entramos en el parque por la Tangi Gate, la aparición de un gran elefante nos confirmó que estábamos en el África más maravillosa, lejos de los atascos de Kampala y muy cerca de los escenarios naturales que pusieron a prueba a los grandes exploradores.

Samuel Baker (1821-1893), el descubridor del lago Alberto, considerado por su gran aportación de agua como una segunda fuente del Nilo, era un explorador ciertamente original. Era inglés como los otros, pero ni era misionero como Livingstone, ni militar como Burton y Speke. Baker pertenecía a una rica familia, propietaria de un banco y con plantaciones en Ceilán y en las islas Mauricio. Su espíritu aventurero nació en los años que vivió en Ceilán, donde se dedicó a cazar elefantes. Posteriormente, cazó tigres en la India y osos en los Balcanes. Lo que diferenciaba a Baker de los otros exploradores es que no necesitaba la financiación de la Royal Geographical Society para irse de expedición a África; él mismo podía financiarse.

Otro factor diferencial de Baker es que se fue a África con su amante, Florence, una hermosa rubia de diecinueve años a la que había prácticamente secuestrado en Bulgaria, entonces bajo administración turca. Baker quedó prendado de su belleza en cuanto la vio en un mercado de esclavos de Vidin; sobornó a sus guardianes y forzó su huida. Su nombre completo era Florenz Barbara Maria von Sass y había nacido en una familia alemana de Transilvania.

En marzo de 1861, impulsado por su alma aventurera, Baker inició en Egipto una larga expedición con el objetivo de llegar al corazón de África remontando el Nilo. Aquel duro viaje se prolongó más de cinco años y fue narrado por el propio Baker en *The Albert N'yanza, Great Basin of the Nile*. Empieza con estas palabras: «En la historia del Nilo había un vacío: sus fuentes eran un misterio. Los antiguos dedicaron mucha atención a este problema, pero en vano».

El objetivo de Baker era descubrir las fuentes del Nilo y encontrarse con la expedición de Speke, que le llevaba ventaja, en algún lugar cerca del lago Victoria. Descendió por el Nilo y pasó varios meses en tierras de Etiopía, donde nace el Nilo Azul. En diciembre de 1862, cuando Speke ya había descubierto las fuentes del gran río, partió de Jartum con la pretensión de remontar el Nilo Blanco hasta el final.

A principios de 1863 los Baker llegaron a Gondokoro, un poblado cerca de la actual capital de Sudán del Sur, Juba, a unos seiscientos kilómetros del lago Alberto. Allí se encontraron con Speke y Grant, que les contaron cómo habían desentrañado el misterio de las fuentes del Nilo. Speke le sugirió a Baker que podría hacer un viaje de exploración hacia un gran lago que los nativos decían que había más al sur.

Conviene aclarar que si Speke le cedió a Baker el honor de este descubrimiento fue porque tenía prisa por regresar cuanto antes a Londres, donde quería confirmar ante la RGS que por fin había descubierto la fuente del Nilo.

En la expedición de Baker, plagada de incidentes y penurias (tanto él como Florence pasaron hambre y contrajeron enfermedades, entre ellas la malaria), este fue recibido por el rey de los Bunyoro, Kamrasi, a quien Baker pidió que le cediera porteadores para poder llegar hasta el lago. El rey, sin embargo, le retuvo varios meses, con exigencias banales, como que le arreglara el cronómetro que le había regalado Speke, y solicitando más regalos.

En febrero de 1864, cuando el rey le dijo que podía marcharse pero que tenía que dejar a Florence con él, Baker no se lo pensó dos veces y cuenta en su relato de la expedición que desenfundó una pistola y, apuntándole al

corazón, le dijo al rey que iban a marcharse tanto él como su amante. Este, asustado, no osó retenerla.

Ya había oscurecido cuando Jubi y yo montamos las tiendas en un camping cerca del lago Alberto, sobre una hierba mullida y al pie de unos grandes árboles. En la cantina donde cenamos todo parecía provisional, pero pudimos comer unos bocadillos de contenido no identificado y beber unas Nile Special que nos sentaron la mar de bien.

Cuando nos fuimos a dormir, el cielo se había cubierto de negros nubarrones. No sé si fue por las cervezas o por la tormenta, pero aquella noche tuve una pesadilla en la que aparecía la reina de Inglaterra, de pie en un 4x4 sin capota, avanzando por una pista en mal estado. Grupos de niños le gritaban *¡muzungu!* y ella les correspondía saludándoles con la mano derecha en alto. De vez en cuando, sin embargo, los baches la obligaban a sentarse más bruscamente de lo que habría deseado.

La seguía un largo séquito de funcionarios con corbata, militares jorobados por el peso de las medallas y mujeres vestidas con sus mejores galas. Todo tenía un aire entre divertido y grotesco, de película de Fellini, hasta que un policía nos obligó a Jubi y a mí a levantar las tiendas con urgencia porque la comitiva tenía que pasar justo por allí. Obedecimos a regañadientes y nos echamos a un lado para ver cómo pasaba el cortejo. Mucha fanfarria, mucho coche de lujo, mucha banderita británica y la reina que saludaba con su sonrisa impostada y su mano robotizada. Cuando llegó a nuestra altura, me fijé en que tenía algo en la mano, algo que en principio no supe identificar. Cuando por fin lo hice, casi grité de terror: ¡era mi tarjeta de crédito!

La pesadilla acabó con la comitiva perdiéndose más allá del horizonte, en dirección a lo que parecía una nada infinita. Unos cuantos elefantes dejaron de pacer por un momento, levantaron la cabeza y se dedicaron a observar, impertérritos, aquella escena que parecía sacada de un mundo ajeno.

EL GRAN ESPECTÁCULO DE LAS CASCADAS MURCHISON

No puedo decir que durmiera bien aquella noche. El suelo era duro, la pesadilla fue demasiado realista, la lluvia que cayó durante la noche era insistente y, por añadidura, un mosquito se me coló en la tienda. Al oír su insistente zumbido, se me despertó la paranoia de que podía infectarme la malaria y monté un minisafari nocturno que, tras más de media hora de asedio, terminó con la muerte del maldito insecto, aplastado sin piedad contra la lona.

Me costó dormirme después de la cruenta batalla. Cuando con la salida del sol me arrastré hasta las duchas del camping, Jubi ya estaba allí.

—¡Vaya nohecita! —fue lo único que dijo.

Le contesté con un gruñido.

Mientras desayunábamos en la cantina, con vistas a las tranquilas aguas del lago Alberto, lucía un sol espléndido que resaltaba la belleza del paisaje. De tan limpio, parecía que lo estrenábamos. En las mesas contiguas había una pareja de escoceses con aspecto resacoso y un grupo de seis jóvenes franceses, tres chicos y tres chicas, que hablaban por los codos con aire de suficiencia, como si después de pasar tres o cuatro días en Uganda ya estuvieran en condiciones de escribir una enciclopedia sobre África.

Cuando le conté a Jubi mi pesadilla, se rio y me preguntó si no me había pasado con la dosis de antimalárico. Poco después llegó Ahmed, recién duchado y con cara de felicidad.

—Hace un buen día para pasear por el lago —nos informó—. Un barco os llevará lo más cerca posible de las cataratas Murchison y, una vez allí, desembarcaréis y caminaréis por un sendero que pasa junto a las cascadas y

lleva a la parte alta del río, desde donde se precipita el agua.

—¿Tú no vienes?

—Yo conduciré hasta allí y os esperaré con el 4x4 para proseguir el viaje.

La excursión en barco fue de esas que te hacen amar intensamente África. A ambos lados del río crecía una hierba muy alta y árboles inmensos que dibujaban un paisaje exótico por el que iban desfilando elefantes, hipopótamos, cocodrilos, búfalos, águilas pescadoras... Era un sueño hecho realidad, como si estuviéramos de crucero por el jardín del Edén.

Jubi veía cumplido por fin su sueño y no paraba de hacer fotos con el teleobjetivo mientras iba lanzando loas a África y a la fauna salvaje.

La primera visión de las cascadas, que aparecieron tras un recodo del río, mereció el aplauso unánime de cuantos íbamos en el barco y una avalancha de *selfies*. Aprisionado entre las rocas y la selva, estaba uno de los saltos de agua más bellos de África, descrito por Samuel Baker como «el incidente más emocionante en el largo recorrido del Nilo».

Samuel y Florence Baker, agobiados por las duras condiciones de un terreno pantanoso (¡recorrieron en un año tan solo 250 kilómetros!), engañados por los traficantes, acuciados por las enfermedades y agobiados por la escasez de comida, consiguieron por fin, el 14 de marzo de 1864, llegar a un gran lago, llamado Yuta N'Zige (langosta muerta) por los nativos. Siguiendo la tendencia de la época, lo bautizaron con el nombre de un *royal*, en este caso el del recientemente fallecido príncipe Alberto, consorte de la omnipresente reina Victoria.

Con su estilo vibrante, Baker revivió el gran momento en su diario: «Corrí hacia la cima. ¡La gloria de nuestro premio estalló de repente ante mí! Abajo, como un mar de mercurio, yacía una gran extensión de agua, el horizonte de un mar sin límites por el sur y el suroeste, brillando al sol del mediodía; y hacia el oeste, a una distancia de cincuenta o sesenta millas, montañas azules se levantaban desde el seno del lago hasta unos dos mil metros por encima de su nivel».

Desde aquella colina, con su amante enferma apoyándose en su hombro para poder andar, Baker consiguió bajar hasta la misma orilla del lago. «Después de un laborioso descenso de unas dos horas», escribe, «debilitados por años de fiebre, pero fortalecidos en aquel momento por el éxito, llegamos al llano que se extendía al pie del acantilado. Un paseo de más o menos una milla, a través de un prado de fina hierba, con intervalos de árboles y arbustos, nos llevó hasta la orilla. Las olas morían en una playa de cantos blancos. Entré corriendo en el lago, y sediento por el calor y la fatiga, y con el corazón lleno de gratitud, bebí a sorbos de las fuentes del Nilo [...]. Fue con extrema emoción que disfruté de aquel momento glorioso.»

«Mi mujer», añade, «que me había seguido con tanta devoción, permanecía a mi lado, pálida y exhausta, como los restos de un naufragio a orillas de aquel lago Alberto por el que tanto nos habíamos esforzado. Ningún pie europeo había hollado nunca jamás aquella tierra, los ojos del hombre blanco no habían contemplado antes aquella vasta extensión de agua. Éramos los primeros y esta era la llave del gran secreto que incluso Julio César aspiraba a desvelar, pero en vano. Aquí estaba la gran cuenca del Nilo que recibía cada gota de agua, desde el chubasco pasajero hasta el torrente estruendoso de las montañas que desaguaba desde África Central hacia el norte. Este era el gran depósito del Nilo.»

Baker, que llegó a las cascadas poco después de descubrir el lago Alberto, les puso el nombre de Murchison en homenaje al presidente de la Royal Geographical Society, Roderick Murchison. Posteriormente, en los años setenta, Idi Amín Dadá las bautizó como cascadas Kabarega, en honor a un rey de Bunyoro que se opuso a la colonización. El nombre dado por Baker, sin embargo, acabó por imponerse de nuevo.

El 3 de abril de 1864 Baker escribió: «Al doblar un recodo del río con nuestras canoas, apareció de repente ante nosotros una vista magnífica. A ambos lados del río había riscos llenos de árboles con rocas que sobresalían entre el verde intenso del follaje; por una brecha abierta en el acantilado, el río se precipitaba con fuerza por una garganta de apenas catorce metros de ancho».

Enlazando con el tono aventurero del viaje, un hipopótamo atacó la barca de Baker y señora mientras estaban contemplando las cascadas, y a punto estuvo de acabar con el momento romántico y con su vida aventurera.

El viaje de regreso de Baker no fue fácil, ya que se prolongó más de un año. Apenas desembarcó en Inglaterra, lo primero que hizo fue casarse con su amante Florence. Sabía que era una ceremonia imprescindible para que la sociedad victoriana le recibiera como un héroe.

Desembarcamos con Jubi a una distancia prudencial de las cascadas, cerca de unas rocas que frenaban el empuje del agua y lejos de los rápidos. Él iba armado con el trípode, un par de cámaras y pesados teleobjetivos; yo, con una libreta y un bolígrafo. En aquel momento, cuando le vi sudando, me sentí feliz de ser redactor.

Había unos cuantos árboles de sombra al principio del sendero, pero a medida que nos íbamos aproximando a las Murchison tuvimos que soportar un implacable sol de mediodía que nos hacía sudar a chorros.

Poco después de pasar por el llamado Baker's Point, la roca desde la que Samuel Baker entró en el agua cuando descubrió las cascadas, el guía nos mostró un hipopótamo muerto. Patas arriba, había quedado varado en una pequeña playa.

—Lo más probable es que haya caído por las cascadas —puntualizó.

Allí estaba el pobre animal, panza arriba, hinchado, de un color blanco que indicaba que hacía tiempo que ya no pertenecía a este mundo. Había decidido bajar por las cascadas como si fueran unas montañas rusas y no había salido con vida del intento.

El sendero se empinaba constantemente y llegó un momento en el que el calor era sofocante, como si lleváramos una boina de plomo. Una vez arriba, sin embargo, la visión de las cascadas hizo que diéramos el esfuerzo por bien empleado. El estruendo ensordecedor, la nube de vapor, la caída vertiginosa del agua y la selva que nos rodeaba nos confirmaban que estábamos ante uno de los grandes espectáculos de África. Ciertamente las Murchison no tienen la

grandiosidad panorámica de las cataratas Victoria, pero transmiten la sensación de una fuerza primigenia que estalla casi por sorpresa en medio de una naturaleza virgen.

Al llegar al punto más alto, nos quedamos hipnotizados viendo cómo el ancho río de aguas caudalosas se precipitaba por una angosta garganta de solo seis metros de ancho. El agua iniciaba allí un impetuoso descenso, a trescientos metros cúbicos por segundo, por un pronunciado desnivel de cuarenta y tres metros de altura, con una fuerza inusitada y un estruendo ensordecedor.

Empapados por el vapor de agua, nos invadió una irreprimible sensación de euforia que nos hizo gritar de alegría.

Un poco más allá, en un claro del bosque, nos esperaba Ahmed con el 4x4 y un par de toallas. Sonrió mientras nos secábamos; era consciente de que el gran espectáculo de las Murchison no deja indiferente a nadie.

Poco después, mientras circulábamos por las tierras altas del parque, una manada de impalas, una docena de elefantes y cinco jirafas certificaron que estábamos en el África más genuina. Nos fuimos parando para contemplarlos, mientras nos dábamos cuenta de que el tiempo se detiene cuando estás admirando a estos bellos animales.

—En tiempos de Idi Amín no solo sufrimos las personas —nos contó Ahmed—. El Parque Nacional de las Cataratas Murchison también vio peligrar su fauna. Los soldados mataban a los elefantes con granadas, les cortaban los colmillos y los vendían en el mercado negro. Y lo mismo hicieron con los rinocerontes.

—Debió de ser terrible.

—Los soldados los mataban por los colmillos, pero hubo gente del pueblo que los mataba para poder comer. Fueron unos años muy duros.

—Ahora parece que la fauna ha vuelto —comentó Jubi mientras fotografiaba un elefante de grandes colmillos.

—Había unos 35.000 elefantes en Uganda a principios de los setenta, pero cuando se marchó Idi Amín quedaban menos de mil. Por suerte, en los últimos tiempos el Gobierno ha protegido a la población y hoy el Parque Murchison vuelve a lucir como en los buenos tiempos.

A orillas del lago Alberto, no muy lejos de las Murchison, se encuentra Butiaba, un lugar mítico para cinéfilos. John Huston y su equipo rodaron en los alrededores *La reina de África* en 1951, aunque la acción transcurre en realidad en el lago Tanganica.

Unos años después, en 1954, otro enamorado de África, el escritor Ernest Hemingway, se desplazó hasta allí para cazar. Justo cuando sobrevolaba las Murchison, su avioneta chocó con unos cables de telégrafo y tuvo que realizar un aterrizaje de emergencia. Afortunadamente, ni el escritor ni sus acompañantes sufrieron daño alguno. Unos días después volvió a sufrir un accidente aéreo, pero salió ileso de nuevo, y con buen material para sus novelas.

Hoy, sin embargo, Butiaba no tiene nada que ver con lo que era hace cincuenta o sesenta años. En 1962, poco después de que Uganda alcanzara la independencia, las fuertes lluvias hicieron subir varios metros el nivel del lago, hundiendo todos los barcos que había en el puerto e inundando parte de la ciudad. El que había sido el puerto más importante del lago Alberto fue abandonado y Butiaba se convirtió en una pequeña aldea de pescadores, una sombra de lo que fue.

LOS DOS NILOS EN JARTUM

Abro un paréntesis, en este recorrido por Uganda, para recordar un viaje a Sudán que me sirvió para certificar que la vida en África Oriental no puede entenderse sin lo ocurrido en el desierto de aquel país a finales del siglo XIX, cuando las tropas de El Mahdi derrotaron y dieron muerte al general británico Charles Gordon, en uno de los episodios más traumáticos para los británicos en África.

Fui a Sudán hace ya bastantes años porque tenía ganas de conocer la capital, el desierto de Nubia, las pirámides de Meroe y la ciudad abandonada de Suakín, un antiguo puerto del mar Rojo de gran importancia histórica. Todos estos lugares tienen un componente mítico que no me decepcionó, aunque lo que más me impresionó fue comprobar que la mayor parte del territorio de Sudán está invadido por la arena del desierto. Es la nada, un paisaje sin atributos en el que de vez en cuando se abren paréntesis en los que surgen auténticas maravillas, como Jartum, la ciudad situada justo donde se unen el Nilo Blanco y el Nilo Azul para crear el gran Nilo.

Aterricé en el aeropuerto de Jartum muy tarde en la noche, a una hora en la que casi todo el mundo duerme y en la que la luz mortecina de las farolas ilumina tan solo retazos de una ciudad que no sirven para interpretar lo que estás viendo. Son como trozos de un gran puzle del que se han perdido muchas piezas. Un taxi me dejó a las puertas de un viejo hotel que lo mejor que tenía era estar situado a orillas del Nilo.

Al día siguiente, un viernes, todo estaba cerrado en Jartum. Me paseé por una ciudad fantasma en la que una temperatura de más de 40 grados hacía que las sombras cotizaran al alza. Entré en el Museo Nacional, uno de los pocos

lugares abiertos, y lo primero que me sorprendió fue la gran piscina vacía, de formas sinuosas, que se alargaba como una serpiente frente al edificio principal.

—Es una representación a escala del Nilo, el gran protagonista del país —me dijo un guía, orgulloso de la obra.

—Cuesta hacerse una idea, así, sin agua —objeté.

—Cuando hay agua le juro que es preciosa.

Junto a la representación del gran río habían reconstruido unos cuantos templos antiguos salvados de los terrenos inundados por la presa egipcia de Asuán, todos espléndidos, aunque me pareció un contrasentido pretender recrear un Nilo a escala cuando el gran río de verdad se hallaba a solo unos pocos metros.

En el interior del museo había interesantes piezas arqueológicas de origen egipcio, con figuras faraónicas notables, y otras influenciadas por el cristianismo y el islam, agrupadas en una colección que mostraba que las distintas culturas habían dejado su huella en aquella tierra de paso.

Por la tarde, un taxi me llevó a Omdurman, una ciudad prácticamente pegada a Jartum que me apetecía visitar por su importancia histórica. Allí estaba la tumba de El Mahdi, el sudanés que puso en jaque a los británicos y derrotó y dio muerte al general Gordon en 1885, y el paisaje de una batalla en la que, en 1898, las tropas de Lord Kitchener se vengaron derrotando a los seguidores de El Mahdi. Por si con estos hitos no bastara, la novela de A. E. W. Mason *Las cuatro plumas*, una de las cimas de la literatura de aventuras, se sitúa precisamente en este escenario.

El mausoleo de El Mahdi, destruido por los británicos durante la batalla y reconstruido años después, domina la ciudad con su gran cúpula plateada, mientras que entre los muros de adobe del cercano Museo de la Casa del Califa, donde residió el sucesor de El Mahdi, se muestran armas usadas durante la sublevación, billetes emitidos por el general Gordon durante el asedio de Jartum, unas cuantas banderas y ropa militar, además de algunos objetos utilizados por El Mahdi. El conjunto permitía evocar los tiempos y la épica de una batalla histórica, pero el hecho de que se mostrara junto a un

viejo automóvil de 1909, el primero que circuló por Sudán, provocaba cierto desconcierto, sobre todo porque el coche estaba cubierto de excrementos de paloma que ilustraban la pátina de desidia que impone el paso de los años.

La memoria de Jartum, fundada en 1821 como una guarnición avanzada del Ejército egipcio, va ligada a la del que fue gobernador de Sudán, el general Charles Gordon. Nacido en Londres en 1833, Gordon era el prototipo de héroe victoriano. Había participado en la guerra de Crimea y en la segunda guerra del Opio, en China, y sus batallas se contaban por victorias. En 1877 fue nombrado gobernador general de Sudán, pero dejó el cargo dos años después.

Sudán era en aquel tiempo un territorio controlado por Egipto, que era a su vez una colonia del Imperio otomano que mantenía buenas relaciones con Gran Bretaña. En su avance hacia el sur, a partir de 1820, el Ejército egipcio de Mohamed Alí Pachá no había encontrado resistencia al principio, aunque el descontento entre la población no tardó en extenderse debido a los elevados impuestos y a la prohibición de comerciar con esclavos, uno de los principales negocios de los pueblos de Sudán.

El tráfico de esclavos fue sustituido por el comercio del marfil, que atrajo a muchos aventureros europeos a Jartum. Cuando el jedive Ismail Pachá fue depuesto en 1876, debido a su desastrosa gestión económica de Egipto, fue sustituido por su hijo Twefiq. Cuando este huyó de El Cairo, los británicos tomaron el control de la región, aunque formalmente siguió siendo una provincia del Imperio otomano.

El país parecía en calma, pero el descontento general de la población, ante el progresivo avance del cristianismo, se convirtió en caldo de cultivo para la aparición de Mohamed Ahmed, un sudanés que en 1881 inició una rebelión proclamándose enviado de Alá para acabar con la presencia extranjera. Ahmed, que se hacía llamar El Mahdi (El Enviado), era un fanático islámico que afirmaba que su familia descendía del profeta Mahoma y tenía dos de los signos externos que la tradición atribuye a los enviados de Alá: un lunar en la mejilla derecha y los incisivos separados.

El Mahdi reunió a un desorganizado ejército que, contra todo pronóstico, fue ganando batallas. Tras vencer a dos compañías egipcias en la batalla de Aba, en 1881, El Mahdi prosiguió su avance. Después de capturar El-Obeid, la capital provincial, en enero de 1883 las tropas sublevadas, que para entonces ya contaban con 40.000 hombres, habían capturado o matado a dieciséis mil soldados egipcios y se habían apoderado de siete mil fusiles, dieciocho cañones y medio millón de balas.

Viendo la magnitud del conflicto, los egipcios enviaron en el verano de 1883 una expedición formada por siete mil soldados de infantería y mil jinetes, a las órdenes del oficial británico William Hicks. Parecía una apuesta segura para acabar con El Mahdi, pero los sublevados vencieron y solo dejaron con vida a unos quinientos soldados egipcios.

Los mahdistas se hicieron fuertes en Omdurman, muy cerca de Jartum. Ante la amenaza que esto suponía, en 1884 el Gobierno pidió a Charles Gordon que viajara a Sudán para ayudar a evacuar a los británicos de Jartum. El general, hinchado de megalomanía, no se conformó con esta misión: consiguió que le nombraran gobernador general y se propuso convertirse en el héroe que derrotaría a los mahdistas y salvaría Sudán.

Gordon llegó a Jartum el 18 de febrero de 1884 y se encargó de organizar la defensa de la ciudad, aun siendo consciente de que estaban en inferioridad numérica. Un mes después, cuando las tropas de El Mahdi iniciaron el asedio de Jartum, el general solicitó ayuda a Londres, pero el Parlamento británico tardó en aprobar el envío de una expedición de ayuda. Cuando por fin lo hizo, en agosto, era ya demasiado tarde.

La resistencia de Gordon fue brava pero inútil y el 26 de febrero de 1885, tras 317 días de asedio, se produjo el temido asalto de Jartum, en el que los seguidores de El Mahdi derrotaron a las tropas británicas y decapitaron a Gordon. La cabeza del general fue llevada a Omdurman, donde se expuso durante varios días en lo alto de un poste.

El Gobierno de Londres, indignado por la muerte del héroe, juró venganza. El Mahdi murió poco después, no se sabe si envenenado o de tifus. En cualquier caso, la venganza no llegó hasta pasados trece años. Fue en 1898 cuando un ejército británico, bajo el mando de Lord Kitchener, derrotó a los seguidores de El Mahdi en la batalla de Omdurman. «¡Recordad a Gordon!»,

exhortó Kitchener a sus hombres antes de una batalla sangrienta en la que participó, entre muchos otros, el joven teniente Winston Churchill, futuro primer ministro del Reino Unido.

Gordon ordenó tras la victoria que fuera derruido el mausoleo de El Mahdi y que sus huesos fueran arrojados al Nilo. Recordando la decapitación de Gordon, Kitchener se hizo traer la calavera de El Mahdi y pensó en utilizarla como tintero. La reina Victoria, sin embargo, se lo prohibió y la cabeza fue enterrada en un lugar secreto.

Mi fascinación por el Nilo hizo que me embarcara en un pequeño crucero que navegaba por el Nilo Azul hasta el lugar en el que se junta con el Nilo Blanco. Conviene advertir que los colores de ambos ríos son ciertamente muy poéticos, pero falsos, ya que las aguas de los dos son de color marrón por la mucha tierra que arrastran. Sea como sea, me emocionó ver el lugar en el que confluyen ambos ríos, allí donde las aguas se aceleran y parecen rebelarse para resaltar la grandeza del río legendario.

—Ni se le ocurra fotografiar el puente de Omdurman —me advirtió un policía que iba a bordo.

—¿Por qué?

—Es un punto estratégico del país.

—Hoy día, con Google Earth e internet, se puede espiar sin salir de casa.

—Es igual —me dijo, muy serio—. Prohibido fotografiarlo. En caso de guerra, el enemigo podría tener información muy perjudicial para nosotros.

¿Quién le iba a decir a aquel viejo puente de los años veinte que iban a otorgarle un papel importante casi cien años después de su construcción?

—Son viejas normas caducas —me dijo Adil, un simpático sudanés de pelo blanco en cuanto se alejó el policía—. En los últimos años los chinos han hecho tantos puentes sobre el Nilo que ya he perdido la cuenta.

—¿Aquí también están construyendo los chinos?

—En África están por todas partes —se rio—. En Sudán han hecho puentes, carreteras, aeropuertos, presas... Y todo a cambio de llevarse el petróleo.

Cerca de la confluencia de ambos ríos, un parque de atracciones ofrecía el contrapunto alegre de aquel «alto secreto militar». Los gritos de emoción de los que iban en la montaña rusa no parecían augurar ninguna guerra. Más bien al contrario.

Me apetecía beber una cerveza, pero en Sudán rige la ley islámica y está prohibido el alcohol. Me tuve que conformar con una naranjada azucarada en exceso mientras recordaba haber leído que El Mahdi, en su sublevación islámica, había ordenado que se castigara con ochenta latigazos a cualquiera que fuera descubierto consumiendo alcohol. No era un buen precedente.

—Siempre puede intentar pescar botellas en el río —me dijo Adil con una sonrisa.

—¿Botellas?

—Hay gente que todavía hoy intenta pescar whisky en el Nilo —se rió—. Cuando triunfó la Revolución Islámica, la turba asaltó los hoteles y tiró todo el alcohol al río, sin molestarse en abrir las botellas. Por eso aún hay quien *pescar* whisky. Si lo encuentran, puede valer en el mercado negro mucho más que un buen pescado.

Al caer la tarde, mientras asistía embelesado al éxtasis colectivo que originaba el incansable girar de los derviches en la explanada contigua al mausoleo de Hamed al-Nil, me pareció retroceder en la historia hasta los tiempos del general Gordon.

UN PAÍS LLAMADO ECUATORIA

Ecuadoria es un buen nombre para un país. De hecho, existió durante un tiempo, o quizás sería mejor decir que existió el proyecto de país entre 1870 y 1889. Ocupaba las tierras que hoy se extienden entre el norte de Uganda, a partir del lago Alberto, hasta Sudán del Sur, pero no duró demasiado. Masindi era una de sus ciudades.

Saliendo del Parque Nacional de las Cataratas Murchison, me hizo ilusión parar en Masindi, más que nada para ver si quedaba algo de Ecuadoria, ni que fuera un recuerdo evanescente. Por desgracia, enseguida vi que no había nada, o por lo menos yo no supe encontrarlo. No es extraño, por otra parte, ya que habían transcurrido más de cien años y en África todo tiende a olvidarse muy deprisa.

—Si te interesa el pasado —me dijo Ahmed—, puedes visitar el Hotel Masindi.

—¿Qué tiene de especial?

—Es el más antiguo de Uganda.

Fuimos al Masindi, pues, un hotel de inequívoco sabor colonial, de una sola planta y rodeado de una veranda. Según me informaron en recepción, fue construido en 1923 por la compañía Kenya Uganda Railways and Harbours con la pretensión de que fuera la puerta de entrada para el comercio con el corazón del continente. Databa, por tanto, de bastante después de Ecuadoria, pero se ufanaba de haber albergado a estrellas de Hollywood como Humphrey Bogart y Katherine Hepburn, cuando rodaron cerca de allí *La reina de África*.

—Humphrey Bogart se hospedó en la habitación número 6 —precisó el recepcionista.

—¿Y Katherine Hepburn? —pregunté.

—En la número 5. Cuando unos años después estuvo aquí Ernest Hemingway, también se hospedó en la 6. Aquí fue donde se recuperó de los dos accidentes de avioneta que tuvo en las cataratas Murchison.

—¿Está libre alguna de esas habitaciones?

—No, señor, lo siento. Están siempre reservadas. Todos quieren dormir en ellas.

Lástima. Mi sueño de mítomano, de dormir en la misma habitación de Bogart, Hemingway o Hepburn, hacía aguas. Por lo visto, no era el único que lo tenía.

Nos consolamos con Jubi tomando una cerveza en el Bar Hemingway del mismo hotel. En la pared, una colección de fotos históricas enmarcadas recordaban, en blanco y negro, los buenos tiempos del Masindi, cuando Bogart y Huston competían para ver quién bebía más *whiskies*.

No puede decirse que Masindi sea una ciudad con encanto. Parece más bien una población escapada del lejano Oeste, con muchas calles sin asfaltar y unos cuantos bares destartalados. En las horas que permanecí allí vi a muchos niños de uniforme y también muchas *boda boda* (mototaxis) que esperaban a los clientes en las esquinas.

Comimos pollo con patatas en el Traveler's Corner, un restaurante muy africano, y tras llenar los depósitos del 4x4 proseguimos viaje hacia el sur, en dirección a Fort Portal.

En junio de 1867, Samuel Baker ya había dicho públicamente que Egipto haría bien en anexionarse la parte baja de la cuenca del Nilo, denominada Ecuatoria, para así conectar aquella región remota con el mundo. Un año después se entrevistó con el ministro de Asuntos Exteriores de Egipto para tratar de convencerle. Consiguió ponerle de su parte y, tras cerrar un contrato, en 1870 descendió por el Nilo en barco, acompañado de nuevo por su esposa Florence y por un pequeño ejército.

En la zona inhóspita del Sudd, ocupada por tierras pantanosas, islas movedizas y laberínticos brazos de río, Baker estuvo perdido durante siete meses, hasta que el 14 de abril de 1871 logró llegar a Gondokoro, una

localidad que bautizaría con el nombre de Ismailia en honor del jedive Ismail, que era quien le había contratado. Allí izó la bandera egipcia y proclamó el nacimiento de Ecuatoria, bajo la protección de Egipto y de Gran Bretaña.

Su expedición continuó hasta Masindi, ya que Baker pretendía hacerse también con el reino de Bunyoro, pero el rey Kabarega le plantó cara. El 8 de junio de 1872 ambos libraron la batalla de Masindi. Tras perderla, Baker optó por regresar a Jartum y, posteriormente, a Inglaterra, sin ser consciente de que aquella expedición propiciaría la carrera por África por parte de las grandes potencias europeas.

El siguiente gobernador de Ecuatoria fue, en 1874, el general británico Charles Gordon, el que sería más adelante héroe y mártir de Jartum. Luchó contra los traficantes árabes de esclavos e impuso un monopolio del marfil, pero se marchó al ser nombrado gobernador general de Sudán. Le sucedió en 1878 un excéntrico personaje nacido en Alemania en 1840 con el nombre de Eduard Karl Oskar Theodor Schnitzler, que practicó la religión protestante hasta que en un viaje a Oriente Medio se convirtió al islam y adoptó el nombre de Mehemet Emin. Era médico, botánico y ornitólogo, y hablaba alemán, francés, inglés, italiano, turco, árabe, persa, griego y algunos idiomas eslavos. Se hizo famoso con el nombre de Emin Pachá.

Fue el general Gordon, que lo había conocido como médico en Gondokoro, quien promovió en 1878 a Emin Pachá como gobernador de Ecuatoria. Unos años después, sin embargo, la rebelión de El Mahdi amenazó la supervivencia de Ecuatoria. Las tropas de El Enviado avanzaron hacia el sur y Emin quedó rodeado. Desesperado, pidió ayuda al Reino Unido en 1886, pero el Gobierno, en una decisión muy criticada, renunció a enviársela, a pesar de las presiones de la prensa y de algunos parlamentarios. Al final fue el explorador Henry Stanley, con ayuda del millonario escocés William Mackinnon, quien se desplazó hasta allí para intentar salvar a Emin Pachá.

En esta expedición, Stanley volvió a partir, en febrero de 1887, de la isla de Zanzíbar, donde se alió con el traficante Tippu Tip, que le prestó porteadores y ayuda a cambio de cederle una buena parte de las 75 toneladas del marfil que Stanley pensaba traer de Ecuatoria y el mando de la región de las cataratas Stanley, en el Congo. El acuerdo recibió críticas, pero aun así la expedición se dirigió a la desembocadura del río Congo, desde donde penetró

en el interior del continente. Cuando llegó a la zona central de Ecuatoria, sin embargo, Stanley descubrió que Emin Pachá ya no estaba allí. Lo encontró en abril de 1888 junto al lago Alberto, adonde había huido y ya no se sentía en peligro. Ambos se separaron, pero volvieron a encontrarse en febrero de 1889, cuando los dos viajaron juntos hacia Bagamoyo, en la costa tanzana. Una vez allí, Emin Pachá, que era muy miope, sufrió una caída desde una ventana y tuvo que ser hospitalizado.

Stanley estaba convencido de que, cuando se recuperara de las heridas, Emin Pachá viajaría a Europa con él desde Bagamoyo, pero este tenía un buen motivo para no hacerlo: unos años antes, en 1875, durante una visita a Alemania, había abandonado a su amante turca y se había llevado sus joyas y dinero. Desde entonces, había una orden judicial en su contra.

Cuando Emin Pachá se restableció de sus heridas, en abril de 1890, prefirió irse con una expedición alemana al interior del continente. Un traficante de esclavos, Kibonge, lo detuvo en tierras del actual Congo y lo decapitó. Así terminó la historia de ese enigmático personaje que mandó durante un tiempo en Ecuatoria.

El rey de los Bunyoro, Kabarega, fue derrotado por los británicos, en una operación militar, en 1894. Cinco años después fue deportado a las islas Seychelles. Se había opuesto a la colonización británica y tuvo que pagar un alto precio por ello.

El rey Mwanga II, de Buganda, coincidió con Kabarega en el exilio por el mismo motivo: oponerse a la colonización. Mwanga murió en 1903, pero Kabarega vivió muchos años más. Cuando cumplió los ochenta, en 1923, los británicos consideraron que ya no era un peligro y lo autorizaron a regresar a su tierra. No consiguió llegar, pero por muy poco. Murió en Jinja, cerca de las fuentes del Nilo, cuando tan solo le faltaba el último tramo para llegar a su reino. Su cadáver fue llevado al reino de Bunyoro, donde le enterraron en el campo de batalla donde había luchado contra Baker en 1872.

En 2009, el presidente de Uganda, Museveni, proclamó a Kabarega héroe nacional, resarciéndole de un largo olvido.

Salimos de Masindi hacia Fort Portal en el 4x4, con Ahmed al volante y Jubi a su lado, en el asiento del cazador; o del fotógrafo en este caso. La mayor parte del viaje transcurrió por una pista de tierra roja, entre plantaciones de plátanos, pueblos cubiertos de polvo y mercados improvisados. Podría parecer monótono, pero tenía el encanto de una *road movie* a la africana.

A medida que avanzábamos, la carretera se fue haciendo más estrecha y sinuosa, asediada por la exuberante vegetación, hasta que en el tramo final las luminosas plantaciones de té, con senderos que se dirían trazados con tiralíneas, dotaron al paisaje de otra dimensión, como si se hubiera escapado de una delicada acuarela japonesa.

EN LAS MONTAÑAS DE LA LUNA

Fort Portal, la ciudad que ejerce de puerta de entrada a la región de los montes Ruwenzori, las antiguas Montañas de la Luna, está rodeada de una selva tropical y de colinas forradas de verde, con una tierra volcánica tan fértil que diría que si clavabas un palo en el suelo no tarda en convertirse en árbol.

La fundación de Fort Portal se debe a los británicos, que en 1891 construyeron allí un fuerte para defender Toro, uno de los reinos tradicionales de Uganda. La antigua fortaleza fue creciendo hasta convertirse en lo que es hoy, una ciudad con un par de anchas avenidas que se cruzan, unos pocos edificios altos y un laberinto de calles y chabolas por el que se extiende un popular mercado. En memoria de los viejos tiempos, en una rotonda se levanta una discreta estatua del británico que dio nombre a la ciudad, Gerald Portal (1858-1894). Está representado de un modo naíf, con botas altas y una escopeta en las manos, como si fuera un cazador, aunque Portal fue un gobernador que no llevaba armas.

Aparte del mercado, lo que más me llamó la atención en Fort Portal fue, en lo alto de una colina, el palacio del rey de Toro. En 1995, dos años después de que las monarquías tradicionales fueran restauradas en Uganda, el rey regresó a Fort Portal para ser investido en una segunda coronación, pero murió antes de la ceremonia y le sucedió el príncipe Oyo, de tan solo tres años. El nuevo palacio costó cerca de 200.000 dólares, que pagó uno de sus consejeros, el presidente libio Muammar el Gaddafi.

Nos instalamos con Jubi en una céntrica pensión, con vistas a un montón de desperdicios en el que hurgaban unos cuantos marabús despeinados. La habitación no estaba mal, pero no dejaba de sonar una música estridente

mientras trataba de dormir. Por lo visto, una compañía de telefonía móvil celebraba su desembarco en la ciudad con un ruidoso concierto gratuito.

Harto de dar vueltas en la cama, acabé bajando a la plaza del concierto, donde tocaba un grupo local. Viendo cómo bailaba la gente, recordé lo que Burton escribió sobre los porteadores de su expedición de 1858: «Al terminar la jornada, si los víveres son abundantes y la luna esparce su dulce claridad, el tambor suena con furia, las manos golpean con fuerza, y el monótono canto que la multitud entona a coro invita a la danza de toda la juventud de las cercanías. Este ejercicio no deja de ser agotador, pero los africanos de estas comarcas, que tanto se cansan con el trabajo, nunca sienten la fatiga ni se hartan de bailar».

Fue en las Montañas de la Luna donde el geógrafo griego Ptolomeo situó, en el año 150, las fuentes del Nilo. En realidad, Ptolomeo, un astrónomo de Alejandría, nunca estuvo allí, pero recogió el relato de un mercader griego llamado Diógenes, que describió una región de altas montañas nevadas y grandes lagos en las que, según él, nacía el Nilo. Hubo en el pasado quien identificó esos montes con el Kilimanjaro, pero hoy en día hay consenso en situarlos en las Ruwenzori, una cadena montañosa, de cumbres nevadas, situada en la frontera entre Uganda y la República Democrática del Congo.

El explorador británico Richard F. Burton estaba obsesionado con las Montañas de la Luna, pero nunca consiguió llegar a ellas. En *The Great Lakes of East Africa* —traducido en España como *Las Montañas de la Luna* para enlazar con la película del mismo título, realizada por Bob Rafelson en 1990 — narra Burton su azarosa expedición de 1858, cuando en compañía de Speke buscó sin éxito las fuentes del Nilo. «Desde tiempo inmemorial», escribe, «los habitantes de la Tierra de la Luna llevan a la costa el marfil que recogen en sus cacerías contra los grandes paquidermos africanos.»

Al comercio del marfil habría que añadir el infame tráfico de esclavos, que las caravanas de mercaderes árabes capturaban para conducirlos a la isla de Zanzíbar.

En la expedición de Burton, la llegada del hombre blanco levantaba una lógica expectación, ya que era una novedad absoluta. Escribe el mismo Burton que había corrido la voz de que «no teníamos más que un ojo, pero teníamos en cambio cuatro brazos y estábamos llenos de *ciencia*, es decir, de magia. Sembrábamos pepitas de melón de las que íbamos provistos, y estas pepitas engendraban viruelas. Con nosotros llegaba la sequía y la esterilidad; por medio de la leche hervida, que hacíamos endulzar, extendíamos la mortalidad entre el ganado; nuestros hilos de metal, nuestras telas y nuestros collares producían todas las enfermedades y éramos, además, los reyes del mar, lo que explicaba la blancura de nuestro cutis y la suavidad de nuestros cabellos lisos, fenómeno incomprensible para aquella raza de cabellos ásperos y rizados».

La niebla fue durante muchos años la mejor aliada para mantener el misterio de las Montañas de la Luna, ya que ocultaba sus picos de más de cinco mil metros. Fue por culpa de la niebla que Samuel Baker no pudo verlas cuando descubrió el lago Alberto en 1864. Tendrían que pasar veinticuatro años más antes de que Henry Stanley, en 1888, se convirtiera en el primer europeo que las contemplaba. Embelesado, escribió en su diario: «Esta cordillera nevada, pura, deslumbrante, sumergida en las profundidades infinitas de un cielo opalino que cambia de color según las horas, es un espectáculo maravilloso hasta el atardecer, y también en la noche cerrada (...) No tenemos motivo para enorgullecernos, pues los antiguos viajeros ya tenían ideas muy claras sobre el origen del Nilo y habían oído hablar de las Montañas de la Luna, de los tres lagos y de las fuentes que dan lugar al gran río egipcio».

El descubrimiento de Stanley confirmó que Ptolomeo estaba en lo cierto cuando, dos mil años atrás, escribió que en las Montañas de la Luna estaban las fuentes del Nilo, ya que buena parte de las aguas que recoge esta cordillera va a parar al río Semliki, que desagua en el lago Alberto, la fuente secundaria del gran río descubierta por Samuel Baker. Otra parte, sin embargo, fluye hacia los ríos que se internan en el Congo, para acabar desembocando en el Atlántico.

Al día siguiente, cuando salimos de Fort Portal en dirección a las Montañas de la Luna, avanzamos por un paisaje de una gran belleza, en especial al amanecer, cuando los jirones de niebla se engarzaban en los árboles y difuminaban el horizonte montañoso.

—Me recuerda *Gorilas en la niebla* —comentó Jubi.

—No estamos demasiado lejos de donde se filmó —apunté.

Llegó un momento, a partir de Kasese, en que la pista se olvidó del asfalto y empezó a subir por entre una plantación de plátanos, mientras el verde se llenaba de matices y las nubes seguían ocultando las cumbres. Al llegar a la aldea de Ibanda, junto al Parque Nacional de las Montañas Ruwenzori, la pista degeneró en un camino embarrado por el que nos seguían unos niños que iban gritando el obligado «¡muzungu!, ¡muzungu!».

En Kyakalengiya Gate, una de las puertas de acceso a las montañas, dominaban la selva, la lluvia... y una lenta y engorrosa burocracia. Dos *rangers* que llevaban varios días sin ver a nadie nos recibieron en su cabaña, nos invitaron a firmar en el libro oficial y nos hicieron pagar los 20 dólares de la entrada.

—El parque se fundó en 1991, pero estuvo cerrado entre 1997 y junio de 2001 por culpa de la guerrilla del Congo —nos contaron—. Hacían incursiones y se internaban en la montaña. Ahora, por suerte, reina la calma.

Acabados los formalismos, uno de los *rangers*, Solomon, se cargó el AK-47 al hombro y nos invitó a seguirle. Nos apetecía caminar para desentumecer los músculos, pero apenas echamos a andar se puso a llover con una triste intensidad tropical.

Cansaba caminar bajo la lluvia, entre una vegetación espesa y por un camino embarrado, subiendo y bajando cuestas, viendo torrentes impetuosos y saltando por encima de árboles recién caídos. Para redondear la frustración, las nubes descendieron todavía más, hasta velar casi por completo el paisaje.

Solomon, sin embargo, seguía avanzando impertérrito, con la chaqueta de camuflaje chorreando, las botas militares llenas de barro y el AK-47 colgado del hombro. No parecía molestarle la lluvia. En un alto nos informó de que en aquella franja de los montes vivían unas 70 especies de mamíferos y 177 de aves, pero lo único que vimos fue el rastro de unos chimpancés, la cortina de agua y la gran muralla verde del bosque lluvioso.

Seguimos caminando por la selva, resbalando en el barro, cruzando puentes improvisados y apartando ramas que escupían agua a nuestro paso. Llovía tanto que comprendí por qué los nativos se refieran a esta cordillera como las montañas de la Lluvia, y entendí la frase vista en un muro del camino: «Jesús vino aquí para aprender a caminar sobre las aguas. Después de cinco días aquí, cualquiera puede hacerlo».

—Se tardan siete días en llegar al pico más alto —nos informó Solomon—. Al cuarto día empiezas a ver la nieve, y al quinto, ya la pisas.

La franja de montaña cubierta de selva se extendía hasta los 1.800 metros. Más arriba dominaba el bosque de bambú y, entre los 3.000 y los 4.500 metros, ya solo crecían lobelias gigantes y senecios, propios del desierto de altura, como los que había visto años atrás en el Kilimanjaro.

Los excursionistas que logran vencer el cansancio, la lluvia y el mal de altura obtienen como premio la contemplación de las cumbres nevadas que reflejan por la noche la luz de la luna, como si estuvieran dotadas de un aura mágica.

Las medidas de la cordillera impresionan: ciento veinte kilómetros de largo por sesenta y cinco de ancho, con seis macizos separados por barrancos: el monte Stanley, de 5.109 metros, el monte Speke, de 4.890, el monte Baker, de 4.843, el monte Emin, de 4.798, el monte Gessi, de 4.715, y el monte Luis Amadeo de Saboya, de 4.627.

En 1906, el príncipe Luis Amadeo de Saboya, duque de los Abruzos, se convirtió en el primer europeo que consiguió escalar las Montañas de la Luna. Había nacido en Madrid en 1873, cuando su padre, Amadeo I, fue rey de España durante un breve período de dos años, y desde adolescente ya mostró inclinación hacia la aventura. A los diecinueve años se inició como alpinista en el Mont Blanc y cuatro años después participó en la primera ascensión al monte San Elías, de 5.488 metros, entre Canadá y Alaska. En 1899, fiel a su espíritu explorador, Luis Amadeo organizó una expedición al Polo Norte y en 1906 se fue a África con la intención de subir a las Ruwenzori. Su aventura tuvo éxito y, como homenaje a los grandes exploradores de aquella parte de

África, bautizó los picos con los nombres de Stanley, Baker, Speke, Emin, etc., aunque la cumbre más alta, de 5.109 metros, se llama Margarita por la que entonces era reina de Italia.

En 1909, Luis Amadeo de Saboya intentó escalar el K2, de 8.611 metros, en el Himalaya, pero tuvo que retirarse a los 6.666 metros. Tras participar en la Primera Guerra Mundial como comandante en jefe de la Flota del Adriático, se dedicó a explorar y colonizar Somalia, donde fundó un gran asentamiento agrícola. Murió allí, en 1933.

Toda la cordillera cuenta hoy con senderos bien señalizados y una red de refugios. El circuito más común, sin embargo, no es el que llega hasta la cumbre, sino el llamado Loop Trail, que recorre durante seis días la parte más bella del parque, hasta los 4.372 metros. Nosotros, sin embargo, mal equipados y desanimados por la lluvia, nos conformamos con una excursión de unas seis horas que nos permitió intuir el encanto de las Montañas de la Luna y contemplar numerosos ríos y cascadas.

Cuando nos alejábamos de la cordillera, entre chozas y plantaciones de plátanos, las nubes tuvieron el detalle de retirarse y de mostrarnos por primera vez las majestuosas Montañas de la Luna. Fue un gran momento en el que me imaginé la emoción que debió de sentir Stanley cuando las vio en 1888.

LOS LEONES TREPADORES DE ISHASHA

La vista desde el mirador Queen Elizabeth, en el suroeste de Uganda, permite hacerse una idea de la grandiosidad del paisaje africano. Desde lo alto de una colina se divisan dos grandes lagos, el Jorge y el Eduardo; el primero recibió este nombre por el príncipe Jorge, que se convertiría en 1910 en el rey Jorge V de Inglaterra; el segundo por el príncipe Eduardo, que se convertiría en Eduardo VII en 1901. Como puede verse, la fidelidad a los *royals* era casi obligada para los exploradores británicos en África.

El hecho de tener la inmensa sabana a nuestros pies, y las montañas Ruwenzori a nuestra espalda, contagiaba la sensación de que estábamos inmersos en una naturaleza portentosa en la que leones, elefantes, jirafas, búfalos, hipopótamos y otros muchos animales seguían reinando sin discusión.

—El parque es una reserva desde 1920 —apuntó Ahmed—. Al principio se llamaba Kazinga National Park, pero con ocasión de la visita de la reina a Uganda, en 1954, le pusieron Queen Elizabeth National Park.

En aquel momento pensé en cómo eran los viajes en la década de 1950, cuando no existían ni antenas parabólicas ni telefonía móvil ni internet ni nada parecido, cuando viajar equivalía a una dulce ruptura con el mundo habitual que no se cerraba hasta el regreso a casa.

Siempre que viajo a África me sucede lo mismo. Al principio noto el fuerte contraste con Europa y una cierta desazón, pero basta con que pasen unos pocos días para que encuentre normal no tener wifi, dormir en campamentos no siempre bien acondicionados, circular por pistas desastrosas, levantarme con el sol a las 6 de la mañana, ver una manada de elefantes por la

ventanilla del coche y detenernos para contemplar de cerca búfalos, impalas y topis, o un grupo de leones trepadores que dormitan en las ramas de un gran árbol.

Esto es lo que nos sucedió, sin ir más lejos, en el camino hacia Ishasha, un poblado situado cerca de la frontera con el Congo. Todo lo que veíamos desde el coche era excepcional, maravilloso, pero entraba ya dentro de una normalidad africana a la que nos estábamos acostumbrando.

Fue el explorador Henry Stanley quien en 1888 bautizó el lago Jorge. De hecho, en 1875 ya estuvo por esas tierras, pero entonces confundió el lago con una extensión del Alberto y lo llamó golfo de Beatriz. Son las cosas de explorar con prisas.

En 1888, cuando fue a socorrer a Emin Pachá a Ecuatoria, Stanley también exploró otro lago al que llamó Eduardo. En tiempos de Idi Amín fue rebautizado como lago Idi Amín Dadá, pero recuperó el nombre británico en cuanto el dictador fue derrocado.

A pesar de los oscuros negocios que emprendería en el Congo con el rey Leopoldo de Bélgica, y de que se le ha descrito como despiadado, mentiroso, psicópata y sádico, Stanley fue un gran explorador. A él se debe, entre otras hazañas, la solución definitiva del misterio de las fuentes del Nilo, que desentrañó en una larga expedición entre los años 1874 y 1877.

Cuando nació en 1841, en Gales, fue inscrito como «John Rowlands, *bastard*»; estuvo recluido en un orfanato y a los diecisiete años emigró a América para buscarse la vida. Una vez allí se nacionalizó estadounidense y se cambió el nombre por el de Henry Stanley, aunque en África le conocían como Bula Matari (Destructor de Rocas).

A Henry Stanley le gustaba maquillar su pasado. Escribió varias autobiografías, pero en todas mintió para quedar bien en la foto de la historia. Fantasías al margen, tuvo una infancia de novela de Dickens, buscó oro en el Oeste y combatió en la guerra civil de Estados Unidos. Regresó a Inglaterra con veintiún años y se enroló en varios barcos; en 1866 fracasó en su intento de dar la vuelta al mundo, pero logró convertirse en periodista, oficio que le llevó al *New York Herald*, el diario que financió sus expediciones.

Encontrar a Livingstone en 1872 le supuso la gloria, aunque no faltó quien criticara el maltrato que daba a los nativos. «Stanley dispara a los negros como si fueran monos», dijo de él un compañero. En 1874 regresó a África para aclarar todas las dudas que aún persistían sobre el origen del Nilo. Para ello se llevó, entre otras muchas cosas, un barco de doce metros de eslora, desmontado en piezas, que bautizó con el nombre de *Lady Alice*, en homenaje a una rica heredera de diecisiete años, Alice Pike, con quien se acababa de prometer en Londres.

«¡África fatal!», escribió Stanley antes de partir. «Uno tras otro tus exploradores caen en la brecha [...]. Pero no importa, ¡yo lo intentaré! Además, hay algo que me estimula. Mi relato del encuentro con Livingstone ha sido puesto en duda. Lo que he sufrido ya en la maldita África nada cuenta en la estimación de los hombres. ¡Aquí tendré, pues, ocasión de probar la veracidad de mis afirmaciones!»

Stanley partió hacia África con un doble objetivo: continuar lo que Livingstone dejó inacabado y reivindicarse. Para ello contaba con la generosa financiación del *Daily Telegraph*, que en esta ocasión se sumó a la del *New York Herald*. Gracias a ambos diarios pudo montar en Zanzíbar la mayor caravana jamás vista, formada por 356 hombres y ocho toneladas de material.

La expedición partió el 11 de noviembre de 1874 e inició una larga marcha en la que tuvo que luchar contra el calor excesivo, la dureza del terreno, las enfermedades y los ataques de los indígenas. Cuando el 27 de febrero de 1875 alcanzó por fin el lago Victoria, había recorrido 1.370 kilómetros en 103 días y había perdido un centenar de hombres. El empeño de Stanley era dar la vuelta al lago para comprobar que las cascadas Ripon, descubiertas por Speke en 1862, eran su único desagüe; para ello armó el *Lady Alice* cerca de Mwanza e inició la circunnavegación el 8 de marzo. Al cabo de tres semanas llegaba a las cascadas Ripon y unos días después era recibido por el rey de Buganda, Mutesa.

Cuando el 31 de julio Stanley completó la vuelta al lago Victoria, había dejado claro que las Ripon eran el único desagüe del lago y que el río Kagera, que se perdía en las montañas de Ruanda, era la principal entrada de agua. Todas las incógnitas que planteaba el lago Victoria habían sido resueltas. Poco a poco, África iba desvelando sus misterios.

Tras circunnavegar el lago Victoria, Stanley se propuso hacer lo mismo con el Tanganica. En junio de 1876, en Ujiji (donde en 1871 se encontró con Livingstone), armó de nuevo el *Lady Alice* para dar la vuelta al lago y comprobar que sus aguas no alimentaban el Nilo.

Stanley demostró con esta expedición que Burton había fallado en su intuición y que Speke estaba en lo cierto al apuntar al Victoria como fuente principal del gran río. Stanley, sin embargo, no se conformó con explorar los dos grandes lagos de África, sino que se propuso seguir la pista de Livingstone, fallecido en 1873 cuando exploraba el río Lualaba creyendo que era el Nilo.

La dura expedición por el Lualaba de Stanley forma parte de la mejor épica africana: las altas temperaturas, la malaria, los ataques de los indígenas y la selva provocaron numerosas bajas y, aunque pronto vio que aquel río que se desviaba hacia el oeste no podía ser el Nilo, no renunció a seguirlo hasta la desembocadura.

Después de navegar el Lualaba durante unos meses con el *Lady Alice*, Stanley logró su objetivo, tras haber «atacado y destruido», según narró él mismo, «28 pueblos importantes y entre 60 y 80 aldeas, librado 32 combates en tierra y agua, afrontado 52 cataratas y rápidos, abierto unos 56 kilómetros de senderos en la selva... y obtenido en combate un botín de marfil por valor de más de 50.000 dólares».

Cuando la expedición llegó a la desembocadura, el 12 de agosto de 1877, mil días después de salir de Zanzíbar, se terminaron las penurias, aunque de los 356 hombres iniciales solo quedaban 114, habían perdido 13 canoas y abandonado el *Lady Alice*. Pocos días después, Stanley, que perdió veintisiete kilos en aquel largo viaje, y su gente embarcaron con destino a Zanzíbar, donde el explorador se enteró de que su joven prometida, Alice, se había cansado de esperarle y se había casado con otro.

En Londres, Stanley fue recibido como un héroe. Su reputación, sin embargo, se vio empañada por sus excesos, que se intensificarían cuando, en 1878, el rey Leopoldo II de Bélgica le contrató para dirigir el establecimiento de colonias en el Congo. Su última misión en África fue la de rescatar a Emin Pachá en 1888.

Stanley murió en Londres en 1904, a los 63 años, tras ser investido caballero y ejercer durante un tiempo como parlamentario británico. Unos años antes, en 1890, había publicado un libro sobre sus aventuras en África que se convirtió en un éxito.

En Ishasha acampamos junto a un río lleno de hipopótamos que no paraban de gruñir y de silenciosos y hieráticos cocodrilos atentos al más mínimo movimiento.

—No intentéis cruzar al otro lado del río —nos advirtió Ahmed—. Es territorio del Congo. Por otra parte, a los cocodrilos y a los hipos no les gusta que os metáis en su zona.

—¿Es peligroso? —preguntó Jubi.

—Ahora está tranquilo, pero hace unos años los bandidos congolese pasaban la frontera para secuestrar o robar a los turistas. Se apostaban en las colinas del otro lado del río, que están en territorio del Congo, y en cuanto veían llegar un 4x4, sabían que había turistas.

—¿Y qué hacían?

—En el mejor de los casos, bajaban de las colinas de noche, atravesaban el río y les robaban. En el peor, los secuestraban y se los llevaban con ellos. De algunos no hemos vuelto a saber nada.

No parecía una perspectiva muy halagüeña, pero Ahmed nos tranquilizó diciendo que unos cuantos soldados armados estarían de guardia durante toda la noche en el campamento.

Después de montar la tienda a una distancia prudencial del río para evitar visitas inoportunas de hipopótamos y cocodrilos, comimos a la luz de una hoguera a base de latas, pan duro y cerveza caliente. La cena no pasará a la historia de la gastronomía, pero la ambientación africana era inmejorable.

Mientras me dormía en la tienda, me acordé de un incidente que me ocurrió en el delta del Okavango años atrás. Habíamos acampado con mi amigo Andoni Canela junto a un lago cuando a medianoche me despertó un ruido terrible que de entrada no supe identificar. La luz de la luna, sin embargo, no tardó en mostrarme la figura recortada de un hipopótamo que acaba de salir del lago y estaba paciando junto a la tienda.

El ruido que hacía el animal al masticar y los soplidos que soltaba de vez en cuando no eran muy agradables, la verdad. Por otra parte, a la luz de la luna parecía un inmenso ejemplar al que nuestra tienda le resultaba un estorbo. «Si no le molestamos, no nos hará nada», me dijo Andoni en voz baja. «¿Y qué pasa si su concepto de molestar no coincide con el nuestro?», objeté. «¿Y si considera que nuestra tienda le molesta y le da por apartarla a lo bestia?» Andoni se rio y volvió a dormirse, pero yo ya no pude conciliar el sueño. En cuanto el hipopótamo se alejó, salí de la tienda sigilosamente y me fui a dormir al 4x4. Por lo menos su carrocería no era tan frágil como la lona.

LOS GORILAS DE MONTAÑA DE BWINDI

A medida que nos aproximábamos al Bosque Impenetrable de Bwindi, el paisaje iba ganando en belleza. La tierra era tan fértil que las terrazas de cultivos, labradas a mano, formaban un gigantesco *patchwork* que llegaba hasta la cima de las colinas. Al fondo, cerrando el horizonte, se levantaba la impresionante barrera de los volcanes de Kirunga, con su inconfundible silueta cónica. Estábamos en el sur de Uganda, muy cerca de la frontera con Ruanda y el Congo, allí donde habitan los gorilas de montaña.

Que los gorilas son un buen negocio se nota nada más llegar a la aldea de Buhoma, donde abundan los *lodges* para turistas y las tiendas que venden recuerdos relacionados con los gorilas, con figuras talladas en madera y camisetas de *Gorillas in the Mist* (Gorilas en la niebla) o *Muzungu in the Mist*. Tampoco allí podíamos olvidar que éramos unos frágiles *muzungus* en una tierra en la que acecha la malaria y en la que la naturaleza apabulla.

Nos alojamos en un camping cerca de la entrada del parque, con unas cuantas cabañas asediadas por la vegetación y una mínima zona de acampada. Dado que la lluvia no cesaba, nos instalamos en una de las cabañas. Era pequeña, con dos camas viejas, mosquiteras de batalla y humedades en el techo, pero siempre era mejor que estar en una tienda castigada por la lluvia. Al ver que la luz no funcionaba, nos fuimos con Jubi al bar, que estaba lleno de mochileros ansiosos de gorilas... y de wifi.

—Se ha ido la luz y no hay wifi —se quejó un inglés con el rostro demudado.

—¿Hay cerveza fría? —le pregunté.

—Eso sí.

—Pues ya me vale.

Mientras bebíamos con Jubi sendas cervezas en la barra, paseamos la mirada por un paisaje de tipos hundidos por la ausencia de wifi. La lluvia contribuía a intensificar la melancolía y a subrayar el silencio.

Cuando por fin volvió la luz, se oyó un «ohh» unánime de alivio y casi todos fueron abducidos de inmediato por las pantallas de sus móviles. Uno de ellos, un suizo, nos pidió la botella de cerveza para hacerse una *selfie* con ella.

—No me gusta la cerveza —nos aclaró al devolverla.

—Y, si no te gusta, ¿por qué te haces una foto con la botella? —le preguntó Jubi.

—Porque es lo que mis amigos esperan de mí —se rio.

Misterios de las redes sociales.

En cuanto pasó la fiebre de internet, los gorilas se convirtieron en el único tema de conversación. Después del protocolario *Where are you from?*, tocaba hablar de gorilas. Y así seguimos, hasta que un *ranger* llamado Geoffrey, de la Ugandan Wildlife Authority (UWA), reclamó nuestra atención para soltar un discurso sobre los gorilas.

—Hay unos novecientos gorilas de montaña entre Uganda, Ruanda y el Congo —nos contó—, y no todos están habituados a la presencia de los humanos. Cuando localizamos un grupo, tardamos dos años en acostumbrarlos. Hay dos *rangers* que van cada día a buscarlos al bosque, llueva o haga sol, y tengo que decirles que aquí llueve mucho. La primera semana los gorilas se muestran agresivos, pero poco a poco van aceptando a los *rangers*. Cuando vemos que ya están habituados, pueden visitarlos los turistas.

Aquí empieza el gran negocio de los gorilas. Cada grupo puede ser visitado por ocho personas al día, acompañados de un guía y un par de soldados armados con AK-47. Si multiplicamos este número por el precio del permiso —cuando escribía este libro era de 600 dólares, pero pronto subió a 1.500— y por el número de personas arrojaba una cifra total en 2016 de más de 100.000 millones de dólares por año, solo en Uganda.

—Hace unos años valía 360 dólares, pero en Ruanda lo subieron a 500 y los dirigentes de la UWA no quisieron quedarse atrás —se justificó Geoffrey—. De todos modos, el precio no es problema, ya que cada día hay más

turistas de todo el mundo dispuestos a pagar lo que sea para ver gorilas.

—¿A qué hora saldremos mañana? —preguntó una alemana de aspecto frágil—. ¿Y cuánto tardaremos en encontrar a los gorilas?

—Saldremos a las 7, pero no sabemos cuándo los encontraremos. Un rastreador nos guiará por *walkie-talkie*. A veces tardas una hora y a veces cinco o seis.

—¿Es peligroso? —insistió la alemana.

—Normalmente no, pero os acompañarán dos soldados por si surgen problemas.

—¿Hay bandidos por estas montañas? —preguntó un australiano con una camiseta que decía *No worries*.

—Ahora no, pero en 1999 la guerrilla del Congo secuestró a unos turistas. Es mejor tomar medidas. Cuando estéis con ellos, recordad que no os podéis acercar a menos de siete metros. Si hay alguien resfriado, se tiene que quedar. Podría contagiar a los gorilas.

Aquella noche, mientras trataba de dormir en mi camastro, soñé con gorilas. O, más bien dicho, visualicé en sueños una divertida canción de Georges Brassens, *Le gorille*, en la que un gorila bien dotado se escapa de su jaula en un pueblo de Francia. Decidido a perder la virginidad, tiene que elegir entre una centenaria y un juez que huyen despavoridos. Al final se decide por el magistrado, al que por su toga confunde con una gorila. La canción termina exhibiendo un humor típico de Brassens: en el momento supremo el juez grita «¡mamá!, ¡mamá!» y llora mucho, «como el hombre al que, aquel mismo día, había hecho que le cortaran la cabeza».

La selva de Bwindi, un antiguo bosque tropical de gran diversidad biológica, se extiende entre los 1.160 y los 2.600 metros de altura, cerca de la región de los Grandes Lagos de África. En ella habitan unas 250 especies de aves y unas 200 de mariposas, además de pequeños mamíferos y once especies de primates, entre los que destacan los chimpancés, los babuinos, los monos de cola blanca... y los gorilas, claro.

Al día siguiente, a primera hora, salimos del centro de recepción del parque. Hacía sol, pero la luz apenas si conseguía entrar en el bosque. Había llovido durante la noche y los jirones de niebla se resistían a desenredarse de los árboles y convertían la selva en un mundo perdido del que salían chillidos de aves exóticas y griterío de monos.

El entorno era bellissimo pero inquietante, como si aquella selva mimada por la niebla escondiera un terrible secreto. Quizás por eso lleva el nombre de «impenetrable» o, como lo llaman los lugareños, *The Dark Place* (el lugar oscuro). Me contaron en Buhoma que hace tiempo una familia quiso atravesar esta selva y se vio frenada por un pantano. Estuvieron allí varios días, hasta que, para poder continuar, tuvieron que sacrificar a su hija. De ahí nació el nombre de Bosque Impenetrable, o de Lugar Oscuro.

Los ocho integrantes del grupo avanzábamos por un sendero en fila india, uno tras otro, abrazados por una densa vegetación. Tras cruzar un torrente, saltando de piedra en piedra, el *ranger* se abrió paso a machetazos cuesta arriba, en medio de un silencio solo roto por el ruido de las ramas desgarradas y la respiración jadeante. Un soldado armado con un AK-47 cerraba la comitiva; el otro iba delante, junto al *ranger*.

El suelo era resbaladizo, la temperatura era de más de treinta grados y el sudor, la humedad y las ramas mojadas no tardaron en dejarnos empapados.

¡Zas! Otro machetazo contundente para cortar una rama y el *ranger* se detuvo, se secó el sudor de la frente con la manga de la camisa y echó la vista atrás para contemplar a los que le seguíamos. En el grupo éramos ocho privilegiados venidos de lejos para ver a los gorilas de montaña: dos australianos, dos canadienses, un maltés, una alemana, Jubi y yo.

—Es raro que no haya japoneses —observó el *ranger*—. Vienen mucho por aquí. Y también holandeses y alemanes. De vez en cuando vienen españoles, pero eres el primer maltés que conozco.

Los exploradores tardaron en llegar a Bwindi, ya que les interesaban más las zonas pobladas y la sabana, donde podían avanzar más deprisa y de paso practicar la caza. Ninguno de los famosos se adentró en el Bosque Impenetrable.

El primer europeo que entró en contacto con los gorilas fue, en 1902, el militar alemán Friedrich Robert von Beringe, que mató a dos en Bwindi. En honor suyo, aquella especie, desconocida hasta entonces, recibió el nombre científico de *Gorilla beringei*.

La cacería de gorilas fue durante años un deporte para grandes aventureros, hasta que el biólogo norteamericano Carl Akeley insistió en que había que conservar la subespecie. En 1925 convenció al Gobierno belga, entonces propietario del Congo, de que creara una reserva en los montes Virunga. Akeley murió un año después, pero su empeño se mantuvo vivo, en especial a partir de los años cincuenta.

George Schaller fue, en 1959, el iniciador de los estudios científicos sobre los gorilas. Schaller es, por cierto, el zoólogo que acompañó a Peter Matthiessen, en 1978, en la expedición al Himalaya que inspiró el excelente libro *El leopardo de las nieves*, relato de un viaje presidido por el budismo zen. Unos años antes, en 1963, Schaller había publicado *The Mountain Gorilla: Ecology and Behavior*, donde escribe: «Nadie que mire a los ojos a un gorila —inteligente, apacible, vulnerable— puede permanecer insensible, ya que la brecha entre el simio y el humano se desvanece. Nos damos cuenta de que el gorila vive todavía entre nosotros: ¿también reconocen los gorilas esta antigua conexión?».

Fue después de leer el libro de Schaller que la zoóloga norteamericana Dian Fossey se interesó por estos animales. Con el apoyo del antropólogo británico Louis Leakey, y con financiación de *National Geographic*, se dedicó a estudiar a los gorilas y en 1967 fundó en Ruhengeri (Ruanda) un centro de investigación sobre estos animales.

La publicación de las fotos de gorilas, realizadas por Bob Campbell en *National Geographic* en 1970, contribuyó a sensibilizar a la opinión pública, y en 1983 el libro de Fossey *Gorilas en la niebla* se convirtió en un éxito que inspiró la película del mismo título estrenada en 1988, dirigida por Michael Apted y protagonizada por Sigourney Weaver.

Fossey convivió trece años con los gorilas, pero no pudo ser testigo del gran éxito de la película, ya que murió asesinada a machetazos, en su cabaña de las montañas de Ruanda, el 26 de diciembre de 1985. Los asesinos fueron, muy probablemente, cazadores furtivos que se oponían a la labor

conservacionista de Fossey, aunque su muerte nunca se ha aclarado. Las últimas palabras escritas por Fossey en su diario fueron: «No dejaré que esta montaña se convierta en un maldito zoo».

La leyenda de Dian Fossey, reforzada gracias a la poderosa maquinaria de Hollywood, se mantiene viva, así como su fundación para preservar a los gorilas.

Mientras caminábamos por la selva, el *walkie-talkie* emitió de repente un gruñido. El *ranger*, a la escucha, sonrió. El rastreador había localizado un grupo de gorilas. Estábamos de suerte, ya que habían transcurrido solo tres horas desde la salida.

El silencio se espesó, hubo un cruce de miradas ilusionadas y el *ranger* nos recordó que teníamos que permanecer en silencio y no hacer movimientos bruscos, que estaba prohibido usar el *flash* y que no podíamos tocar a los gorilas.

Avanzamos en silencio y a paso lento, como si estuviéramos pisando huevos. Poco después, en un claro invadido de grandes helechos, apareció una madre con un par de crías: caminaban sin prisa sobre las cuatro patas hasta que se detuvieron para comer. Lo hacían con gestos casi humanos: arrancaban una rama, se sentaban, la estudiaban atentamente con la mirada, le daban la vuelta y empezaban a comérsela por el lado que se les antojaba más sabroso. Las crías, mientras, jugaban, se revolcaban entre los helechos, se perseguían y nos lanzaban al descubrirnos miradas de sorpresa con unos ojos que parecían de cristal. Todo resultaba muy cercano, inquietantemente humano.

De repente, oímos un ruido de ramas rotas y nuestras miradas se concentraron en el punto en el que se agitaban los helechos. No tardó en aparecer, medio oculto por la vegetación, el macho dominante, un animal enorme, de cerca de metro ochenta de altura y unos 200 kilos de peso, que se movía con andares de jugador de rugby. Tenía una amplia espalda plateada y un rostro de un negro intenso en el que sus ojos marrones brillaban como dos faros que lanzasen lenguas de fuego. Imponía respeto desde el primer momento, pero se limitó, también él, a comer, indiferente a las cámaras que lo «ametrallaban» como si fuera una estrella de cine.

Una tercera parte del tiempo de los gorilas transcurre alimentándose, mientras que otra tercera parte la dedican a dormir en los nidos de ramas que construyen. En el tiempo que resta se desplazan de un lugar a otro. Casi siempre están en el suelo, buscando su alimento preferido: las hojas de bambú, el apio silvestre, el helecho o la caña de azúcar.

Los gorilas se comunican mediante muecas faciales, gestos y gemidos. En las hembras, el embarazo se prolonga ocho meses y medio y el recién nacido no suele abandonar a la madre los primeros seis meses; a los dos años empieza a relacionarse con otras crías y a alimentarse por sí mismo. A diferencia de lo que sucede con otros primates, si la madre muere, el padre puede hacerse cargo de la cría. A partir de los tres años, los gorilas pasan a ser independientes, aunque un 30 % no llega a los seis años.

—Este grupo está formado por quince gorilas de montaña de distintas edades —nos contó el *ranger* en voz baja.

Mientras los observábamos, recordé lo que escribió Schaller y pensé que es cierto: los gorilas nos parecen tan cercanos que casi todo el mundo experimenta al verlos una especie de «sentimiento místico de reconocimiento».

Los *rangers* insisten en que es mejor mantener una distancia prudencial, sobre todo con el *silverback*, el macho dominante. Hace unos años, en Mgahinga, uno de esos machos se enfadó con un turista que, a pesar de las advertencias, le hizo una foto con *flash*. Ante el espanto de los presentes, el animal agarró la cámara de un zarpazo y la destrozó. Por suerte el incidente no fue a más, pero fue un aviso contundente.

Para no abusar de la «hospitalidad» de los gorilas, y para no exponerlos a riesgos innecesarios, las normas de la Ugandan Wildlife Authority son claras: el encuentro se limita a una hora. El tiempo pasa deprisa, hasta el punto de que el comentario más repetido en el libro de visitas del parque es: «¡Otra hora, por favor!». Y es que no nos cansamos de contemplar a los gorilas, de verles jugar y abrirse paso entre la vegetación, subir a los árboles, perseguirse, alimentarse, enfurruñarse, hacer muecas... Se hace extraño ver a nuestros *primos lejanos* en la selva, con unos gestos tan similares a los de los humanos.

Cuando ya estábamos instalados en una especie de confianza mutua, de repente uno de los *silverbacks* pareció ponerse nervioso. Avanzó a grandes zancadas hacia nosotros y apartó de un manotazo a un miembro del grupo.

—No es nada —nos tranquilizó el *ranger*—. Solo está jugando.

¿Jugando? Pues la verdad es que no parecía un juego muy infantil, y más cuando volvió a la carga. Esta vez pasó junto a nosotros y, con un hábil movimiento de culo, mandó a cuatro metros a la mujer alemana, que se quedó llorando en el suelo.

—¿No es mejor que nos vayamos? —le sugerí al *ranger*.

Este sonrió, dando a entender que no pasaba nada, pero poco después dio orden de retirada. Por suerte la alemana estaba bien, pero se había llevado un buen susto.

Abandonamos el bosque impenetrable y regresamos a un camino sinuoso que avanzaba entre tierras fértiles, campos cultivados y plantaciones de plátanos. Tras algo más de una hora de marcha, aparecieron las primeras casas de Buhoma. Volvíamos a la vida normal, lejos del santuario de Bwindi, lejos de los gorilas de montaña.

—Tengo unas buenas fotos —me comentó Jubi, encantado con la experiencia—. Aunque fuera solo por los gorilas, merecía la pena venir a Uganda.

Nos alejamos de Bwindi con un recuerdo imborrable, pero también desconcertados por el encuentro con unos gorilas que nos habían parecido muy próximos. Era un buen momento para volver a recordar las palabras de Schaller: «Al mirarlos, nos damos cuenta de que el gorila vive todavía en nosotros».

LA CALMA DEL LAGO BUNYONYI

Abandonamos el bosque de Bwindi sin ganas. Sabíamos que la visita a los gorilas había sido la culminación del viaje por Uganda y éramos conscientes de que a partir de entonces solo nos quedaban lo que en baloncesto se llaman «los minutos de la basura». En este caso, «los días de la basura».

A la salida de Bwindi, le pedimos a Ahmed que parara cada dos por tres para poder hacer fotos de aquel rincón paradisíaco, como si nos resistiéramos a partir, y nos detuvimos en algunas aldeas para jugar con unos niños que abrían sus ojos asombrados ante los *muzungus*... Estábamos convencidos de que, después de Bwindi, íbamos a peor, pero, al llegar al lago Bunyonyi, África nos mostró una vez más que las sorpresas nunca terminan en este continente.

Bunyonyi es uno de los lagos más bellos de África. Enseguida fuimos conscientes de que habíamos llegado a un escenario maravilloso, un lago volcánico situado a casi dos mil metros de altura, con una profundidad que alcanza los novecientos metros.

Nos embarcamos en una lancha en un recodo del lago, poco antes de llegar a la ciudad de Kabale, y nos regalamos el lujo de navegar por sus tranquilas aguas. La forma de estrella del lago nos permitía, a medida que avanzábamos, ir descubriendo rincones de gran belleza. Sus cerca de treinta islas, las terrazas de cultivos, las verdes montañas, la vegetación tropical, los numerosos pescadores y los mercados abigarrados hacen de Bunyonyi un lugar inolvidable.

En una de las islas más pequeñas del lago Bunyonyi abandonaron, hace muchos años, a una chica de doce años que se había quedado embarazada. Se llamaba Mauda y no sabía nadar. Su padre la hizo subir a una canoa y la dejó allí, en una isla en la que apenas si había más que hierbajos, un árbol seco y muchas aves. Desde entonces la isla recibe el nombre de Akampene, que significa «castigo».

La muchacha permaneció cinco días en la isla, muriéndose de frío y de hambre, pero la familia no tuvo compasión. Al quinto día la recogió un pescador, se la llevó a su casa y la convirtió en su esposa. Lo hizo, según cuentan, porque era pobre y no podía permitirse pagar una dote para una futura esposa.

Ella misma se lo contó, cuando tenía más de cien años, a un periodista británico que publicó la historia en la BBC. Por lo visto, aquella era una costumbre de los viejos tiempos del lago Bunyonyi: abandonar a las niñas que se quedaban embarazadas en la isla del Castigo. Con la llegada de los misioneros europeos, a finales del siglo XIX, se puso punto final a esta terrible tradición.

En otro lugar de Uganda, en el distrito de Rukungiri, a las niñas embarazadas se les infligía un castigo aún mayor: se las lanzaba por las cascadas Kisiizi. Ninguna niña logró sobrevivir a esta salvaje tradición.

Son historias del pasado reciente de Uganda, historias que hoy pueden parecer muy lejanas, pero que se mantienen vivas en la memoria de la gente del lago Bunyonyi.

Desembarcamos al cabo de una hora en un pequeño muelle y subimos por una tortuosa escalera de madera hasta un pequeño *lodge*. Nos instalamos en un *bungalow* con vistas al lago y, después de bebernos una cerveza fría en la terraza, recuperamos la sensación de tumbarnos en una buena cama después de muchos días de no hacerlo.

Cuando al caer la tarde fuimos a comer a pie a un restaurante cercano, Jubi y yo nos cruzamos con un campesino que venía del campo con un machete en la mano. Había poca luz, pero el hombre se detuvo a saludarnos. Nos dio la mano y nos preguntó si estábamos bien, si estaba bien nuestra familia y si

estábamos a gusto en el lago. Respondimos afirmativamente a todo y le preguntamos cómo estaba él y cómo estaba su familia. Después nos separamos con un último apretón de manos.

—Cuando vuelva a Barcelona, se me hará raro que nadie me pare por la calle para saber cómo estoy y cómo está mi familia —comentó riendo Jubi.

Era evidente que ya estaba mentalizado para regresar. Al día siguiente iríamos en coche hasta Entebbe, donde él subiría a un avión con destino a Barcelona y yo a otro que me llevaría a Nairobi, la siguiente etapa de mi largo viaje por África.

Después de cenar, en una agradable terraza sobre el lago, pedimos dos *gin-tonics* para celebrar el final del viaje ugandés. Pensábamos que era una petición normal en un bar, pero el camarero nos dijo que o bien comprábamos toda la botella de ginebra o nos quedábamos sin *gin-tonics*.

—Pero si sólo queremos dos *gin-tonics* —protestamos.

—¿Y quién me asegura a mí que venderé lo que queda de la botella? —nos dijo—. O compráis la botella entera o nada.

—Puedes vender la ginebra que queda a otros clientes —sugirió Jubi.

—Si ven la botella abierta, pensarán que la he rellenado con agua.

Al final compramos la botella entera. ¡Qué remedio! Era mejor no tratar de ir contra la lógica africana.

Al día siguiente nos esperaba una larga carreterada de más de quinientos kilómetros hasta Kampala. Cuando, de camino hacia el norte, llegamos a orillas del lago Victoria, empezaron a prodigarse en el arcén los vendedores de pescado. Junto a ellos había tenderetes de recuerdos, de taburetes artesanales y de lo que fuera. Una carretera es siempre el mejor escaparate en África.

Al llegar a Kampala, fuimos directamente a la oficina del banco que se había tragado mi tarjeta de crédito. En cuanto me vio entrar, el director sonrió y sacó de un cajón mi tarjeta, como si fuera un trofeo.

—Aquí la tiene —me dijo—. ¿Lo ve? No tenía que preocuparse de nada.

Se lo agradecí con un fuerte apretón de manos. Con la tarjeta en la mano, volvía a ser un *muzungu* como está mandado.

Poco después llegábamos a Entebbe con tiempo de sobra, varias horas antes de que salieran nuestros respectivos vuelos. En vez de encerrarnos en el aeropuerto, fuimos a esperar con Ahmed a un bar junto al lago Victoria. La puesta de sol resaltaba la belleza de aquellas aguas que fascinaron a los exploradores del siglo XIX.

—Hoy invito yo —le dije a Jubi—, siempre que acepten mi tarjeta.

Pedimos un par de cervezas Nile Special y no hubo ningún problema: mi tarjeta funcionaba. Todo volvía a la normalidad. Sin embargo, ambos sabíamos que nunca lograríamos acostumbrarnos del todo a la belleza desbordante de África.

Nos despedimos con abrazos efusivos de Ahmed, que había sido un excelente conductor y compañero de viaje, y entramos con Jubi en el aeropuerto de Entebbe.

—¡Qué suerte tienes, que te vas a Kenia! —me dijo tras facturar su equipaje—. Aún te quedan unos cuantos días de África.

—¿Por qué no te vienes? —le propuse.

—Ya me gustaría, pero me espera en Barcelona el dichoso trabajo.

Pude leer en la mirada de Jubi la tristeza de abandonar Uganda. Conocía aquel sentimiento. Después de viajar un tiempo por África sabes que en cuanto llegues a tu país te convertirás en un inadaptado..., por lo menos durante unos días, hasta que consigas conectar de nuevo con la manera europea de entender la vida, con la extraña visión del mundo que tienen los *muzungus*.

CUARTA PARTE

KENIA

EL NACIMIENTO DE NAIROBI

La primera vez que viajé a Nairobi me fascinó el olor de África. Había aterrizado de madrugada y lo primero que sentí, al bajar la escalerilla del avión, fue el calor y la humedad del trópico. Fue como si alguien me golpeará en la cara y me dijera: pon los sentidos alerta que lo que verás a partir de ahora tiene poco que ver con Europa. A continuación fui pasando como un sonámbulo los lentos controles de seguridad hasta desembocar en un *hall* mal iluminado en el que tuve la impresión de que cientos de keniatas pugnaban por hacerse con mis servicios. Me miraban con los ojos muy abiertos, ofreciéndome un taxi, un hotel o lo que fuera. Estaba claro que veían en mí, un *mzungu* solo y despistado, la oportunidad de ganar unos cuantos dólares.

Al salir del aeropuerto me asaltó un intenso olor en el que se mezclaban los efluvios de la fruta madura con los del carbón mal quemado, el polen exótico y los desperdicios amontonados. Era un olor entre dulzón y áspero que me dejó claro que África olía diferente. Y me gustó que fuera así.

En mis últimos viajes, sin embargo, el olor había dejado de llamarme la atención. Quizás porque ya no era una sorpresa, o porque con el tiempo los aeropuertos se han convertido en espacios asépticos en los que se imponen olores enlatados *made in Europe*. Ahora, en cuanto salgo del aeropuerto de Nairobi, son los marabús instalados en las copas de los árboles los que me dan la bienvenida a África. Cada vez que los veo, cerca del Estadio Nacional, recuerdo que Graham Greene escribió que estos pajarracos desgarbados tienen aspecto de paraguas desvencijados.

La gente que camina por los márgenes de la carretera, los motoristas que driblan atascos, los numerosos vendedores ambulantes, los colores vivos con que están pintadas las tiendas, los muebles expuestos en aceras deconstruidas, los excesivos anuncios de telefonía móvil y la negritud de los rostros me confirman que estoy en África.

Siempre que voy a Nairobi procuro dejarme caer por el Hotel Stanley, situado en una de las calles más concurridas del centro de la capital de Kenia. Allí siento que todavía palpita una África cargada de historias de pioneros como las que cuenta la baronesa Karen Blixen, con el seudónimo Isak Dinesen, en el delicioso libro *Memorias de África*.

Hay quien asegura que por este hotel, fundado en 1902, vagan todavía los fantasmas de los exploradores. Cuentan incluso que los clientes más afortunados ven en ocasiones alterado su sueño por el fantasma de Henry Stanley, aunque la verdad es que Stanley, fallecido en 1904, nunca se hospedó en este hotel. Pero, en fin, ya se sabe que los espíritus se mueven por una lógica líquida, difusa.

Para comprender lo que significa el Stanley hay que retroceder a 1898, cuando en tiempos de la longeva reina Victoria los británicos convirtieron Kenia en una colonia de su imperio. Tan solo un año después, en 1899, nacía Nairobi en una zona pantanosa en el límite entre las tierras tradicionales de los masáis y de los kikuyus, dos de las principales etnias del país.

El nacimiento de Nairobi fue, de hecho, una consecuencia del trazado del Lunatic Express, el ferrocarril que une Mombasa, en la costa, con el lago Victoria. Nairobi era la última estación antes de que el tren abordara las Tierras Altas y por eso se consideró que era un buen lugar para ubicar un gran almacén de material. A partir de aquí, alrededor de la estación y del almacén fue naciendo una improvisada población que se beneficiaba del hecho de estar a 1.680 metros de altura, allí donde no abundan los mosquitos y se reduce, por tanto, la posibilidad de contraer la malaria.

La historia colonial de Kenia se inició con la llegada de misioneros alemanes a Mombasa, hacia 1840. Fueron ellos quienes montaron las primeras expediciones para explorar el interior desconocido, y los que descubrieron

para los europeos el Kilimanjaro, el techo de África con sus 5.895 metros.

En 1885, la Conferencia de Berlín estableció que las tierras donde ahora se encuentran Kenia y Uganda eran «zona de influencia» británica. La actual Tanzania, en cambio, era de dominio alemán. Un año después, el millonario escocés William Mackinnon, que buscaba hacer negocios en la zona de los Grandes Lagos, empezó a extender la influencia británica en la región por medio de la British East Africa Association, que se convertiría después en la Imperial British East Africa Company. Entre sus objetivos figuraba acabar con el tráfico de esclavos, luchar contra los traficantes árabes e impulsar el libre comercio.

En 1895 Gran Bretaña creó el Protectorado de África Oriental. El primer grupo de colonos, procedentes de Gran Bretaña, Canadá, Australia y Sudáfrica, llegó a Kenia en 1903. Desembarcaron en Mombasa y se dirigieron a las Tierras Altas, donde se instalaron en un desorden de tiendas y chozas cerca de la estación de Nairobi.

Tal como sucedió en el Far West, Nairobi creció de un modo acelerado y sin planificación, y no tardó en convertirse en una ciudad en la que surgieron hoteles como el Stanley. Todo en aquellos inicios era improvisado y cochambroso, como corresponde a unos desorganizados pioneros blancos que acudían a lo que creían que era la tierra prometida. Sir Charles Eliot, comisionado de Su Majestad para África Oriental entre 1901 y 1904, escribió: «Hasta ahora, la ciudad consiste en un semicírculo de *bungalows* sobre unas lomas bajas y una gran estación de tren, casas para los trabajadores, unas pocas tiendas europeas y un bazar indio. Las casas son de lata, con lo que parece un campamento minero del Oeste norteamericano».

El militar británico Richard Meinertzhagen escribió en *Diario de Kenia* que en 1902 el único comercio que había en Nairobi era una cabaña que vendía «desde cartuchos a ocho peniques y cerveza a cinco chelines la botella hasta sardinas, jamón, comida enlatada, parafina, etc.». Y añadía: «Aquí el único hotel existente es una chabola de madera y hojalata conocida unas veces como Hotel Wood's y otras como Hotel Victoria».

Este hotel, situado por entonces en Victoria Street, evolucionó hasta convertirse primero en el Stanley, en homenaje al explorador, y después, cuando se amplió, en el New Stanley.

Sobre la vida en aquellos primeros años, escribe Meinertzhagen: «Casi todos los hombres en Nairobi son oficiales ferroviarios. Todos tienen chicas nativas, generalmente masáis, y hay un comercio regular de mujeres en las aldeas de la zona. Si un hombre se cansa de su chica, va al poblado (*manyatta*) y compra otra, o en algunos casos hasta tres. Mis colegas oficiales no son una excepción».

En 1905, visto el auge que iba adquiriendo la nueva ciudad, la capitalidad de Kenia se trasladó de Mombasa a Nairobi.

Las fotos antiguas expuestas en los salones del Stanley recuerdan el esplendor de aquellos años, pero la fama del hotel viene simbolizada sobre todo por el árbol que preside el Thorn Tree Cafe, una cafetería al aire libre que da a la calle. Durante muchos años la acacia espinosa que le da nombre ejerció de tablón de anuncios para los viajeros de África Oriental, cuando la aventura en estado puro todavía era posible.

En las grietas del tronco dejaban los exploradores papeles doblados con un mensaje, seguros de que tarde o temprano pasaría por allí su destinatario. Era un sistema mucho más lento y rudimentario que Correos, el telégrafo, el teléfono o internet, pero envuelto en un halo romántico. Además, podía ser incluso más eficaz si tenemos en cuenta que el cable del telégrafo era a menudo robado por los indígenas para construirse adornos, o destruido por monos y jirafas.

La acacia original del café murió en 1961, probablemente de una indigestión de ambiente urbano. Fue sustituida por otra que, a su vez, también pasó a mejor vida.

—El árbol actual es el tercero y data de 1997 —me contó Frank, un amigo inglés que lleva años viviendo en Kenia—. A sus pies enterraron una cápsula que no se abrirá hasta 2038 con una pequeña historia del hotel y una lista de las personalidades que se alojaron en él.

—¿De qué personalidades estamos hablando?

Frank suspiró y tomó impulso para recitar la lista: la reina Isabel, el príncipe de Gales, Winston Churchill, Ernest Hemingway...

—Un buen elenco —comenté.

—Más adelante se alojaron en el Stanley actores de Hollywood, como Ava Gardner, Ingrid Bergman, Grace Kelly, Gregory Peck, Sean Connery, Michael Caine, Frank Sinatra, Clark Gable...

Por lo visto, acorde con el signo de los tiempos, las estrellas de Hollywood tomaron el relevo de nobles expatriados, exploradores, políticos, escritores y *royals*.

Un vistazo a la acacia me bastó para confirmar mi suposición de que el pobre árbol debía de estar estresado lejos de la sabana, y más si tenemos en cuenta que lo habían rodeado de unos paneles en los que los turistas dejan mensajes con frases tan ingeniosas como: «Yo estuve aquí», o «Tiembra, Stanley, que he llegado yo». Para rematarlo, se hacen una *selfie* con una sonrisa forzada y con la acacia al fondo.

Para terminar mi visita de iniciación al viejo Nairobi me dirigí a la Biblioteca McMillan, llamada así por el mecenas norteamericano William Northrup McMillan, que llegó a África en 1901 para participar en un safari. Enamorado de Kenia y de la caza, compró noventa kilómetros cuadrados de tierras al noroeste de Nairobi y fundó el Juja Ranch, donde vivió con su esposa Lucie hasta 1925. Para tener todas las comodidades, y dejando claro que había colonos de primera y de segunda, se hizo enviar desde Londres un barco cargado con material para construir varios bungalós y almacenes, una pequeña central eléctrica, una torre de agua, establos y una planta de hielo.

McMillan se dedicó durante muchos años a cazar y a organizar safaris. En 1910 se convirtió en anfitrión de Theodore Roosevelt, el expresidente de Estados Unidos que realizó un viaje por África, a lo largo de quince meses, en el que cazó nada menos que 10.400 animales, en teoría para entregarlos disecados a los museos norteamericanos. En 1931, seis años después de la muerte de McMillan, su viuda donó el dinero necesario para construir la gran biblioteca que lleva su nombre en Nairobi.

La fachada de la McMillan impone por su amplia escalinata, las columnas clásicas y los leones de piedra que escoltan la entrada. El interior, sin embargo, decepciona, o decepcionaba cuando estuve allí por última vez. La dejadez, las goteras y los muebles envejecidos contrastaban con la seriedad

de los muchachos que estudiaban en silencio, debajo de dos grandes colmillos de elefante y de los retratos de unos mecenas muy serios. En el piso superior, una piel de león tendida en el suelo, ajada y llena de polillas, era el mejor testigo del paso del tiempo.

Para reconciliarme con la Biblioteca McMillan recordé lo que escribió Karen Blixen en *Memorias de África*: cuando se marchó definitivamente de Kenia, en 1931, vendió los muebles que se había traído de Dinamarca a Lucie McMillan, que los quería para la biblioteca. «Me gustó saber que los alegres, sabios y hospitalarios arcones y gabinetes iban a permanecer juntos», escribe, «en medio de libros y de estudiosos, como un pequeño círculo de señores que en tiempos revolucionarios encuentran asilo en la Universidad.»

Cuando pregunté en la biblioteca, sin embargo, nadie supo decirme cuáles eran los muebles que habían pertenecido a la baronesa. Es más, me dio la impresión de que nadie tenía ni idea de que la autora de *Memorias de África* estuviera relacionada de algún modo con aquella institución cultural.

EL LUNATIC EXPRESS

En mi primera visita a Kenia, hace más de veinte años, hice un largo viaje en el Lunatic Express. Estaba recorriendo la costa del Índico en plan mochilero cuando, al llegar a Mombasa, pensé que el ferrocarril podía ser una forma agradable de viajar a Nairobi. Confieso que me empujaba en parte la mitomanía —¿cómo iba a resistirme a subir a un tren llamado Lunatic Express?— y en parte mi devoción por los trenes antiguos. Me gustan su ritmo lento, los silbidos y bufidos que van soltando, las largas paradas que hacen en las estaciones, la oportunidad que te ofrecen de mirar por la ventanilla cómo desfila el paisaje y la sensación de que pertenecen a una época pretérita.

No puedo decir que la experiencia con el Lunatic Express fuera placentera, ya que el convoy salió de la estación de Mombasa con cinco horas de retraso y tardó más de veinte en llegar a Nairobi. Si quería *slow travel*, desde luego, no podía quejarme: además, ya se sabe que en África el paso del tiempo no tiene nada que ver con el de Europa. Por otra parte, aquel tren tampoco se caracterizaba por su comodidad y las paradas en las estaciones se hacían eternas. Sea como sea, aquel viaje me permitió sentir el peso de la historia colonial de África y revivir historias de los viejos tiempos, como la de los leones que en 1898 mataron en Tsavo a más de treinta trabajadores del ferrocarril en construcción.

Sir Charles Eliot, administrador colonial de la primera época de Kenia, resumió en pocas palabras la importancia histórica de este tren: «Es poco común que un país cree un ferrocarril, pero aún es menos común que un tren cree un país».

Al ferrocarril que se adentra en el corazón del continente africano le pusieron el nombre oficial de Uganda Railway, pero los medios de comunicación británicos no tardaron en llamarlo Lunatic Express, ya que se movía por un territorio poco conocido y no estaban claros los beneficios que conllevaría. Las obras se iniciaron en 1896 y terminaron cinco años después. Por el camino quedaron muchas dificultades, más de dos mil muertos y un recorrido de 931 kilómetros, con 43 estaciones y 1.280 puentes.

En el tendido de la vía trabajaron más de dos mil peones llegados de la India, además de albañiles, herreros, carpinteros y supervisores también asiáticos. A todo ello hay que sumar la intendencia necesaria, lo que implicaba desplazar grandes cantidades de alimentos y de agua, además de campamentos para los trabajadores.

Lo que pretendía Gran Bretaña con aquel tren era dotar a la colonia de un transporte vertebrador que facilitara el acceso de los colonos a las tierras del interior de África. Para ello puso en marcha una campaña que invitaba a los ciudadanos del Imperio a instalarse en las tierras de Kenia, donde el Land Office asignaba parcelas a los recién llegados. Pasada la época incierta de la exploración, el tren abrió las puertas a la colonización de África.

Construir el Lunatic Express no fue fácil. Algunas tribus se opusieron de entrada a la llegada de aquel monstruo. En 1895, por ejemplo, guerreros masáis atacaron una caravana en Kedong y mataron a unos quinientos trabajadores en represalia por la violación de dos de sus muchachas. En noviembre de 1896, por otra parte, los trabajos tuvieron que suspenderse por una inundación y un año después vino otro parón porque quinientos peones enfermaron de malaria, disentería o fiebres tropicales. En 1898, por último, los trabajos se interrumpieron varios meses, cerca del río Tsavo, por los ataques de unos leones que mataron a veintiocho peones indios y a un número sin determinar de africanos.

El coronel ingeniero John Henry Patterson, que llegó a Kenia para dirigir la construcción de un puente sobre el río Tsavo, contó minuciosamente el ataque de los leones en un libro publicado en 1907, *Los devoradores de hombres de Tsavo*. En él narra cómo, a partir de marzo de 1898, los leones empezaron a atacar de noche los campamentos de trabajadores. Cundió el pánico y Patterson colocó varias trampas y esperó a los leones oculto en lo

alto de un árbol, pero en los primeros meses no obtuvo ningún resultado. No fue hasta diciembre de aquel año que logró abatir a dos leones. Las pieles de ambos se convirtieron en alfombras y decoraron, durante cerca de veinte años, la casa de Patterson, hasta que fueron vendidas al Museo Field de Chicago, que desde 1924 expone a los dos leones disecados.

De las historias que cuenta Patterson es particularmente trágica la del león de Kima, que en junio de 1900 consiguió entrar en un vagón de tren, aparcado en una vía de servicio, y se llevó a Charles Ryall, un superintendente que había llegado precisamente para matarlo. No se sabe cómo, pero el animal logró entrar en el vagón, sorprendió a Ryall mientras dormía y saltó por la ventana con la víctima en sus fauces. Los restos de Ryall fueron encontrados al día siguiente a un kilómetro de distancia. «Me agrada poder añadir», escribe Patterson, «que muy poco tiempo después esa terrible fiera fue atrapada en una ingeniosa trampa construida por un miembro de la plantilla del ferrocarril. Se le tuvo expuesto durante varios días y luego se le disparó un tiro.»

Otro suceso trágico fue el de un león que penetró, cerca de Voi, en la tienda donde dormía la familia de un ingeniero del ferrocarril llamado O'Hara. Mientras la esposa y los dos hijos del ingeniero dormían profundamente, el león agarró al ingeniero por la cabeza con sus poderosas mandíbulas y lo arrastró fuera de la tienda. Cuando la esposa se despertó, salió de la tienda y vio cómo el león, que ya había dado muerte a su marido, se preparaba para saltar sobre ella. El disparo de un *askari* evitó su muerte.

La compañía ofreció una recompensa de cien libras por cada león muerto. Mataron en total a doce, pero el último tardó en caer.

El cazador escocés John Hunter cuenta en sus memorias, *El cazador blanco*, que cuando llegó a Kenia en 1908 para trabajar en una granja, le asombró la gran cantidad de fauna que se veía desde el tren que le llevó de Mombasa a la capital. Pocos años después, tuvo la suerte de encontrar un empleo como revisor del Lunatic Express. Él mismo lo cuenta así: «Descubrí que aquel empleo de revisor me ofrecía una gran oportunidad para dedicarme a la caza. A menudo veíamos leones junto a la vía férrea y a primeras horas de la mañana y al atardecer era casi seguro encontrarnos con algún leopardo. Yo

llevaba mi viejo Mauser en el cajón donde guardábamos nuestra comida, y cada vez que pasábamos junto a un hermoso ejemplar, me asomaba a la ventanilla y lo abatía».

Para hacerse una idea del lento circular del Lunatic Express, añade Hunter: «La gente no tenía mucha prisa en aquellos días, y los maquinistas eran muy complacientes. El que conducía nuestro tren era un buen muchacho y, como podía ver la vía mucho mejor que yo, me señalaba la presencia de caza por medio del silbato de la locomotora. Tres silbidos significaban un leopardo, y dos, un león. Cuando solo daba un silbido, eso quería decir que se trataba de recoger a un pasajero».

Hunter recordaba especialmente un día en el que el maquinista soltó una serie prolongada de silbidos. Cuando miró por la ventanilla, vio una manada de elefantes muy cerca del tren. Hunter no lo dudó: cogió su rifle y saltó del vagón. El maquinista le rogó que no disparara, ya que podría provocar una estampida, pero el escocés disparó contra uno de los elefantes. «Al instante siguiente», escribe, «el infierno se desencadenó. Los elefantes corrían en todas direcciones, berreando y trompeteando. El suelo temblaba bajo nuestros pies y algunos de los paquidermos pasaron tan cerca que podría haberlos tocado con el extremo de una caña de pescar. Cuando la polvareda se hubo aclarado, vi que el maquinista estaba rezando de rodillas.»

Eran las emociones del viejo Lunatic Express.

En mi último viaje a Nairobi opté por ahorrarme un viaje en el Lunatic Express y me contenté con visitar la vieja estación de Nairobi y el Museo del Ferrocarril. La estación conserva todavía cierto encanto, pero fue en el Museo del Ferrocarril donde disfruté viendo locomotoras y vagones jubilados hace tiempo. La locomotora más fotografiada era la que se utilizó para la película *Memorias de África*; el vagón de más éxito, el que fue asaltado por el león que se llevó por la ventana al pobre mister Ryall.

En el interior del museo hay un sinfín de objetos que ayudan a recrear la imagen del viejo tren: maquetas, vajilla, fotos y mapas antiguos, relojes, máquinas de escribir, uniformes y la bicicleta sobre raíles que utilizaban los

inspectores. Lo que más me llamó la atención fue el asiento que se ajustaba delante de la locomotora para poder cazar desde el tren en marcha.

En sus primeros años, el Lunatic Express no tenía horario y cualquier cazador podía detenerlo entre dos estaciones para cargar colmillos de elefantes o pieles de leones, tal como puede verse en la película *Memorias de África*.

Lo de no tener horario seguía siendo vigente muchos años después en aquel viejo tren que llegaba a tardar 24 horas en recorrer los 470 kilómetros que separan Mombasa de Nairobi. Sin embargo, en mayo de 2017, poco después de mi última visita a Nairobi, el Lunatic Express sufrió una humillación histórica cuando se inauguró un tren rápido de lujo, construido por ingenieros chinos (cómo no), que rebajó el tiempo entre Mombasa y Nairobi a solo cuatro horas y media. La nueva línea supuso una modernización para Kenia, al tiempo que confirmó la decisión de China de convertirse en el principal constructor de infraestructuras de África a cambio de quedarse con los ricos recursos del continente.

Es el colonialismo de nuevo cuño.

THIKA Y LOS PRIMEROS COLONOS

Quise ir a Thika, una ciudad situada a unos cuarenta kilómetros de Nairobi, porque había leído *Los flamboyanes de Thika*, un libro en el que la inglesa Elspeth Huxley relata sus memorias de infancia, cuando a la edad de seis años, en 1913, llegó con su madre a esta zona de Kenia para vivir en una granja. «Thika, en aquellos tiempos», escribe Huxley, «era un campamento predilecto para la caza mayor. Más allá solo existían monte y llanuras.»

Advierto a los lectores, para que no se lleven una desilusión, que la Thika de hoy tiene muy poco que ver con la que describe Huxley. De entrada, una autopista de varios carriles la comunica con Nairobi, cuando en tiempos de la autora había que ir en una carreta tirada por bueyes que tardaba dos días. Por otro lado, me perdí por las calles de Thika, una ciudad de 150.000 habitantes, y solo cuando logré llegar al Blue Post Hotel supe que estaba en el buen camino.

Cuando Huxley llegó por primera vez a Thika, confiaba en que su padre, que se había adelantado al resto de la familia, ya habría construido la casa en la que vivirían, pero todo iba muy lento. La buena noticia fue que, en aquellos tiempos, en 1913, acababa de abrir un hotel cerca de una cascada: el Blue Post, que «constaba de una cabaña baja con el techo de paja y unos postes azules en la veranda que daban nombre al lugar».

El propietario era un tal capitán Ward, que, según Huxley, «era un hombre enjuto de aspecto militar y porte elegante, con la cabeza calva y bigote, que tenía la desgracia de ser más sordo que una tapia».

Cuando llegué al hotel, en las afueras de Thika, comprobé que solo un ala conservaba todavía el techo de paja y los postes azules que le dan nombre. El resto respondía a criterios más modernos. Contaba además con un amplio jardín que daba a la cascada que Huxley cita en su libro.

—Sí, señor, este es el hotel de la señora Huxley —me confirmó David, un antiguo empleado del Blue Posts—. Ha cambiado mucho, pero en los primeros tiempos los colonos solían atar sus caballos a los postes azules y entraban al bar para beber con los granjeros vecinos.

—¿Y qué es lo que queda del hotel original?

—El capitán Ward lo vendió al señor Edward Sargent años después. Este construyó más habitaciones, como también han hecho los propietarios actuales, unos ciudadanos keniatas, pero el espíritu del hotel sigue siendo el mismo. La cabaña original es ahora el bar.

Me tomé una cerveza y un par de samosas en el bar, pero me costó reconocer el viejo hotel que describe Elspeth Huxley, quizás porque en la mesa contigua unas adolescentes no dejaban de jugar con sus teléfonos móviles. Sus risas desbocadas tenían poco que ver con el rudo ambiente de los primeros colonos.

Cuando salí a pasear por el jardín, sin embargo, la visión de las cascadas Chania me devolvió a los viejos tiempos de los pioneros, cuando el padre de Elspeth Huxley se entusiasmó al encontrar aquella tierra tan fértil. Lástima que la suciedad del agua avisaba que habían pasado muchos años.

Según cuenta Huxley, en el recorrido final hasta las tierras que su padre había comprado en Thika no había camino para las carretas, por lo que tuvieron que desempaquetar el equipaje y embutirlo en fardos que los portadores cargaron en la cabeza. La pieza más pesada era una bañera de hojalata, que aún pesó más cuando pusieron en su interior una máquina de coser y un gramófono.

Al parecer, alguien había recomendado al padre llevar un gramófono como «una buena manera de romper el hielo con los indígenas, ya que la música les atraía como la luz a los insectos». Los kikuyus de los alrededores, sin embargo, quedaron más intrigados con la luz que desprendía un farol de keroseno, que pensaron que era un fragmento de estrella caído del cielo.

El padre de Elspeth Huxley le compró las doscientas hectáreas de tierra en la que pensaba instalar su granja a un intermediario en el Hotel Norfolk de Nairobi. Este hotel, construido en 1904 en un falso estilo Tudor, era entonces el centro social de los primeros colonos, que allí se sentían como en la mismísima Inglaterra.

Entre los primeros colonos de Kenia, aparte de emigrantes con pocos recursos en busca de fortuna, había algunos nobles y millonarios ingleses que compraron tierras en África para dedicarse a la caza y hacerse aún más ricos como granjeros. Tanto había que al Hotel Norfolk le apodaban «la Cámara de los Lores». El gran acontecimiento para estos colonos eran las carreras de caballos, aunque a veces se tenían que interrumpir por invasión de la pista.

«Para demostrar lo salvajes que son estas latitudes», escribió Meinertzhagen en 1902, «el mes pasado un elefante atravesó el jardín del subcomisionado en Nairobi y arrancó de cuajo varios arbustos crotones recién plantados. Las últimas carreras de caballos que celebramos fueron interrumpidas por un rinoceronte furioso, que obstruyó el recorrido durante más de una hora. Y el pasado mes de agosto una cebra parió un potro en nuestra plaza de armas y a la noche siguiente un león mató otra cebra a unos noventa metros del comedor de oficiales.»

Como puede verse, los colonos no tenían tiempo de aburrirse. Meinertzhagen termina así: «Los búfalos se congregan en un pantano a solo tres kilómetros de Nairobi, y a menudo se divisan leopardos en los acantonamientos».

Lord Delamere, el primer líder de los colonos, era un personaje original que llegó a Kenia a pie desde el norte. Aficionado a la caza, a los diecisiete años heredó el título de barón y una gran propiedad en el condado de Cheshire. En 1891, a los veintiún años, viajó por primera vez a África para matar leones en Somalia. La experiencia le encantó y regresó allí cada año. En 1894 le atacó un león, pero le salvó la valentía de su ayudante somalí, que se lanzó sobre el animal y dio tiempo al lord a matarlo con su fusil.

En 1896, Lord Delamere montó una expedición desde Somalia, con doscientos camellos y numerosos porteadores, para viajar a Kenia por el desierto. Al cabo de once meses llegó a las Tierras Altas, que le cautivaron. Regresó a Inglaterra para casarse, pero en 1902 su luna de miel, de siete meses de duración, ya tuvo por escenario Kenia.

Un año después, decidido a establecerse en las Tierras Altas, Lord Delamere compró cuatrocientos kilómetros cuadrados al norte de Nairobi. Construyó una granja a la que llamó Equator Ranch, ya que estaba muy cerca de la línea imaginaria del Ecuador, e hizo rodear el rancho de 1.600 kilómetros de alambre de espino. Una de las aficiones preferidas de Lord Delamere era seguir a caballo al tren cuando pasaba por sus tierras, a lo largo de una veintena de kilómetros.

Delamere, por cierto, era un líder político racista que consideraba a los negros «una raza inferior» y reivindicaba África para los blancos.

¿Por qué emigraban a Kenia los nobles británicos? Pues porque se sentían atraídos por los grandes espacios y por la abundante fauna salvaje, por una naturaleza virgen en que casi todos los sueños eran posibles. Karen Blixen lo resumió así: «Prefieren la vida africana a la vida en su país, prefieren montar a caballo a conducir un coche, prefieren hacer una hoguera en el campo a encender una calefacción central. Lo mismo que yo, todos quieren dejar sus huesos en la tierra de África». Denys Finch Hatton, el cazador que fue amante de Karen Blixen, lo simplificó con estas palabras: «Inglaterra es demasiado pequeña. Además, aquí, en África, soy alguien».

El calor tropical, las enfermedades, las plagas y una naturaleza que podía ser hostil no tardaron en hacer ver a los colonos que aquella no era una tierra fácil. Tenían, eso sí, mano de obra barata, los mismos kikuyus a quienes arrebataron sus tierras.

Los ricos británicos no tardaron en concentrarse en la zona de Happy Valley, muy cerca de Nairobi, entre hermosas colinas verdes y tierras fértiles. Allí vivían como si estuvieran en la campiña inglesa, con entonados clubs privados, caballos de raza y elegantes recepciones. Su club por excelencia era

el Muthaiga, que seguía el modelo de un club británico, con un gran salón, bar, restaurante y habitaciones para los socios. Y campos de golf y de polo, por supuesto.

El Muthaiga lo fundó un aristócrata anglo-irlandés que, según Karen Blixen, solía beberse una botella de *champagne* cada día a las 11 de la mañana. No es descartable que esta costumbre contribuyera a que muriera de un infarto a los 43 años. Le sucedió como presidente del club su cuñado, Lord Delamere, de quien se cuenta que entraba a caballo en el salón, como si estuviera en el Far West.

En aquella alta sociedad alejada de Londres abundaban el alcohol, la cocaína y la morfina, y el adulterio era casi norma. Denys Finch Hatton, que había estudiado en Eton y era de familia noble, fue uno de los habitantes de Happy Valley, junto con una selecta colección de lords y *ladies* que habían hecho de aquella parte de África el escenario de su vida desenfadada. Sin embargo, el asesinato en 1941 de Josslyn Hay, vigesimosegundo conde de Erroll, fue un golpe terrible para esta sociedad feliz, tal como lo cuenta James Fox en *White Mischief*, un interesante libro traducido al castellano con el título *Pasiones en Kenia*.

Lord Erroll, un mujeriego con veleidades fascistas, fue tiroteado en su coche cerca de Nairobi. Se acusó del crimen a otro británico, Delves Broughton, de 56 años, cuya mujer, Diana, de 26, mantenía relaciones con el difunto lord, pero en el juicio no pudo probarse su culpabilidad. De todos modos, aquel asesinato sacudió los cimientos de la sociedad blanca de Nairobi y supuso la pérdida de la inocencia de aquella élite colonial. La Segunda Guerra Mundial certificó el fin definitivo de aquella *belle époque* africana.

Para hacernos una idea de las fiestas que daban aquellos *happy few*, hay constancia de que en 1926, en el transcurso de una cena para doscientos cincuenta invitados en casa de Lord Delamere, se consumieron setecientas botellas de *champagne*. No hay noticias de la ginebra ingerida, pero, conociendo a los británicos, es muy probable que también batieran algún récord de consumo.

Con el tiempo, el número de colonos fue creciendo en Kenia, y hasta hubo un intento, antes de la Primera Guerra Mundial, de enviar a los judíos de Europa a África Oriental. El racista Delamere fue de los primeros en protestar. «¿Para esto construimos un tren tan caro y para eso gastamos grandes sumas de dinero en este país?», escribió a *The Times*. «¿Acaso no tenemos colonos de nuestra propia raza?»

En una votación en el año 1903, en un congreso sionista en Basilea, los presentes aprobaron la opción de instalarse en una Tierra Prometida en África Oriental, donde podrían empezar una nueva vida. En 1905, una comisión sionista llegó a Mombasa para examinar el terreno. Un grupo de colonos malintencionados los llevaron a una región de las Tierras Altas donde tuvieron que hacer largas caminatas bajo el sol y acampar cerca de una manada de elefantes. Al día siguiente, un grupo de guerreros masáis, armados con lanzas, les acosó. Ante este panorama, a su regreso a Europa la comisión desestimó la propuesta de convertir África Oriental en la Tierra Prometida de los judíos.

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, los colonos británicos de África Oriental, con Lord Delamere al frente, acudieron a defender a Gran Bretaña frente a las tropas alemanas desplazadas a África Oriental.

Fui a visitar el Hotel Norfolk cuando regresé a Nairobi desde Thika. Tenía ganas de ver lo que había sido «la Cámara de los Lores» de Kenia a principios del siglo XX. Me tomé una cerveza en un bar de ambiente colonial, pero la visión del *hall*, lleno de maletas y de grupos de turistas que no tenían nada que ver con los colonos de antaño, me hizo comprender que los tiempos del glamur ya quedaban atrás.

El Muthaiga Club, no muy lejos del centro, me permitió evocar mejor el África blanca de los tiempos de Lord Delamere. Quizás porque su campo de golf le otorga pedigrí, o porque no ha cambiado tanto como el Norfolk. Por otra parte, para confirmar su vocación elitista, el Muthaiga tiene prohibida la entrada a los no socios.

UN BARRIO LLAMADO KAREN

Hay en Nairobi un barrio llamado Karen. Es por Karen Blixen, claro, la escritora danesa que firmaba sus libros como Isak Dinesen y que publicó en inglés un excelente libro, *Memorias de África*, que evoca como ningún otro el África colonial. Entre los muchos admiradores de Karen Blixen estaba el norteamericano Ernest Hemingway, otro enamorado de África. Cuando en 1954 le dieron el Premio Nobel de Literatura, llegó a declarar que ella se lo merecía mucho más.

El barrio de Karen, al suroeste de la capital, se extiende por las tierras en las que Karen Blixen tenía su plantación de café. Un promotor inmobiliario compró la granja en 1931, cuando la escritora regresó a Dinamarca, y la dividió en parcelas en las que ahora se levantan mansiones rodeadas de jardines y altos muros, edificios oficiales, embajadas, escuelas elitistas, congregaciones religiosas, centros comerciales y hasta un club de golf.

—Aquí viven los blancos más ricos —me comentó un taxista llamado Joe, un joven alto y desgarbado de risa fácil—. Lo llamamos *Whiteland*. Y a los que viven aquí los conocemos como los *cowboys*, ya que viven aislados en sus granjas, rodeados de altos muros.

Los 4x4 de alta gama y los Mercedes con cristales tintados acreditan que Karen es un barrio de elevado nivel de vida. No sé qué pensaría Karen Blixen si lo viera hoy, pero supongo que tampoco le importaría demasiado. Al fin y al cabo, ella se marchó hace muchos años de Kenia y está enterrada en Dinamarca. El África que conoció ya no tiene nada que ver con la actual, y la nostalgia que tenía se la curó de sobra escribiendo *Memorias de África*.

Karen Blixen, nacida en Dinamarca en 1885, viajó por primera vez a África a finales de 1913. Tenía veintiocho años cuando llegó en barco al puerto de Mombasa. En enero de 1914, tal como habían acordado un año antes, se casó con un primo segundo, el barón sueco Bror von Blixen-Finecke. Ambos habían decidido probar fortuna lejos de Dinamarca y, más concretamente, en África. Convertida en baronesa, Karen montó con su esposo una granja en las tierras altas de Kenia, cerca del lago Victoria.

«¡Aquí, por fin, estaba en posición de no tener que preocuparme en absoluto de las convenciones!», escribió Karen. «¡Aquí había una nueva clase de libertad que hasta entonces solo había encontrado en los sueños!»

Cuando fracasó este primer proyecto, en 1916 el barón compró una segunda granja, esta vez entre Nairobi y las colinas de Ngong. Tenía 24 kilómetros cuadrados, de los que 2,4 se destinaron a plantar café bajo el nombre de Karen Coffee Company. Esta es la granja que evoca Karen Blixen en el inicio de sus *Memorias de África*, cuando escribe una frase que se ha hecho famosa: «Yo tenía una granja en África, al pie de las colinas de Ngong...».

El matrimonio naufragó, ya que el barón, poco partidario de la fidelidad, se ausentaba a menudo de la granja y tuvo el mal gusto de contagiarle la sífilis a Karen en 1915, cuando solo llevaban un año de casados. La baronesa regresó a Dinamarca para curarse, pero volvió a África un año después. Cuando ambos finalmente se separaron, en 1921, Karen cogió el mando de la plantación, en la que contaba con mano de obra kikuyu. Con el tiempo, sin embargo, se daría cuenta de que la región de Nairobi no era la más apropiada para plantar café, debido a su excesiva altura.

De todo lo que evoca Karen Blixen en *Memorias de África*, lo más emotivo es su historia de amor con Denys Finch Hatton, un noble inglés amante de la caza y la buena vida. Ambos se conocieron en el Muthaiga Club en 1918 y mantuvieron un largo idilio. En una carta a su hermano Thomas, Karen expresó su amor por Denys con las siguientes palabras: «Creo que estoy ligada a Denys para siempre y por toda la eternidad. Estoy destinada a amar el suelo que pisa, a ser feliz más allá de las palabras cuando él está aquí, y a sufrir peor que la muerte muchas veces, cuando él se va».

El romance fue, en realidad, más bien inestable, y terminó abruptamente cuando Denys Finch Hatton se estrelló con su avioneta el 14 de mayo de 1931. Tras la muerte de Denys, y el fracaso de la plantación de café, en agosto del mismo año Karen Blixen decidió vender la granja y regresar a su país. África se había acabado para ella. Tenía 46 años y ya no se movería de Dinamarca el resto de su vida.

Seis años después, en 1937, publicó el libro que la haría famosa, *Memorias de África*, del que Sydney Pollack hizo una cuidada versión cinematográfica en 1985, con Meryl Streep en el papel de Karen Blixen, Robert Redford en el de Denys Finch Hatton y Karl Maria Brandauer en el del barón Blixen. El éxito mundial de la película contribuyó a consolidar la fama de Karen Blixen y a disparar el turismo hacia esta parte de África.

Karen murió en 1962, a los 77 años, en su casa danesa de Rungstedlund, convertida actualmente en un museo dedicado a su memoria. Cuando lo visité años atrás, me sorprendió ver su tumba en un rincón del jardín, bajo unos árboles nórdicos que tenían muy poco que ver con su querida África.

La granja africana de Karen Blixen, rodeada de prados verdes y altos árboles, queda hoy a un paso de Nairobi, en Karen Road, pero conserva la ambientación adecuada para evocar la vida de la baronesa por estas latitudes. Después de pasar por las manos de distintos propietarios, la granja la compró el Gobierno de Dinamarca, que en 1964 la regaló al de Kenia para celebrar la independencia recién lograda.

Joe, el taxista, me dejó en la puerta de la casa y me dijo que me esperaría allí. Cuando le dije que no hacía falta, ya que podía entretenerme más de la cuenta, sonrió. Había tenido la suerte de encontrar un *muzungu* y estaba claro que no pensaba soltarme.

Alrededor de la granja, bajo los árboles, había maquinaria vieja que muy probablemente nunca se utilizó en la granja: un viejo tractor y los restos de un vagón de los que transportaban sacos de café. Formaban parte del decorado. Muy cerca quedaban las colinas de Ngong, que parecían arropar la granja con

un verde espléndido. Para mí, aquel era un lugar mítico relacionado con Karen Blixen, pero me hizo gracia comprobar que Joe veía las colinas de una manera muy diferente.

—Cada mes de junio se celebra una carrera de doce kilómetros que pasa por las colinas —me contó—. Es un sube y baja, un rompepiernas, ya que tienes que subir seis veces de los dos mil a los dos mil quinientos metros. Los que más corren lo hacen en hora y media.

—Los keniatas sois muy buenos corriendo.

—Sí, acostumbramos a ganar medallas olímpicas en las carreras largas, pero estoy seguro de que ganaríamos más si el premio fuera un visado para Inglaterra.

—¿No te gusta vivir aquí?

—En Inglaterra es donde se puede ganar dinero de verdad.

—No todo el mundo.

—Sí, ya lo sé, pero tengo unos cuantos amigos a los que no les ha ido nada mal. A la que pueda, me largo a Londres a buscarme la vida.

No era la primera vez que oía un comentario como el de Joe. En muchas partes de África se identifica Europa con el paraíso, como los colonos de cien años atrás habían identificado Kenia con la Tierra Prometida.

La granja de Karen Blixen está construida en piedra y es de una sola planta, con una veranda con columnas de madera y un reloj en lo alto de la entrada principal.

—Lo siento, pero hoy no tenemos luz —nos anunció Brigitte, la guía, cuando entré con un pequeño grupo—. Los cortes de corriente no son raros en Nairobi —añadió con una sonrisa—. Los que viven en Kenia ya lo saben. Los que hace poco que han llegado, ya lo irán viendo.

La seguimos, a oscuras, hasta una vitrina que iluminó con su linterna. Estaba llena de fotos de la baronesa, del barón y de Denys Finch Hatton. A su lado, fieles al mito de Hollywood, estaban las fotos de Robert Redford y Meryl Streep tal como los caracterizaron en la película.

En el salón, la mesa estaba puesta como si la baronesa, fallecida en 1962, hubiera de regresar de un momento a otro. En las paredes había un mapa antiguo de África y dos bellos cuadros pintados por la escritora que representaban los rostros de dos empleados de la granja. También había

muebles antiguos, un retrato de Karen y un reloj de pie. Al otro lado de este espacio central estaba la biblioteca donde escribía Karen, con una máquina de escribir antigua, una piel de león y muebles de época.

—Ni la mesa ni los libros son originales —apuntó Brigitte—, pero hemos procurado que por lo menos sean de la misma época.

El reloj de cuco, que en tiempos de Karen Blixen provocaba la sorpresa de los sirvientes, también estaba en esta sala.

En la habitación del barón, otra piel de león recordaba que estábamos en África, mientras que los pantalones y la camisa que usó Robert Redford en la película insistían en que Hollywood había hecho una aplaudida versión de *Memorias de África*.

—La película se filmó aquí, en Kenia, pero de la casa solo salen los exteriores —informó Brigitte—. El resto se rodó en otra granja porque aquí había poco espacio para que pudieran moverse las cámaras.

Al final de la casa, en la habitación de Karen, había una piel de leopardo, una mesa que se apoyaba sobre algo que parecía una pata de elefante y varios muebles de época. Junto a la puerta de entrada, en una pequeña habitación, se mostraban fotos de la baronesa y de sus amigos, y una vitrina llena de los libros que ella había escrito, traducidos a muchos idiomas.

En un rincón de la casa se encontraba la cocina, repleta de utensilios antiguos, en un nuevo intento de recrear lo que pudo ser la vida de Karen Blixen en la granja. A un centenar de metros, pasado un bosquecillo, estaba la vieja maquinaria que se utilizaba para moler café.

—De la plantación antigua queda muy poco —aclaró Brigitte—. Estaba donde ahora se levanta el Karen Country Club.

Cuando le pregunté si venían muchos keniatas a visitar la casa, Brigitte me aclaró que la mayoría de los visitantes eran europeos y norteamericanos. Los africanos, por lo visto, no consideraban la historia de Karen como algo próximo. Estaba claro que hablaba de otra África.

Joe me esperaba durmiendo en su taxi cuando salí del museo. En cuanto le di las buenas tardes, se enderezó como si tuviera un muelle bajo el cuerpo y se mostró dispuesto a continuar.

—Ahora supongo que vamos a visitar la tumba del cazador —me dijo con una sonrisa.

—Si el cazador es Denys Finch Hatton, estás en lo cierto. ¿Sabes cómo ir?

—Por supuesto —amplió la sonrisa—. No es el primer turista que me lo pide.

Cuenta Karen Blixen en *Memorias de África* que fue ella quien tuvo la idea de enterrar al que fuera su amante en las colinas de Ngong, muy cerca de donde se encontraba su granja. Quería para él un magnífico paisaje africano, con vistas sobre una sabana donde en aquel tiempo abundaba la fauna salvaje.

Joe dejó atrás el barrio de Karen y nos dirigimos en su taxi hacia las colinas. Tras cruzar el pueblo de Ngong y la aldea de Kiserian, se metió por una pista de tierra roja, hasta que se desvió por un camino que llevaba hacia una casita con un tejado de lata oxidada. Junto a la casa, clavada en un árbol, había una tabla de madera con el nombre de Finch Hatton pintado a mano.

Allí montaba guardia una mujer que dijo ser la encargada de mantener limpia la tumba. Me pidió 300 chelines por su esmerado trabajo. Era caro, pero pensé que Karen Blixen estaría contenta de ver la tumba de su amante tan bien cuidada, con un pequeño jardín alrededor y un obelisco en el centro.

—Aquí está el nombre escrito —me dijo la mujer, muy satisfecha—. Denys Finch Hatton (1887-1931).

Debajo de la inscripción había unos versos de Coleridge: *He prayeth well who loveth well / both man and bird and beast*. «Bien rezó quien amó al hombre, al pájaro y a la bestia.»

Al pie de la colina se extendía el Nairobi National Park, un estallido de naturaleza a tan solo un paso de la gran ciudad. Seguro que a Finch Hatton le habría gustado tenerlo cerca.

Mientras observaba la vista, recordé lo que escribe Karen Blixen en *Memorias de África*: «Después de que me fuera de África, Gustav Mohr me escribió una cosa muy extraña que había sucedido en la tumba de Denys, nunca había oído nada semejante. “Los masáis —me escribió— han informado al Comisionado del Distrito de Ngong que muchas veces, al alba y al crepúsculo,

han visto leones en la tumba de Finch Hatton en las colinas. Un león y una leona han aparecido allí y se quedan de pie, o se echan, en la tumba durante mucho tiempo”.»

Y concluye: «Era justo que los leones fueran hasta la tumba de Denys y la convirtieran en un monumento africano. Renombrada sea su tumba. Pensé que el propio Lord Nelson, en Trafalgar Square, solo tiene leones de piedra».

Ya hace tiempo que los leones no se acercan por las colinas de Ngong. Nairobi ha crecido mucho y las colinas ya no son un buen lugar para la fauna salvaje. De todos modos, está bien pensar que durante un tiempo los leones rindieron homenaje al gran cazador que fue Denys Finch Hatton.

LA MISERIA DE KIBERA

Hay muchas Áfricas y no todas son maravillosas. Junto al África de los safaris y de la naturaleza espectacular hay un continente que sufre por culpa de las grandes desigualdades económicas, la injusticia y la corrupción. Muchas ONG se vuelcan para ayudarla, pero la verdad es que muy pocas resultan eficaces. La solidaridad con África es un buen cebo para recaudar fondos en Occidente, pero son muchos los millones que se pierden por el camino. Lo explica el antropólogo Gustau Nerín en su libro *Blanco bueno busca negro pobre*: «El continente africano es un inmenso cementerio plagado de proyectos abandonados: hospitales que nunca llegaron a ser inaugurados, letrinas que no se utilizaron, granjas de pollos que han durado tanto como las subvenciones, guarderías en ruinas que jamás han visto un niño, ordenadores viejos parados por falta de electricidad...».

En todas las ciudades africanas hay una cara oculta formada por grandes barrios de chabolas en los que dominan la miseria, el hacinamiento y la falta de higiene. Son miles las personas que emigran cada año del campo a las grandes ciudades, impulsadas por el hambre y atraídas por la perspectiva de un trabajo y un dinero fácil, pero la mayoría acaban desilusionadas y tienen que conformarse con sobrevivir en míseros barrios que nada tienen que ver con los escaparates y las luces de neón del centro.

El más degradado de los barrios de Nairobi es sin duda el de Kibera, un mar de barracas construidas con restos de lo que sea y rematadas por tejados de lata oxidada. Allí donde la miseria es omnipresente malviven un millón de

personas con un dólar al día. La escasez de todo, la falta de higiene y las enfermedades, en especial el sida, son el pan de cada día, y por desgracia también son comunes la violencia y la muerte.

Kibera nació a principios del siglo XX como un asentamiento para los soldados nubios de los King's African Rifles que acompañaron al Ejército británico en los combates de la Primera Guerra Mundial. El criterio en aquellos tiempos estaba claro: el centro de Nairobi era para los blancos; a los negros los enviaban a las afueras. Así funcionaba la mentalidad colonial.

Kibera significa «bosque» en nubio, pero los árboles fueron cortados hace tiempo. Con los años, Kibera creció de un modo caótico, al margen de todo, y después de la independencia el Gobierno de Kenia no ha sabido resolver un problema que aumenta día a día. Y mientras, algunas agencias de Nairobi anuncian *tours* para mostrar el barrio a los turistas; es como un safari en el que puede verse el gran espectáculo de la pobreza en directo. Los pasajeros del Lunatic Express, por otra parte, también pueden echarle una mirada a Kibera, ya que el tren cruza el barrio, tal como se ve en la película *El jardinero fiel* (2005), basada en una novela de John le Carré que trata del juego sucio de las grandes empresas farmacéuticas en África.

Fue Gabriel González, un simpático valenciano que vive desde hace años en Nairobi, quien me llevó por primera vez a Kibera. Gabriel llegó a Kenia en 1985 para trabajar en un documental sobre arqueología. Recorrió el país, conoció al antropólogo Richard Leakey, hijo de Louis y Mary Leakey, y se enamoró de aquellas tierras africanas en las que acabaría por instalarse. En 1993 fundó la empresa Kobo Safaris, una de las más destacadas en su campo, y en 2008 Kobo Trust, una fundación que se dedica a proporcionar el material necesario para proyectos solidarios.

Gabriel aparcó su 4x4 a la entrada de Kibera y me recomendó que no hiciera fotos, ya que la gente del barrio puede llegar a mostrarse agresiva con los turistas. Teníamos que andar alerta, añadió, ya que la violencia podía estallar en cualquier momento. Unas semanas antes, sin ir más lejos, mientras

unos jóvenes estaban jugando un partido de fútbol en un descampado, aparecieron unos canallas que violaron a las chicas y mataron a los chicos. Fue una muestra de que en Kibera la violencia va en serio.

Como garantía de seguridad, en la calle principal de Kibera nos esperaba Ashif Malamba, un joven pintor con gafas de espejo, rastas y andar desgarrado que formaba parte del colectivo Maasai Mbili, fundado en 2001 para agrupar a los artistas del barrio.

Ashif saludó a su amigo Gabriel, que le compraba cuadros de vez en cuando, y nos guió hasta el taller colectivo de los artistas locales por un callejón que parecía una cloaca al aire libre. La mugre y la falta de higiene afloraban por todas partes, mientras los niños que jugaban en la calle miraban a los *muzungus* con una sonrisa angelical. En el taller, instalado en una oscura y destartada barraca, cinco artistas trabajaban con objetos recogidos de la basura: botellas de plástico, hierros oxidados, trozos de madera y de cartón, pinceles gastados... Cualquier cosa era buena para elaborar su arte.

Mientras Ashif nos iba mostrando sus cuadros, de una africanidad esencial, llenos de color y de una ironía muy naïf, sus compañeros se pusieron a hablar de sus planes de futuro y de proyectos frustrados.

—Cuando naces en Kibera —me dijo uno de ellos— sabes que no te será fácil salir de aquí. El arte es una vía de esperanza, pero no tienes ninguna seguridad. En cualquier caso, nos gusta pintar y lo seguiremos haciendo. Es nuestra manera de luchar contra la miseria y la injusticia.

Ashif lo remató con estas palabras:

—Nuestro grupo se llama Maasai Mbili. En suajili significa «dos masáis», pero para nosotros también significa hermandad, casa, escuela. Maasai Mbili es un santuario, una iglesia. Es la unidad. Maasai Mbili es vivir la vida. Lo que queremos es integrar el taller en las calles de Kibera, y las calles en el taller. No podemos desentendernos de lo que nos rodea.

Ashif pintaba bien y se expresaba como un líder. Hablaba de futuro y de esperanza, y soñaba con que un día su utopía podría hacerse real. Era un buen tipo, pero murió unos años después, en 2015. Tenía solo 43 años. Por desgracia se fue demasiado pronto, como tanta gente en África.

La relación entre blancos y negros en la Kenia colonial nació con mal pie. Desde que Kenia se convirtió en un Protectorado británico, en 1895, los locales vieron cómo el Gobierno los arrinconaba para entregar las mejores tierras a los colonos blancos recién llegados. Como triste consuelo, se convirtieron en mano de obra barata para trabajar aquellas tierras que habían sido suyas. «Cuando llegaron los británicos, ellos tenían la Biblia y nosotros las tierras», resume una frase popular. «Poco después, nosotros teníamos la Biblia y ellos, las tierras.»

Lord Delamere, el primer líder de los colonos blancos, soñaba con una Kenia Blanca con un *apartheid* similar al de Sudáfrica, y la mayoría de los recién llegados estaban con él. Los negros, desconcertados, aguantaron al principio, aunque de vez en cuando surgían estallidos de resistencia, como en el período 1895-1905, cuando los nandi, que vivían cerca del lago Victoria, se rebelaron contra las imposiciones de los blancos.

El conflicto se prolongó más de diez años y acabó con la intervención del cruel oficial británico Richard Meinertzhagen, que aunque tenía nombre alemán había nacido en 1878 en Inglaterra, en el seno de una familia de banqueros.

Meinertzhagen llegó a Mombasa en 1902, procedente de la India, para servir en los King's African Rifles. Este oficial, que años después serviría a las órdenes de Lawrence de Arabia en Oriente Medio, era un buen ornitólogo, pero más que como observador de aves se le recuerda como a un malvado al que no le importaba ordenar matanzas de negros. En su *Diario de Kenia (1902-1906)* no se corta al narrar varios incidentes con los nandi, los masáis y otras etnias de aquella parte de África.

Meinertzhagen escribe: «Cuando llegué a Kenia me obsesionaba una declarada sed de sangre. Cazar es el instinto primitivo del hombre y yo le di rienda suelta». También narra el encuentro que protagonizó en 1905 con el líder espiritual de los nandi, Koitalel Arap Samoei. Le había citado para negociar, pero cuando Samoei le tendió la mano, lo mató de un disparo. A continuación provocó una matanza que hizo que el lugar quedara, según sus propias palabras, «sembrado de cadáveres».

A pesar de las críticas recibidas, Meinertzhagen concluye en su diario: «En general, estoy bastante satisfecho conmigo mismo». Y acerca del elevado número de animales cazados, se justifica así: «La caza mayor me proporcionó una buena dosis de ejercicio físico cuando muchos de mis compañeros oficiales se dedicaban a beber matarratas o a liarse con la esposa de otro; me enseñó tácticas de supervivencia y a disparar en línea recta. En el fondo, la caza de hombres (la guerra) no es más que una forma de cazar animales salvajes, y muchas veces durante la Primera Guerra Mundial di gracias a Dios de haber aprendido varios trucos del oficio cazando animales salvajes y peligrosos».

Muchos años después, en 1952, se inició la revuelta de los Mau Mau, una sociedad secreta kikuyu que buscaba combatir los abusos del hombre blanco. Su primera acción ocurrió el 3 de octubre de 1952, cuando mataron a una mujer blanca cerca de su casa, en Thika. Seis días después mataban a tiros a un keniaata que colaboraba con los británicos. Siguió muchos más asesinatos, algunos escalofriantes, y la reacción del Gobierno colonial no se hizo esperar: declaró el Estado de Emergencia y detuvo en una primera fase a 180 sospechosos, entre ellos al líder Jomo Kenyatta. En una segunda fase, a partir de 1954, el Ejército británico emprendió operaciones de castigo e internó en campamentos militares y pueblos vigilados a unos treinta mil kikuyus que en muchos casos fueron torturados y ejecutados.

Se calcula que los británicos mataron a más de 20.000 kikuyus hasta octubre de 1956, cuando la detención y ejecución del líder de los Mau Mau, Dedan Kimathi, sofocó una rebelión que, oficialmente, no se dio por terminada hasta 1959.

Durante muchos años, la rebelión de los Mau Mau fue vista desde Europa como algo salvaje y sangriento, pero vale la pena leer los libros del keniaata Ngugi wa Thiong'o, escritos en lengua kikuyu, para ver la otra cara del conflicto. Apunta en su libro de memorias *Sueños en tiempos de guerra*: «La población vivía sometida a un doble temor: a las incursiones del Gobierno durante el día y a los guerrilleros del Mau Mau por la noche, con la diferencia

de que estos luchaban en nombre de la tierra y la libertad, mientras que el Estado colonial lo hacía para defender la ocupación extranjera y preservar los privilegios y riquezas de los colonos europeos».

Con la independencia de Kenia, en 1963, todo cambió, hasta el extremo que el primer presidente fue Jomo Kenyatta, uno de los represaliados durante la revuelta. Por otra parte, el líder ejecutado, Dedan Kimathi, está considerado hoy un héroe nacional en Kenia y en 2007 se inauguró en Nairobi una estatua que le homenajea.

Otro dato: el Gobierno británico anunció en 2013 que destinaría 14 millones de libras para compensar a los cerca de cinco mil keniatas que fueron víctimas de las fuerzas coloniales en tiempos del Mau Mau. El anuncio llegó a partir de una demanda interpuesta por cuatro ancianos keniatas que fueron golpeados, castrados y violados por soldados británicos en los años cincuenta.

Esta compensación vino a confirmar lo denunciado por la profesora Caroline Elkins, del Centro de Estudios Africanos de Harvard, que en 2006 ganó el Premio Pulitzer por su libro *Imperial Reckoning: The Untold Story of Britain's Gulag in Kenya*. «Al final de 1955», escribe, «las autoridades coloniales habían detenido a casi toda la población kikuyu en alguno de los 150 campos de detención o alguno de los más de 800 pueblos cercados con alambres de espino. Detrás de los alambres, agentes británicos perpetraban inconfesables actos de violencia. Castraciones, sodomías forzadas con botellas rotas y ratas, torturas utilizando materias fecales y violaciones colectivas no eran más que algunas de las tácticas utilizadas para forzar a los detenidos a someterse.»

Cuando salimos de Kibera en dirección a las colinas de Ngong, Gabriel González me contó que su fundación, Kobo Trust, apoyaba varios proyectos solidarios, pero nunca les daba dinero porque sabía que en África es muy difícil de controlar y puede acabar en manos de un corrupto. Me puso un ejemplo: cuando en julio de 2011 se desató una hambruna en el distrito de Turkana, contactó con las instituciones para ofrecerles alimentos, pero le contestaron que lo que querían era dinero.

—Reunimos 16.000 kilos de comida, los cargamos en doce camiones nuestros y los enviamos a Turkana —me contó con entusiasmo—. Fuimos los primeros en llegar, antes incluso que la ONU y Médicos Sin Fronteras.

Hablando con Gabriel, afloraron a la conversación tres temas por desgracia recurrentes: las hambrunas que diezman a la población, la corrupción y el mal funcionamiento de algunas ONG. Son las lacras de África.

—En algunas ONG el 45 % del dinero recibido se va en gastos administrativos, pero en instituciones de Naciones Unidas la cifra puede alcanzar el 80 % —me apuntó.

Mientras Gabriel hablaba, me acordé de lo que escribe Ryszard Kapuscinski en *Ébano*, cuando describe a dirigentes de ONG que van en limusina y se pasan el día volando en primera clase para ir a reuniones a distintos países siempre con «el sempiterno tema africano: cómo mitigar la situación de los hambrientos».

Kapuscinski añade un comentario lacerante: «Paradojas de nuestro mundo: si calculamos los gastos de transporte, servicio, almacenaje y conservación de alimentos, el precio de una comida (por lo común: un puñado de maíz) para un refugiado de cualquier campamento, por ejemplo en Sudán, es mayor que el de una cena en el restaurante más lujoso de París».

Gabriel estaba de acuerdo con este planteamiento.

—Mira —me dijo—, una ONG de Kenia recibió hace unos años mucho dinero en ayudas, pero un 83 % lo destinó a construir un hotel en Nairobi para recibir a sus invitados. Es un escándalo.

Pasado el pueblo de Ngong, Gabriel puso la reductora del 4x4 para subir por una resbaladiza cuesta, inundada de barro, hasta la escuela de Mama Tunza, uno de los proyectos solidarios apoyado por Kobo Trust.

La escuela contaba con unos cuantos barracones nuevos y un patio central donde un grupo de adolescentes intentaba jugar a fútbol sobre el barro mientras dos voluntarias canadienses lanzaban al aire pompas de jabón para deleite de los más pequeños.

—Empecé este proyecto en 1997 —nos contó Mama Tunza, una mujer de unos cincuenta años, analfabeta, de mirada viva, madre de cuatro hijos y sin recursos—. Un día fui a tirar la basura a un vertedero del barrio de Kibera, donde yo vivía, y oí sollozos entre los escombros. Era un bebé de pocos días.

—Terrible. ¿Y qué hizo con él?

—Lo vestí, lo alimenté y lo llevé a la Policía. Me dijeron que lo cuidara yo hasta que apareciera la madre. Nunca apareció y me quedé al bebé; después fui recogiendo a otros bebés abandonados en mi pequeña casa de Kibera.

El orfanato de Mama Tunza nació así, de un modo improvisado y con muchos problemas económicos. Los vecinos ayudaban a Mama Tunza dándole sacos de arroz y otros alimentos. No era fácil salir adelante, pero el milagro llegó unos años después, cuando una chica irlandesa llamada Tara vino a Kenia de viaje y a su regreso le diagnosticaron una enfermedad terminal.

—Murió a los diecisiete años y dejó escrito en su testamento que quería que se construyera una escuela aquí, en las colinas de Ngong, para mis niños —me contó Mama Tunza, emocionada—. En 2007 sus padres compraron este terreno y, con la ayuda de voluntarios, construyeron la escuela, donde nos instalamos en 2008.

En la escuela había, cuando la visité, ciento treinta niños. Sin Mama Tunza probablemente estarían muertos o malviviendo en la calle.

—Por cada noche que un turista pasa con nuestra empresa de safaris, destinamos un dólar a proyectos solidarios —me dijo Gabriel—. Kobo Safaris registra en Kenia unas 50.000 noches por año, y en Sudáfrica, unas 30.000. Además, Mama Tunza cuenta con aportaciones individuales y voluntarios.

—¿Le alcanza?

—La primera vez que visité la escuela, hace unos dos años, tenían el almacén vacío de alimentos y los niños malnutridos —recordó Gabriel—. Nosotros les garantizamos la comida y hoy comen cada día. También les suministramos agua potable.

—¿Y cómo consiguen el material para la escuela?

—Hace unos meses les compramos pupitres para las clases, pero a los pocos días los habían quemado para calentarse. Ahora también les damos leña por si hace frío. Es un proyecto a largo plazo y queremos que sea sostenible. Estamos construyendo pupitres y queremos que cada niño tenga sus propios libros.

Cuando visitamos el dormitorio comunitario y las aulas, con pizarras llenas de garabatos, números y palabras en suajili, los niños sonreían con una inocencia que enmascaraba el recuerdo de una vida difícil.

En una de las aulas me llamó la atención un niño más callado que los otros. Se llamaba Mesha y decía tener siete años.

—Lo encontré en 2005 en la selva —me contó Mama Tunza—. Fui a dar una charla cerca de Kilimambogo y me dijeron que en el bosque había un niño que convivía con los babuinos. Compré unos cuantos plátanos y penetré en el bosque. Cuando lo vi, la babuina que le hacía de madre lo tenía en brazos. Les tiré los plátanos desde lejos y todos los monos se lanzaron a comerlos. Entonces cogí al niño y me lo llevé.

Al principio, Mesha se mostraba huraño y agresivo, se expresaba con gruñidos y no quería relacionarse con los otros niños. Con el tiempo, sin embargo, se fue integrando y, aunque hablaba poco, se le veía feliz y hasta sonreía de vez en cuando. Él era la mejor prueba de la gran labor que estaba haciendo Mama Tunza con los niños desvalidos de Kibera.

Por desgracia, Mama Tunza murió en 2016, pero su labor continúa viva.

EL PARAÍSO DE LAMU

En el vuelo en avioneta de Nairobi a Lamu, que tarda algo menos de dos horas, la visión de la sabana primero, y de las montañas y de la costa después, me mantuvo pegado a la ventanilla como si fuera un niño. Volvía esa maravillosa sensación de sobrevolar África, de abrir los ojos y la mente para tratar de comprender un mundo espectacular.

No es sorprendente que me viniera a la memoria una de las escenas más emotivas de la película *Memorias de África*, cuando Denys Finch Hatton lleva a dar un paseo en su avioneta a Karen Blixen. El *Concierto para clarinete en la mayor* de Mozart es el complemento ideal para una sucesión de imágenes muy africanas en las que queda claro que sobrevolar este continente puede ser maravilloso.

«Debo a Finch Hatton», escribe Karen Blixen en *Memorias de África*, «el mayor, el más delicioso placer de mi vida en la granja: volar con él sobre África. Allí, donde no hay carreteras o hay muy pocas y donde se puede aterrizar en las llanuras, volar se convierte en algo de real y vital importancia en tu vida: te abre un mundo. Denys había traído su avión Moth; podía aterrizar en mi pradera de la granja solo a unos cuantos minutos de la casa y volábamos casi todos los días.»

«Cuando vuelas sobre las tierras altas africanas», continúa Karen Blixen, «tienes unas vistas tremendas, sorprendentes combinaciones y cambios de luz y de color, el arco iris sobre la tierra verde iluminada por el sol, las gigantescas nubes verticales y las grandes y salvajes tormentas negras, que te rodean a toda velocidad corriendo y danzando. Las fuertes y contundentes

lluvias blanquean el aire continuamente. El lenguaje se queda corto para expresar la experiencia de volar y tienes que terminar inventando nuevas palabras.»

Lamu es una excepción dentro de Kenia, un mundo aparte que vale la pena conocer, ya que es uno de esos lugares únicos que reconoces como paraíso al poco de llegar. Estamos ante una isla africana con mucha personalidad, semejante a Zanzíbar en cierto modo, pero más pequeña y pegada a la costa de Kenia, rodeada de otras islas invadidas de manglares, con un amplio brazo de mar enfrente, una fachada marítima con casas del siglo XIX, un barrio de mansiones glamurosas, varias mezquitas, agradables playas de arena y *dhow*s que navegan con la vela desplegada cortando el viento con elegancia.

Cuando viajé a Lamu, hacía un par de meses que unos terroristas, llegados en lanchas rápidas de la cercana Somalia, habían matado a un turista británico en la costa y habían secuestrado en Lamu a una mujer francesa que murió durante el cautiverio. Ante la aparición del terror, los turistas habían huido en masa. De hecho, mis amigos de Nairobi me habían desaconsejado volar allí, pero mis ganas de pasar unos días en Lamu, y el hecho de que se celebrara el Festival Cultural de Lamu me habían hecho ignorar todos los temores.

El aeropuerto de Lamu era pequeño, sin ni siquiera puertas de embarque. Recuerdo que cuando bajé de la avioneta caminé por la pista seguido de un par de mozos que empujaban un carro lleno de maletas mientras cantaban *Hakuna matata*. La ropa se me pegaba al cuerpo por la humedad y el calor, mientras sentía que me envolvía una calma que parece ser norma en esta parte de África.

Dado que el aeropuerto está situado en la isla de Manda, contigua a la de Lamu, no hay más remedio que hacer el último tramo del viaje en barca. Mejor. Así la primera visión que se tiene de Stone Town (sí, como en Zanzíbar, la capital de Lamu también se llama Stone Town, la Ciudad de Piedra) es desde el mar. Surge como un espejismo que se concreta en una bella

postal panorámica, con un mar salpicado de las velas de los *dhow*s, las casas del malecón, niños que chapotean en el agua y un puerto en el que reina la típica algarabía africana.

Me instalé en una pensión del malecón, en una habitación sencilla pero con una ventana abierta al mar que me enamoró desde el primer momento. En el bar que daba a la calle, donde bajé a tomar una cerveza, pude comprobar que lo sucedido con los piratas somalíes, a lo que todo el mundo se refería como «los incidentes», no había alterado la belleza de la población, aunque sí el día a día.

—Hay muchos menos turistas que otros años —me comentó Johnny, un joven camarero delgado como un junco—, y esto no es bueno. Mucha gente vive aquí del turismo.

—¿Llega a notarse en la vida diaria?

—Si no hay turismo, no hay dinero —se encogió de hombros y cerró los ojos, como si dijera una obviedad—. Ahora los pescadores ni salen al mar. Antes lo hacían a diario y reunían un buen dinero vendiendo a los restaurantes. Pero ahora no les sale a cuenta. Los turistas pagan bien, pero la gente de aquí compra a precios muy bajos.

En mi primer paseo por Lamu me di cuenta de que estaba en un pueblo con dos caras. La cara A corresponde al malecón, oficialmente llamado Harambee Street. Me gustaba caminar por allí al atardecer, cuando el sol barniza de colores cálidos a las mujeres de rostro velado, los burros de mirada tristonera y las casas nobles como el Museo de Lamu o Petley's Inn, que conviven con sus fachadas maltratadas por la humedad y la desidia, como la de la Stone Town Academy o la del Palace, un viejo hotel cerrado hace años cuyo nombre, de tan desconchado, apenas si podía leerse.

El malecón de Lamu es un buen lugar para sentarse a mirar cómo pasa el tiempo. Lo avalan la ausencia de coches (no los hay en la isla), la brisa marina, los burros muy cargados, el desfile de *dhow*s y un tránsito incesante de niños y mujeres con velos de colores. Un par de bares, el Hapa Hapa y el Bush Gardens, se ofrecían para la pausa con terrazas a pie de calle, aunque también merecía la pena la *roof terrace* del Petley's Inn o la piscina del Lamu House, un hotel instalado en una antigua mansión remodelada con gusto por el arquitecto español Urko Sánchez.

—Llegué a Lamu por primera vez en 1993 y me enamoré del lugar al instante —me contó Urko cuando le telefoneé a su estudio de Mombasa, intrigado por saber quién era aquel arquitecto de gustos africanizados—. Me pareció un lugar mágico, estancado en el tiempo, con gente amable, pacífica, sonriente, y un entorno maravilloso de pequeñas islas semidesiertas en un mar interior que se recorría a vela en viejos faluchos de madera.

—¿El Lamu de 1993 era muy diferente del de ahora?

—En aquella época casi no había barcos a motor, ni luz eléctrica, ni coches, ni nada que te recordase que estabas en el siglo XX. Me pareció fascinante sumergirme en esa cultura tan peculiar y disfruté muchísimo aprendiendo de ellos la forma que tienen de ver la vida y entender el tiempo.

Una de las cosas que más me llamó la atención en mis paseos por el malecón, aparte del espectáculo en sesión continua de la gente, fue el santuario de los burros, un recinto vallado en el que parecían aburrirse unos cuantos cuadrúpedos.

—Cada familia tiene dos o tres burros en Lamu —me dijo Mohamed, uno de los cuidadores—. Hay unos dos mil en la isla y cada uno puede cargar 150 kilos, es decir, un par de personas, diez bloques de piedra o tres sacos de cemento.

Personas, piedras y cemento, una buena trilogía para una isla en la que, a falta de coches, el burro es el principal medio de transporte y el animal de carga por excelencia. Te los cruzas por todas partes y contagian buen rollo, como si su trote calmado impusiera un ritmo de vida sin lugar para el estrés.

El santuario tiene su origen en 1985, cuando una turista inglesa, Elizabeth Svendsen, encargó al que entonces era su guía, Abdallah Hadi, que buscara un lugar para mejorar las condiciones de vida de los burros de la isla. Este lo encontró en el mismo malecón, lo acondicionó y el 4 de julio de 1987 se inauguró el santuario donde un veterinario los trata sin ningún cargo.

—Lo llamamos el Día de la Independencia de los burros de Lamu —bromeó Mohamed—, por la coincidencia de la fecha de inauguración con el Día de la Independencia de Estados Unidos.

El malecón es todo un mundo, pero a mí también me encantaba caminar por la cara B de Lamu: Kenyatta Street, más conocida como «la otra calle». Corre paralela al malecón y es muy angosta y rectilínea, aunque de vez en cuando se permite un breve zigzag para marcar territorio. En algunos tramos, cuando coinciden dos burros es fácil que provoquen un atasco. Numerosos carteles pintados a mano anuncian en las esquinas pensiones para mochileros y tiendas estrechas y oscuras en las que hay de todo.

—El malecón es del siglo XIX, mientras que Kenyatta Street es anterior, más propia del mundo árabe y suajili —me contó Mustafá, el propietario de una tienda de ropa que parecía, por la abundancia de mercancías, la cueva de Alí Babá—. Hace más de cien años Kenyatta Street era el frente marítimo de Lamu, pero los británicos ganaron tierras al mar y construyeron el malecón con sus casas coloniales.

Los británicos, por lo visto, siempre han tenido la manía de ganar tierras al mar. Hicieron lo mismo en Honk Kong. En cualquier caso, queda claro que en Lamu hay dos caras. El malecón es la luz y las casas que se abren al mar con sus verandas, balcones y galerías, mientras que en Kenyatta Street apenas si entra el sol y las casas miran hacia dentro, ensimismadas. Lo bueno de esta última calle, sin embargo, es que participa del embrujo de una medina, tanto por lo estrecho como por la profusión de talleres en los que los artesanos tallan puertas de inspiración india, celosías o muebles, o hilan collares y pulseras de colores llamativos.

En las tiendas de telas puedes comprar a buen precio los típicos *kikois* (el equivalente al *sarong* del Sudeste asiático) o encargarse faldas, camisetas, pantalones o chaquetas que te hacen a medida en solo unas horas, mientras que las tiendas más modernas exhiben una artesanía más elaborada, con protagonismo para el símbolo de Lamu: una luna mora echada, con una estrella centrada en lo alto, ambas de color blanco y sobre fondo negro, encerradas en un círculo rojo.

Para conocer el pasado de Lamu, fui a visitar dos museos de la ciudad: el Lamu Museum y el Swahili House Museum, instalados en casas antiguas, con muebles de época, puertas bien trabajadas, maquetas de *dhow*s, cartas

náuticas, caracolas y vestidos tradicionales que dan idea de la riqueza de esta isla suajili por donde pasaron a lo largo de los siglos omaníes, portugueses, alemanes y británicos. Fue allí donde me enteré de que John G. Haggard, un hermano de H. Rider Haggard (1856-1925), autor de *Las minas del rey Salomón*, fue vicecónsul en Lamu. Quizás fue en esta isla, a la que viajó para visitar a su hermano, donde empezó a tomar notas para su gran novela de aventuras africanas.

Haggard vivió durante cinco años en Natal, en la actual Sudáfrica. No puede decirse que tuviera una vida muy aventurera, ya que trabajaba de funcionario, pero el protagonista de *Las minas del rey Salomón*, el cazador Allan Quatermain, se convirtió en la esencia de los aventureros africanos. Hay quien dice que se inspiró en el explorador Samuel Baker para el personaje, pero corren otras muchas versiones, entre otras la que apunta a que se basó en el cazador Frederick Selous, uno de los más importantes de África.

Las minas del rey Salomón es la primera gran novela de aventuras ambientada en África. Trata de un grupo de aventureros, liderados por el cazador Allan Quatermain, que buscan al hermano perdido de uno de los integrantes. Lo último que se sabe de él es que partió, con un mapa misterioso, en busca de las míticas minas del rey Salomón.

A H. Rider Haggard no le fue nada fácil encontrar editor. Cuando por fin se publicó la novela, sin embargo, en septiembre de 1885, se convirtió de inmediato en un gran éxito. Desde entonces el libro ha sido traducido a muchísimos idiomas y no ha dejado de reeditarse. ¿Su secreto? Que sabe contagiar como ningún otro libro la emoción de África.

Kenyatta Street desemboca en la plaza Mkunguni, más conocida como «la plaza». Si el malecón es el escenario de los turistas, la plaza es el de los locales, que se cobijan bajo la generosa sombra de un par de árboles gigantes a cuyos pies los viejos mascan *khat*, la misma planta estimulante que consumen en Etiopía, conversan con los amigos y observan lo que pasa mientras los vendedores ambulantes les tientan con samosas rellenas de carne o de patata, piñas, zumo de caña de azúcar y agua fresca.

El edificio más grande de la plaza es el fuerte construido por el sultán de Pate a partir de 1810. Se utilizó como prisión entre 1910 y 1984, pero una vez restaurado acoge la biblioteca y un centro cultural, con exposiciones sobre la historia de Lamu y sobre la vegetación y la fauna de la región.

Fue en una de las salas del fuerte donde conocí a Alí A. El-Maawy, un poeta de 83 años de edad, rostro enjuto y mirada eternamente sorprendida por efecto de las muchas dioptrías.

—En Lamu es donde más viva está la cultura suajili —me comentó, sentados junto a la puerta de entrada—. En la Edad de Oro, entre los siglos XVII y XIX, Lamu fue un centro para las artes y la poesía. Ahora ya...

—¿Qué es lo que ha cambiado? —le pregunté.

—La llegada del turismo lo cambió todo.

—Pero ahora...

—A consecuencia de los incidentes, los turistas se han ido y ha vuelto la calma que yo conocí de niño. Veremos cuánto dura.

Guardó unos minutos de silencio mientras se oía el canto del almuecín. Cuando este terminó, añadió:

—Un 70 % de los habitantes de Lamu son musulmanes, pero este siempre ha sido un lugar de paso. Por aquí han pasado navegantes y comerciantes árabes, portugueses, indios, omaníes, alemanes, ingleses... Cada uno ha dejado algo de su país de origen, pero la cultura suajili es la que define Lamu.

Desde lo alto de la fortaleza se divisan la plaza y el mercado y, en medio de un desorden de tejados, los minaretes de las mezquitas y el azul del mar. En la anárquica arquitectura de la isla se resume la historia de Lamu, marcada por un comercio propiciado, como en Zanzíbar, por los vientos alisios. Son muchas las culturas que han dejado huella en la isla, pero el Festival Cultural de Lamu se encarga cada noviembre de subrayar la personalidad suajili del lugar, con música y danzas, tenderetes de artesanía, una vistosa regata de *dhow*s y una apasionante carrera de burros.

Cuando la luz sesgada del atardecer reviste la isla del color de la miel, navegar plácidamente en un *dhow* es uno de los grandes placeres que uno puede regalarse para reafirmarse en que Lamu es un paraíso. La vela

desplegada, la refrescante brisa y la pericia de Abdul, un keniano de pelo blanco y mirada cansada, contribuyeron en mi caso a que el paseo fuera perfecto.

—Empecé a navegar a los 12 —me contó Abdul mientras el viento empujaba el *dhow*—, que es como se aprende de verdad, más que en la escuela. Me gusta navegar, y más en este *dhow*.

—¿Qué tiene de particular?

—Es muy bueno, fue construido en Mozambique por gente que sabe lo que es navegar. A los turistas, todos los *dhow*s os parecen iguales, pero hay que saber distinguirlos. Hay algunos que solo sirven para salir en las fotos.

A medida que caía el sol, el color anaranjado del crepúsculo se apoderó de Lamu, como si la transformara en una ciudad irreal, fuera del tiempo.

Habíamos salido del puerto, pero, en vez de regresar al punto de partida, le pedí a Abdul que me dejara en el Hotel Peponi, el más antiguo de la isla. Desembarqué, pues, en la playa de Shela y me instalé en la terraza del hotel, junto a unos pocos representantes de la gente guapa vestidos con ropas de reminiscencias *hippies*. Tendrían más de cincuenta años, pelo blanco y aspecto de tener una buena cuenta en el banco. De los *hippies* de verdad no quedaba ni rastro.

Mientras me tomaba una cerveza junto a la piscina, cerca de un impresionante baobab, pensé que aquel era un buen lugar para pasar unas vacaciones, cerca de las dunas y de una playa de doce kilómetros de largo. Pero también allí las conversaciones giraban en torno a «los incidentes».

—Hace unos meses el hotel estaba lleno —me contó la camarera, una chica alemana—. Ahora, en cambio, hay habitaciones libres. Quedan unos pocos clientes fieles, pero los turistas de paso ya no vienen.

—¿Y los clientes de siempre no tienen miedo?

—Algunos se han ido por los incidentes, pero los hay que ya están de vuelta de todo.

En el barrio de Shela todo es más relajante que en el centro: la playa sustituye al puerto, las calles son más anchas y las casas blancas con techo de *makuti* están rodeadas de muros levantados con bloques de coral.

Los primeros occidentales que se instalaron en Lamu en época reciente fueron los *hippies*, ansiosos en los años sesenta por descubrir paraísos en la tierra. Unos años después, la *jet set* tomó el relevo, con Ernesto de Hannover, Carolina de Mónaco y Mick Jagger como estandartes del glamur. Algunos bares, como el Bahari, cogieron fama, pero ninguno superaba la del Peponi, que era desde 1967 una referencia en la isla.

Cuando llegó el gran día del Festival Cultural, la hermosa visión de los *dhow*s compitiendo en el estrecho brazo de mar, con el viento inflando sus velas, acentuó aún más el encanto de la isla. Por la tarde, la carrera de burros reclamó todo el protagonismo.

—Tienen que correr por el malecón, desde el puerto hasta la torre del generador, y volver —me informó un espontáneo—. Se hacen cuatro series de cuatro burros, y los primeros de cada serie se enfrentan en la final.

El ambiente era el de las grandes ocasiones, hasta el punto de que a los comisarios les costaba controlar la euforia de la multitud y poner orden en la línea de salida. Hubo, como si de una competición de Fórmula 1 se tratara, falsas salidas, gritos, discusiones y conatos de peleas, pero cuando salió la primera serie se desató la euforia. Los *jockeys* eran chavales muy jóvenes y los burros corrían a todo trapo entre el griterío de la gente. Pasados unos minutos, tras dar la vuelta en el generador, los burros regresaron a la carrera y fueron recibidos en la meta con una gran ovación. Todos los habitantes de Lamu parecían estar en el malecón, y todos parecían vibrar con la carrera.

Mientras se celebraban las cuatro series sonaba por los altavoces una contagiosa música suajili que hacía que la gente bailara casi sin darse cuenta. Todas las series tuvieron un final ajustado, pero no fue necesario acudir a la *foto finish*. Al final, en la carrera decisiva, el vencedor fue un muchacho de once años que no cabía en sí de gozo.

—Yo gané una vez, cuando era joven —me comentó con lágrimas en los ojos uno de los viejos que había junto a la meta—. Fue un día de gloria, lo mejor que me ha pasado en mi vida. Nunca lo olvidaré.

Unas horas después, todavía con las imágenes de la carrera grabadas en la retina, subí a una avioneta para regresar a Nairobi. Mientras volaba, me acordé de una anécdota que cuenta Karen Blixen en *Memorias de África*. Al regresar de uno de sus vuelos, un viejo kikuyu le preguntó: «¿Ha visto a Dios?». Cuando ella le respondió que no, él dijo: «Ah, luego no ha subido lo bastante alto».

POR TIERRAS MASÁI

A mi regreso a Nairobi se imponía un nuevo cambio de escenario: del oasis de Lamu a la sabana y la fauna salvaje de Masai Mara, un parque nacional que dista 250 kilómetros de Nairobi por carretera. Existe la posibilidad de volar hasta allí, pero yo preferí ir con Max, un simpático taxista al que conocía de un viaje anterior y que sabía que me cobraría el precio justo sin necesidad de entrar en un prolongado regateo.

—Masai Mara está lejos —se limitó a decir con una sonrisa cuando se lo propuse.

—Sí, ya.

—Y la carretera en el tramo final no está asfaltada —añadió.

Era su manera de decirme que el viaje no sería barato. Cuando al final me dio el precio, sin embargo, me pareció bien y acordamos salir a primera hora para evitar los famosos atascos de Nairobi.

Un viaje por carretera puede ser largo en África, pero nunca aburrido, ya que al otro lado de la ventanilla siempre pasa algo: mujeres que caminan con grandes fardos en la cabeza, *matatus* abarrotados, camiones sobrecargados, hombres que pedalean cansinamente en bicicleta con toda una tienda a cuestas, cruces caóticos, adelantamientos suicidas, atascos sin justificación aparente, baches como zanjas, una señalización deficiente... Max, sin embargo, conocía bien la ruta y conducía sin inmutarse, como si todo lo que nos íbamos encontrando entrara dentro de una monótona normalidad.

El paisaje se iluminó de repente cuando, a unos doscientos kilómetros de Nairobi, llegamos al valle del Rift. Se extendía a nuestros pies con la amplia sabana, unas tierras fértiles y la sensación de haber llegado a Masailand, la

tierra de los masáis.

Ni las muchas curvas de aproximación ni el lento circular de los camiones lograron arrebatarme el entusiasmo de volver a admirar aquel mítico valle, una larga cicatriz que parte África casi de arriba abajo, a lo largo de más de seis mil kilómetros. Algunos geógrafos apuntan que va de la costa de Yibuti al lago Malauí, pero otros la alargan por el norte hasta el mar Muerto.

Poco después de Narok, la población más grande de los masáis, Max tomó un desvío hacia Masai Mara. El asfalto cedió su lugar a una pista llena de baches, surcos y charcos, mientras el paisaje se iba llenando de magia, con hierba alta, acacias parasol y la visión de los primeros babuinos, gacelas y cebras. De vez en cuando, una manada de vacas vigilada por un pastor masái ilustraba la no siempre fácil convivencia entre humanos y animales en aquella parte de Kenia.

Antes de llegar a Masai Mara, telefoneé al Kandili Camp para avisar de mi llegada. Allí me esperaba Ana, una amiga madrileña que me había invitado a pasar unos días en el campamento que dirigía. Quedamos en que me enviaba un 4x4 a Musiara Gate, la puerta más cercana del parque, y que nos veríamos en el campamento.

Me despedí de Max en cuanto llegó el 4x4, conducido por un masái llamado Kamau. Le acompañaba William, un ojeador también masái. Ambos vestían la *shuka*, la manta masái de cuadros con predominio del color rojo. Aquella imagen indicaba que allí empezaba un viaje por una África distinta.

—¿Qué te parece si antes de ir al campamento vamos a visitar una *manyatta*, una aldea masái? —me propuso William—. Cuando se ponga el sol ya iremos al Kandili.

Me pareció una buena idea.

Los primeros exploradores de África Oriental evitaban pasar por lo que ellos llamaban Masailand. Tenían a los masáis por un pueblo muy guerrero y pensaban que era mejor no arriesgarse. De entre todos ellos, sin embargo, hay uno, el escocés Joseph Thomson (1858-1895), que se merece una medalla por haber probado que tenía la suficiente valentía, y buen humor, para atravesar aquella peligrosa región.

En 1882, cuando ya estaba probado dónde nacía el Nilo, la Royal Geographical Society organizó una expedición para ver si había un atajo por Masailand para ir de Mombasa al lago Victoria. El elegido para liderar la expedición fue Joseph Thomson, en buena parte porque el escaso presupuesto no permitía aspirar a mejores exploradores.

Que Thomson, un enamorado de África, era distinto a los Speke, Livingstone, Burton y compañía queda claro en una carta que le escribió a su hermano: «Estoy condenado a ser un vagabundo. No soy un constructor de imperios, no soy un misionero, en realidad ni siquiera soy un científico. Lo que verdaderamente quiero es volver a África y seguir vagando de un lado para otro».

A Thomson le debemos, entre otras cosas, el nombre de uno de los animales que más abundan en África Oriental: la gacela de Thomson, esa que tiene el culo enmarcado por una especie de paréntesis negro. Aparte de esto, escribió un buen libro, *Through Masai Land* (1885), que todavía hoy se lee con agrado.

Thomson se inició como explorador en 1878, a los veinte años, cuando participó como naturalista en una expedición dirigida por el también escocés Alexander Johnston para establecer una ruta segura a los lagos Victoria y Tanganica desde la costa de Tanzania. Johnston enfermó de malaria y disentería al inicio de la expedición y murió en la reserva de Selous, al sur de la actual Tanzania. Thomson tomó entonces el mando y tardó catorce meses en completar el recorrido con buena nota.

En su siguiente expedición, Thomson llegó a Mombasa en marzo de 1893, sabiendo que no le esperaba un camino fácil, puesto que ningún explorador británico se había aventurado todavía por aquellas tierras. Unos meses antes, sin embargo, había partido hacia allí una expedición alemana liderada por Gustav Fischer.

La expedición de Thomson contaba con 113 porteadores que llevaban en total cuatro toneladas de material, incluidos libros de poesía y pilas galvánicas para una de las primeras cámaras de fotos que se utilizaron en África. El camino que atravesaba el desierto del Taru fue duro debido a la escasez de agua, pero Thomson logró salir adelante. Al llegar al pueblo de Taveta, la puerta de entrada a Masailand, se encontró con un ambiente que

parecía el de una comuna hippy *avant la lettre*. «Aquí desconocen la fidelidad conyugal», escribió. «La gente casi podría ser descrita como una comunidad de partidarios del amor libre.»

Cuando vio por primera vez el impresionante Kilimanjaro, a Thomson se le ocurrió que podía subir a la montaña en tan solo un día. No era un plan realista, pero de todos modos lo intentó, aunque no lo consiguió. Volvió a la sabana y, cuando los masáis vieron el poder de las pilas galvánicas, lo tomaron por un mago y le pidieron que curara a los ancianos. Para no decepcionarles, Thomson les ofrecía un vaso con sal de frutas ENO. «Se lo bebían temerosos y temblando mientras aún estaba en efervescencia», escribe. «Después se iban satisfechos.»

En abril, al ver que los masáis estaban en alerta por la llegada de *mzungus*, Thomson optó por regresar a Mombasa. Allí le convencieron de que lo mejor que podía hacer para entrar en Masailand era unirse a una caravana de traficantes de esclavos.

El 11 de agosto Thomson volvió a salir hacia Masailand, esta vez en compañía de un traficante llamado Juma Kimameta. Todo iba bien, hasta que unas mujeres masáis se quejaron de que les tomara fotografías, ya que creían que el aparato las embrujaba, y Thomson tuvo que olvidarse de la cámara.

Los masáis estaban convencidos de que Thomson era un mago y no paraban de acercarse a él para que les curara. Para no decepcionarles, él escupía en las manos de los que «acudían a mí como católicos piadosos acudirían a una curación milagrosa». A una pareja que le pidió concebir un bebé blanco, Thomson les dio el preceptivo vaso de sal de frutas. Sabía que nueve meses después ya no estaría allí para las reclamaciones. En otra ocasión, cuando un jefe le exigió regalos para dejarle pasar y los guerreros le rodearon, amenazadores, Thomson se echó a reír como un bendito y así consiguió que lo dejaran pasar. Más adelante, en un momento de peligro, optó por bailar una danza escocesa, lo que dejó desconcertados a los masáis.

Cuando la expedición llegó al valle del Rift, la hostilidad de los masáis aumentó. Thomson, sin embargo, logró salvar situaciones delicadas gracias a su sentido del humor. En cierta ocasión, por ejemplo, se sacó un diente postizo y se ofreció para, con el mismo método, sacarle la nariz a un masái, que declinó asustado la propuesta.

Thomson se enteró allí de que el alemán Fischer se había visto obligado a regresar después de que casi todos sus porteadores enfermaran. Él, sin embargo, continuó y el 28 de octubre logró llegar a los pies del monte Kenia. Cuando se preparaba para la ascensión, sin embargo, se enteró de que los masáis se habían cansado de su presencia y, ante las amenazas, decidió regresar a la costa.

En el viaje a Mombasa, Thomson fue corneado por un búfalo y enfermó de malaria y disentería. Parecía el final, pero se recuperó milagrosamente sin necesidad de tomar sal de frutas. A la vuelta a Londres, la Royal Geographical Society le concedió la medalla de oro. Al año siguiente, en 1885, publicó *Through Masai Land*.

En 1889 Thompson pasó un año viajando por el centro de Europa con su amigo J. M. Barrie, autor de *Peter Pan*. Tras regresar varias veces a África, falleció en 1895, a los 37 años. Poco antes de morir, dijo: «Si tuviera la fuerza necesaria para vestirme y caminar un centenar de metros, volvería a África ahora mismo».

La *manyatta* que visitamos con William, en el límite del parque de Masai Mara, estaba rodeada de una valla que consistía en un montón de ramas de acacia espinosa que mantenía alejada a la fauna salvaje, como si fuera alambre de espino natural.

Las chozas estaban construidas con un armazón de ramas rectilíneas que los masáis recubrían con boñiga de vaca, como si fuera adobe. El interior, sin ventanas, era oscuro y asfixiante, en especial cuando encendían la hoguera y todo se llenaba de humo. En la puerta, unos niños desnudos, con los ojos llenos de moscas y secreciones, me miraban con asombro, mientras las mujeres cocinaban o hacían collares de cuentas. Los hombres, por su parte, jugaban al *bao* sentados en el suelo, mientras los jóvenes se entretenían chutando un remedo de balón.

En un rincón de la *manyatta*, en un cercado aparte, estaban las vacas. Debía de haber más de cincuenta, llenas de mugre.

—Los masáis vivimos de las vacas —me comentó William—. Cuantas más tienes, más se te respeta.

Un joven masái lanzó una flecha, a un palmo del cuello de una vaca, para mostrarme cómo acertaba en la aorta. Una vez retirada, llenó un cuenco con el chorro de sangre que brotaba y se la bebió. No parecía un alimento muy apetitoso, pero me aseguró William que, mezclado con leche, era una fuente de vigor.

Los masáis son altos, esbeltos y fotogénicos. Suelen cubrirse con una manta roja de cuadros (la *shuka*) y llevan una vara que acredita su condición de pastores. Sus sandalias, antes de cuero, hoy están hechas, en un claro ejemplo de reciclaje a la africana, con trozos de neumáticos usados. En los lóbulos de las orejas se hacen unos grandes agujeros, donde encajan unos canutos en los que guardan medicinas y dinero. Recuerdo que veinte años atrás los masáis solían ponerse en la oreja los botes de los rollos de fotos, pero la aparición de la fotografía digital acabó con esta singular costumbre.

Cuando Gran Bretaña y Alemania trazaron una línea recta para repartirse África Oriental, a finales del siglo XIX, partieron en dos las tierras de los masáis, instalados en la región de los Grandes Lagos. Una parte quedó en el norte de Tanzania, la otra en Kenia. Y así sigue, aunque los nómadas masáis no creen en las fronteras y las cruzan a menudo.

El teniente alemán Moritz Merker fue de los primeros en estudiar a fondo a los masáis. Aprendió su lengua y, después de convivir ocho años con ellos, escribió *Die Masai* (1910), una obra en la que recoge sus creencias y costumbres. Los masáis le dijeron a Merker que procedían del norte, probablemente de las tierras del sur de Etiopía, y que tenían en su mitología los temas de Adán y Eva y el diluvio universal. No creían en una vida después de la muerte; cuando alguien moría, lo abandonaban fuera del poblado para que las hienas y chacales lo devoraran.

Según la tradición, los masáis adoran a un dios llamado Engai que tiene una naturaleza dual: Engai Narok (Dios Negro), que es benévolo, y Engai Nanyokie (Dios Rojo), que es vengativo. La llamada Montaña de Dios, Ol Doinyo Lengai, está situada en el norte de Tanzania y el guía espiritual de los

masáis es el *laibon*, que ejerce a la vez de chamán y de adivino. Se le considera un intermediario entre Engai y el pueblo masái y puede convocar la lluvia.

Merker sostenía que la lengua de los masáis era de origen semítico, aunque en realidad es de origen nilótico. Llegó a escribir que eran «una de las tribus perdidas de Israel». Es por esto que hay quien los ha llamado «los judíos negros». «Considero a los masáis», escribió, «descendientes de los nómadas semitas, a los que pertenecen los más antiguos pastores hebreos.»

En la época colonial, los británicos fueron limitando las tierras de los masáis de un modo progresivo. Sendos tratados de los años 1904 y 1911 redujeron su territorio en un 60 %. Posteriormente, la creación de los parques nacionales los desplazó aún más. Por otra parte, la administración colonial fue cruel con esta etnia. Cuando cometían un crimen, o simplemente cuando no respetaban las órdenes de los colonos, se les confiscaban las manadas de vacas, su principal sustento, condenándolos a la miseria.

Más o menos cada quince años, los masáis convocan a una nueva generación de *moranes*, o guerreros, que involucra a los chicos del poblado de entre doce y veinticinco años. La circuncisión es el ritual de paso y a partir de entonces los futuros guerreros pasan el tiempo vagando, cazando y preparándose para la guerra. Antaño solían vestirse con una piel de cabra que se ataban en un hombro, e iban armados con una porra y una lanza. La lanza estaba hecha de pedazos de mineral de hierro que recogían en los torrentes y, como no sabían templar el acero, era blanda, aunque bastaba para matar a cualquier animal.

Un futuro guerrero masái tenía que demostrar su hombría matando un león. No era fácil, pero asediaban al animal entre varios hasta que el candidato lo atacaba con la lanza. Ahora este ritual está prohibido por el Gobierno, en parte para proteger a los leones, y en parte para proteger a los masáis.

Los masáis valoran mucho la grasa que envuelve el estómago, el corazón y los riñones del león. Huele que apesta, pero, según ellos, si un masái come una cucharada de esta grasa antes del coito, engendrará un niño. Si toma media

cucharada, una niña. En los últimos años, sin embargo, los masáis se muestran más interesados en otras cosas: en los transistores, por ejemplo, en las cámaras de fotos o en las gafas de sol.

Antes de marcharnos de la *manyatta*, los masáis bailaron una de sus danzas tradicionales, de esas en las que pegan grandes botes con los pies juntos, sin perder la verticalidad, mientras sus anchos collares de cuentas de colores oscilan arriba y abajo. Lo que en el pasado era una muestra de intimidación, en el presente se ha convertido en una atracción turística.

Ana salió a recibirnos en cuanto entramos en el Kandili, un campamento formado por grandes tiendas fijas cerca de la Musiama Gate de Masai Mara.

—Mi marido está haciendo gestiones en Nairobi —me contó Ana tras los abrazos—. Es un rollo. Algunos las delegan en *conseguidores* que cobran por agilizarlas, pero nosotros preferimos hacerlo en persona, aunque puede ser desesperante. La burocracia y la corrupción son dos de los grandes problemas de África.

A Ana la había conocido años atrás, en Madrid. Había estado siete veces en Kenia en tres años y le encantaba el país. En cuanto le propusieron dirigir un campamento en Masai Mara, no se lo pensó. Allí se fue con su marido, Aldo, y su pequeño, Lucas, que entonces tenía cinco años.

Me instalé en una tienda bien equipada, con una cama con mosquitera, mesa, armario y todo tipo de comodidades, incluidas ducha y lavabo. Era la confirmación de que los safaris han evolucionado mucho con el paso del tiempo.

El Kandili Camp ocupaba doscientas hectáreas, arrendadas por un período de veinticinco años a siete familias masáis cerca de Leopard Gorge, el lugar donde la BBC filmó años atrás la serie *Big Cat*, dedicada a los grandes felinos de Masai Mara. Al estar cerca del parque, el campamento estaba obligado a tener un bajo impacto ecológico. No se les permitía construir con obra y, si un día se tenía que desmontar, todo tenía que volver a quedar como antes, como si nunca hubiera existido.

Me llamó la atención, a la entrada del campamento, un gran cráneo de elefante al pie de una acacia.

—Un elefante enloquecido mató hace tiempo a un niño en un poblado cercano —me contó Ana—. Los *rangers* mataron al día siguiente al primer elefante que vieron. No es seguro que fuera el asesino, pero en la *manyatta* se quedaron tranquilos. Y ahí quedó su cráneo.

Mientras esperaba la hora de la cena, me senté junto a la hoguera a contemplar la belleza de la sabana, con acacias parasol en primer plano, cebras a unos pocos metros y un par de elefantes en la lejanía. Los nubarrones negros, con relámpagos que agrietaban el cielo, avisaban de que se avecinaba tormenta. Todo era perfecto, hasta que escuché el rugido de un león, fuerte, poderoso, intimidatorio. Cuando comenté que para mi gusto sonaba demasiado cerca, William sonrió y me dijo que el rugido podía oírse hasta a ocho kilómetros de distancia. Si surgían problemas, añadió, había un *askari* (soldado en suajili) que vigilaba día y noche.

Busqué al *askari* con la mirada. Estaba a un centenar de metros, con el fusil al hombro. Confiaba en que aquella noche no se durmiera.

—En mayo llegamos a Nairobi y poco después empezamos a construir el Kandili —me contó Ana mientras cenábamos—. Lo hicimos en solo dos meses y medio.

—Veo que habéis contratado a varios masáis.

—Mi oficina de empleo, cuando llegamos, estaba debajo de una acacia —sonrió—. Venían cada día dos o tres masáis a buscar empleo. Lo primero fue enseñarles. No sabían hacer camas, ya que ellos no tienen. Cuando pusimos electricidad, estuvieron media hora encendiendo y apagando la luz. Cuando vieron una bolsa de agua caliente y les dije que se la ponían los *mzungus* en la cama para no pasar frío, uno me preguntó: «¿Y por dónde meten los pies?». . . Pero que quede claro que son buena gente, y no lo digo por hacerme la Karen Blixen.

—¿Y no has tenido en algún momento la tentación de largarte? —le pregunté.

—Solo cuando llovió durante una semana sin parar. Se cayeron tres tiendas. Me pasaba el día achicando agua y acabé muy cansada. Entonces te preguntas: «¿Qué hago yo aquí?». Pero sigues. Lo alucinante de África es que todo se acaba solucionando. Lo de *hakuna matata* es cierto.

—¿Ha tenido problemas el niño?

—Aquí es feliz. Es el ambiente ideal, tiene una casa en un árbol, juega mucho, ve animales salvajes, fomenta la imaginación... Se construye juguetes, se baña en un barreño...

De noche, ya en la cama, oí cómo cebras y ñus merodeaban muy cerca de mi tienda. Algunos se acercaban tanto que podía ver su sombra recortada contra la lona. Era maravilloso sentirse inmerso en aquella naturaleza desbordante, aunque de vez en cuando el rugido de un león avisaba de los peligros que acechaban en Masai Mara.

DE SAFARI POR MASAI MARA

Mientras desayunábamos en una tienda del Kandili, William me contó que años atrás unos clientes andorranos le habían invitado a su casa en pleno invierno.

—Estuve un mes en Andorra y vi por primera vez la nieve —me contó con una gran sonrisa—. Es fría, muy fría. Yo iba vestido de masái por la calle, con mi *shuka*, y la gente me hacía fotos. Un día me llevaron a Barcelona y no podía ni caminar por la Rambla. Todos me hacían fotos o querían *selfies* conmigo. Me gustó ver el mar. Era la primera vez y no me imaginaba que fuera tan grande.

En Andorra, William fue a una escuela a hablar con los niños y les explicó que allí, en Europa, todos tenían los últimos *gadgets* de moda, pero que en su tierra los niños masái iban a la escuela sin zapatos.

En resumen, a William le encantó viajar a Europa, pero vio cosas que no le gustaron, entre otras lo poco se que se cuida la naturaleza y los demasiados coches.

—Cruzar una carretera es imposible —me dijo—. Es peor que para una cebra cruzar el río Mara. Prefiero vivir aquí.

Tras cargar el 4x4, salimos de safari y nos dirigimos por pistas polvorientas hasta el río Mara, justo en uno de los vados por el que cebras y ñus cruzan a miles durante la gran migración para pasar a las inmensas llanuras del Serengueti, al otro lado de la frontera con Tanzania, o viceversa.

Cuando llegamos a la orilla, una manada de cebras esperaba para cruzar no muy lejos del río, pero no se las veía muy convencidas. Entendí sus reticencias cuando vi a unos cocodrilos apostados en la orilla. Su inmovilidad era absoluta, pero les delataban los ojos que asomaban como periscopios. En caso de que las cebras lograran sobrevivir a los reptiles, al otro lado les esperaban tres leones tumbados a la sombra de unas rocas. El cruce del río se presentaba como una trágica carrera de obstáculos en la que cebras y ñus se jugaban la vida.

Las cebras lanzaban a menudo gritos nerviosos y se agitaban, completamente histéricas. De repente, la manada se deshacía y unas pocas cebras corrían alocadamente hacia el río, levantando una gran polvareda. Daba la impresión de que estaban decididas a cruzar, pero frenaban en seco en el último segundo e iniciaban un rápido retroceso.

Los cocodrilos apostados junto al río se movían con estudiada lentitud, aunque podían ser rapidísimos en el momento del ataque. Su piel coriácea parecía enlazar directamente con la prehistoria. En el centro del río, una docena de hipopótamos permanecían ajenos a la jugada, casi totalmente sumergidos. Para completar la imagen, cerca del 4x4 un elefante solitario paseaba cansinamente en busca de pasto.

—Aun siendo herbívoro —comentó William—, el hipopótamo es el animal que más muertes causa en África. Es muy miedoso y cuando se aleja del río y oye un ruido, corre hacia el agua sin preocuparse de lo que pueda haber en el camino. Es así como causa la mayoría de muertes, ya que puede llegar a pesar hasta cinco mil kilos.

Recordé, mientras William hablaba, un accidente ocurrido años atrás, cuando me encontraba en el delta del Okavango, en Botsuana. Una joven pareja se fue a pasear en barca por uno de los brazos del río. Sin querer, rozaron con el remo a un hipopótamo y este reaccionó lanzando la barca por los aires. Cuando el hombre cayó, lo hizo con tan mala fortuna que fue a parar a las fauces del animal. Uno de los colmillos del hipopótamo se clavó en el corazón del hombre, causándole la muerte inmediata.

El elefante también es herbívoro, pero puede ser igual de peligroso, en especial cuando se trata de hembras que protegen a sus crías, o de machos enloquecidos.

—Hace pocos años, una pareja británica en luna de miel vino a Masai Mara y pudo comprobar lo peligrosos que son —me contó William—. Él insistía en que si te acercas lentamente no hay peligro y le propuso a su esposa hacer un safari a pie.

—¿Y qué ocurrió?

—Tuvieron la mala suerte de encontrar una elefanta con su cría. Al acercarse, los atacó y la mujer se echó al suelo; el hombre, en cambio, echó a correr. La elefanta lo alcanzó y lo mató. No hay muchas muertes en Masai Mara. Esta fue la última. Las imprudencias en África se pagan.

Unos segundos después se me cayó la tapa del objetivo y, llevado de un acto reflejo, salté del coche para recogerla. Todo fue muy rápido, pero William me riñó, muy serio. Un león agazapado en la hierba habría podido matarme en cuestión de segundos. La fauna africana tiene esas cosas: queda muy bien en las fotos, pero si te descuidas, acaba contigo en un santiamén.

El mundo de los safaris ha evolucionado mucho en los últimos cien años. Cuando empezaron, a principios del siglo XX, no había carreteras, ni en Kenia ni en Tanzania, y la duración habitual de una expedición solía ser de unos tres meses, aunque podía alargarse hasta cinco o más. Otra diferencia importante es que no eran fotográficos, como ahora, sino de caza.

Los primeros safaris, para ricos europeos o norteamericanos, los organizaban cazadores profesionales y se hacían a pie. Precisaban por tanto de muchos portadores que tenían que llevar en la cabeza grandes fardos con alimentos, tiendas, mesas y sillas de campaña. En la expedición iban también cocineros, sirvientes, ayudantes de caza, guardias armados (*askaris*), ojeadores y unas cuantas mulas.

A aquellos cazadores profesionales se les llamaba *white hunters* (cazadores blancos). Casi todos eran británicos de buena familia que habían ido a África para cazar a lo grande y allí habían convertido su afición en una profesión.

El término *white hunter* se originó a partir de un cazador llamado curiosamente Alan Black, contratado en Kenia, hacia 1890, por Lord Delamere. Por lo visto, el barón tenía dos cazadores, uno blanco y otro negro.

Para evitar confusiones, decidió referirse a Alan Black como el «*white hunter*», dándose la divertida contradicción de que Black significa precisamente «negro». El término hizo fortuna y a los grandes cazadores de la época se les llama *white hunters*.

El Gobierno colonial británico fijó en 1909 una licencia de caza, por la que había que pagar 50 libras, que autorizaba al cazador a matar 2 búfalos, 2 hipopótamos, 1 eland, 22 cebras, 6 órix, 4 antílopes acuáticos, 1 kudú grande, 4 kudús pequeños, 10 topis, 26 ñus, 229 antílopes, 84 monos y un número indeterminado de leones y leopardos. Era una buena oferta, aunque sanguinaria.

Los cazadores blancos solían ser tipos duros y a menudo originales. Alan Black, uno de los grandes, adornaba su sombrero con las puntas de las colas de los catorce leones devoradores de hombres que había matado. A Fritz Schindelar, que había sido oficial de húsares en Hungría, le gustaba cazar a caballo, hasta que lo mató un león.

Otros grandes cazadores de la época fueron John Hunter, de quien ya hemos hablado, y el barón Bror von Blixen-Finecke, marido de Karen Blixen. «Cacé leones en lugares donde ahora se alzan ciudades y disparé contra los elefantes desde la locomotora del primer ferrocarril que cruzó el país», escribió Hunter. «En el espacio de la vida de un hombre he visto cómo la selva se convertía en tierras de cultivo y tribus enteras de caníbales pasaban a ser obreros de fábrica.»

Blixen, por otra parte, tuvo entre sus clientes al escritor Ernest Hemingway, que al parecer lo tomó como modelo para *La corta vida feliz de Francis Macomber*, un relato en el que la esposa de un rico americano se enamora de un cazador durante un safari.

Después de divorciarse de Karen, en 1925, el barón se casó dos veces más. Su segunda esposa era una noble inglesa, Jacqueline Alexander, y la tercera, la aventurera sueca Eva Dickson, la primera mujer que cruzó el Sáhara en coche. La pareja, que fue invitada por Hemingway a pasar la luna de miel entre Cuba y las Bahamas, tuvo un mal final: en 1938 Eva murió en un accidente de coche en Bagdad, cuando regresaba de un largo viaje en el que había conducido en solitario de Estocolmo a Pekín, siguiendo la Ruta de la

Seda. A Blixen le enviaron un telegrama con la trágica noticia, pero se encontraba de safari y no se enteró hasta dos meses después, cuando ya habían enterrado a Eva en Estocolmo.

Denys Finch Hatton, el amante de Karen Blixen, fue otro gran cazador. Había nacido en Inglaterra, en una familia noble, en 1887, y había estudiado en Eton y en Oxford. Era culto, poseía una buena biblioteca y era capaz de recitar de memoria los grandes clásicos. Gran aficionado a la caza, emigró a África en 1911, a los veinticuatro años, pero no se convirtió en cazador profesional hasta 1925.

Finch Hatton llegó a ser *white hunter* del príncipe de Gales en 1928 y 1930. En sus últimos años expresó su preocupación por temas conservacionistas y escribió cartas al *Times* de Londres criticando las matanzas indiscriminadas de animales en Kenia. Su muerte en un accidente de avioneta, en 1931, causó una gran consternación entre la colonia británica.

Las horas pasaban lentamente junto al río, sin salir del vehículo y con la cámara a punto, esperando a que las cebras se decidieran a cruzar. William permanecía atento al menor movimiento que pudiera haber en la manada, confundida en un mar de polvo y un desorden de rayas blancas y negras. Entre ellas, había también algunos ñus.

—La cebra es estúpida —apuntó William, riendo—, pero el ñu aún más. Tiene el cerebro del tamaño de una nuez. Hace unos años vi cómo una madre ñu cruzaba este río, dejándose la cría atrás. Esta se puso a chillar y la ñu, conmovida, volvió a cruzar. El problema es que cuando ella cruzó, la cría lo hizo en sentido contrario. Se cruzaron sin verse en medio del río y cuando ambas llegaron, se sorprendieron al ver a la otra en la otra orilla. Fue ridículo.

La espera era tensa. Algunas cebras hacían de vez en cuando amago de cruzar, pero no se decidían. Se aproximaban al río por distintos sitios, pero los cocodrilos estaban siempre al acecho, inmóviles como troncos. Los leones, sin embargo, cansados de esperar, decidieron largarse.

Un par de horas después, cuando parecía que ya no habría actividad, una decena de cebras se atrevió por fin a dar el salto. Penetraron en el río en grupo y corrieron para alcanzar la otra orilla. Un cocodrilo se deslizó con sigilo en

el agua y, cuando menos se lo esperaban, ¡zas!, reapareció para hundir sus dientes en el cuello de una de las cebras. Todo fue muy rápido: el ataque, la cebra intentando zafarse, el desespero de las otras y el cocodrilo que se hundió con su presa.

En el río quedó tan solo un inquietante remolino, mientras las cebras huían despavoridas. Al cabo de unos segundos reapareció el cocodrilo con la cebra despanzurrada, las vísceras esparcidas y una gran mancha de sangre. Era el final.

En los siguientes minutos, unos cuantos grupos de cebras consiguieron llegar a la otra orilla. Lo celebraban con chillidos histéricos que invitaban, a las que todavía no se atrevían, a cruzar el río para unirse a la migración hacia el Serengueti.

En la otra orilla, el muro de tierra y barro cedía ante las pezuñas de cebras y ñus, que resbalaban en su desesperado intento de huir del río. Los cocodrilos, atentos, atacaban sin piedad a las que volvían a caer, de modo que todo quedó envuelto muy pronto en una gran polvareda, con el río Mara teñido de sangre.

La gran migración, protagonizada por dos millones de herbívoros, es uno de los grandes espectáculos de África. Tiene lugar en el ecosistema de Masai Mara y el Serengueti, dos parques separados por la frontera entre Kenia y Tanzania. La superficie de Masai Mara es de 1.510 kilómetros cuadrados, frente a los 15.000 de las grandes llanuras del Serengueti.

Está claro que la fauna salvaje no entiende de fronteras. La migración se inicia a partir de abril, cuando cesan las lluvias y las llanuras del Serengueti empiezan a secarse; los herbívoros cruzan entonces la frontera y el río Mara en busca del pasto de las tierras altas de Masai Mara. Cebras y ñus recorren en esta aventura más de tres mil kilómetros, comiendo unas 4.500 toneladas de hierba al día. Es el gran momento de esas tierras.

—A finales de noviembre, las manadas inician el regreso hacia el sur, hacia el Serengueti —apuntó William—, aunque el calendario nunca es exacto. Depende de las lluvias. Por otra parte, siempre quedan animales rezagados. En

cualquier caso, la gran migración es uno de los mayores espectáculos de África.

Es evidente que la gran migración atrae a multitudes de turistas, pero varias organizaciones ecologistas han denunciado en los últimos tiempos la proliferación de *lodges* en Masai Mara. Hay, según dicen, más de ciento cincuenta desperdigados por el parque y alrededores, de los que solo una cincuenta cumplen con la normativa medioambiental. Las cifras oficiales señalan que 300.000 turistas visitan Masai Mara cada año, y que en los meses de julio y agosto la cifra alcanza las 10.000 visitas diarias.

Se ha planteado la posibilidad de limitar el acceso para proteger el ecosistema, pero los 80 dólares diarios que costaba la entrada en 2018, a los que hay que añadir el precio de las noches en el *lodge*, el vehículo, el conductor y el ojeador, hacen que el Gobierno de Kenia prefiera mirar hacia otro lado. Al fin y al cabo, en un solo año Masai Mara genera unos ingresos de 16 millones de euros.

El primer león que vi en Masai Mara era de hecho una leona. Estaba echada sobre la hierba, completamente inmóvil, tan quieta que parecía muerta. Allí estaba, tumbada en medio de la sabana, sola, ajena a la expectación que generaba entre los turistas. Cuando levantó la cabeza un instante para ver qué pasaba, disparé una ráfaga de fotos, hasta que la leona decidió desentenderse de todo y volver a tumbarse.

—Los leones son así —me aclaró William—. Están inactivos veinte horas al día. Les quedan cuatro para moverse y cazar, pero prefieren hacerlo de noche. El calor del día les agobia.

La primera lección es evidente: con los leones hay que tener paciencia, mucha paciencia. Son pocos, no suelen prodigarse y no son muy partidarios del movimiento. Con los ñus, las gacelas y las cebras es mucho más fácil, ya que se calcula que en algunas épocas del año hay en Masai Mara más de un millón de ñus, medio millón de gacelas y trescientas mil cebras. Los elefantes y las jirafas son muchos menos, pero tienen la ventaja de que se ven de lejos. Con ellos queda claro que, en la sabana, el tamaño sí importa.

El segundo león que vi, a orillas de un riachuelo, tampoco se mostraba muy activo, pero tenía la ventaja de vivir en manada. Había dos machos, con una gran melena, y cinco hembras tumbados entre los árboles, y unos cuantos cachorros retozando. El momento de gran actividad llegó cuando una leona se desperezó, se puso en pie sin prisa y caminó unos pocos metros, con andar cansino, hasta la siguiente sombra. Allí se desplomó y volvió a instalarse en la vagancia.

—El número de leones de una manada varía —me ilustró William mientras los observaba—. La media es de quince, pero hay manadas de hasta cuarenta. Las leonas suelen ir a cazar de noche, mientras los leones protegen la manada.

Se calcula que un león pesa entre 150 y 450 kilos y que, cuando persigue a las presas, puede alcanzar una velocidad de hasta sesenta kilómetros por hora. Son cifras de récord. Y también lo son las que indican que un león puede aparearse cincuenta veces en un día hasta con cinco leonas distintas. Buen promedio, aunque hay que tener en cuenta que cada acto dura solo unos pocos segundos.

Los safaris son a menudo un ejercicio extremo de paciencia. No sabes en qué momento saltará la sorpresa, pero hay que estar siempre atento y en tensión, por si acaso. A medida que pasan las horas, acabas por ignorar a las gacelas, que al principio fotografiabas con entusiasmo, por exceso de oferta. Lo mismo ocurre con las impalas y los búfalos. A las hienas las descartas por poco fotogénicas, así como a chacales y a facóqueros. Las jirafas y los elefantes, en cambio, están entre los más cotizados en el tema fotográfico, junto con los rinocerontes, leones y leopardos. Algunos son esquivos, pero hay que insistir, aunque a veces tienes la impresión de que un safari se acaba convirtiendo en un largo viaje en el que vas dando vueltas y más vueltas por la sabana, a la espera de que salte la liebre... o un león.

No hay que bajar nunca la guardia, aunque a veces la alerta de que hay un león en la cercanía no la da el ojeador, si no un atasco de 4x4, llenos de turistas que se estorban entre ellos y pugnan por fotografiar al león desde el mejor ángulo posible.

Mi mejor momento en Masai Mara llegó cuando un león solitario de poderosa melena atacó, no muy lejos del 4x4, a un búfalo herido que se había rezagado de la manada. El felino, oculto en la hierba, se lanzó sobre el búfalo de improviso, clavándole sus fauces y sus garras en el lomo. Este, sin embargo, se revolvió y consiguió ahuyentar al león con su cornamenta. Todo ocurrió en un instante, pero aquella escena me permitió asistir desde primera fila a la dura lucha por la supervivencia en África.

Por la tarde fuimos con William en busca de leopardos. Después de mucho esperar, conseguimos ver a uno de estos animales, quizás el más bello de África. Estaba subido a un árbol donde daba cuenta tranquilamente de una gacela recién cazada.

Mientras lo observaba, recordé un incidente que me ocurrió años atrás en el delta del Okavango, cuando iba con un amigo fotógrafo, Andoni Canela, buscando unas pinturas rupestres que nos habían dicho que había en una cueva. Miramos en la primera, y nada. Cuando iba a entrar en la segunda, sin embargo, salió de repente un leopardo que debía de estar durmiendo en la cueva. Le vi saltar a tan solo un par de metros por delante, con una admirable agilidad. Después del gran salto, corrió a refugiarse en un bosque cercano. Confieso que a mí me temblaban las piernas, pero Andoni aún tuvo el valor, o la inconsciencia, de correr tras él para ver si conseguía fotografiarlo. Los fotógrafos, ya se sabe, siempre tienen un plus de valor, como los *white hunters*.

LOS ELEFANTES DE AMBOSELI

Fue un momento mágico, estelar. A la llegada al parque de Amboseli, las nubes se retiraron y apareció de repente el gran Kilimanjaro: una mole altísima, fuera de toda proporción, con la cumbre nevada y un incontestable dominio sobre el amplio territorio que lo rodeaba. Pasados unos minutos, las nubes lo ocultaron de nuevo, pero me sentí afortunado por haber podido volver a ver, ni que fuera por unos segundos, la montaña más alta de África.

Poco después me presentaban a Jonah, el ojeador masái que nos acompañaría, a mí y a cuatro turistas franceses, en la visita a aquel pequeño parque de menos de cuatrocientos kilómetros cuadrados. Los safaris hacen extraños compañeros de viaje; en esta ocasión me tocó compartir el 4x4 con dos parejas de franceses circunspectos que no eran precisamente la alegría de la huerta. Eran, para entendernos, de esos que llevan los bajos de los pantalones dentro del calcetín y se pasan el día untándose de Relec por miedo a que los mosquitos les contagien la malaria.

Me hubiera gustado visitar en Amboseli a Cynthia Moss, una norteamericana nacida en 1940 que lleva desde 1972 estudiando los elefantes del parque, pero me dijeron que justo aquellos días se encontraba en Estados Unidos.

Moss es una reportera de *Newsweek* que, en 1967, durante un viaje a Tanzania, quedó tan fascinada por los elefantes que decidió abandonar su trabajo de periodista para consagrarse a su estudio. En África, Moss conoció al zoólogo escocés Ian Douglas-Hamilton, hijo de un lord que fue un héroe piloto durante la Segunda Guerra Mundial, y de Ann Prunella Stack, una

activista pro derechos humanos y pro derechos de los animales. Fue Ian, que fundaría en 1993 la organización Save the Elephants, quien la ayudó a profundizar en el estudio de los elefantes.

Cynthia Moss hizo famosa a *Echo*, una gran elefanta a la que le hizo un larguísimo seguimiento de 36 años, desde 1973 hasta que murió, a los 65 años, en 2009. A ella y a sus ocho hijos les dedicó Moss varios libros en los que documenta la estructura social y el comportamiento de los elefantes de Amboseli.

La pista estaba embarrada por las recientes lluvias, pero la sabana presentaba un verde magnífico. Apenas entramos en el parque, casi nos dimos de bruces con una gran manada de cebras, unos cuantos ñus, unas hienas al acecho de un búfalo herido y un montón de babuinos, impalas y gacelas. Todo era maravilloso, pero aún lo fue mucho más cuando apareció una manada de más de doscientos elefantes.

Los elefantes cruzaban la pista con parsimonia, en una larga hilera de a dos en dirección al lago. Tuvimos que esperar a que pasaran todos, pero fue una dulce espera. Me encantaba ver cómo los elefantes, guiados por un ejemplar enorme, caminaban envueltos en un silencio de siglos. Los más pequeños trotaban y jugaban, con las trompas oscilando como si no tuvieran nada que ver con el resto del cuerpo, mientras las madres los vigilaban y los machos no perdían en ningún momento el control de la manada.

Me llamó la atención que mientras los cinco europeos del coche estábamos de pie, emocionados, fotografiando a los elefantes, Alphonse, el guía de los franceses, permanecía sentado, leyendo tranquilamente las páginas deportivas de un periódico.

—Yo soy keniana —sonrió—. Ya he visto muchos elefantes en mi vida.

—Pero hay más de doscientos —alegué—. Este es un gran momento.

Eché un vistazo por la ventanilla, comentó sin inmutarse que, en efecto, había muchos y volvió a concentrarse en el periódico tras murmurar que su equipo de fútbol había perdido y no estaba para tonterías.

Aquella noche dormimos en un campamento montado en un extremo del parque, con varias tiendas bajo las acacias. Todo parecía perfecto, hasta que uno de los franceses descubrió que no había wifi.

—¡No hay wifi! —gritó, desesperado.

Los otros tres franceses se unieron a la protesta. Pobres. ¿Qué harían sin poder enviar mensajes por WhatsApp ni subir fotos a Instagram o a Facebook? Se les veía desolados. Cuando les dije que tampoco estaba tan mal renunciar a internet por unos días, y más estando en un lugar tan espectacular, me miraron como si fuera un mísero troglodita.

Después de cenar en el mismo campamento estuve un rato echado en la tienda, escuchando los exóticos chillidos de los animales salvajes y, mucho más cerca, el zumbido de los insectos y escarabajos que revoloteaban y chocaban contra la lona. En aquel momento me acordé de Speke y de su incidente en el lago Tanganica, cuando un escarabajo se le metió en la oreja y le provocó una infección que le tuvo varias semanas sin poder comer. Como medida de precaución, me levanté para comprobar que la cremallera de la tienda estaba bien cerrada y ponerme tapones de algodón en los oídos.

Siempre me han fascinado los elefantes. La primera vez que vi uno, en África, tuve la impresión de que estaba contemplando un mamífero que llegaba directamente de la prehistoria. Su gran tamaño, que puede llegar a los cuatro metros de altura y a las siete toneladas de peso, y su inteligencia me conmovieron desde el primer momento. Cuando lo vi derribar un árbol como quien derriba una pluma me di cuenta de su gran fuerza.

Parece mentira que un mamífero tan grande coma solo hierba. Claro que no come poca: hasta 250 kilos por día. Podría decirse que lo único que hacen los elefantes a lo largo de su vida es andar y comer, ya que dedican catorce horas diarias al tema.

Cuando nace un bebé elefante, tras veintidós meses de gestación, puede llegar a pesar hasta ciento veinte kilos. En libertad, pueden vivir hasta los setenta años. Se agrupan formando un matriarcado, con las hembras

controlando la manada y cuidando de los pequeños. Los lazos entre los grupos familiares son tan intensos que, según Cynthia Moss, sólo se deshacen mediante la muerte o la captura.

Una familia de elefantes puede tener entre ocho y cien ejemplares, dependiendo de las características del terreno. Los machos suelen marcharse a los catorce o quince años para vagar solos o formar una manada con otros machos. El macho dominante es el que lidera el grupo.

Lo que más llama la atención en el elefante es la trompa, que puede tener hasta dos metros de largo y es utilizada para respirar, olfatear, absorber agua y coger troncos u otros objetos. Los colmillos, que utilizan como arma de ataque o de defensa, pueden llegar a medir tres metros y a pesar más de cien kilos. El hecho de que sean de marfil provoca el ataque de los furtivos, que obtienen un buen dinero en el mercado negro.

Las grandes orejas, que no paran de ventear, tienen muchos vasos sanguíneos y les permiten controlar la temperatura del cuerpo. Sus piernas son como columnas y son famosos por su memoria.

En 1979 había un millón trescientos mil elefantes en África. Diez años después quedaban solo unos seiscientos mil. Los furtivos, las enfermedades y la destrucción del hábitat son las principales causas de esta disminución. En 2012 quedaban 440.000.

Existe el mito del cementerio de elefantes, popularizado a través de películas como las de la serie *Tarzán*, que apuntaba que cuando un ejemplar presentía la muerte, se iba a morir a un lugar determinado, donde había una gran cantidad de huesos y colmillos. Pero no se basa en evidencias. Lo que sí es cierto es que el elefante es uno de los pocos animales que tiene, como los hombres, un ritual de la muerte. Cuando ven los huesos de un elefante, estos animales se quedan quietos, olfateándolos. Se ha visto a bebés elefante llorar ante la muerte de la madre.

El hecho de que se comuniquen a gran distancia, al parecer mediante ultrasonidos, y que huelan el agua a varios kilómetros, es otro de los misterios de este gran mamífero que de algún modo es capaz de inspirar ternura.

La historia de África está llena de incidentes con elefantes. Incapaces de permanecer en los límites de la reserva, a veces invaden las plantaciones más cercanas y provocan la alarma entre la población. Por otra parte, están los furtivos, dispuestos a jugarse la vida para matar un elefante.

No es fácil, sin embargo, matar un elefante, y menos si está encolerizado. Bill Judd, uno de los primeros grandes cazadores de África, murió por culpa de un elefante a los 57 años. Tras dispararle dos tiros a un gran ejemplar, este cargó contra él. Volvió a dispararle, pero el elefante continuó avanzando hacia él, furioso. Le agarró con la trompa y lo estampó varias veces contra el suelo, hasta darle muerte. El hijo de Bill, Jack, consiguió matar al elefante, pero no pudo hacer nada por salvar a su padre.

Muchas voces se han alzado contra las cacerías de elefantes, en especial en los últimos tiempos. Beryl Markham, en *Al oeste con la noche*, escribió: «Es absurdo para un hombre matar a un elefante. No es brutal, no es heroico y ciertamente no es fácil. Es una de esas cosas absurdas que hacen los hombres, como construir una presa en un gran río».

La sequía causa también a veces la muerte de muchos elefantes en África. Ocurrió, por ejemplo, en los años 1970 y 1971, cuando en el Parque Nacional del Tsavo, en Kenia, murieron unos diez mil elefantes. Según Clive Spinae, autor del libro *Elephants*, entre 1979 y 1989 murieron en África 691.000 elefantes, de los que se obtuvieron 8.800 toneladas de marfil que fueron a parar al mercado negro. En esos diez años, la mitad de los elefantes de África cayeron a manos de los furtivos.

En 1989 se prohibió comerciar con marfil, pero a pesar de todo el tráfico sigue en el mercado negro. El explorador Henry Stanley escribió hace ya muchos años: «Cada libra de marfil ha costado la vida de un hombre, una mujer o un niño; por cada cinco libras se ha quemado una choza; por cada dos colmillos se ha destruido un poblado entero [...]. Resulta sencillamente increíble que por el hecho de que se necesite marfil para fabricar adornos o bolas de billar, haya que devastar el corazón de África».

Hay un bello libro de Peter Beard, *The End of the Game*, publicado por primera vez en 1963, con unas excelentes fotografías en blanco y negro de la desaparición de los elefantes, sobre el final de una era. «Hace solo cincuenta

años», escribe Beard, «el hombre debía ser protegido de los animales, hoy los animales tienen que ser protegidos del hombre.»

Nacido en Nueva York en 1938, Beard se enamoró de África la primera vez que viajó allí, en 1955. Se compró una granja en las colinas de Ngong, no muy lejos de la de su admirada Karen Blixen, a la que fue a visitar a Dinamarca en los años sesenta. «Si hay alguien que en su vida y en su persona resume la vieja África, perdida más allá de las excavaciones», escribe en *The End of the Game*, «esta es Karen Blixen.»

Para Beard, África ha cambiado demasiado en los últimos setenta años. «Cuando llegué por primera vez a Kenia, en agosto de 1955», escribe, «no hubiera podido adivinar lo que pasaría. La población de Kenia era de apenas cinco millones de habitantes, con unas cien tribus diseminadas por su infinita tierra virgen. Era auténtica, sin perder su belleza natural, con una fauna abundante. Todos estaban de acuerdo en que era tan grande que no podía ser destruida. Hoy, la población de Kenia, de más de 30 millones de habitantes, acaba con los recursos limitados del país a gran velocidad: rodeando, aislando y presionando sin cesar los últimos reductos de vida salvaje en una África desnaturalizada.»

A este cambio radical lo calificó Beard de *The End of the Game*, que puede traducirse como el final del juego o el final de la caza. A partir de 1960, Beard trabajó como fotógrafo en el Parque Nacional del Tsavo, donde documentó la muerte de miles de elefantes. Este es el punto de partida de *The End of the Game*, un libro de una belleza estremecedora que no deja de ser como el réquiem por una era.

Cuando al día siguiente salimos del campamento de Amboseli, con la primera luz del día, Jonah nos condujo al río Setenkai. Los caminos seguían enfangados y vimos varios ñus, cebras, gacelas, impalas, aves... Era evidente que estábamos en África, pero de un safari siempre esperas algo más. Cuando ya nos dábamos por vencidos, sin embargo, Jonah avistó un guepardo cerca del camino, a la sombra de un árbol. Poco después vimos a otros tres. Estaban

agazapados, separados entre ellos unos cuatro metros, mirando en la misma dirección, hacia una manada de impalas, totalmente ajenos al peligro que les acechaba.

En medio de un silencio expectante, vimos desde el vehículo cómo los guepardos avanzaban en silencio, pegados al suelo. Eran una madre y tres cachorros que ofrecían una estampa perfecta. Los estuvimos siguiendo durante un par de horas, hasta que los impalas olieron el peligro y se fueron corriendo.

Cuando regresábamos al campamento, las nubes cubrían el cielo y el Kilimanjaro seguía sin dejarse ver.

—Si quieres tenerlo cerca, vete a Arusha —me aconsejó Jonah.

—Estuve allí hace unos años y me encantó —le dije.

—Pues piensa que estamos solo a unos cuarenta kilómetros en línea recta del Kilimanjaro. Solo tienes que cruzar la frontera con Tanzania y ya casi estás.

No me desagradó la idea. Es más, el mismo Jonah me informó de la manera de viajar hasta Arusha en un *matatu* que me podía recoger a la salida del Parque Nacional de Amboseli.

Cuando a última hora de la mañana abandoné, junto con mis cuatro compañeros franceses, el campamento de Amboseli, ya se había confirmado un cambio de última hora. Ellos, como estaba previsto, irían a Nairobi para volar de regreso a Francia, donde por fin podrían sacarse los bajos de los pantalones de los calcetines. Yo, por mi parte, había decidido que alterarí mi plan de viaje para volver a Arusha, para volver al Kilimanjaro.

QUINTA PARTE
TANZANIA, DE NUEVO

LAS NIEVES DEL KILIMANJARO

Llegué a Arusha, en *matatu*, después de estar bloqueado durante una hora en la caótica frontera entre Kenia y Tanzania por un problema de burocracia a la antigua: ¡no lograban encontrar el papel carbón! La burocracia, por cierto, es una de las grandes herencias que los colonialistas europeos dejaron en África. A los funcionarios locales les encanta hacer copias y más copias de cualquier formulario, por insignificante que sea. Es muy probable que la copia vaya a parar después a una papelera, pero esto es un tema secundario. Lo realmente importante es todo el proceso de hacer la copia gracias a este gran invento que es el papel carbón.

Mientras esperaba, podía ver una larga cola de camiones mal aparcados y de keniatas o tanzanos que viajaban a pie y que esperaban pacientemente que les dejaran pasar. Cuando por fin llegó el dichoso papel, todos se pusieron de pie y los trámites se agilizaron. Fue entonces cuando pude entrar en Tanzania con la sensación de quien regresa a un lugar familiar.

Visité por primera vez Arusha en los años noventa, y he regresado varias veces allí desde entonces, aunque Arusha ha crecido tanto que cada vez que voy tengo la sensación de que se ha convertido en una ciudad nueva, con más hoteles, más agencias de safaris, muchísimos más coches y, por supuesto, muchos más turistas.

—A este paso, las calles de Arusha serán un atasco permanente —le comenté al taxista que me llevaba al centro desde la caótica estación de autobuses.

—Arusha no para de crecer —me confirmó—. Además de las agencias de safaris, ahora muchas ONG que trabajan en África han fijado su base aquí.

—¿Y por qué?

—Pues porque Arusha es más segura que Nairobi, tiene mejor clima y está cerca de la frontera con Kenia.

El taxista tenía razón. Todo parecía jugar a favor del crecimiento de Arusha, una ciudad próxima a los grandes parques nacionales de Tanzania que empezó como un pequeño asentamiento alemán a finales del siglo XIX y que en 1907 contaba solo con un único hotel de nombre joyceano, el Bloom's. En los años cincuenta seguía siendo una pequeña ciudad de ocho mil habitantes, pero últimamente había crecido hasta alcanzar el medio millón.

Me alojé en el Equator, un agradable hotel con jardín que se encuentra cerca de la plaza del Reloj, un discreto monumento que se hizo famoso años atrás gracias a la película *Hatari* (1962), de Howard Hawks. En ella, tres pequeños elefantes, al ritmo de la contagiosa música de Henry Mancini, pasean por el centro de Arusha provocando sustos en bares y tiendas, mientras John Wayne, un aventurero que trabaja cazando animales salvajes para zoos, persigue a una fotógrafa interpretada por Elsa Martinelli.

Hatari, que significa «peligro» en suajili, es un buen título para esta película, ambientada en el mundo de los safaris y rodada en parajes extraordinarios de Tanzania. De todos modos, mi relación con Arusha no tenía nada que ver con *Hatari*. Si había viajado hasta allí desde Amboseli era porque me apetecía volver a visitar un lugar mágico, el cráter del Ngorongoro, y para recordar mi ascensión, veinte años atrás, al mítico Kilimanjaro.

Los misioneros alemanes Johannes Rebmann y Johann Ludwig Krapf fueron los primeros blancos en ver el Kilimanjaro, en 1848. Ambos estaban destinados en Mombasa, en la costa de Kenia, y en un viaje hacia el interior, por tierras del Tsavo, de repente apareció en el horizonte una altísima montaña con la cumbre nevada. Al principio no dieron crédito a lo que veían, pero los indígenas que les acompañaban les dijeron que, en efecto, allí se alzaba la montaña más alta.

Hubo polémica tras el anuncio del descubrimiento, ya que algunos científicos británicos se negaron a admitir que pudiera haber nieve tan cerca del Ecuador. El llamado Debate de la Nieve duró hasta 1862, cuando el barón

alemán Karl Klaus von der Decken ascendió hasta los cuatro mil metros y le sorprendió una nevada. A partir de aquí, la Royal Geographical Society admitió que había nieve en el Kilimanjaro y Von der Decken calculó que la montaña tenía una altura de unos seis mil metros, una cifra muy cercana a los 5.895 que se le atribuyen en la actualidad.

Otro misionero, el metodista británico Charles New, intentó el ascenso a la montaña por dos veces, en 1871 y en 1874. Cuando llegó al pie de la montaña y anunció su intención de subir a la cumbre, los indígenas se burlaron de él. «¿Quién eres tú para escalar el Kilimanjaro?», le dijeron. A pesar de todo, New contrató un guía para la ascensión y consiguió llegar hasta la nieve. Cuando cogió con un pico un trozo compacto de hielo, sus portadores le dijeron que podría venderla como medicina, a lo que él contestó que se derretiría cuando bajaran. Los portadores se rieron de él. «¿Desde cuando las piedras se derriten?», le dijeron.

En el segundo intento, los indígenas que vivían al pie de la gran montaña le robaron a Charles New todo cuanto tenía, le hirieron y le obligaron a regresar a Mombasa, donde murió poco después.

Durante diez años no se registraron más intentos de ascensión, pero el Kilimanjaro ya se había convertido en una montaña de gran valor estratégico. En 1886, alemanes y británicos establecieron que el Kilimanjaro marcaba el límite entre sus territorios coloniales. Al sur de la montaña era territorio de Alemania; al norte, de Gran Bretaña. Hay quien asegura que la reina Victoria regaló el Kilimanjaro a su sobrino, el futuro káiser Guillermo II, para su cumpleaños, pero la historia no parece que sea cierta. Se cuenta, más que nada, para justificar la discontinuidad de la línea recta que marca la frontera entre Kenia y Tanzania, que sufre una distorsión para incorporar la gran montaña a Tanzania. El acuerdo real fue, según los expertos, que Mombasa y Zanzíbar quedarían en manos británicas a cambio de ceder el Kilimanjaro a los alemanes.

En 1889, el geólogo alemán Hans Meyer logró ascender al Kilimanjaro, en su tercer intento, gracias a que estableció varios campamentos para asegurarse el suministro de agua y comida. Le acompañaban el austriaco

Ludwig Purtscheller y el guía local Yohanas Kinyala Lawdo. Eran los tiempos de la colonización alemana y al pico más alto le pusieron por nombre Káiser Guillermo.

En los inicios del siglo XX, los alemanes construyeron varios refugios para poder ascender más fácilmente al Kilimanjaro, pero el estallido de la Primera Guerra Mundial suspendió las expediciones. Unos años después, en 1926, el misionero alemán Richard Reusch descubrió en lo alto del macizo, a unos 5.800 metros de altura, el cadáver de un leopardo congelado.

Reusch cortó una oreja del leopardo como prueba, lo que inspiró a Ernest Hemingway *Las nieves del Kilimanjaro*, un relato que se inicia con estas palabras: «El Kilimanjaro es una montaña cubierta de nieve, de 5.895 metros de altura, y dicen que es la más alta de África. Su nombre, en masái, es *Ngai Ngai*, Casa de Dios. Cerca de la cumbre se encuentra el cadáver seco y helado de un leopardo, y nadie ha podido explicarse nunca qué estaba buscando el leopardo por aquellas alturas».

El 9 de diciembre de 1961, el primer día de la independencia de Tanganica, se plantó la bandera del nuevo Estado en la cima, rebautizada como pico Uhuru, nombre que significa «libertad» en suajili.

Tras convertirse en Parque Nacional en 1973, el Kilimanjaro se fue abriendo paulatinamente al turismo. Primero fueron los montañeros, pero dado que su ascensión no presenta grandes dificultades (aparte del mal de altura provocado por la escasez de oxígeno en la cumbre), el número de aspirantes a coronarlo no hace más que aumentar.

Después de pensarlo detenidamente, decidí que no tenía sentido volver a subir al Kilimanjaro. Al fin y al cabo, me bastaba con el recuerdo de mi ascensión. Había, además, otros motivos: las colas eran ahora mucho más largas, el precio del permiso estaba por las nubes... y yo tenía veinte años más.

Lo que sí hice, para sentirme más cerca del Kilimanjaro, fue viajar en autobús hasta Moshi, a los pies de la gran montaña. Desde allí me acerqué en minibús a la Marangu Gate, una de las puertas de acceso al Parque Nacional

del Kilimanjaro, sin otra pretensión que la de sentir el latido de la montaña y observar las caras de los que iban a subir. Por el camino, la majestuosa visión de la enorme montaña me hizo ver que no me había equivocado al volver allí.

Una variopinta multitud de turistas de todas las nacionalidades imaginables se aglomeraba en el centro de recepción de Marangu. El principal cambio, respecto a veinte años atrás, era que habían construido nuevos edificios, todo estaba más masificado y las mochilas y la ropa de montaña eran ahora de colores vivos, con dominio del rojo, el verde y el naranja. Los bastones ultraligeros, las botas, los dibujos de las gorras y la estilización de las cantimploras también ilustraban la evolución de la moda de montaña.

Mientras veía a decenas de turistas haciendo cola para el inevitable papeleo, me senté en un rincón con una cerveza y conecté la máquina de la nostalgia para repasar mi ascensión veinte años atrás: la corta caminata del primer día, por una amplia pista que se abría paso entre árboles gigantes, me había llevado hasta el refugio de Mandara, a 2.700 metros de altura. Lo que más recordaba de aquel lugar era unas instalaciones precarias en las que entraba frío por las ventanas rotas y que dormí en unas incómodas literas.

Al día siguiente, el guía insistió en que camináramos *pole pole* (poco a poco) y en que bebiéramos mucha agua para evitar que nos atacara el mal de altura. La cola, en fila india, era larga, sobre todo porque cada uno de nosotros estaba obligado a llevar un par de porteadores. A medio camino, cuando desapareció la vegetación, la visión de los tres conos volcánicos del Kilimanjaro —el Kibo (5.895 metros), el Mawenzi (5.149 metros) y el Shira (3.962 metros)— me hizo ver, por si albergaba alguna duda, que el ascenso merecía la pena. Por debajo, un mar de nubes velaba el mundo inferior, como si hubiéramos entrado en otra dimensión, en la morada de los dioses.

Hay siete rutas oficiales para ascender al Kilimanjaro y yo, como muchos otros, elegí hace veinte años la de Marangu, la más fácil. Los alpinistas de verdad la menosprecian llamándola Ruta Coca-Cola. De todos modos, para alguien poco entrenado llegar al segundo refugio, el de Horombo, a 3.700 metros, ya supone un esfuerzo considerable.

—Cada año intentan subir al Kilimanjaro unas 60.000 personas —me informó un guía que se sentó a mi lado, mientras esperaba a que su grupo cumpliera los trámites del ascenso.

—¿Y cuántos los consiguen?

—Un 65 % hacen cumbre. No todos están lo bastante preparados.

—Lleguen o no, es un buen negocio para Tanzania.

El guía se rio.

—El Kilimanjaro genera unos ingresos anuales de más de 50 millones de euros —me dijo— y da trabajo, entre guías, porteadores y cocineros, a unas 11.000 personas. No sé qué haría Tanzania sin esta montaña. Es un auténtico regalo de los dioses.

Para redondear la información, añadió que el montañero catalán Kilian Jornet, que en septiembre de 2010 tardó siete horas y catorce minutos en subir y bajar del Kilimanjaro, ostentaba el récord de ascenso. Por otra parte, un niño norteamericano de siete años, Keats Boyd, era el más joven entre los que habían llegado a la cumbre, mientras que el récord más longevo lo logró en 2014 la siberiana Angela Vorobieva, de 86 años.

—¿Con qué grupo vas a subir? —me preguntó el guía.

—No subo —le dije.

—¿Y qué estás haciendo aquí? —se sorprendió.

—Recordar cómo era todo esto hace veinte años, cuando subí al Kilimanjaro.

—Recordar siempre es menos cansado que subir —se rio—. Y más barato.

Poco después lo veía iniciando la ascensión con un grupo de ocho personas, uno detrás de otro, bien equipados, sonrientes. A saber cuántos lograrían hacer cumbre.

Del tercer día de ascenso a la gran montaña, entre los refugios de Horombo y de Kibo, situado ya a 4.700 metros, recordaba la fascinante desolación del desierto de altura, un paisaje lunar, y la sensación de estar en un lugar límite, azotado por un viento helado. Cada vez me costaba más caminar, pero conseguí llegar más o menos entero. La mala noticia fue que las condiciones del último refugio, el de Kibo, eran tan mínimas que, en vez de literas, me tocó

tumbarme en una dura tarima comunitaria. El baño, por otra parte, era tan solo un triste agujero en el suelo, en el interior de una pequeña y sucia cabaña que daba a un precipicio.

A medianoche, cuando tenía la sensación de que no había dormido nada, me despertó el guía para afrontar el último tramo. Teníamos que salir a aquella hora ingrata para llegar a la cima hacia las 5 de la madrugada y ver desde allí la salida del sol. Estaba muy oscuro, la temperatura era de unos cuantos grados bajo cero y la cima del Kibo parecía una mole inconquistable. Pero no había más remedio que seguir avanzando paso a paso, con la cabeza gacha y la luz frontal encendida para ver dónde ponía los pies. En procesión, en zigzag, uno detrás de otro, *pole pole*. De vez en cuando, una estrella fugaz rasgaba el cielo de punta a punta, entre un mar de estrellas y un silencio de impresión.

El camino era largo y empinado. Había que acompasar el paso y vaciar la mente. Todo iba bien hasta que me atacó el maldito mal de altura. Desorientación, mareo, pérdida de la visión... La sangre no me llegaba al cerebro y notaba la falta de oxígeno. Me senté un rato para recuperarme, pero el guía me urgía a no detenerme. Seguí. Un rato después pasábamos junto a la cueva en la que pernoctó Hans Meyer cuando subió al Kilimanjaro en 1889. Y poco después llegábamos a Gilman's Point, a 5.700 metros.

Solo quedaba caminar por el cráter del Kibo, ocupado por un glaciar, y subir hasta el pico Uhuru, a 5.895 metros de altura, pero cuando intenté ponerme en pie me di cuenta de que las piernas no me obedecían y de que lo veía todo borroso. Sabía que el único remedio contra el mal de altura era bajar de inmediato, pero antes de hacerlo conseguí enfocar la mirada para contemplar aquel paisaje grandioso, con las crestas del Mawenzi alzándose al final del desierto de altura y un mar de nubes ocultando la llanura. Todo era tan maravilloso que tuve la impresión de estar contemplando un mundo todavía virgen, sin asomo de contaminación y con una bellísima naturaleza que lo dominaba todo.

Cuando empezó a caer el sol, decidí que ya tenía bastante de recuerdos y regresé a Arusha en autobús. Me había gustado volver a la Marangu Gate, pero no me apetecía subir de nuevo al Kilimanjaro. Me bastaba con saber que la

gran montaña seguía allí, presidiendo el paisaje con su altura desmesurada, como un mudo testigo de la larga historia de África.

Antes de marcharme, me fijé en un mensaje que había en el tablón de anuncios del centro de recepción. Lo firmaba un alemán desesperado que ofrecía una generosa recompensa a quien encontrara y le enviara los diez carretes de diapositivas que había extraviado mientras bajaba del Kilimanjaro. Sonreí. Por lo visto, había algo peor que no subir al Kilimanjaro: llegar a la cima y perder en el descenso todas las fotos que lo acreditaban.

DE SAFARI *LOW COST*

Me quedé unos días en Arusha, paseando sin rumbo fijo, leyendo en la terraza, observando la vida de la ciudad y bebiendo cerveza en el jardín del Equator. Por una parte, tenía ganas de volver cuanto antes al cráter del Ngorongoro, uno de los lugares más espectaculares de África, pero por otra sentía que no debía tener ninguna prisa. En África insisten en que la prisa es una enfermedad típica de los europeos, y probablemente tienen razón cuando repiten una frase tópica: «Los europeos tenéis los relojes, pero los africanos tenemos el tiempo». Sea como sea, es cierto que en África el tiempo transcurre de un modo distinto, sin urgencias. Por otra parte, en un viaje largo siempre es bueno parar de vez en cuando, abrir un paréntesis para dejar paso a la ociosidad y, si hay suerte, a que ocurra algo imprevisto.

Aproveché los días libres para informarme sobre si había una manera alternativa, al margen de las agencias, de ir de safari por el Ngorongoro. Después de dar muchas vueltas, acabé fiándome de Jack, un grandullón simpático que dirigía un camping en Arusha y que, por un precio asequible, ofrecía su viejo 4x4 para llevar pequeños grupos de seis personas a los parques nacionales.

—Iréis con conductor y cocinero, y dormiréis en tienda casi cada día — me informó—. No será tan cómodo, pero veréis lo mismo que ven los otros, aunque el safari dura menos días. Ya te avisaré cuando tenga un grupo.

Dos días después, Jack me citó en el bar del Equator. Cuando bajé, él ya estaba allí, junto con un polaco y dos parejas de italianos. El polaco, un joven alto y desgarrado que trabajaba de camarero y hablaba un inglés deficiente, se presentó como Adam y dijo que venía de Varsovia. Los italianos se llamaban

Marco, Giovanna, Pietro y Patrizia. Rondaban los 35 años, venían de Milán y vestían con un cuidado estilo milanés, sin dejar nada a la improvisación. Se dedicaban a algo relacionado con las nuevas tecnologías, aunque no conseguí entender qué era exactamente. Giovanna era rubia y Patrizia, morena; ambas delgadas y pizpiretas; Marco era delgado y con una cuidada barba recortada, y Pietro, más bien gordo, con el rostro colorado y gafas de pasta. Me gustó que no hablaran en voz alta en plan notas, como hacen a veces algunos italianos.

—Saldréis mañana a primera hora —nos informó Jack tras las presentaciones—. Iréis con Anthony, el mejor guía y conductor de Arusha, y con Johnny, un buen cocinero.

Al día siguiente, a las 6 de la mañana, salíamos medio dormidos del Hotel Equator, con el 4x4 cargado hasta los topes. Desde el primer momento quedó claro que Anthony conducía bien, sin brusquedades, y que además era simpático y eficiente. Johnny apenas hablaba; lo suyo eran los fogones. El polaco también callaba y los italianos hablaban entre ellos, pero raramente se dirigían a mí. Supongo que hubieran preferido ir solos, pero mi inclusión en el grupo, junto con la de Adam, les ayudaba a abaratar el precio del safari.

El primer día fuimos al Tarangire National Park, no muy lejos de Arusha. Se trata de un parque grande, de unos tres mil kilómetros cuadrados, con extensas llanuras por las que pastan miles de cebras y ñus, además de otros muchos representantes de la fauna africana. Era emocionante verlos caminar bajo el sol, atentos al más mínimo ruido para largarse a la carrera mientras levantaban una densa polvareda.

Cuando nos paramos a comer en lo alto de un acantilado que dominaba una curva del río, pudimos ver una imagen que parecía sacada del Jardín del Edén: una veintena de elefantes que jugaban remojándose en el agua con la ayuda de sus trompas.

Fue un buen día, aunque no conseguimos ver leones, lo que provocó un mohín de fastidio en Giovanna, decidida partidaria de los grandes felinos. De todos modos, la visión de los majestuosos baobabs del Tarangire ya justifica de por sí el viaje.

Los baobabs, unos árboles enormes que pueden llegar a tener hasta treinta metros de altura y diez de diámetro, vienen a ser como las catedrales de África. Algunos crecen en zonas muy secas, ya que tienen la capacidad de acumular muchos litros de agua en su tronco. Se les divisa desde muy lejos y su corteza, tersa y correosa, tiene la apariencia del cuero. Sus ramas, que pueden ser muy pequeñas en relación con el tronco, justifican una leyenda que cuentan en África: durante la Creación, unos baobabs se quejaron a Dios de que los había plantado en una zona poco agradable. Harto de sus protestas, Dios los lanzó a la parte más dura de África, con tan mala fortuna que aterrizaron al revés. De ahí viene, dicen, que sus ramas parezcan raíces, aunque hay quien dice que son más bien como una gran mano de dedos crispados que clama al cielo.

—*È veramente la fine del mondo!* —repetía Patrizia cuando veía algo excepcional, fuera un elefante, una manada de impalas o de búfalos, un gran baobab o un pequeño dicdic pegando saltos entre la hierba.

Al salir del Tarangire, nos llamaron la atención unos remolinos del aire que, debido al calor, levantaban unas misteriosas y efímeras columnas de polvo. No me sorprendió cuando Anthony nos contó que algunos masáis contaban que eran los espíritus de los antepasados que buscaban llamar la atención.

Acampamos por la tarde en un pueblo llamado Mto wa Mbu, a la sombra de un gran baobab que nos daba un generoso cobijo. No muy lejos había una gran plantación de plátanos que parecía asediar a las casas del pueblo, alineadas junto a la pista de tierra que hacía las veces de carretera.

—Aquí hay unas treinta variedades de plátanos —nos informó Johnny—. La tierra es muy fértil. El único problema es que a veces un elefante despistado entra en la plantación y causa grandes destrozos.

—¿Y qué hacen entonces?

—Lo asustan golpeando cacerolas para que se marche. Si no lo consiguen, llaman a los *rangers*, que lo ahuyentan con disparos al aire. Solo en casos contados, cuando se muestran muy agresivos, tienen que matarlos.

Era el precio que tenían que pagar por vivir tan cerca de Manyara. De todos modos, la población local parecía resignada a convivir con una fauna salvaje que proporcionaba muchas divisas al país.

Johnny, que hasta entonces había estado muy discreto, sacó sus pucheros del 4x4 y se *lució* por la noche con una cena a base de arroz hervido y pollo a la brasa. De postre, plátanos; en Mto wa Mbu no podía ser otra fruta.

Junto a la hoguera, animados por la cerveza, los italianos se lanzaron a cantar, con especial insistencia en el éxito *Azzurro*, compuesto por Paolo Conte y popularizado por Adriano Celentano. Cuando cantaron aquello de «*Cerco un po' d'Africa in giardino, tra l'oleandro e il baobab...*» («busco un poco de África en el jardín, entre la adelfa y el baobab...»), todos miramos al baobab que teníamos al lado y nos echamos a reír. Y cuando vino lo de «*non c'è il leone, chissà dov'è*» («no hay ningún león, ¿quién sabe dónde está?»), nuestras miradas se concentraron en Giovanna, que repitió que daría lo que fuera por ver un león.

A la mañana siguiente, al salir de mi tienda, me encontré a Giovanna con el pelo revuelto y cara de mal humor.

—*Le zanzare m'hanno massacrato* —se quejó.

Los malditos mosquitos le habían dado la noche.

—¿Sabes qué significa Mto wa Mbu? —le pregunté.

—No.

—Río de Mosquitos.

Giovanna hizo una mueca de fastidio y siguió su camino hacia la ducha.

Pasamos el día en el Parque Nacional del Lago Manyara, donde vimos muchos hipopótamos, flamencos, búfalos y jirafas, pero ningún león. «*Non c'è il leone, chissà dov'è...*», cantaron los italianos siguiendo el compás de *Azzurro*, pero ni por esas. Adam me miró sin comprender nada y yo renuncié a explicárselo. Me limité a decirle que la vida, a veces, es muy complicada.

El 4x4 se había portado bien hasta entonces, pero el motor falló justo en un momento delicado. Estábamos en un camino estrecho y poco transitado, y un centenar de metros más adelante había una elefanta medio oculta detrás de un baobab, con su cría muy cerca.

—No bajéis del coche —nos ordenó Anthony.

Él, sin embargo, saltó del vehículo con agilidad, abrió la capota y tocó algunos cables hasta que el motor volvió a ponerse en marcha.

—¿Qué habríamos hecho si la elefanta hubiera cargado? —le pregunté.

—Rezar —se rio.

Después de la Segunda Guerra Mundial, con la llegada del automóvil a África, los safaris cambiaron. Ya no se tenían que organizar expediciones con porteadores y se podía limitar el tiempo. Hunter lo describe así: «Montado cómodamente en uno de estos potentes vehículos, el cazador actual puede transportar un abundante equipo y no necesita preocuparse por la falta de comida o por los rayos abrasadores del sol. Puede recorrer ciento cincuenta kilómetros por día con relativa facilidad, mientras que en los safaris a pie no se pasaba de los treinta kilómetros diarios tras una marcha agotadora».

Y añade: «La ventaja más importante es que un camión no está sujeto a bruscos cambios de humor. A diferencia de un porteador del antiguo safari, un camión no desertará súbitamente, impelido por la nostalgia que siente de su esposa o a causa de lo duro de la marcha. Solo cuando has tenido que soportar los abandonos emocionales de varias docenas de porteadores se aprecian las ventajas de un camión».

Si hacía falta, los safaris se hacían a lo grande. Un ejemplo, cuando el Aga Khan fue a cazar a Kenia, en 1946, la compañía Leslie Tarlton's Safariland Ltd. tendió una línea de telégrafo hasta su campamento, además de construir una pista de aterrizaje para que pudiera recibir a los ilustres visitantes y suministros de lujo.

De todos modos, la caza no era siempre el centro absoluto de los safaris. Cuenta Hunter que, cuando le contrataban, sabía que «la caza era solo la décima parte de su trabajo». El noventa por ciento restante consistía en entretener y divertir a los clientes.

Los cazadores, por su entorno de desafío, muerte y sangre, estaban rodeados de un halo romántico y, como los toreros, tenían *sex appeal*. A menudo eran asediados por las mujeres que participaban en los safaris, tal

como retrató Hemingway en algunos de sus relatos, o como se ve en las películas *Mogambo* o *Las minas del rey Salomón*.

Muchos de los clientes, por otra parte, pensaban que lo que no debía faltar nunca en una expedición de caza era mucho whisky. Que se lo pregunten si no a Hemingway. Hunter cuenta en sus memorias que, cuando le contrató un conde francés, se llevó más botellas de whisky que cartuchos, «y resultó una medida muy acertada». La condesa, por cierto, fiel al tópico de los *white hunters*, no tardó en asediar a Hunter.

Cuando llegó la tarde, viendo que los italianos no paraban de quejarse de los malditos mosquitos y de las muchas picadas que tenían por todo el cuerpo, Anthony nos anunció que la segunda noche de nuestro safari *low cost* la pasaríamos en una pensión de Karatu, una ciudad situada justo antes de la larga cuesta que llevaba al Ngorongoro.

La pensión, situada en una calle sin asfaltar de las afueras, era muy sencilla: de una sola planta, con un bar en la entrada y un patio interior con seis habitaciones distribuidas alrededor. Era discreta y limpia, pero me llamó la atención que había varios anuncios de condones en las paredes, con unas viñetas que dejaban claro para qué servían y cómo tenían que utilizarse. Cuando aparecieron en el bar unas chicas con poca ropa que nos lanzaban miradas insinuantes, quedó claro que la noche podía ser movidita.

Nos encerramos después de cenar en las respectivas habitaciones. Eran muy sencillas, con suelo de tierra batida, una bombilla que colgaba del techo, ventana sin cristales pero con barrotes, una cama como único mueble y una vela y cerillas por si acaso.

Estuve leyendo un rato y, justo cuando apagué la luz, empezó el *show*: unas voces procedentes del bar que poco a poco fueron subiendo de volumen y terminaron mezclándose con el ruido inconfundible de cristales rotos. Estaba claro que había estallado una pelea. Por si acaso, me levanté para asegurarme de que la puerta estaba cerrada con llave.

Los gritos continuaron un buen rato, hasta que de repente volvió la calma. Cuando ya parecía que todo se había arreglado, me alarmaron unos golpes muy cercanos, demasiado cercanos. Alguien estaba aporreando mi puerta.

—*This is my room!* —gritaba una voz oscura—. *I want to fuck!*

Al parecer, le había quitado su habitación preferida a un cliente del burdel. Me encogí en la cama y no contesté, rezando para que la puerta no cediera. Los gritos y golpes continuaron en medio de la noche, hasta que el hombre debió de conformarse con ir a desahogarse a otra habitación.

Al final me dormí, pero me desperté a medianoche con ganas de mear. Seguían llegando gritos desde el bar, pero ahora parecían de alegría y jolgorio. Sonaba una música de ritmo contagioso y debían de estar bailando. El lavabo estaba fuera, junto al bar, pero preferí no arriesgarme a salir de la habitación y oriné en una botella vacía.

Cuando a las 3 de la madrugada cesó la música, por fin conseguí dormirme de nuevo. Pero no por mucho tiempo, ya que a las 5,30 me despertaba Anthony para volver a la carretera.

Lo primero que vi al salir de mi habitación, con la botella llena de orina en la mano, fue a los otros dos italianos, también con botellas rellenas de un líquido amarillo. Nos miramos y nos echamos a reír.

—Parece que más que una pensión esto es un burdel —le comenté a Anthony.

—La verdad es que la diferencia entre ambos nunca está muy clara en África —sonrió—. ¿Habéis podido dormir?

—A ratos.

—Lo siento —se excusó—. Me han dicho que una de las chicas le robó la cartera a un cliente. Este se dio cuenta y empezó una pelea a la que se sumaron todos. Las botellas y las sillas volaron por los aires, hasta que la cartera apareció tirada en el suelo.

Mientras desayunábamos, en el patio de la pensión, las chicas que habían estado trabajando de noche lavaban las sábanas con esmero. Mientras las miraba, una de ellas me dirigió una sonrisa y me guiñó el ojo. Por lo visto, cualquier hora del día era buena para tentar a un nuevo cliente.

Para salir de la pensión, tuvimos que pasar por el bar. En medio de un zafarrancho, una muchacha muy joven barría con parsimonia los fragmentos de cristal y los restos de sillas que tapizaban el suelo. Sonrió. Al cabo de unos minutos, seguro que todo volvería estar limpio y en perfecto estado de revista, como si no hubiera pasado nada.

EL MUNDO PERDIDO DEL NGORONGORO

A la salida de Karatu, una larga cuesta nos llevó, entre una vegetación exuberante que parecía asediar la pista, hasta el punto más alto del cráter del Ngorongoro. El viejo 4x4 no parecía muy convencido del esfuerzo; Anthony tampoco. La prueba es que de vez en cuando nos teníamos que parar porque el motor se calentaba demasiado. El conductor le añadía agua poco a poco y le hablaba en voz baja en suajili, supongo que dándole ánimos para proseguir la marcha. Pasados unos minutos, volvíamos a la carretera sin que, la verdad, se notara mucha mejora.

Al final, sin embargo, a base de paciencia y de dosificar esfuerzos, logramos llegar a un mirador, situado a 2.600 metros de altura, que daba al cráter del Ngorongoro. La vista era sencillamente maravillosa, como si nos estuviéramos asomando al Jardín del Edén o al Paraíso Terrenal. El cráter, de unos veinte kilómetros de diámetro y 260 kilómetros cuadrados de superficie, aparece desde lo alto como la enorme pista de un gran circo, rodeado de altos muros naturales de hasta seiscientos metros de altura que dificultan el descenso hasta ese mundo perdido en el que habita lo mejor de la fauna africana. El abundante pasto, la lluvia abundante, una zona de humedales y el lago Magadi justifican la concentración de tantos animales. No se ve ninguna casa, ni tampoco campos cultivados ni postes de tendido eléctrico, nada que recuerde a la civilización. Bueno, sí, a aquella hora tan temprana ya había unos cuantos 4x4 que patrullaban de un lado a otro del cráter, en busca de animales que serían fotografiados desde todos los ángulos imaginables.

—Lo único que no veréis aquí son jirafas —nos advirtió Anthony—. La cuesta es demasiado empinada para que la bajen o la suban.

—Es maravilloso —suspiró Adam.

Todos estuvimos de acuerdo: se hacía difícil imaginar un mejor escenario. El cráter del Ngorongoro parecía condensar la belleza esencial de África.

Años atrás, la primera vez que estuve allí, solo había un camino de acceso al cráter, pero el incesante aumento de turistas había provocado que construyeran una pista de entrada y una de salida, mientras que el tiempo total de estancia de un grupo en el cráter se había limitado a un máximo de seis horas.

—Más gente, más dinero —resumió el polaco.

—Este es el problema —admitió Anthony—. Esperemos que no afecte a la fauna.

Recordé en aquel momento una frase del escritor Paul Theroux: «Cuando veo que un lugar adquiere fama de paradisíaco, sé que al cabo de pocos años se habrá convertido en un infierno». Es una frase terrible, pero, por desgracia, cierta en muchos casos. De todos modos, confío en que el exceso de turistas no llevará al maravilloso Ngorongoro a morir de éxito.

Los masáis, que vivieron en el cráter del Ngorongoro durante cerca de cuatrocientos años, lo abandonaron a finales del siglo XIX a causa de una peste que diezmaba su ganado. Cuando quisieron volver, en 1928, el cráter ya era zona protegida y no se lo permitieron, por lo que tuvieron que quedarse en las montañas de los alrededores, donde todavía viven en sus *manyattas*, fieles a sus tradiciones y con sus rebaños de vacas.

El explorador austriaco Oskar Baumann fue el primer europeo en entrar en Ngorongoro, en 1892. En la expedición que emprendió entre 1891 y 1893 describió un asentamiento masái, diezmado por la hambruna, en el interior del cráter. En su libro de 1894, *Durch Massailand zur Nilquelle* (A través de Masailand hacia las fuentes del Nilo), describe un triste panorama: «Había mujeres esqueléticas con unos ojos brillantes que expresaban la locura del hambre, guerreros que no eran capaces ni de gatear, y ancianos lánguidos y apáticos. Y muchos buitres que los seguían desde el aire, esperando a unas víctimas seguras».

En aquella expedición, saliendo de la costa de Tanzania, Baumann logró llegar hasta el lago Victoria y descubrió por el camino los lagos Manyara y Eiasi. No fue un viaje fácil: de los 195 expedicionarios que salieron, murieron más de cuarenta.

En 1896, Baumann fue nombrado cónsul del Imperio austrohúngaro en Zanzíbar, pero poco después tuvo que regresar a Viena por culpa de una enfermedad y falleció, a los 35 años, en 1899.

Siete años después de la expedición de Baumann, los hermanos alemanes Adolf y Friedrich Siedentopf montaron una granja en las seis mil hectáreas de tierra que las autoridades coloniales les dieron en el cráter del Ngorongoro. En la granja tenían muchas avestruces y ñus, y se cuenta que uno de sus negocios consistía en enlatar las lenguas de los ñus, un manjar muy cotizado entonces, y enviarlas primero en carreta a Arusha y a la costa de Tanzania, y después a Alemania en barco.

En 1914, Friedrich empezó a organizar safaris por el cráter, pero el estallido de la Primera Guerra Mundial lo cambió todo. Friedrich se alistó en el Ejército alemán y su hermano Adolf fue detenido e internado como prisionero en la India hasta 1920. Tras regresar a Hamburgo, emigró a Estados Unidos, donde abrió un *drugstore* en Alabama. Murió en 1932. Su hermano Friedrich regresó a Tanganica y murió en un accidente de avión cuando participaba en un safari.

El paleontólogo y neurólogo alemán Wilhelm Kattwinkel fue el primero en estudiar desde un punto de vista científico la región del Ngorongoro. En 1910 se fue de viaje con su esposa a África Oriental para investigar la enfermedad del sueño. Fue entonces cuando descubrió la garganta de Olduvai, la gran llanura del Serengeti y el cráter del Ngorongoro.

El cazador John Hunter, que estuvo por allí con un safari en los años veinte, cuenta en sus memorias que cuando llegó al Ngorongoro, en un tiempo en el que no había ni pistas ni caminos, el cráter estaba repleto de caza. «Todos los fantásticos relatos que habían llegado a mis oídos sobre el Ngorongoro», escribe, «no eran nada comparados con aquellos verdes campos sembrados de manadas de animales.»

Hunter llegó al Ngorongoro caminando desde Arusha, con una expedición de 150 porteadores. Todo se debía al capricho de dos clientes norteamericanos que, llevados por el ansia de aventura, querían ir a cazar «a territorios inexplorados».

Cuando llegaron al cráter, aún estaba en pie la granja de un inglés llamado George Hurst, que había ocupado el lugar de los hermanos Siedentopf. Un elefante había matado a Hurst diez días antes, y Hunter se ocupó de llevar algunas de sus posesiones a su hermano, en Nairobi. Este le dijo que no pensaba ir a vivir a la granja y que se la arrendaba por 45 rupias al año. A Hunter no le interesó porque era un lugar demasiado inaccesible. Sin embargo, se lamenta en sus memorias: «¡Ah, quien hubiera previsto que llegaría un día que el Ngorongoro estaría a dos días de automóvil de Nairobi y sería uno de los mayores centros turísticos de África!».

La granja se la quedó finalmente, en 1922, el escocés Sir Charles Ross, inventor del rifle Ross, muy utilizado en la Primera Guerra Mundial. Era de buena familia, había estudiado en Eton y en el Trinity College de Cambridge y participó como oficial en Sudáfrica en la segunda guerra de los Bóers. Él mismo se preocupó de dictar una serie de limitaciones a la caza para proteger la fauna del cráter.

En 1951, el Serengueti se convirtió en un Parque Nacional y en 1959 la NCAA (Ngorongoro Conservation Area Authority) tomó el control de la zona. Se prohibió que hubiera granjas en el cráter y en 1972 se prohibió la caza en toda Tanzania.

A finales de los años cincuenta, el naturalista alemán Bernhard Grzimek, director del zoológico de Hamburgo, estuvo toda una noche perdido en el Ngorongoro. Estaba filmando la fauna del cráter y había quedado con su hijo, Michael, que le recogería con la avioneta por la tarde. Una avería, sin embargo, se lo impidió. Bernhard abrió entonces el trípode de la cámara cinematográfica y lo cubrió con una lona, como si fuera una tienda, para pasar la noche.

Al ver que no conseguía dormir, optó por caminar para ver si encontraba a pastores masáis. Tuvo suerte y encontró a seis guerreros, acompañados de dos muchachos. Ellos le ayudaron: le ofrecieron dormir en su choza y mataron una oveja para que pudiera comer. Tras pasar la noche en la choza, los masáis

le acompañaron hasta donde había dejado su equipo y le ayudaron a trasladarlo a un pequeño bosque que hay en el cráter. Mientras caminaban, ahuyentaron con sus gritos a unos leones que se acercaban demasiado. Al final, Bernhard Grzimek pudo poner fin a su aventura al ver a dos coches que le estaban buscando.

Me imagino que el naturalista debió de pasar un mal rato durante aquella noche en el Ngorongoro, solo en medio de la oscuridad y rodeado de fauna salvaje, pero también pienso que debió de vivir momentos sublimes, bajo el cielo estrellado, cenando con los masáis y sintiéndose muy poca cosa en medio de aquel paisaje sublime.

El lento descenso al Ngorongoro es de los que impresionan. Son solo veinte minutos, pero da la sensación de que te adentras por un atajo a un mundo en el que la naturaleza sigue reinando sin discusión como lo hacía miles de años atrás.

Los primeros animales que vimos, cerca de los humedales, eran unas hienas que comían lo que quedaba de un ñu que debían de haber matado los leones. Era un espectáculo tan desagradable que no tardamos en reemprender la marcha. Poco después aparecieron unos hipopótamos holgazaneando en una charca y, por fin, un león medio oculto entre las hierbas.

—*Un leone!* —exclamó Giovanna, feliz.

Los italianos lo fotografiaron a placer, pero lamentaron que la hierba estuviera demasiado alta. Pietro parecía incluso dispuesto, con tal de complacer a su querida Giovanna, a bajar del 4x4 para aplastar la hierba, pero Anthony le convenció de que no era una buena idea.

—Los leones del Ngorongoro no salen nunca del cráter —nos ilustró Anthony—. Debe de haber unos setenta. Saben que si salen, arriba están los masáis, que protegen el ganado con sus lanzas.

Mientras conducía, Anthony intercambiaba de vez en cuando información con otros conductores con los que nos íbamos cruzando: todos estaban de acuerdo en que no era un buen día para ver a los cinco grandes: león, leopardo, búfalo, rinoceronte y elefante. Por lo visto, no tenían muchas ganas de exhibirse.

Vimos, de todos modos, un impresionante rinoceronte negro, a un centenar de metros del 4x4. Se veía enorme, poderoso, como una máquina acorazada con un cuerno amenazador. Asustaba solo de imaginarlo atacando, corriendo a toda velocidad con sus cuatrocientos kilos de peso contra una posible víctima. El cuerno es su gran arma, pero también su desgracia, ya que en la medicina tradicional China el polvo de cuerno de rinoceronte forma parte de los ingredientes de algunos remedios pretendidamente milagrosos. Esta es la causa de que lo cacen los furtivos. Saben que el cuerno de rinoceronte puede alcanzar precios muy altos en el mercado negro.

A principios del siglo XX había medio millón de rinocerontes en el mundo, pero la cifra ha disminuido hasta unos 28.000. En el momento de escribir este libro, la Fundación Save the Rhino publicó las cifras de rinocerontes asesinados en Sudáfrica por los furtivos en 2017. Fueron 1.028, lo que supone casi tres por día. Demasiados.

—En 1968 había más de cien rinocerontes en el cráter —nos informó Anthony—. En 1977 la cifra bajó a veinticinco por culpa de los furtivos. Actualmente, sin embargo, gracias a un programa de reintroducción, hay unos cincuenta.

Una manada de cebras y ñus nos alegró la última hora de la mañana, hasta el punto de rodear el 4x4 e impedirnos avanzar. Era emocionante ver tan cerca a aquella fauna salvaje. De todos modos, cuando vimos que un león lejano concentraba a más de treinta coches de safari, optamos por retirarnos a la zona de picnic, junto al lago. También aquello estaba lleno, pero por lo menos podías bajar del coche, estirar las piernas y comer algo. La mayor atracción eran los milanos que, atentos a cualquier indicio de comida, se lanzaban en picado para hacerse con los bocadillos de los turistas. Dada la inactividad de los leones, aquella fue la mayor muestra de agresividad animal que vimos aquel día en el Ngorongoro.

Después de comer, proseguimos viaje hacia el cráter del Empakaai, mucho más pequeño que el del Ngorongoro, de una soledad atávica e invadido por el color rosa de los flamencos. Desde allí se veía, a lo lejos, el Ol Doinyo Lengai, «la montaña de Dios» de los masáis. El humo que desprendía nos

recordaba que era un volcán que seguía activo, como lo prueban las erupciones de 2007 y 2008. El Ngorongoro, por cierto, se formó entre dos y tres millones de años atrás, cuando el volcán entró en erupción.

Regresamos a la parte alta del cráter del Ngorongoro pasando por unos cuantos poblados masáis, con rebaños de vacas guardados por pastores, poblados ensimismados y una preciosa luz crepuscular que parecía acariciar aquel paisaje de ensueño.

Acampamos en lo alto del cráter, en un claro del bosque donde Johnny nos preparó una buena cena, con la sorpresa de unas patatas fritas que hicieron las delicias de Adam. Había buen ambiente en el grupo, pero Giovanna se quejó de que no había visto a ningún león atacando. Anthony le hizo ver que aquello era cuestión de suerte.

—Mañana, en el Serengeti, veremos más leones —remató—. Cuantos más hay, más posibilidades tenemos de ver un ataque.

Cuando me fui a dormir a la tienda, empezó a llover y el olor de la hierba mojada y los gritos de los animales salvajes me llevaron a un dulce sueño. Soñé que estaba en el Ngorongoro, y me gustó aquella sensación de estar viviendo, como decía Patrizia, «*nella fine del mondo*».

LA INMENSIDAD DEL SERENGUETI

A primera hora me despertaron los gritos de Anthony.

—Ya dormiréis cuando estéis en casa —repetía—. A África se viene a hacer el turista, a trabajar veinticuatro horas al día.

No le faltaba razón. Cuando vas de safari, los días se alargan y las noches se acortan. Afortunadamente, las soberbias puestas de sol que tiñen el cielo de un rojo encendido hacen que la emoción estética ayude a olvidar el cansancio acumulado.

Después del desayuno, proseguimos viaje hacia el Serengueti en medio de una niebla que se iba disipando a medida que avanzábamos, siempre con Anthony al volante y acompañados de la canción que se había convertido en una especie de himno del grupo: *Azzurro*. Sonaba a menudo con el ritmo alegre que le da Adriano Celentano. Era evidente que el grupo del safari ya estaba cohesionado y, desde el momento en que Adam y yo nos apuntamos a cantar, los italianos nos aceptaron como si fuéramos milaneses de pura cepa.

El coche no fallaba, aunque renqueaba en las cuestas, y Anthony adivinaba nuestros deseos incluso antes de que los dijéramos en voz alta. Se detenía en los mejores miradores para hacer fotos y nos propuso visitar una *manyatta* en la que los masáis nos ofrecieron collares de abalorios y huevos de avestruz, además de mostrarnos su mayor riqueza: los rebaños de vacas.

Lo mejor del Serengueti son las llanuras extensísimas que parecen no tener fin. De hecho, esto es lo que significa *siringet* en lengua masái: «llanuras sin fin». En este enorme parque nacional de quince mil kilómetros cuadrados, los ñus y las cebras se cuentan por centenares de miles. Y es que en esta inmensa llanura, formada por las cenizas procedentes, hace millones de años,

de la erupción del volcán Ngorongoro, se diría que los herbívoros han encontrado su hábitat ideal. Los ves por todas partes, caminando, corriendo o haciendo una pausa para comer o para beber. Cuando de vez en cuando un pequeño ruido levanta la alarma, se inicia la estampida, con un polvo que lo envuelve todo y transforma la llanura en un escenario nebuloso.

—¿Cuántos ñus debe de haber? —quiso saber Patrizia.

—El último censo del Serengueti habla de millón y medio —repondió Anthony.

—Es demasiado —concluyó—. Son muy feos.

No puede decirse, en efecto, que el ñu sea un animal agraciado; parece más bien un cruce estrafalario entre cabra y vaca. De todos modos, el criterio de selección de Patrizia no era muy científico.

—En cada migración suelen morir unos doscientos cincuenta mil —añadió Anthony, no sé si buscando congraciarse con Patrizia.

—¿Tantos? —exclamó Aldo, incrédulo.

—Entre el hambre, la sed, el cansancio, los depredadores...

—¿Y cuántas cebras hay? —quiso saber Giovanna—. A mí las cebras me caen simpáticas.

—Unas doscientas cincuenta mil. Hay además cerca de un millón de gacelas, muchos cocodrilos y unos dos mil quinientos leones —recitó Anthony.

—¡Dos mil quinientos! —suspiró Giovanna—. Aquí sí que los veremos bien.

—Lo que es seguro es que aquí tienen mucho herbívoro para comer —apuntó Pietro.

La falta de árboles caracteriza muchas zonas del Serengueti, un parque que en la estación de lluvias se viste de un verde maravilloso y que en la estación seca parece un secarral por el que vagan sin rumbo los animales.

—Cuando ya no queda hierba para comer —nos contó Anthony—, los ñus y cebras emigran al norte, a las tierras altas de Masai Mara, al otro lado de la frontera con Kenia. Es un gran espectáculo.

Mientras le escuchaba, me acordé de mi reciente visita a Masai Mara y pensé que quizás algunas de las cebras que ahora veía procedían de allí, del otro lado de la frontera. Más aún, hasta era posible que algunas de las que

había visto cruzar el río Mara estuvieran ahora ante mis ojos. Claro que, entre tantos miles vestidas con traje de rayas, resultaba imposible distinguir las.

El alemán Bernhard Grzimek cuenta en *Serengueti no debe morir* cómo emprendió con su hijo Michael, en los años cincuenta y a bordo de una avioneta Dornier Do 27 y de un 4x4 pintados de blanco con rayas negras, como si fueran cebras, la ímproba tarea de contar los animales que había en el Serengueti. No fue fácil, ya que no disponían de muchos medios y tuvieron que contarlos a ojo desde el aire. El subtítulo del libro da la cifra final: 367.000 animales salvajes, aunque es evidente que desde entonces la población ha aumentado mucho y ahora superan en mucho el millón.

Serengueti no debe morir, en cualquier caso, fue uno de los libros que despertó en mi adolescencia las ganas de viajar a África. Padre e hijo filmaron también un documental con el mismo título para concienciar al mundo sobre la necesidad de conservar el Serengueti. Obtuvo el Oscar al mejor documental en 1960. Por desgracia, el hijo de Bernhard, Michael, murió durante el rodaje, en 1959, a los veinticuatro años, al estrellarse un buitre contra la avioneta en la que viajaba. Está enterrado en lo alto del cráter del Ngorongoro, donde un monumento recuerda su amor por estas tierras.

A Bernhard Grzimek se le acusó posteriormente de haber colaborado con los nazis, pero él alegó que solo había sido veterinario de la Wehrmacht. Cuando murió, en 1974, sus cenizas fueron enviadas al Ngorongoro, para ser enterradas junto a las de su hijo.

El Serengueti se convirtió en parque nacional en 1951, pero fue en los años sesenta cuando el libro y el documental de Grzimek sensibilizaron a la opinión pública sobre la necesidad de preservar la fauna de un parque único en África.

Cuando les conté a los italianos que había tenido la suerte de ver en Masai Mara manadas de cebras y ñus que cruzaban el río Mara, arriesgándose a ser comidos por los cocodrilos, se conjuraron para regresar en la estación adecuada para verlo.

Los distintos grupos de leones se reparten en la inmensidad del Serengueti, un gran parque en el que años atrás el Gobierno de Tanzania pretendía construir una carretera que lo atravesara de punta a punta para llegar hasta el lago Victoria. Las protestas de los conservacionistas consiguieron pararla a tiempo, pero la amenaza sigue latente.

Instalamos las tiendas en una zona de acampada en lo alto de una pendiente, con vistas a la sabana y a la puesta de sol. Justo cuando George, el encargado del camping, salió a recibirnos, se oyó el rugido de un león que parecía que desgarrara el paisaje.

George es uno de esos tipos que suelen abundar en los parques nacionales de Tanzania. Escocés pelirrojo, debía de tener unos cuarenta años y estaba tan enamorado de la naturaleza que, tras un viaje por África Oriental, había decidido quedarse a vivir allí para siempre. Y no se arrepentía.

—No tenéis por qué preocuparos, los leones andan lejos —sonrió mientras se disponía a encender una hoguera.

—¿Seguro? —preguntó Patrizia, inquieta.

—A más de dos kilómetros.

—Y no se acercan aquí, ¿verdad?

—Bueno —sonrió—. Hace un par de meses pasé dos noches aquí con mi esposa y mi hijo, que entonces tenía un par de años. Por la noche, fuimos a tomar una copa con unos amigos a un *lodge* cercano y dejamos al niño con una canguro en la tienda. Cuando volvimos, había una manada de leones echados entre las tiendas. Contamos hasta quince. Fue impresionante.

—¿Y qué hicistéis? —preguntó Patrizia, que no dejaba de mirar atrás por si aparecía un león.

—Nos quedamos en el coche hasta que se marcharon.

—¿Y no teníais miedo por el niño?

—Los leones no atacan las tiendas —se rio—. Tranquilos, que no hay peligro.

Mientras George contaba esta anécdota, me acordé de que años atrás, acampando en el Okavango, le pregunté a un *ranger* si los leones solían atacar las tiendas. Me respondió muy seguro que no, y añadió que tampoco les

gustaba comerse a los humanos porque la ropa les resultaba muy incómoda. «Se les mete entre los dientes», me dijo, «y no les gusta. Prefieren los impalas o las cebras.»

Sus explicaciones gastronómicas, la verdad, no me convencieron, pero por si acaso añadí una capa más a la ropa que ya llevaba puesta.

Cuando le recordé al *ranger* que de vez en cuando, como había sucedido en Tsavo, aparecían leones devoradores de hombres, me dijo que aquellos eran leones viejos que, como no podían correr, se lanzaban a por víctimas fáciles. Quizás tenía razón, pero ¿quién me decía a mí que no había un león viejo por los alrededores?

Al atardecer nos fuimos de safari en 4x4 a la zona de Seronera. Alrededor de un río con palmeras, en un paisaje idílico, había varios elefantes y leones. Los primeros comían con su habitual parsimonia, derribando árboles si hacía falta, mientras que los segundos hacían gala de su vagancia eterna, como casi siempre. El único movimiento que se permitían era un largo bostezo de vez en cuando. A juzgar por su poderosa dentadura, preferiría no encontrármelos cuando volviera a la tienda aquella noche.

Mientras cenábamos en el campamento, conté un episodio que había leído que le ocurrió muchos años atrás a un cazador alemán llamado Wohlhuter. Iba a caballo por aquellos parajes, de noche, y de repente saltó un león que le descabalgó. El león lo apresó con sus fauces por el hombro y lo arrastró un centenar de metros. El cazador buscó en uno de sus bolsillos la navaja que siempre llevaba encima. Cuando la encontró, la hundió por dos veces en el pecho del león. Este, asustado, retrocedió, y el cazador aprovechó para encaramarse a un árbol. Salvó su vida, aunque el brazo le quedó maltrecho.

Cuando terminé de contarle, me fijé en Patrizia y Giovanna, que habían dejado de comer. Al ver que todos las estábamos mirando, Giovanna improvisó una sonrisa nerviosa y preguntó:

—¿A alguno de vosotros le sobra una navaja?

Todos nos reímos al unísono, incluido Adam, el polaco.

Cuando el fuego de la hoguera se apagó, nos fuimos a dormir a las tiendas. Mientras me dormía, volví a escuchar la banda sonora de unos leones que no parecía que se cansaran de rugir.

Los masáis vivieron durante mucho tiempo en estas llanuras, pero tuvieron que marcharse a las tierras altas del Ngorongoro en 1959, cuando el Serengueti se convirtió en una gran reserva de fauna.

En 1913, veinte años después de que Oscar Baumann visitara el Serengueti, el norteamericano Stewart Edgard White estuvo explorando la zona. Acampó tres meses en Seronera, y en este tiempo él y sus compañeros de safari mataron a cincuenta leones.

Al día siguiente estuvimos más de dos horas observando a una gran manada de leones junto a un pequeño río. Había más de veinte. Los machos se mantenían a una distancia prudencial, mientras los cachorros jugaban entre ellos y con las hembras sobre la arena.

Mientras los observaba, recordé una frase del libro de Grzimek: «Si se nace león, no hay mejor patria que el Serengueti».

En un momento dado, pareció que las leonas saldrían a cazar unas cebras que se habían acercado demasiado. Se agazaparon y empezaron a avanzar hacia ellas, tensas, en completo silencio. Todos teníamos las cámaras a punto, pero al final las cebras se olieron el peligro y se alejaron corriendo.

—Los turistas siempre queréis ver leones, pero hay un animal más peligroso —comentó Peter.

—¿Cuál es? —quiso saber Giovanna.

—La mosca tse-tse.

—¿La que transmite la enfermedad del sueño? —preguntó Pietro.

—Exacto.

—Será más peligroso, pero es menos fotogénico —observó Adam.

—Bueno, sí. Aquí había muchas en el pasado, y sigue habiendo, aunque ahora no son tan peligrosas. Están clasificadas en seis niveles, y las que hay aquí son del sexto nivel. Producen sueño, pero poco.

—¡Uf! —protestó Aldo—. Entre los mosquitos y las tse-tse...

—De hecho, tenemos que estar agradecidos a las tse-tse, ya que contribuyeron a conservar el Serengueti. Había tantas que los masáis decidieron marcharse con sus manadas, para evitar que picaran a las vacas.

Acerca de la mosca tse-tse, una de las grandes plagas de África, recuerdo la brillante idea de un inglés llamado J. K. Chorley cerca del río Zambezi, junto a la actual frontera con Mozambique. Se le ocurrió que, ya que estas moscas se alimentaban de la sangre de los animales salvajes, si todos eran exterminados, se extinguiría la tse-tse, ya que no podría chuparles la sangre. Contrató a varios cazadores que en 1932 mataron a más de medio millón de animales en aquella región. La matanza, sin embargo, además de cruel, fue inútil, ya que Chorley no tuvo en cuenta que la tse-tse también podía picar a pequeños roedores y liebres, que también transmiten la enfermedad del sueño.

Cuando regresábamos al campamento para pasar nuestra segunda noche en el Serengueti, llegó un gran momento del todo inesperado. Estábamos mirando un avestruz que corría entre los matorros cuando, de repente, Anthony paró el coche y nos indicó que miráramos en dirección contraria. No muy lejos de allí, cerca de una acacia, había un león agazapado, en actitud tensa. A un centenar de metros había una docena de cebras.

Poco a poco, procurando no llamar la atención, el león se fue aproximando a la manada. Cuando ya estaba muy cerca, las cebras se olieron el peligro y echaron a correr, despavoridas. Había una, sin embargo, que cojeaba ostensiblemente. Intentó huir con las demás, pero el león la alcanzó en una veloz carrera, le mordió el cuello, la derribó y la mantuvo inmovilizada mientras agonizaba.

Aquel episodio de la dura lucha por la supervivencia en África hizo que regresáramos al campamento excitados, pero con el corazón encogido.

OLDUVAI, LA CUNA DE LA HUMANIDAD

La última estación de nuestro safari *low cost* fue la garganta de Olduvai, en un extremo de la gran llanura del Serengueti. Fue allí donde los antropólogos norteamericanos Louis y Mary Leakey encontraron restos de animales y de homínidos que poblaban estas llanuras hace millón y medio de años.

Se trata, de hecho, de una garganta seca de 55 kilómetros de largo, de un monótono color ocre y llena de recovecos, donde se encuentra lo que a los tanzanos les gusta llamar «la cuna de la humanidad». Por desgracia, solo puede verse desde un mirador para no interferir en el trabajo de los antropólogos. De todos modos, emociona asomarse a un paisaje que no parece haber cambiado desde hace millones de años.

—El nombre debería de ser Oldupai —nos ilustró de entrada un guía oficial—. Significa en la lengua local «sisal», una planta que crece por aquí. Los alemanes, que fueron los primeros en llegar, apuntaron mal el nombre de Olduvai, y así ha quedado.

El alemán Wilhelm Kattwinkel fue el primer europeo que llegó a Olduvai, en 1911. Allí encontró muchos fósiles de mamíferos prehistóricos que causaron sensación a su regreso a Múnich. Entre ellos estaban el dinoterio, un enorme elefante, el sivatherium, una jirafa de cuello corto, el bularcus, un buey gigante, y el pelorovis, un cordero del tamaño de un búfalo equipado con grandes cuernos. Todos ellos campaban a sus anchas por aquellas tierras durante el Pleistoceno.

Dos años después, una expedición con apoyo del káiser y liderada por el geólogo alemán Hans Reck, encontró en Olduvai cerca de 1.700 fósiles, entre ellos un esqueleto humano que calculó que debía de tener medio millón de años, muchos más de los que entonces se calculaba que tenía la humanidad.

En marzo de 1914, Reck se llevó el esqueleto a Berlín; de hecho, él quiso llevar el cráneo personalmente, mientras que la gran piedra en la que estaba incrustado el resto del cuerpo fue enviada por barco. Allí se exhibió en un museo, pero por desgracia quedó casi totalmente destruido, excepto el cráneo, por los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial. Aunque perdió todas sus notas durante la Primera Guerra Mundial, Reck publicó en 1933 el libro *Oldoway. Die Schlucht des Urmenschen* (Olduvai: la garganta del hombre primitivo), donde deja constancia de sus descubrimientos.

En septiembre de 1931, el antropólogo británico Louis Leakey, hijo de una pareja de misioneros destinada a África Oriental, invitó a Reck a regresar a Olduvai para seguir excavando. Leakey encontró entonces varios utensilios muy antiguos hechos por un homínido al que llamó el Hombre de Olduvai.

Desde el principio, Leakey sostuvo que los antiguos humanos perseguían a los animales prehistóricos de Olduvai, les daban caza, cortaban su piel con una piedra afilada y procedían a descuartizarlos y a comer su carne cruda. Cuando algunos científicos pusieron en duda sus hipótesis, Leakey, antiguo jugador de rugby, reaccionó persiguiendo él mismo a una gacela de Thomson: la derribó lanzándose a sus patas y la despellejó en tan solo quince minutos.

Leakey regresó otras muchas veces a Olduvai, a partir de 1936 con su segunda esposa, Mary. Entre 1951 y 1975, el matrimonio de paleoantropólogos excavó a fondo en Olduvai y fue publicando sus descubrimientos, que en algunos casos originaban polémica. Él murió de un infarto en 1972 en Londres, en casa de la primatóloga Jane Goodall. Ella falleció en 1996. En la actualidad, varias universidades occidentales siguen trabajando en la garganta de Olduvai.

En el pequeño museo que hay junto al mirador, fundado por Mary Leakey en los años setenta, hay reproducciones de algunos de los fósiles e instrumentos encontrados por los Leakey. Los que más llaman la atención son los cráneos de

homínidos de hasta dos millones de años de antigüedad y las huellas de pies humanos encontradas por Mary Leakey, al sur de la garganta, en Laetoli, en 1976. Datan, según muestra un gran gráfico, de hace 3,7 millones de años y prueban que ya existían homínidos bípedos, *Homo erectus*, en aquellos tiempos.

—¿Y esto? —le pregunté al guía, mostrándole una bicicleta expuesta en un rincón del museo.

—Es de un japonés que dio la vuelta al mundo en bicicleta en diez años —me dijo—. Pasó por aquí y quiso dejar una de sus bicis para el museo.

Me costaba ver la relación entre «la cuna de la humanidad» y la bicicleta del japonés, pero a los italianos les encantó verla allí y la ametrallaron con sus cámaras. Adam, por su parte, comentó que a él le gustaba ir en bicicleta, pero que no creía que fuese una buena idea pedalear por aquellas tierras en las que el sol apretaba demasiado.

Unos cuantos millones de años atrás, la garganta de Olduvai estaba ocupada por un gran lago. La actividad volcánica, sin embargo, vació el agua y dejó el paisaje actual, en el que domina la sensación de desierto, con distintas capas de cenizas.

En distintos lugares de África, tanto en el valle del Omo (Etiopía) como en Olduvai o cerca del lago Turkana (Kenia), se han encontrado fósiles que prueban que en este continente nació la humanidad. Aunque las cifras de la historia de la humanidad resultan desconcertantes por la facilidad con que se remontan a millones de años atrás, el historiador Yuval Noah Harari da las siguientes en su libro *Sapiens*: hace unos 13.500 millones de años se produjo el Big Bang, que creó la materia, la energía, el tiempo y el espacio. Unos trescientos mil años después la materia y la energía empezaron a unirse y a formar estructuras complejas, llamadas átomos, que después se combinaron y formaron las moléculas. Hace 3.800 millones de años, en la Tierra, ciertas moléculas se combinaron para formar organismos, y hace setenta mil años, a partir de la revolución cognitiva, formaron unas estructuras aún más elaboradas llamadas culturas. Al desarrollo de estas culturas humanas lo llamamos historia.

Según los expertos, los humanos aparecieron hace dos millones y medio de años y eran muy parecidos a los hombres de hoy, aunque durante muchísimas generaciones no destacaron respecto a los otros organismos. El *Homo sapiens* forma parte de la familia de los grandes simios, pero pasó por una evolución, que se ha probado en África Oriental, que lo convirtió en *Homo erectus*. Después vendrían los *Homo neanderthalensis* y los *Homo sapiens*. La capacidad de pensar y el hecho de caminar sobre dos patas es lo que hace que los humanos seamos diferentes.

Todos estos datos pueden resultar un poco mareantes, pero los antropólogos están de acuerdo en que los primeros hombres nacieron en África Oriental. A partir de aquí se fueron expandiendo a Europa y Asia.

En Kenia, por otra parte, cerca del lago Turkana, el antropólogo Richard Leakey, hijo de Louis y de Mary, encontró el esqueleto de un *Homo erectus* de un millón y medio de años de antigüedad.

—El valle del Rift es una buena zona para la conservación de los fósiles —me comentó un inglés de pelo blanco y sonrisa afable que estaba mirando el museo sin perderse detalle—. Por eso han hecho aquí tantos descubrimientos.

—Y supongo que también porque África es la cuna de la humanidad.

—Sí, eso también, claro.

El hombre, Arthur, me contó su historia. Tenía 74 años y era antropólogo jubilado. Había viajado mucho a lo largo de su vida, casi siempre en compañía de su esposa, pero tras la muerte de ella, un par de años atrás, había caído en una fuerte depresión. Para curársela, había decidido volver a los lugares que más les habían emocionado. Olduvai era uno de ellos.

—Estuve aquí con mi mujer hace cerca de cuarenta años —me contó—. Nos gustó tanto a los dos que prometimos que un día volveríamos. Ella no ha podido, pero por eso estoy yo aquí.

—¿Y qué es lo que siente?

—Me siento reconfortado. Aunque ella muriera, sé que de alguna manera está aquí conmigo. ¿Ves este pañuelo? —Me mostró un *foulard* de dibujos naïfs y colores vivos—. Era una especie de amuleto para ella. Cuando salía de viaje, nunca lo olvidaba. Pienso que, llevándolo, ella sigue estando conmigo.

—Es bonito lo que dice.

—África es un continente esencial —sonrió—. Me gusta estar en Olduvai, porque aquí está el origen del hombre, pero también me emociono cuando veo la fauna del Ngorongoro o del Serengueti, porque me hacen ampliar horizontes mentales y comprender mejor la vida.

—¿Me recomendaría algún otro lugar de África?

Arthur se lo pensó antes de responder.

—Son muchos los lugares que emocionan en este continente —dijo finalmente—. Las cataratas Victoria, por ejemplo, o el Valle del Omo, en Etiopía... Pero si tuviera que escoger uno solo me inclinaría por el cráter del Nyiragongo. Me gustó mucho subir allí hace años. Mientras miraba el lago de lava que hay en el cráter, sentí que de algún modo estaba viendo no ya el origen de la humanidad, sino el origen de la Tierra. Es el mayor espectáculo de la naturaleza que puedas ver en África.

Cuando me despedí de Arthur con un abrazo, vi un brillo especial en sus ojos, como si estuviera ante alguien que había hecho las paces con el mundo, o que estuviera en trance de reconciliarse con él.

En aquel momento se me ocurrió que no sería una mala idea viajar hasta el volcán Nyiragongo. Cuando regresara a Arusha estudiaría mapas y guías para ver cómo podía ir hasta allí.

A partir de Olduvai, se imponía el regreso a Arusha, un largo viaje de vuelta a los orígenes. Con Anthony al volante, y con el cocinero Johnny a su lado, empezamos a desandar el camino andado, sin dejar de sorprendernos ante los bellos paisajes africanos y ante los masáis, los rebaños y las *manyattas* que íbamos encontrando por el camino.

Al pasar por el mirador el Ngorongoro, le pedimos a Anthony que parara un momento. Queríamos echar una última mirada a aquel maravilloso mundo perdido que parece mentira que exista.

Poco antes de llegar a Arusha, donde el grupo se desharía inevitablemente, entonamos una vez más *Azzurro*, el himno del viaje. A la llegada, frente al Hotel Equator, proliferaron los abrazos, intercambiamos direcciones y nos prometimos enviarnos mensajes y fotos. El polaco Adam,

aparentemente el más frío del grupo, hasta vertió unas lágrimas cuando nos abrazó en la despedida. Es lo que tienen las amistades hechas durante un viaje, que suelen penetrar más a fondo.

Poco después, en un aparte, Adam me sorprendió al preguntarme qué significaba *Azzurro*, la palabra más repetida del viaje. Se quedó de piedra cuando le dije que «azul». Él pensaba que significaba «azúcar».

SEXTA PARTE

CONGO

GOMA, LA CIUDAD MÁS DESGRACIADA

Mi último destino en este periplo africano fue la ciudad de Goma, en el Congo. Quería ir hasta ese país centroafricano para recordar el viaje más largo del explorador Henry Stanley y para subir al volcán Nyiragongo, el que me había recomendado Arthur, el antropólogo inglés que conocí en Olduvai. El problema que me encontré de entrada es que el Congo es un país tan desestructurado que no resulta fácil viajar hasta allí con garantías. Para ello tuve que volar a Kigali, la capital de Ruanda, y subir después a un taxi colectivo que me llevó hasta la frontera con el Congo.

La distancia entre Kigali y Gisenyi, la ciudad ruandesa más cercana al Congo, es de solo 160 kilómetros, pero tardé más de cinco horas en llegar por culpa de unas obras en la carretera que estaban haciendo, cómo no, unos ingenieros chinos. Podría haber ido en autobús, pero el hecho de que la empresa que cubría la línea se llamara Atraco Express no me inspiró demasiada confianza.

En la ruta hacia Gisenyi se fueron sucediendo colinas y más colinas de un verde vibrante que justifican que a Ruanda se la conozca como «el país de las mil colinas». Los campos se veían primorosamente cultivados, con dominio de las plantaciones de té y de plátanos. A partir de Musanze se impuso la impresionante visión de la cadena de volcanes, con el Carisimbi, de 4.500 metros, como cumbre más alta. Estaba de nuevo ante un paisaje hipnótico del que resultaba casi imposible apartar la vista.

—Por allí andan los gorilas de montaña —me comentó mi vecino de asiento, un ruandés con negocios en el Congo—. Verlos es caro, pero a los extranjeros les gusta.

Le dije que ya los había visto en Uganda, mientras recordaba que no muy lejos de allí, en 1985, habían matado a Dian Fossey, la gran defensora de los gorilas. ¿Qué diría ahora si viera el gran negocio que se había montado alrededor de estos animales? No creo que le gustara.

En el último tramo del recorrido el paisaje se hacía todavía más bello, pero era imposible olvidar que por aquella misma carretera habían huido miles de tutsis en 1994, tratando de salvarse de la barbarie del genocidio emprendido por los hutus. Entre 500.000 y un millón de tutsis murieron en los cien días que duró aquel horror, en una de las páginas más negras de la reciente historia africana.

La visión del Kivu, uno de los lagos de la falla del Rift, me indicó que el final del viaje estaba cerca. El taxi colectivo nos dejó a un lado de la frontera y los que íbamos al Congo tuvimos que cruzarla andando por un puesto fronterizo desastrado, lleno de soldados armados con cara de mala leche, en el que se amontonaban cientos de personas, sentadas a la sombra de un gran árbol a la espera de que algún milagro resolviera su falta de visado. Uno de los soldados repasó mi visado sin permitirse ni una mínima sonrisa, puso un sello en el pasaporte y me autorizó a pasar al otro lado.

En la parte congoleña me esperaba Gilbert, un guía congolés con quien había contactado por internet para moverme por Goma y alrededores. Debía de tener treinta y tantos años y, a diferencia de los soldados, exhibía una sonrisa permanente.

—Por esta frontera pasa mucho contrabando —me comentó en voz baja después de las presentaciones—, pero hay otra un poco más arriba, solo para militares, por la que pasan camiones llenos de oro, diamantes, coltán... El Congo es un país muy rico en recursos, pero la corrupción está por todas partes.

Las calles de Goma, la ciudad que se levanta junto al lago Kivu, estaban sin asfaltar y llenas de baches y de polvo, con casas y barracas en mal estado y una pobreza que saltaba a la vista. Cuando pasamos frente a la Embajada de

Estados Unidos, Gilbert me informó de que habían tenido la prevención de construirla allí, muy cerca de la frontera, para poder huir deprisa en caso de peligro.

—Guerras, atentados, bandidos, erupciones volcánicas... —Gilbert recitó una larga lista cuando le pregunté a qué peligro se refería—. Si de día Goma es peligrosa, de noche, al amparo de la oscuridad, el peligro se multiplica. Aquí la calma no existe.

Me instalé en un hotel junto al lago, con un pequeño jardín que en los días de tormenta invadían las olas. Todo parecía idílico, pero los altos muros que lo rodeaban estaban coronados de alambre de espino y había un par de soldados armados en la puerta, protegidos por un muro de sacos terreros, como en un acantonamiento militar.

La sensación de inseguridad generalizada contrastaba con la información de que Goma había sido tiempo atrás un cotizado lugar de descanso junto a un lago bellísimo. En los últimos años, sin embargo, estaba considerada una de las ciudades más desgraciadas del mundo, ya que se encontraba en zona de permanente conflicto. Cuando llegué allí, durante un par de décadas había sido escenario de una guerra civil, de asaltos por parte de distintas guerrillas, de la llegada de cientos de miles de refugiados y de la erupción de un volcán.

El centro de Goma estaba todavía invadido por la gran lengua de lava que en 2002 arrojó el Nyiragongo, un volcán que se encuentra a solo una decena de kilómetros. Junto al caótico mercado, donde los habitantes intentaban llevar una vida normal en medio de la escasez generalizada, la lava endurecida quedaba como testimonio de una desgracia que costó la vida a un centenar de personas. La tragedia habría sido mucho peor si no hubieran sido evacuados los 400.000 habitantes de la ciudad.

Por las maltrechas calles de Goma, sin embargo, ajenas a la amenaza, miles de personas caminaban buscándose la vida. Mujeres, hombres y niños cargaban, en grandes bidones amarillos sobre su cabeza, el agua potable que les suministraban las ONG. Los más afortunados llevaban el peso en *chukuduks*, unas toscas bicicletas de madera, sin pedales y con ruedas también de madera, que disponen de una ancha barra en la que se puede colocar la carga.

—En los días buenos puedo sacarme hasta diez euros diarios haciendo transportes —me dijo Jim, un chaval de trece años que se desplazaba con uno de esos *chukuduks*.

Llevaba una camiseta sucia y raída y los ojos le brillaban de emoción. Era consciente de que, dentro de la desgracia generalizada, era un afortunado.

En Goma proliferaban las armas: estaban por todas partes. Sorprende al principio, pero acabas por acostumbrarte. Al fin y al cabo, Goma es una ciudad límite en la que el aeropuerto está protegido con sacos de tierra y torres de vigilancia en las que los soldados permanecen siempre atentos a que no estalle un nuevo conflicto.

La tensión era constante, pero pocos se atrevían a hablar de la violencia latente. Un oficial paraguayo de Naciones Unidas que se hospedaba en mi hotel lo hizo a cambio de silenciar su nombre.

—Aquí en Goma hay demasiadas armas; en cada esquina hay alguien con un AK-47 —me apuntó, preocupado—. El equilibrio es muy delicado en esta región. Hay grupos armados que quieren hacerse con todo y Naciones Unidas lleva quince años intentando evitar un baño de sangre.

Añadió, bajando la voz, que de Goma despegan cada día aviones con toneladas de coltán, kaiserita, wolframio, oro, diamantes y otros minerales.

—El Congo es un país muy rico en el que la mayoría de la población se muere de hambre —añadió—. Es duro aceptarlo. En los últimos años muchos traficantes extranjeros han hecho grandes negocios en Goma. Se enriquecen aprovechando que los que mandan son corruptos que fingen no ver nada a cambio de que les llenen los bolsillos de dólares.

El genocidio de Ruanda provocó que llegaran a Goma, huyendo del terror, miles de refugiados. Se calcula que entre el 13 y el 14 de julio de 1994 pasaron la frontera unos diez mil ruandeses por hora, lo que dio lugar a una crisis humanitaria que se complicó con una epidemia de cólera. Fueron días horribles, apocalípticos.

A pesar de los esfuerzos de las Naciones Unidas y de varias ONG, no hay manera de que Goma recupere la normalidad. La guerra civil del Congo sigue como una amenaza latente, a la que hay que sumar los intereses que se mueven alrededor del coltán, un mineral básico para fabricar teléfonos móviles, y la corrupción omnipresente.

En este ambiente de caos, la ciudad fue capturada por rebeldes a finales de 2012. Por suerte, las fuerzas gubernamentales no tardaron en restablecer el orden, si es que puede llamarse orden al convulso día a día que vive Goma.

El Congo fue, a finales del siglo XIX, un territorio en el que también se adentraron los exploradores, y en el que dejaron un recuerdo terrible. Fue el rey Leopoldo II de Bélgica quien contrató en 1878 al explorador Henry Stanley, por espacio de cinco años, para que regresara a África a cambio de grandes cantidades de dinero. El contrato se hizo a través de la Sociedad Africana Internacional, una asociación en teoría filantrópica y científica que ocultaba la ambición del rey por apoderarse de las tierras que convertiría en su gran finca particular y que formarían el durante muchos años llamado Congo Belga.

En el Congo, Stanley pactó con varios jefes tribales y empezó a construir carreteras, en una aventura presidida por la brutalidad. Su misión, según las órdenes de Leopoldo II, consistía en establecer a lo largo del río Congo puestos avanzados que permitieran acabar con el tráfico de esclavos y crear centros comerciales que dieran salida a las grandes cantidades de marfil que había por aquellas tierras. Además de las carreteras, Stanley coordinó también la construcción de un tren y de varios puertos para que los barcos cargados de marfil y de caucho pudieran navegar por el gran río.

Lo que pretendía Leopoldo II era apoderarse de aquellas tierras del interior de África que todavía no reclamaba ningún país europeo. La jugada le salió bien, ya que en 1885 la Conferencia de Berlín, a la que Stanley asistió como asesor, concedió a Leopoldo II la mayor parte del Congo, un territorio inmenso que equivalía a la suma de las superficies de Francia, España, Inglaterra, Alemania e Italia juntas. Francia, que había enviado al explorador Pierre Savorgnan de Brazza, se quedó con la parte norte del territorio, que más adelante darían origen a la República del Congo, con capital en Brazzaville.

Durante los veintitrés años que duró el Estado Libre del Congo, de 1885 a 1908, se estima que la brutalidad del dominio del rey de Bélgica causó la muerte de diez millones de personas. Un horror.

A su regreso a Inglaterra, Stanley se casó en 1890 con la galesa Dorothy Tennant y puso fin a las exploraciones por África, aunque siguió viajando por Europa y América, dando conferencias. Murió en 1904, cinco años después de haber sido nombrado miembro del Parlamento y caballero de la Corona Británica. Está enterrado en el cementerio inglés de Pirbright, bajo una lápida que dice: «Henry Morton Stanley, *Bula Matari*, 1814-1904. Africa». *Bula Matari* significa «el Destructor de Rocas», un alias que le pusieron durante sus días en África.

Leopoldo II convirtió el Congo en una gran finca particular que producía, a mediados de la década de 1890, toneladas de caucho cultivado en grandes plantaciones. Hubo esclavismo y maltrato a gran escala, y la población indígena que se negaba a colaborar era tratada con una brutalidad extrema. Un ejemplo terrible: para que los soldados pudieran demostrar el número de indígenas que habían matado, y cobrar por ello del Gobierno, tenían que aportar la mano derecha que les cortaban. Un comisario de distrito, Léon Fievez, entregó en un solo día 1.208 manos. Las poblaciones que se negaban a colaborar con los capataces de las plantaciones eran arrasadas.

Las denuncias sobre la despiadada colonización del Congo fueron emprendidas por varios misioneros, por el periodista británico E. D. Morel, por el jurista norteamericano George Washington Williams y por el diplomático irlandés Roger Casement. Fueron estos tres últimos quienes, a base de aportar numerosas pruebas, lograron desenmascarar a Leopoldo II y detener la matanza en el Congo.

En una carta abierta al rey Leopoldo II, Williams denunció en 1889 los engaños, fraudes, robos e incursiones para capturar esclavos y la política general de crueldad seguida en el Congo, además de dar algunos detalles de la crueldad de Stanley. «En Londres», escribe, «había comprado cierto número de baterías eléctricas que, al fijarlas en el brazo por debajo de la casaca, se comunicaban con una cinta que pasaba por la palma de la mano del hermano blanco, y cuando este daba al hermano negro un cordial apretón de manos, el hermano negro se quedaba muy sorprendido ante la gran fuerza del hermano blanco, porque lo dejaba tambaleándose con solo darle la mano de la

fraternidad. Cuando el nativo preguntaba acerca de la disparidad de la fuerza entre su hermano blanco y él, se le decía que el hombre blanco era capaz de arrancar árboles y realizar las más asombrosas demostraciones de fuerza.»

El Parlamento británico, partiendo de un informe escrito por Roger Casement en 1903, aprobó una resolución sobre el Congo en el que se denunciaban los excesos contrarios al espíritu de la Conferencia de Berlín de 1885. También en Bélgica se formó una comisión independiente que confirmó los abusos del rey. El escándalo, sin embargo, se zanjó con el arresto de varios soldados, acusados de matar a cientos de congoleños. Fue solo una operación de maquillaje en la que los auténticos responsables no sufrieron condenas.

En 1908, tras múltiples presiones internacionales, Leopoldo II acabó cediendo la propiedad del Congo al Estado de Bélgica. El rey murió en 1909, el mismo año en que Roger Casement publicó *The Crime of the Congo*, libro denuncia sobre las brutalidades cometidas por Leopoldo II. Su amigo Arthur Conan Doyle, el creador de Sherlock Holmes, escribió un prólogo en el que decía que el saqueo del Congo era «el mayor crimen jamás cometido en la historia del mundo».

Mi guía en Goma, Gilbert, soñaba con que un día la paz llegaría al Congo, a pesar de los muchos problemas que tenía el país, y podría poner en marcha una agencia de viajes que llevaría a los turistas a pasear en barca por el lago Kivu, ascender al Nyiragongo, visitar los gorilas de montaña del Parque Nacional Virunga y adentrarse en la selva para ver la flor más grande del mundo. Soñaba en voz alta, pero de momento era evidente que se trataba solo de un sueño, ya que todos sabían que en los bosques que rodean Goma se ocultaban soldados o desertores de guerrillas dispuestos a perpetuar el terror.

Por desgracia, la amenaza nunca se alejaba de Goma, a pesar de que cuando caía la noche había locales en los que reinaban la fiesta y la alegría. En los restaurantes Coco Jambo o Chez Doga, por ejemplo, frecuentados por extranjeros y militares de alta graduación, te recibía en la puerta un policía con un arco detector de metales en el que algunos clientes mostraban sus pistolas o AK-47, sin que nadie se sorprendiera. Al fin y al cabo, decían, la

vida en Goma exige tener que ir armado. No era extraño, por otra parte, escuchar tiroteos no muy lejanos, pero las mujeres de aire insinuante que se sentaban junto a la barra sonreían para evidenciar que allí se estaba seguro.

—Aquí se está bien —repetía Janine, una de las chicas—. El peligro está fuera. En la barra del Coco Jambo siempre se está tranquilo.

Supongo que tenía razón. El jardín del Coco Jambo y del Chez Doga, decorados como si fueran grandes chozas africanas, eran una especie de zona de seguridad garantizada, con generadores propios que aseguraban el suministro de electricidad, música contagiosa, mucho whisky y cerveza fría.

Recuerdo que una vez que pasó un helicóptero por encima de nuestras cabezas, yo aventuré que debía de ser del Ejército, pero Gilbert negó con la cabeza.

—El Ejército no vuela de noche —me decía—. Seguro que son contrabandistas.

—¿Y nadie hace nada para detener el tráfico?

—Claro que hacen —se rio—. Los que mandan se aseguran de cobrar buenas comisiones.

La vida era rara y tensa en Goma, pero la gente de buena voluntad no perdía la esperanza de que algún día llegaría la paz y podrían vivir en una ciudad normal.

—Yo fui de los que, en 2002, cuando el volcán Nyiragongo entró en erupción, huí por la carretera hacia Ruanda —me comentó Gilbert—, pero regresé apenas cesó el peligro, como casi todo el mundo.

—¿Y no tienes miedo?

—Sabemos que el volcán es peligroso y que quizás dentro de diez o veinte años volverá a entrar en erupción, pero mientras esto no ocurra queremos vivir aquí. Este es nuestro mundo.

Me sorprendió comprobar que, a pesar del entorno desolador, el optimismo de Gilbert era compartido por la mayoría de los habitantes de Goma, incluso por las mujeres prematuramente envejecidas que hacían largas colas en las fuentes y por los niños que jugaban en la calle ajenos al conflicto.

—El optimismo es de lo poco que nos queda —resumió un colaborador de una ONG—. Si renunciamos a la idea de un futuro mejor, no nos queda nada.

La verdad es que es difícil encontrarse a gusto en Goma. Yo no lo conseguí. Las imágenes de la miseria y del terror cotidianos, junto con los de la violencia latente, eran demasiado duras como para ignorarlas. África, por desgracia, también podía ser aquello.

UNA MIRADA AL INFIERNO

Situado en el cinturón volcánico de la Gran Falla del Rift, el volcán Nyiragongo se eleva hasta 3.462 metros, pero no es su altura lo que sobrecoge. Tampoco el verde paisaje y la tierra roja que lo rodean. Lo que impresiona es que en el centro del cráter borbotea un lago de lava que es lo más parecido a una visión del infierno.

Los primeros pasos que tuve que hacer para subir al Nyiragongo fueron pura burocracia: pasar por las oficinas del Institut Congolais pour la Conservation de la Nature, en el centro de Goma, y pagar 200 dólares para obtener el permiso oficial. Un puro trámite en una ciudad rota en la que parecía mentira que algo funcionara.

El siguiente paso, con el permiso en el bolsillo, consistía en acercarse en 4x4 hasta la base del volcán. Por el camino, retuve una serie de imágenes: el superprotegido aeropuerto, muchas tanquetas de la ONU, barracas inestables construidas sobre la lava solidificada, unos cuantos *chukuduks*, mujeres y niños cargados de bidones y hombres armados sin uniforme que exigían de vez en cuando un *peaje* para dejarnos pasar por una carretera en muy mal estado. Su argumento tenía forma de fusil AK-47.

—Un 13 % de Goma, todo el centro comercial de la ciudad, fue destruido por la erupción de 2002 —me contó un vulcanólogo llamado Matthieu de camino al volcán.

—¿No les dio tiempo a evacuar a la población?

—La lava del Nyiragongo es muy líquida y, por tanto, fluye muy deprisa. Bajó del volcán, atravesó la ciudad y acabó vertiéndose en el lago Kivu. Nos temíamos lo peor, ya que el fondo del lago está lleno de metano y anhídrido

carbónico... Si la lava hubiera entrado en contacto con el gas, habría provocado muchísimas víctimas. Por suerte no ocurrió.

—Pero da la impresión de que la gente de Goma lleva una vida normal —observé.

—Aquí la gente olvida muy deprisa. Regresaron a la ciudad en cuanto cesó la erupción y construyeron casas sobre la lava solidificada. Que Dios los proteja... Les advertimos del peligro, pero no nos hacen caso. No sabemos cuándo llegará la próxima erupción.

Una vez llegados a la base del Nyiragongo, solo quedaba firmar en el libro de registro, ajustarse las botas y la mochila, comprobar que llevábamos agua y alimentos suficientes... y a caminar. Un soldado abría la comitiva y otro la cerraba. Ambos iban uniformados y armados con un kalashnikov.

—En enero de 2011, no muy lejos de aquí, unos bandidos atacaron a un grupo de turistas —me contó el guía, Innocent—. Hubo siete muertos en una emboscada. Por eso estamos obligados a ir con escolta. No queremos que vuelva a repetirse.

Nuestro grupo estaba formado por una pareja de irlandeses de aspecto despistado, un cooperante francés y otro italiano, además del guía y cuatro porteadores. Y yo, claro.

Desde el primer momento quedó claro que lo mejor que podíamos hacer era concentrarnos en caminar. *Pole pole* y cuesta arriba, camino de una cima que a primera hora, para subrayar el dramatismo del paisaje, se ocultaba tras una densa corona de nubes. Íbamos en fila india por una senda estrecha que discurría al principio junto a un torrente, pero la vegetación exuberante que nos envolvía no tardó en transformarse en un berrocal por el que no resultaba fácil avanzar.

Cada minuto que pasaba el camino era más resbaladizo, hasta el punto que tuvimos que hacer un alto para reponer fuerzas. Agua, galletas, chocolate... y otra vez para arriba. A cada paso, las piernas pesaban más, el clima tropical nos hacía sudar como caballos y las botas parecían de plomo, pero todos sabíamos que el argumento del día era seguir hacia arriba, hasta la cumbre del volcán. *Pole pole*.

Al llegar al cráter secundario, todavía lejos de la cima, uno de los soldados comentó que «los troncos quemados que veis son el rastro de la última erupción». Y señaló con el brazo extendido el camino que siguió el río de lava aquel fatídico mes de enero.

—Bajó muy deprisa por la pendiente —indicó— y, al llegar al llano, avanzó entre las casas hasta desembocar en el lago. Yo vivía cerca de aquí y me tuve que marchar corriendo a Ruanda con mi familia. ¡Fue horroroso!

—La lava no salió por el cráter superior en 2002 —me aclaró Matthieu, el vulcanólogo—, sino por una grieta, unos mil metros más abajo. Desde allí bajó hacia Goma a unos 40 kilómetros por hora.

—¿Hay peligro ahora? —preguntó la irlandesa.

—Ahora el volcán está tranquilo, aunque la visión del lago de lava de la cima es inquietante. De hecho, antes de 1999 el lago solo podía verse seis meses al año, pero ahora siempre está ahí. Veremos cuánto tarda el Nyiragongo en volver a entrar en erupción.

—Parece que aquí nunca se librarán del peligro.

—Así es —asintió Matthieu—, aunque es más peligroso el Nyamulagira que el Nyiragongo, que son los dos volcanes congoleños de los ocho del cinturón de fuego del Rift. El primero entra en erupción cada dos años, pero como está detrás del Nyiragongo, lejos de núcleos habitados, este le hace de barrera protectora. La diferencia es que cuando el Nyiragongo entra en erupción amenaza directamente a Goma.

Seguimos ascendiendo, cada vez más con más dificultad, hasta que divisamos la cumbre humeante, todavía lejana. En un nuevo tramo de vegetación empezó a caer una lluvia muy fina, insistente, que no tardó en provocar más barro, más resbalones, más jadeos y más pausas para recuperar el resuello.

Cuando llegamos a los 3.000 metros, el ascenso se complicó aún más: el aire se enrareció por la escasez de oxígeno y el frío y la humedad calaba hasta los huesos.

—El Nyiragongo nunca pone las cosas fáciles —nos animó uno de los soldados—, pero ya falta poco.

La vista de la cumbre nos dio ánimos para atacar el último tramo, el de pendiente más fuerte. Ya no quedaba nada de vegetación y los resbaladizos guijarros porosos parecían recién escupidos por el volcán.

Después de seis horas de caminata llegamos por fin a la cima. Junto a ella había unas pocas cabañas construidas para los vulcanólogos. Eran mínimas, con el tejado muy inclinado, cristales rotos, puertas que no cerraban y un par de camastros sucios. En el exterior, frío y niebla, un frío que se acercaba a los cero grados y una niebla que se hacía más espesa cada minuto que pasaba.

Nos acercamos a la cumbre *pole pole*, mirando bien dónde pisábamos. Al final, medio cegados por la niebla, pudimos ver en el fondo del cráter un lago de lava de trescientos metros de diámetro. Nunca olvidaré aquella primera visión; era un espectáculo apocalíptico, bellissimo. Los 250 metros cúbicos de lava, de un rojo incandescente, hervían como en una caldera infernal, lanzando de vez en cuando llamaradas furiosas y rocas que salían disparadas, como si fueran bombas de mano.

—Es como estar viendo el centro de la Tierra —exclamó el irlandés, ensimismado.

—El infierno debe de ser así —murmuró el francés.

—No os acerquéis demasiado al borde —advirtió el guía—. Las rocas son muy inestables.

—¿Se ha caído alguien alguna vez? —quiso saber la irlandesa.

—Una turista china cayó al cráter en 2007. Murió.

—¿Y qué hicieron para mejorar la seguridad?

—Las autoridades suspendieron entonces todos los permisos, pero los reemprendieron al cabo de un año... El Nyiragongo es demasiado buen negocio para renunciar al dinero de los permisos, aunque de vez en cuando se ven obligados a prohibir el ascenso debido a la presencia de la guerrilla.

Se impuso a continuación un largo silencio, como si todos los que estábamos allí hubiéramos sido hechizados por aquel fenómeno de la naturaleza, por la visión de un lago de lava que no parecía pertenecer a este mundo. Mientras lo miraba, me acordé de Arthur, el antropólogo que en la garganta de Olduvai me había recomendado viajar hasta el Nyiragongo. ¿Por dónde debía de andar ahora? ¿Adónde le había llevado su peregrinación en

busca de los lugares más maravillosos visitados en el pasado? Estuviera donde estuviera, le di las gracias interiormente y deseé que estuviera en paz consigo mismo.

A continuación me acordé otra vez de *El corazón de las tinieblas*, la gran novela de Joseph Conrad, publicada por primera vez en 1899, que tan bien supo contar el horror y la relación de África con los europeos.

Es en el Congo, aunque el nombre del país no se cite nunca, donde Joseph Conrad ambienta *El corazón de las tinieblas*, una denuncia del imperialismo, del colonialismo y en cierto modo del racismo que imperaba en África a finales del siglo XIX. Y también una exposición de los muchos misterios y enigmas que África despertaba entonces.

En la novela, un marinero llamado Marlow cuenta, en un barco que espera el cambio de marea en el Támesis, una aventura vivida años atrás, cuando navegó por un río africano en busca de Kurtz, un oscuro personaje que regenta una explotación de marfil en el corazón de África. Señala Marlow que cuando llegó a aquella parte de África «tuve la sensación de haber puesto el pie en algún tenebroso círculo del infierno», en lo que es un viaje hacia el horror. «Remontar aquel río», añade, «era como volver a los inicios de la creación, cuando la vegetación estalló sobre la faz de la tierra y los árboles se convirtieron en reyes. Una corriente vacía, un gran silencio, una selva impenetrable. El aire era caliente, denso, pesado, embriagador. No había ninguna alegría en el resplandor del sol.»

A partir de aquí, las enfermedades, las brutalidades y el horror consiguen transmitir lo que podía ser la aventura africana en aquellos tiempos, y la crueldad y el horror que llevaba asociada. Nueve años antes de la publicación de la novela, Conrad había sido contratado por una compañía belga como capitán del *Roi des Belges*, un vapor que navegaba por el río Congo. Permaneció allí seis meses, en los que quedó horrorizado de la atrocidad con que los europeos trataban a los africanos. El soldado belga Léon Rom, que vivía en una casa junto al río, rodeado de estacas en las que había clavado los

cráneos de los negros que mataba, podría ser el inspirador de Kurtz, según el escritor norteamericano Adam Hochschild, autor de *El fantasma del rey Leopoldo*.

Del choque entre el hombre europeo y la realidad africana surgió la novela de Conrad, un autor nacido en Polonia en 1857 que trabajó durante quince años como marinero y oficial de la marina mercante. A partir de 1878 se instaló en Inglaterra, y con el tiempo pasó a escribir en inglés, una lengua en la que publicaría sus grandes éxitos, como *El corazón de las tinieblas* (1899), *Lord Jim* (1900) o *Nostromo* (1904).

Cuando cayó la noche, el lago de lava del Nyiragongo acrecentó su poder hipnótico. El rojo incandescente brillaba como un inmenso rubí en medio de la oscuridad y aumentó la frecuencia de las explosiones y las llamaradas, mientras se extendía el olor a azufre.

—Ahora es todavía más infernal —murmuró el italiano.

Cuando la niebla se hizo más espesa —«puré de guisantes», dijo el irlandés—, nos retiramos a las respectivas cabañas, pero enseguida comprobamos que no nos sería fácil conciliar el sueño. Costaba respirar por culpa de la altura, hacía frío, el saco que me habían dejado estaba raído y el persistente olor a azufre y el ruido de las explosiones invitaban a imaginar el peor escenario: la pesadilla de una erupción que vomita fuego y lava y destruye cuanto encuentra a su paso.

—En 2002, cuando la gran erupción, detectamos actividad en el Nyiragongo en los días previos, pero había guerra y no era fácil actuar —me diría después Matthieu—. Dimos la alarma, pero los políticos no nos hicieron caso. Tenían otros problemas más acuciantes. Cuando al fin se dieron cuenta del peligro, ya era tarde.

—¿Y cómo se sabe que puede haber una erupción?

—El volcán avisa unas semanas antes. Hay indicios de cambio de temperatura de la tierra, de emisión de gases, de terremotos...

Cuando insistí en hablarle del peligro que se cernía constantemente sobre Goma, Matthieu sonrió y me aseguró que ahora tenían el Nyiragongo controlado.

—Daremos la alarma cuando llegue el momento —respondió, confiado—. Ahora, por suerte, tenemos más aparatos y podemos observar mejor el volcán. La próxima erupción no nos cogerá desprevenidos.

—¿Y no es más fácil evacuar a la población de los sitios más peligrosos?

—Los congoleños somos tozudos —se rio—. A pesar del peligro, la gente de esta región no quiere vivir en otra parte. Los de Kibati, que viven en la base del volcán, corren todavía más peligro que los de Goma. En 1977 murieron unas 500 personas por una erupción; desplazamos a los supervivientes lejos del volcán, para su seguridad, pero todos han vuelto. Han vivido siempre bajo el volcán, la tierra es aquí mucho más fértil y, además, el turismo trae muchos dólares.

—Pero ¿y el peligro?

—Aquí, donde vivir el día a día no es fácil, el peligro es siempre relativo.

La noche junto al cráter se me hizo muy larga. Permanecí tumbado en el camastro, pero apenas si pegué ojo. Las frecuentes explosiones no invitaban a relajarse. De repente, un grito rasgó la oscuridad. Uno de los soldados nos avisaba de que la niebla se retiraba y que podía observarse mejor el lago. Nos arrastramos hasta el borde del cráter para admirarlo. Era la fascinación de lo abominable. Sin embargo, la visión del infierno duró poco. La niebla regresó, insistente, tozuda, corriendo una cortina aún más espesa sobre el cráter.

Pasamos las horas siguientes en vela y en silencio. Con la primera luz del día, bajo una fina lluvia, empezamos a descender, entre jirones de niebla, resbalando y cayendo de vez en cuando. *Pole, pole*. Atrás quedaron el cráter y el lago de lava, y la satisfacción de que, al menos por unas horas, habíamos podido asomarnos al infierno... o al mismísimo centro de la Tierra.

Aquella noche, después de cenar en el jardín del hotel de Goma, pensé que la visión del lago de lava del Nyiragongo resumía toda la belleza y todo el horror de África, la belleza de una tierra muy viva en la que la naturaleza se expresa con mucha más fuerza que en Europa, y el horror de saber que el peligro acecha en cualquier momento.

Está claro que la peligrosa ciudad de Goma no es el mejor lugar para hacer las paces con África y, sin embargo, sentía que estaba bien allí, bebiendo una cerveza fría mientras veía cómo la puesta de sol tintaba el lago de un maravilloso color dorado.

Mi viaje africano llegaba a su fin. Al día siguiente iniciaría el largo regreso a casa, pero no me sentía triste, en absoluto. Al contrario, era consciente de que el largo viaje había merecido la pena y, en cierto modo, sentía que ya era hora de regresar a casa, aunque solo fuera para dejar reposar las emociones de tantos días en África y para tratar de asimilar todas las maravillas y experiencias que había visto y vivido en el camino. Sabía también, por otra parte, que en cuanto llegara a casa no tardaría en tener ganas de regresar de nuevo a la querida África, una tierra fascinante que nos invita a conocernos mejor, a descubrir al otro y a plantearnos todo tipo de preguntas sobre los conceptos de progreso, humanidad y civilización.



Monumento de denuncia del tiempo de los esclavos en Stone Town, Zanzíbar.
© Xavier Jubierre



Canoas a orillas del lago Tanganica, en Tanzania.

© Xavier Moret



Niño masái con un huevo de avestruz en las manos, en Ngorongoro, Tanzania.
© Xavier Jubierre



Grupo escolar frente a la gran choza que acogía las tumbas de Kasubi, en Uganda.

© Xavier Jubierre



Cascadas Murchison, en el Nilo Blanco, cerca del lago Alberto, en Uganda.
© Xavier Jubierre



Niños jugando a fútbol cerca de Masindi, Uganda.
© Xavier Jubierre



Muchacha con plátanos en los montes Ruwenzori, Uganda.
© Xavier Jubierre



Calle de Fort Portal, Uganda.
© Xavier Jubierre



Gorila de montaña macho en el bosque de Bwindi, en Uganda.
© Xavier Moret



Estudiantes en la Biblioteca MacMillan, en Nairobi, Kenia.
© Xavier Moret



Carrera de burros en el malecón de Lamu, Kenia.
© Xavier Moret



Leopardo en un árbol del Parque Nacional de Masai Mara, Kenia.
© Xavier Jubierre



Cebras cruzando el río a la carrera para huir de los cocodrilos en Masai Mara, Kenia.
© Xavier Jubierre



Navegando en *dhow* por Lamu, Kenia.
© Xavier Moret



Niño con *chukuduk*, una precaria bicicleta de carga, en Goma, Congo.
© Xavier Jubierre



Lago de lava del cráter del volcán Nyiragongo, en la República Democrática del Congo.
© Xavier Jubierre

BIBLIOGRAFÍA

- Asher, Michael, *Jartum. La última aventura imperial*, trad. Carlos Ruiz Uribarri, Inédita, 2008.
- Baker, Samuel, *The Albert Nyanza, Great Bassin of the Nile, and Explorations of the Nile Sources*, Cambridge University Press, 2012.
- Baumann, Oskar, *Ngorongoro's First Visitor*, East African Literature Bureau, 1966.
- Beard, Peter, *The End of the Game*, Taschen, 2008.
- Bierman, John, *La leyenda de Henry Stanley*, trad. Aníbal Leal, Javier Vergara, 1993.
- Blixen-Finecke, Bror von, *African Hunter*, St. Martin's Press, 1986.
- Burroughs, Edgar Rice, *Tarzán de los monos*, trad. María Vidal Campos, Edhasa, 1995.
- Burton, Richard Francis, *Zanzibar: city, island and coast*, Cambridge University Press, 2011.
- Burton, Richard, *Las montañas de la Luna*, trad. Pablo González, Valdemar, 1998
- Burton, Richard, *Vagabundeos por el oeste de África*, Laertes, 1999.
- Casement, Roger, George W. Williams, Arthur Conan Doyle y George Twain, *La tragedia del Congo*, trad. Susana Carral Martínez, Ediciones del Viento, 2010.
- Churchill, Winston, *Mi viaje por África*, trad. Lola Ponte Miramontes, Ediciones del Viento, 2004.
- Conrad, Joseph, *El corazón de las tinieblas*, trad. Sergio Pitol, Lumen, 1974.
- Dinesen, Isak, *Memorias de África*, trad. Barbara McShane y Javier Alfaya, Alfaguara, 1994.
- Dinesen, Isak, *Cartas de África*, trad. Jesús Pardo, Alfaguara, 1994.

- Elkins, Caroline, *Imperial Reckoning: The Untold Story of Britain's Gulag in Kenya*, Holt, 2006.
- Forester, C. S., *La reina de África*, trad. Rosa María Bassols, Seix Barral, 1997.
- Fossey, Dian, *Gorilas en la niebla*, trad. Marcela Chinchilla y Manuel Crespo, Salvat, 1985.
- Fox, James, *Pasiones en Kenia*, trad. María José Rodellar, Anagrama, 1988.
- Gide, André, *Viaje al Congo*, trad. Palmira Feixas, Península, 2018.
- Giraud, Victor, *Los lagos del África Ecuatorial. Expedición tras los pasos del Dr. Livingstone*, Timun Mas, 1997.
- Goodall, Jane, *A través de la ventana. Treinta años estudiando a los chimpancés*, trad. Jacint Nadal Puigdefàbregas, Salvat, 1994.
- Grzimek, Bernhard y Michael, *Serengueti no debe morir*, trad. Tomás Lamarca, Noguer, 1961.
- Haggard, H. Ride, *Las minas del rey Salomón*, trad. Antonio Samons, Planeta, 1987.
- Hemingway, Ernest, *Verdes colinas de África*, trad. Damián Alou, Lumen, 2011.
- Hemingway, Ernest, *Las nieves del Kilimanjaro*, trad. J. Gómez del Castillo, Caralt, 1981.
- Hepburn, Katharine, *The Making of The African Queen or How I went to Africa with Bogart, Bacall and Huston and almost lost my mind*, Alfred A. Knopf, 1987.
- Herne, Brian, *White Hunters. The Golden Age of African Safaris*, Henry Holt, 1999.
- Hochschild, Peter, *El fantasma del rey Leopoldo*, trad. José Luis Gil Aristu, Península, 2007.
- Hunter, John, *El cazador blanco*, trad. Antonio Ribera, Ediciones del Bronce, 1999.
- Huxley, Elspeth, *Los flamboyanes de Thika*, trad. Beatriz Iglesias Lamas, Ediciones del Viento, 2013.
- Jeal, Tim, *En busca de las fuentes del Nilo*, trad. Teófilo de Lozoya y Juan Rabasseda, Crítica, 2013.
- Kapuściński, Ryszard, *Ébano*, trad. Agata Orzeszek, Anagrama, 2006.

- Livingstone, David, *Viajes y exploraciones en el África del Sur*, trad. Susana Carral Martínez, Ediciones del Viento, 2008.
- Livingstone, David, *El último diario del Doctor Livingstone*, Miraguano, 2000.
- Markham, Beryl, *Al oeste con la noche*, trad. Miquel Izquierdo, Libros del Asteroide, 2012.
- Mason, A. E. W., *Las cuatro plumas*, trad. Guillermo López Hipkiss, Edhasa, 2004.
- Matthiessen, Peter, *El árbol en que nació el hombre*, trad. Ángela Pérez, Olañeta, 1999.
- Matthiessen, Peter, *Los silencios de África*, trad. Ángela Pérez, Península, 1999.
- Meinertzhagen, Richard, *Diario de Kenia (1902-1906)*, trad. Beatriz Iglesias Lamas, Ediciones del Viento, 2012.
- Merker, Moritz, *Die Masai*, Reimer, Berlín, 1904.
- Miller, Charles, *The Lunatic Express*, MacMillan, 1971.
- Moorehead, Alan, *The White Nile*, Penguin, 1973.
- Moorehead, Alan, *The Blue Nile*, Harper & Row, 1962.
- Moorehead, Alan, *No hay sitio en el arca*, trad. J. Ferrer Aleu, Plaza y Janés, 1960.
- Moss, Cynthia, *Los elefantes*, trad. Lorenzo Cortina, Plaza y Janés, 1992.
- Nerín, Gustau, *Blanco bueno busca negro pobre*, Roca, 2011.
- Patterson, John Henry, *Los devoradores de hombres de Tsavo*, trad. Antonio Ribera Jordà, Edhasa, 1997.
- Post, Laurens van der, *El mundo perdido del Kalahari*, trad. Miguel Martínez-Lage, Península, 2007.
- Post, Laurens van der, *El ojo oscuro de África*, trad. Miguel Martínez-Lage, Península, 2002.
- Post, Laurens van der, *Aventura en el corazón de África*, trad. Julio Llorens Ebrat, Destino, 1954.
- Reverte, Javier, *El sueño de África*, Anaya & Mario Muchnik, 1996.
- Reverte, Javier, *Vagabundo en África*, El País Aguilar, 1998.
- Rice, Edward, *El capitán Richard F. Burton*, trad. Miguel Martínez-Lage, Siruela, 1992.

- Riestra, Eduardo (ed.), *Exploradores y viajeros por África*, Ediciones del Viento, 2016.
- Ruete, Emily, *Memorias de una princesa de Zanzíbar*, trad. Carles Andreu Saburit, Alba, 2004.
- Sánchez Piñol, Albert, *Payasos y monstruos*, Aguilar, 2006.
- Schaller, George B., *The Year of the Gorilla*, The University of Chicago Press, 1988.
- Speke, John, *Diario del descubrimiento de las fuentes del Nilo*, trad. Luis Sadurní, Espasa, 2003.
- Spinage, Clive, *Elephants*, Academic Press, 1997.
- Stanley, Henry M., *Viaje en busca del Doctor Livingstone al centro de África*, Miraguano, 1997
- Stanley, Henry M., *Autobiografía. Bula Matari, historia de un explorador*, trad. José Clementi, Ediciones B, 2002.
- Tippu Tib, *Autobiography*, East African Literature Bureau in Kampala, Nairobi y Dar-es-Salaam, 1974.
- Theroux, Paul, *El safari de la estrella negra*, trad. Mercè Diago y Abel Debritto, Ediciones B, 2003.
- Thiong'o, Ngũgĩ wa, *Sueños en tiempos de guerra*, trad. Rita da Costa, Rayo Verde, 2016.
- Thiong'o, Ngũgĩ wa, *En la Casa del Intérprete*, trad. Rita da Costa, Rayo Verde, 2018.
- Thomson, Joseph, *Through Masai Land*, Nabu Press, 2014.
- Verne, Jules, *Cinco semanas en globo*, trad. Juana Salabert, Alianza, Madrid, 2016.
- Viertel Peter, *Cazador blanco, corazón negro*, trad. Pepe Linares, Ediciones del Imán, 1997.
- Wesseling, Henri L., *Divide y vencerás. El reparto de África (1880-1914)*, trad. Yvonne Conijn, Península, 1999.
- White, Stanhope, *El imperio perdido del Nilo*, Ediciones Marte, 1970.
- Yeoman, Guy, *The Quest for the Secret Nile*, Chaucer Press, 2004.

Tras los pasos de Livingstone

Xavier Moret

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la imagen de la portada, Xavier Jubierre

© Xavier Moret i Ros, 2019

Mapa al cuidado de GradualMap

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019

Ediciones Península

Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

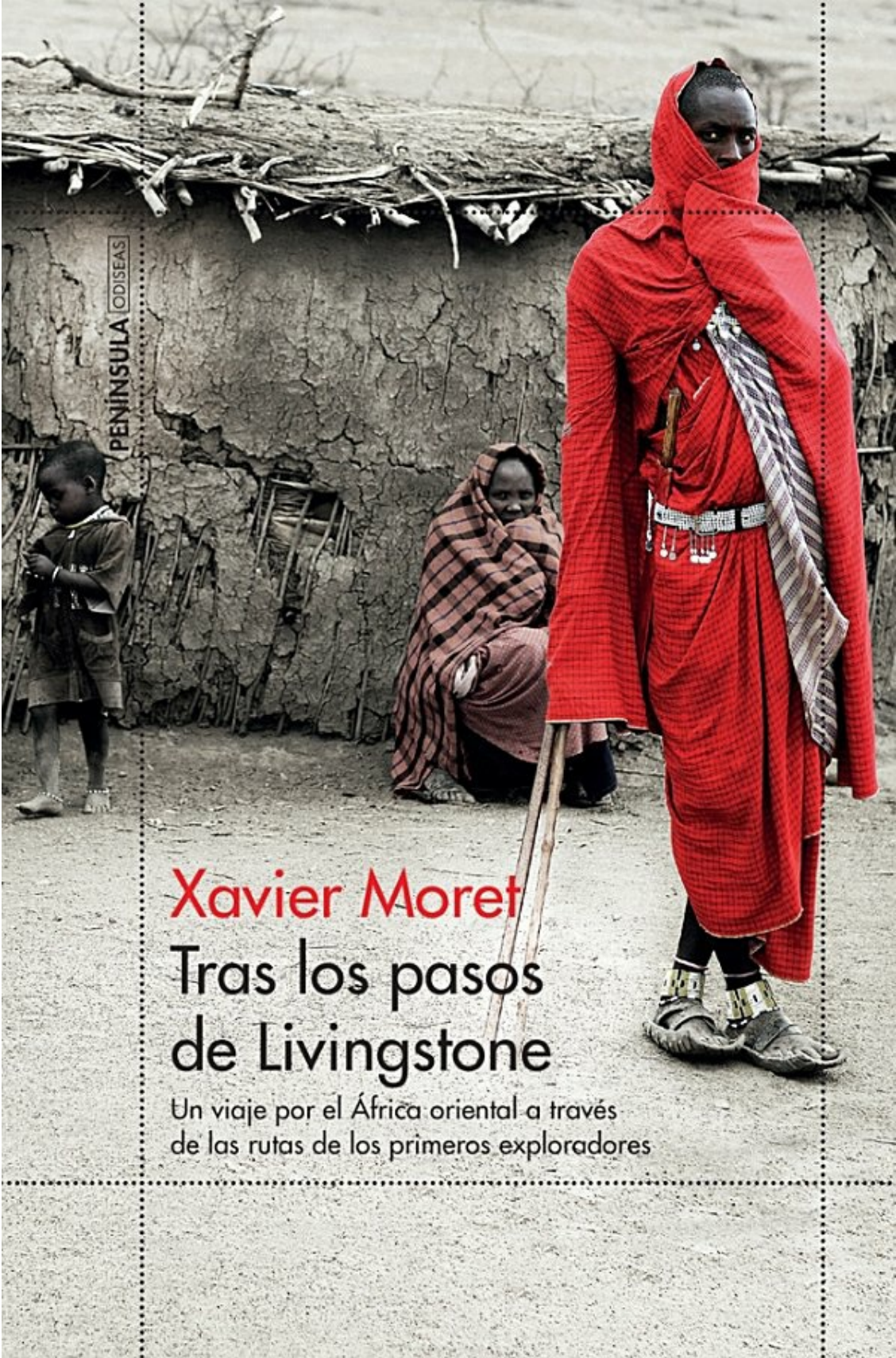
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-9942-779-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S.L.L.

www.newcomlab.com



PENINSULA ODISEAS

Xavier Moret
Tras los pasos
de Livingstone

Un viaje por el África oriental a través
de las rutas de los primeros exploradores